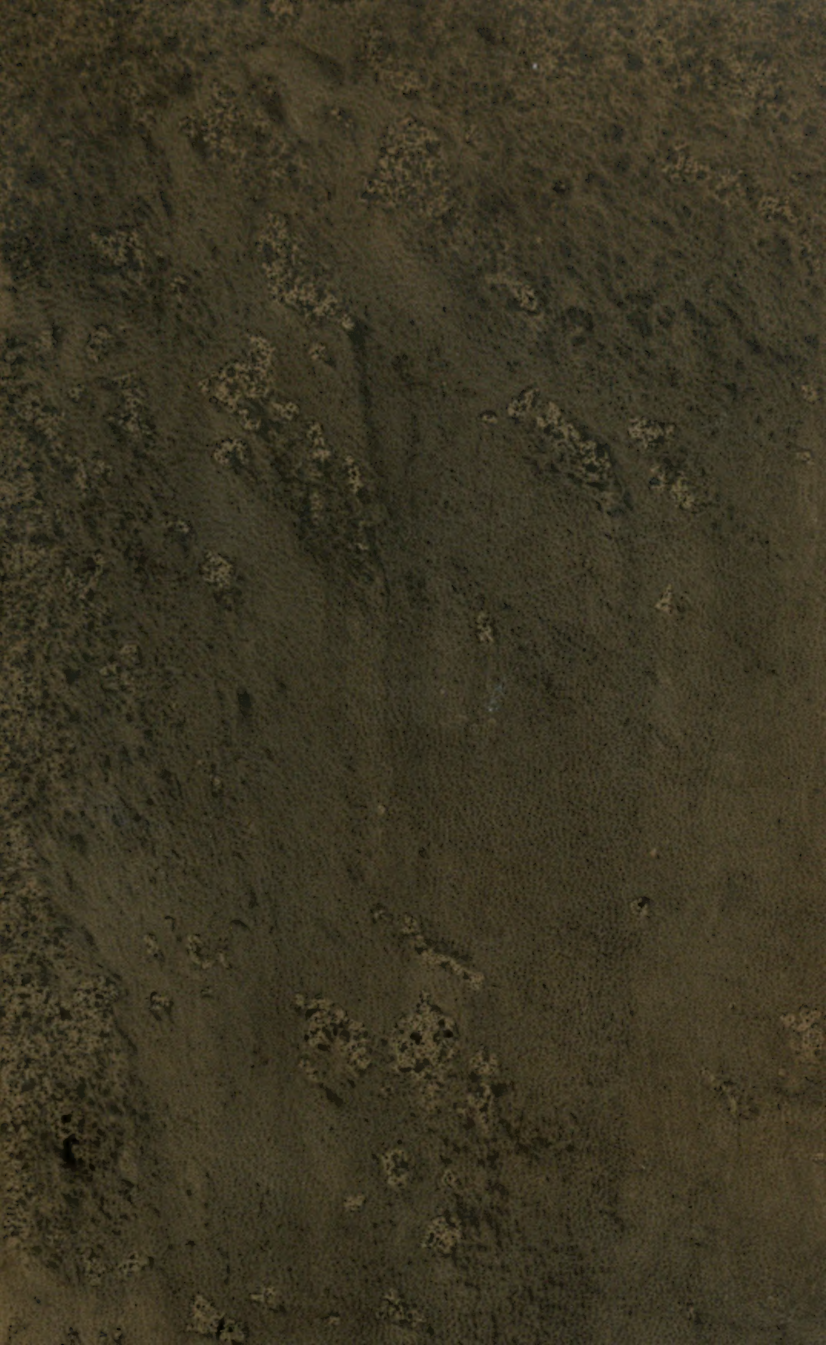



V. SUÁREZ
PRECIADOS 48
MADRID



LAS COLUMNAS DE HÉRCULES

LUIS ARAQUISTAIN

LAS COLUMNAS DE HÉRCULES

FARSA NOVELESCA



EDITORIAL «MUNDO LATINO»
MADRID

Tipografía Yagües.—Doctor Fourquet, 4.—Madrid.—Teléfono 30-76 M

«El Espíritu Cómico concibe una situación definida para cierto número de personajes, y con objeto de ir tras ellos y sus discursos, rechaza todo lo que es accesorio. Pues siendo espíritu, anda a la caza del espíritu en los hombres; la visión y la vehemencia constituyen su mérito; nada más lejos de su pensamiento que persuadiros a que creáis en él. Seguidle y veréis. Pero la cuestión es si vale la pena de correr tras sus talones.»

GEORGE MEREDITH, *The Egoist.*

«En el poeta, la Humanidad se dirige sólo a la Humanidad, pero no este hombre a aquel hombre.»

JEAN PAUL, *Vorschule der Aesthetik.*

I

MODESTO ESCUDERO O EL IMPERATIVO ENERGÉTICO

No diré que creo en la Providencia, porque esta palabra ha caído en una acepción abusivamente particular, y en materia de fe no estoy por ningún particularismo. Pero creo que existe un genio, sino o fatalidad, presidiendo el curso de nuestra vida, ya para favorecer nuestras ambiciones, ya para contrariarlas o destruirlas. A veces pienso si es nuestra voluntad la que en última instancia determina nuestra destino, haciéndole próspero o adverso, según el grado en que se le desea; en ocasiones me parece que todos los fracasos se deben a un flojo anhelo del triunfo, y todos los triunfos a una enérgica aversión al fracaso. ¿No se han explicado las últimas derrotas de Napoleón porque el cáncer que royó su vida había roído antes su voluntad de dominio y victoria?

De mí puedo decir que mi existencia no tuvo sentido ni valoración hasta que decidí afirmarla e imponerla. Fué a los treinta años, y precisamente el día de cumplirlos se resolvió mi futuro. Es cierto que la

preparación para el esfuerzo definitivo se había venido urdiendo durante un lustro por lo menos. Difería-lo de un día para otro, y así pasaban los meses, y luego de un mes para otro, y así transcurrían los años. Pero al tocar la linde de los treinta, el imperativo energético de querer, de ser, había llegado a sazón como fruta madura, y poco trabajo me costó aplicarlo al mundo circundante.

¡Qué extraño modo tiene el espíritu humano de lograr la percepción íntima del tiempo! Yo no tuve conciencia de él; quiero decir que no tuve noción de los límites de mi vida, de su acabamiento, hasta aproximarme al altozano de la treintena. Hasta entonces el tiempo me había parecido infinito, y mi existencia también infinita en el tiempo. Qué despacio iban los años y cómo anhelaba yo que corriesen, porque intuía vagamente que teniendo tanto tiempo por delante, nada provechoso podía hacerse; el esfuerzo exige finitud temporal y espacial, para que suscite el deseo de ser emprendido y para que sea fértil. Notorio es que los dioses, después de crear el mundo, y con él el espacio y el tiempo, nada nuevo han hecho sino dejar que su obra pristina exista y se gobierne por sí sola; siendo infinito el número de días que les quedan por venir, se ha apoderado de ellos una infinita pereza, y toda reforma del Universo o nueva creación la aplazan para mañana, para un mañana que, repitiéndose infinitamente, nunca acaba de llegar. Suele ser achaque de viajeros extraños por España burlarse de la parsimonia española y de la propicia facilidad con que todos los negocios, menos los perentorios y fundamentales, se

dejan para mañana, sin advertir que esta dilación perenne es signo de perenne juventud y participa de la naturaleza divinal.

Pero cuando mi vida había galopado treinta años afanosa de limitar el tiempo, logré mi propósito, y de la impaciencia de correr a todo galope caí en la angustia de imaginarme que andaba demasiado deprisa. Sentí de pronto la finitud de mi existencia y el temor de que transcurriese vacía y estéril. ¿No dejaría estela de mi paso? Apoderóse de mí un violento apremio. Era menester apresurarse, ganar el tiempo perdido. Aceleradamente llegarían los cuarenta, los cincuenta años, y entonces ya nada podría hacerse. Lo mismo si se piensa que el tiempo no tiene fin que si se cree que va a acabar en seguida, es imposible el esfuerzo. El que se tiene por inmortal y el que se juzga frontero de la muerte, prefieren el reposo al movimiento. El hacer pide limitación, pero también duración.

Recuerdo la congoja de aquella mañana decisiva. Me desperté temprano, turbado como nunca. Aunque gozo de sueño profundo, sin que basten a alterarle inquietudes cotidianas, mi despertar suele ser, habitualmente, sobremanera doloroso. Durante el día, distraído por el tumulto de la vida en torno, o serena y dueña de sí misma la conciencia, rara vez pienso en la muerte, y si alguna vez se me presenta su imagen, la contemplo fría y desdeñosamente. Sólo me embarga el temor de la muerte prematura. Pero en esos instantes de niebla mental que separa el sueño de la lúcida vigilia, suele invadirme del fondo turbio del espíritu una clara y lacerante visión de la inani-

dad de la vida y de la abismática tragedia de tener que perderla con todos sus deleites y esplendores. El momento de esa angustia es brevísimo, y parece como si durante él predominase sobre la parte más fuerte de mi personalidad, todavía dormida, la más débil y temerosa, la que corresponde al estado de la infancia y de la vejez, la que, soberbia, quiere ser inmortal como los dioses, y cobarde, tiembla supersticiosamente como un pobre salvaje ante lo desconocido.

Aquella mañana de mis treinta años me desperté sudoroso, bajo los golpes de maza del corazón en el pecho. Cogí un espejo, miré en él la imagen demudada de mi rostro y me hice el siguiente discurso:

—Modesto Escudero, mi buen amigo—me dije—, has llegado a ese promontorio de la vida en que hay que resolverse por ser o no ser, por hacer o no hacer. Has malgastado hasta ahora todo lo que la Naturaleza y la familia te concedieron. Te tocó en suerte un padre amantísimo, que aspiraba a ver en ti realizados los sueños que en él se frustraron. Humilde empleado público en una capital de provincia de tercer orden, sustrajo a sus necesidades los ahorros que eran menester para tu carrera. «Yo no he sido nada—solía decir, pensando en ti con paterna vanidad—, pero mi hijo será un hombre de carrera; yo soy un desconocido, pero mi hijo será ilustre; yo me he quedado en los primeros peldaños de la escala social, pero mi hijo ascenderá a la cima.» Y el pobre trabajaba heroicamente para que tú pudieses estudiar, y en vez de corresponder a su sacrificio y aprovechar tus años mozos, los perdías en este Madrid

parasitario y disolvente, corte de burócratas y rentistas, de aspirantes y arbitristas, y así tardaste tres años más de la cuenta—¡aquella recalcitrante asignatura de griego!—en hacerte abogado, tardanza que amargó los últimos años de tu padre, al punto de que, apenas lograste la licenciatura, apresuróse a morir, como si sólo le hubiese retenido la vida el sutil hilo del deseo de verte con título académico. Después fuiste gastando poco a poco lo que quedaba de la dote de tu madre, muerta hacía tiempo: una casuca, un castañar, unos prados, en la aldea nativa. Con el escaso patrimonio consumiste a la par tus sueños y no pequeña parte del carácter. Ideaste ser un grande hombre, un escritor de fuste o un político de primer orden. Devoraste copiosos libros; hiciste largas y humillantes antesalas en los periódicos para que publicaran tus primeras lucubraciones, sin lograrlo; te adscribiste a un partido circunspecto y asististe servilmente a las tertulias del jefe, de un hombre a quien despreciabas y desprecias olímpicamente en tu fuero interno, porque todos sus títulos de superioridad para la dirección de sus dóciles mesnadas, y lo que es más grave, para el gobierno del país, se reducían a ser yerno de un truchimán que hizo brillante y todopoderosa carrera política en el período de la Regencia. Todo por la esperanza de ser diputado. Pero reconociéndosete talento y cultura superiores a muchos paniaguados con mayor fortuna, se te postergaba, sin duda porque tu voluntad era redonda y muelle, en vez de puntiaguda y férrea, o porque tu relativo orgullo no te consentía mendigar más que a medias. Así has perdido algunos de

tus mejores años, y se han agotado tus ilusiones primaverales, y eres abogado sin pleitos, escritor sin editores, político sin representación, orador sin auditorio, desconocido, pobre, vejado, parásito del presupuesto nacional, donde cobras un sueldo vergonzosamente mezquino, que no ganas, porque, o no vas nunca a la sórdida covachuela oficial, como no sea a fines de cada mes, o si en alguna ocasión acudes, reprendido por el jefe de tu negociado, sólo es para perder las horas en fútiles comidillas y cábalas sobre la situación política. Eres un español representativo.

»Pero, amigo mío, Modesto Escudero—proseguí—, esto no puede continuar. Desde hoy, en que cruzas el meridiano vital y dejas a la espalda los años de atolondramiento, vaguedad e indeterminación, tu destino ha de ser otro. Renuncia a que el azar o el favor te traigan el cuerno de la abundancia. Todo depende de ti. Sólo de ti. Arrójate al oleaje de la vida, empuña tú mismo el timón de la tuya, sé enérgico; concibe, construye, imponte. Todo lo demás te será dado de añadidura.

Iba a proseguir el inusitado monólogo, que transcendía a confesión y propósito de enmienda, cuando la fámula de la modesta casa de huéspedes donde a la sazón residía entró a cumplir el deber matutino de aportarme al lecho el desayuno y el periódico de mi costumbre. Pasé distraídamente los ojos por sus exiguas páginas mal impresas, por el habitual y campanudo artículo de fondo, por la estulta chismografía política, por las noticias sin interés, por el vacuo artículo literario de relleno, por los tópicos y

las inepcias de siempre, y arrojándolo con ira, me dije mentalmente:

—¡Yo sí que haría un formidable periódico!

Me reí ruidosamente de la vesánica ocurrencia. ¿Con qué medios contaba yo para hacer un gran periódico? Lo menos se requería un millón de pesetas, y eso sin grandes lujos y suponiendo que el éxito fuese inmediato y los anuncios acudieran desde el primer día. ¡Un millón de pesetas! «¡Pobre Modesto Escudero, desvarías; la voluntad se te ha subido a la razón y has perdido la conciencia de la línea que separa lo factible de lo inalcanzable!», me dije. Y volví a leer el periódico; esta vez, por su plana de anuncios. De pronto dí un salto sobre la cama. Había leído lo siguiente: «Se necesita hombre inteligente, escritor, para promover importante negocio. Dirigirse a D. Herculano Cacodoro, en esta Administración.» Me levanté con apresuramiento, me puse mi mejor ropa y me lancé como un proyectil a la calle, con estas seguras, napoleónicas palabras:

—Modesto Escudero, tú harás un gran periódico.



II

DON SIMPLICIO GENER O LA YERNOCRACIA

En mi desilusionada experiencia de la vida de Madrid, había hecho el anticientífico descubrimiento de que, socialmente, la curva es el camino más corto entre un punto que desea y otro que es deseado. Me abstuve, pues, de encaminarme, como fué mi primer impulso, a la administración de *El Independiente*, mi parvo desayuno espiritual, y pensé que acaso fuera más provechoso presentarme a don Herculano Cacodoro armado de una carta introductoria de mi jefe político, don Simplicio Gener. Halléle en su fastuosa vivienda de la Castellana, rodeado—a despecho de lo temprano de la hora—de un enjambre de jóvenes abogados, que acudían a su bufete, unos a prepararle los pleitos y otros a recoger los que él abandonaba por poco pingües; su especialidad eran los litigios caudalosos, y las minutas que él ponía como estipendio a la laboriosa faena de repetir lo que los diligentes y modestos pasantes le anotaban, tenían fama de ser de las más lucrativas de Madrid. No era, puede suponerse, la ciencia jurídica de don

Simplicio lo que le aventajaba sobre los otros abogados y le daba la victoria en la mayoría de los pleitos, sino la sabia previsión de haber favorecido a letrados parciales suyos importándolos de las inhóspitas provincias y colocándolos en los tribunales de Madrid durante sus repetidos tránsitos por la Presidencia del Consejo de Ministros. Estos agradecidos jurisconsultos, en casos de duda, y para espíritus rectos la duda jurídica, como la filosófica, es casi inevitable, dejaban caer la balanza de la justicia casi siempre de la parte de don Simplicio Gener, con lo que su reputación de ganapleitos crecía fabulosamente. Pero sólo le buscaban los litigantes millonarios; si alguna vez acudía a él algún pobrete, le reexpedía a cualquiera de sus pasantes o lo despachaba con la declaración, puesta la mano sobre el pecho, de que su conciencia le impedía tomar la defensa de una causa en que, a su modesto juicio, faltaba la razón al visitante; la conciencia de don Simplicio y la razón del querellante no armonizaban nunca si éste era persona de pocos disponibles.

También hallé en su despacho a madrugadores políticos, candidatos para las futuras elecciones; diputados que iban a husmear qué vientos marcaba la veleta política o a pedir la suplantación de unos alcaldes por otros en los pueblos del distrito, para mejor asegurarle; habitantes del lejano cacicazgo, que venían a quejarse plañideramente al jefe contra atropellos y vejámenes de los enemigos, ahora en el Poder. Para todos tenía don Simplicio una palmada protectora en la espalda o una palabra lisonjera en los labios. El exiguo talento de don Simplicio se ha-

bía transformado y concentrado en maravillosa aptitud para el engaño sin responsabilidad y para la adulación sin límites.

—¡Qué bueno por aquí, amigo Escudero?—me dijo al verme, y agregó sin esperar respuesta, volviéndose a los circunstantes—: He aquí una de nuestras más floridas esperanzas, para el partido que tengo la honra de presidir, y para la patria cuyos destinos me ha tocado más de una vez el inmerecido honor de gobernar. (Don Simplicio hablaba siempre—los maldicientes decían que hasta en la intimidad del tálamo—en tono de oratoria salomónica y coruscante, como si no se sintiese nunca fuera del hemiciclo del Congreso.) Modesto Escudero, yo os lo aseguro, llegará lejos, en la tribuna de la Prensa y en la tribuna parlamentaria. Es una de nuestras más brillantes luminarias, y uno de mis grandes dolores—¡los malditos compromisos con correligionarios de más edad, aunque sin tanto talento!—es que no esté ya Escudero en el Congreso, para ilustrarnos con su cultura y su ciencia sociológica, con la cual tenemos que vivificar, articular, enriquecer a nuestro partido...

Un murmullo de aprobación acogió estas falaces palabras, y aprovechando una pausa, me acerqué al ilustre prohombre y le dije:

—Don Simplicio, vengo a pedirle un favor (fruncimiento de cejas del conspicuo jefe); no es nada, ni empleo, ni acta, ni pleitos sobrantes; nada más que una carta de presentación para un señor que no conozco, don Herculano Cacodoro, un hombre de negocios que busca—lo anuncia en los periódicos—un escritor para promovérselos...

—No faltaba más, amigo Escudero. Ya sabe que aquí estamos para servirle. Todo lo que usted quiera.

Requirió papel timbrado y preguntó:

—¿Decía usted que se llama?...

—Herculano Cacodoro.

—Extraño nombre. No recuerdo. Pero si es hombre de negocios, industrial o comerciante, lo conoceré probablemente o tendremos conocidos comunes. Los hombres trabajadores del país, las fuerzas vivas, son mi fuerte; por algo pertenezco, inmerecidamente, claro es, a los Consejos de tantas Compañías.—Escribió el nombre y agregó—: Le daré, pues, el tratamiento de querido amigo; todos los hombres de negocios son, en el fondo, queridos amigos, aunque no los conozcamos; además, esta familiaridad halaga a un desconocido y facilita las relaciones sociales...

Escrita la carta, diómela a leer. Era una presentación breve, pero excesivamente laudatoria. Le di las gracias y me despedí de don Simplicio Gener, mi ilustre jefe, y de la muchedumbre de curiales, candidatos, aspirantes y reclamantes que le rodeaban, pendientes de sus menores movimientos y de sus más vacuas palabras, en actitudes de ayudas de cámara, abyectos de adulación y servilismo. Todavía me dijo don Simplicio, con la última palmada en el hombro:

—Pero cuidado, amigo Escudero, con aficionarse demasiado a los negocios. Se debe usted a las letras, a la política, al Parlamento, a la patria. No los abandone usted ni nos abandone. Sabe que se le quiere y que en las próximas elecciones...

—Descuide usted, don Simplicio. Mi lealtad es incondicional e ilimitada, y con un jefe como usted iría yo a un ostracismo vitalicio...

Aunque hecho a mentir, por el imperio del ambiente, salí atosigado.

III

EL PASADO DE HERCULANO CACODORO

De casa de mi eximio jefe político corrí raudo a la administración de *El Independiente*, donde me dieron, tras algunas vacilaciones y pesquisas, satisfechas con la exhibición de la carta de don Simplicio Gener, el domicilio de don Herculano Cacodoro. Vivía en los suburbios de Madrid, en la carretera de Alcalá, en una casa solitaria, con un pabellón o taller en el terreno que la servía de fondo, probablemente jardín en otro tiempo. Tiré del cordón de una campanilla y salió a abrirme un negro gigantesco, largos brazos de gorila, ojos fosforescentes, boca descomunal y un irónico semicírculo de blanquísima dentadura. Reprimí un instintivo movimiento de retroceso, engendrado en un subconsciente odio o recelo hereditario de razas, acaso reflejo psicológico de la anómala e incómoda situación de un blanco que se encuentra a solas y sin látigo frente a frente con un negro—todo un balance súbito de siglos, de historia, de señorío y comercio humano—, y pregunté si vivía allí don Herculano Cacodoro.

—Aquí no más, señor; sírvase pasar, señor—re-

plicó el negro, sonriente, sarcástico, superior, como percatándose de mi embarazo.

Quedé solo unos instantes, y al cabo apareció un hombre de tipo poco definido, ni alto ni bajo, más bien obeso, ojos minúsculos, frente estrecha y hundida, pelo gris y escaso, nariz abultada, boca grande, labios belfos y rojizos, dentadura prominente; todo el carácter de esta figura amorfa estaba entre el mentón y la nariz: sensualidad, energía animal, poderosas fuerzas inferiores, escasa vida psíquica.

—¿Preguntaba usted por mí?

Le expliqué el objeto de la visita. Había visto su anuncio en un periódico. Me consideraba el hombre requerido. Le tendí la carta de don Simplicio Gener. Leyóla ávidamente. Se le veía la vanidad desbordándosele por los ojillos. Ahí era nada: todo un ex-presidente del Consejo tratándole de querido amigo y recomendándole a uno de los mejores hombres de su partido.

—Me parece muy bien, en principio—comentó—. Ahora hace falta que a usted le guste el trabajo, que no lo encuentre incompatible con sus altos méritos. Por mí, no hay dificultad. Han venido varios solicitantes; pero basta que le recomiende a usted persona tan ilustre como don Simplicio Gener, para que yo no dude un momento y resuelva admitir su colaboración. Pero ya le digo, es necesario que usted quiera prestármela; es asunto algo delicado, aunque reproductivo, se lo aseguro, y conviene que usted lo conozca en todos sus detalles. Se trata de lo siguiente.

* * *

La exposición que del negocio me hizo don Herculano Cacodoro fué prolongada y minuciosa. En realidad, vino a contarme su vida para explicar la génesis de la empresa que traía entre manos. Más tarde, en el curso de nuestra común existencia, supe nuevos o más detallados episodios de la suya azarosa, y si los dioses me dan salud y ánimo, algún día pienso relatarla por lo menudo, en un libro, hasta el momento de conocernos; la parte de su vida que es objeto de esta narración se refiere, principalmente, al tiempo de nuestra convivencia. Sin embargo, no sería posible concebir y comprender al Herculano Cacodoro que yo traté, ni penetrar en el sentido de su obra, mejor dicho, de nuestra obra, pues que yo fuí en ella cómplice y acaso generador principal, sin tener por lo menos una abreviada idea de su rico pasado. He aquí un somero resumen:

Herculano Cacodoro nació en Nápoles, de padre que combatió en el ejército de Garibaldi cuando la expedición de este héroe a su país, en 1860, más por gusto de la acción y la aventura que por ideal político. Decididos sus progenitores a emigrar cuando Garibaldi se retiró a Caprera, vinieron a España, trayéndose a Herculano, a la sazón un bravo mozo de cuatro años. Para ser más exacto: tomaron tierra en Gibraltar y allí residieron, yendo y viniendo a Algeciras, Ceuta y Tánger. Su ocupación principal era el contrabando. El campo de las correrías infantiles y juveniles de Herculano hasta los veinte años, puede decirse que fué el espacio en medio y en torno de las Columnas de Hércules, entre Calpe y Abila. El sino de este hombre singular se revela-

ba así con toda diafanidad; a mí, por lo menos, me pareció transparente desde el primer instante que oí su relato y su nombre, y toda mi responsabilidad se reduce a haber penetrado en la ley de su existencia y a haber favorecido su cumplimiento; de no haber sido yo, hubiera colaborado a su empresa cualquiera otro.

La nacionalidad de Herculano quedó desvaída en aquel escenario de su adolescencia adonde confluían tantas razas y tan diversos súbditos. Legalmente italiano, nunca sintió por su patria de origen—que él ocultaba cuidadosamente a todo el mundo; quizás fuí yo, fuera de su familia, el único que tuvo, más adelante, de ello conocimiento—grandes afectos; admiraba la antigua Roma en las escasas y fantásticas nociones que de ella adquirió, por lo que tenía de propicia a un temperamento aventurero como el suyo, pero no la Italia moderna, demasiado metódica y circunspecta; era el hijo de un garibaldino desilusionado. Se sentía más español que italiano, y acaso tan africano como español, subyugado por lo que había de turbulento, de anárquico, de antieuropeo en los pueblos de ambas márgenes del Estrecho. En el fondo de su alma despreciaba a los ingleses individuales, que vivían o iban de tránsito a Gibraltar, por considerarlos demasiado estólidos, lentos, incomprensivos, rezumándoles la vanidad de ser ciudadanos británicos, como si el Imperio fuera obra de ellos y no ellos—burócratas, pequeños comerciantes, ingleses de tercera clase—pálido reflejo del Imperio; pero la idea de Inglaterra le inspiraba un terror supersticioso, como el de una deidad ubi-

cua, omnipotente, infinita en el tiempo y en el espacio.

«Yo educaré mis hijos en Inglaterra»—solía pensar siendo aún muy joven, como si de este modo quisiera congraciarse con la divinidad todopoderosa o robarla, a través de su descendencia, los secretos de su poderío.

A los veinte años emigró a América, compelido por una desdichada operación de fraude y contrabando, que, a no haber puesto el ancho mar por medio, hubiera dado con su intrépida humanidad en presidio. (También esto lo guardaba celosamente, y sólo se lo oí una vez, una noche de crápula en compañía de dos profesionales del amor y ahito de licores.) Residió en la Argentina algunos años; durmió como atorrante en el Paseo de Julio y en la Boca, y vivió en los mejores hoteles de la Avenida de Mayo; fué explorador en el Chaco y afortunado especulador de terrenos, con frecuencia inexistentes, en Buenos Aires; pasó hambre y gozó de la opulencia; bordeó el Código penal y tuvo épocas de disfrutar de todos los honores de una vida respetable. Fué, en suma, el tipo de emigrante socialmente desiquilibrado—el más sugestivo como especie psicológica—; ni siempre paria infeliz, condenado de por vida a enriquecer a otros mientras él vegeta hasta la muerte en una asalariada pobreza, ni siempre afortunado, en prosperidad continua y creciente; existencia la suya de curso sinuoso y de altibajos como un mar de naturaleza borrascosa.

De la Argentina emigró al Norte y recorrió casi toda América, bordeando el Pacífico unas veces e

internándose en el Continente otras. Intervino, sin grandes temeridades, en algunas revoluciones y contrarrevoluciones; vivió en algunas Repúblicas entre la población india o aborigen, como atraído a sus costumbres, ideas y supersticiones por un misterioso poder atávico. En el Perú tuvo, por primera vez, la idea de la preparación que había de ser la base de su fuerza social, como más adelante ha de verse. Asistió a los comienzos de las explotaciones petrolíferas de Méjico, y unas veces como agente de los norteamericanos y otras de los ingleses, logró regular fortuna. Al cabo de diez años, a los treinta de edad, regresó a Europa, a conocer y poseer París, emporio de todos los esplendores y apetitos, que de lejos fascinaba a su temperamento profundamente sensual, con la fama, siempre conservada y gratuitamente difundida por literatos y periodistas hispanoamericanos, de sus buenos vinos, su insuperable cocina y sus mujeres públicas, producidas por selección artificial con todos los requerimientos necesarios de belleza física, psicología profesional y aptitudes mercantiles, como quien cría y perfecciona una raza de gallos de pelea o de caballos de carrera. En París se dejó en poco tiempo todo el caudal que traía, unas cien mil pesetas, y extenuado y momentáneamente empobrecido, partió para Cádiz a embarcar de nuevo para América. Como no había vapor en ocho o diez días, Herculano, por tedio y por aquella pasión que fué en él dominante, la apetencia erótica, consumó, durante ese breve tiempo, uno de los actos más graves de su accidentada vida: se casó. Allí conoció a Amalia, una muchacha de

expresión dulce y melancólica, de hermoso perfil egipcio, descendiente de una familia de colonizadores y comerciantes con América, ahora venida a menos, pero todavía rodeada de una atmósfera de íntimo señorío. Herculano, prendado de la gracia de Amalia, que emanaba del contraste de un ardiente mundo interior, encerrado en una fría línea hierática, la abordó con audacia napoleónica; pero pronto advirtió que, a pesar del sortilegio que en el alma ensoñadora de la muchacha ejercía la presencia del aventurero, románticamente llegado de París de tránsito para la mágica América —acaso obraba en ella quién sabe qué memoria subconsciente y transmitida de sus antepasados o qué frustrados anhelos de continuar una historia errática de familia, no proseguida por los últimos varones—, una decena de días era escaso tiempo para rendir una fortaleza tan dueña de sí. Entonces Herculano la propuso un casamiento inmediato, y tras la sorpresa consiguiente y algunos recelos y vacilaciones de Amalia y su familia, la boda se concertó a los diez días de su llegada a Cádiz. Otros diez días se quedó paladeando las mieles de la precipitada coyunda, y al cabo de ellos, arguyendo urgencias ineludibles en sus negocios de Méjico y bajo solemne promesa de regresar en seguida de liquidarlos, logró desasirse de la amorosa cadena de su mujer y embarcó para América. Respiró a pulmón pleno al levar ancla el buque. ¡Otra vez libre! Su propósito era no retornar nunca. ¿Cómo iba él a esclavizar su existencia a un capricho pasajero y ya satisfecho? Pero la argolla que debía encadenarle para siempre que-

daba forjándose en la embrujada fragua de la especie.

A los nueve meses de su marcha, parió Amalia una niña, Hipólita, y ésta fué la argolla de Herculano. Con mal tramados pretextos fué difiriendo el retorno; entre carta y carta ponía cada vez mayor tiempo; al quinto mes, dejó de escribir. Las cartas de Amalia eran periódicas, breves, poco íntimas, como si intuyera los propósitos de perfidia de su marido y guardara secreto agravio. Nada le dijo de su embarazo, hasta que dió a luz y le envió, con una carta de desesperada ternura, un retrato de la niña. El efecto en Herculano fué mágico. Como en todo hombre más instintivo que cerebral, eso que suele llamarse la voz de la sangre, el sentimiento de consanguinidad, tenía en él poderoso dominio; acaso fuese en el fondo un sentimiento de vanidad procreativa, de varón fecundo; tal vez un sedimento ético de responsabilidad. Lo cierto es que apenas recibió la nueva del natalicio y el retrato de su hija, dispuso rápidamente el retorno a Cádiz. Se excusó como pudo de su silencio, culpando unas veces a los negocios, que absorbían todo su tiempo; otras, a la agitación constante del país, siempre conmovido por revoluciones y contrarrevoluciones, y otras, a deficiencias del correo, donde se pierden tantas cartas... Su mujer, sin prestar crédito a ninguna de las patrañas, fingió creerlas, pues lo importante, su regreso, estaba logrado. Esta vez permaneció Herculano varios meses con su familia, y cuando de nuevo embarcó para América, no llevaba en esta ocasión, como en la última, propósito de no retornar, sino el

vivo deseo de deshacerse lo más pronto de sus negocios petrolíferos de Méjico—la república donde residió más tiempo—para quedarse definitivamente en España. Poco más de un año después del nacimiento de Hipólita, Amalia dió a luz un niño, Inocencio, de naturaleza poco robusta en lo mental como en lo físico. Herculano nunca pudo querer intensamente a este hijo suyo, que era como un reproche o un espejo de su vida estragada, una decadencia de sí mismo; todos sus afectos se concentraron en la muchacha, Hipólita, que parecía haber heredado la vitalidad pristina, el temperamento de violencia y el espíritu de aventura del padre.

Gradualmente menudearon los viajes de Herculano a España y fueron en crecimiento las estancias junto a su familia. Cuando Hipólita cumplió los diez años, su padre fijó definitivamente la residencia en España; cinco años más tarde, mandó los dos hijos a educarse en Inglaterra—continuaba siendo este país su superstición pedagógica—. Cuando volvieron, a los tres años, Herculano decidió trasladarse a Madrid; así lo exigían la necesidad de que el chico adquiriese un título académico español cualquiera—lo importante era sólo el título—, la carrera matrimonial de la muchacha—en provincias era difícil hallarle un marido adecuado—y, sobre todo, el desenvolvimiento de su extraordinario negocio. Cuando yo le conocí, llevaba un año en la corte.

El negocio era el siguiente: Herculano tuvo una crisis genésica a los cincuenta años. De pronto sintióse sin virilidad, bien fuera por abusos pasados y aun recientes, bien por el advenimiento de la edad

crítica, como le diagnosticaron los médicos. Su pesadumbre fué inmensa. Equivalía a privarle de nueve décimas partes de la razón de su existencia. Entonces recordó las virtudes que atribuían a cierto cocimiento vegetal los habitantes indígenas de una de las más apartadas y selváticas regiones del Perú, donde él había vivido algún tiempo, por amor a lo primitivo, a lo ahistórico. En aquella época se había reído de la creencia de que una planta restaurase el poder genésico en hombres y mujeres. ¿Y por qué había de ser absurda? ¿No se nutre el cuerpo del mundo vegetal?. ¿No busca en él reparación a sus fuerzas? Y la medicina, ¿no busca también en las plantas alivio a las enfermedades y refuerzo para los órganos heridos o fatigados? Lleno de fe desesperada, escribió a un amigo de Lima, describiéndole el lugar donde se producía la maravillosa planta y rogándole el envío de un puñado. Tres meses más tarde lo tenía en su poder. Frenéticamente se dedicó a descubrir tal planta por todo el sur de España y norte de África, y—¡oh, curiosa coincidencia!—hallóla al fin precisamente cerca de los lugares de sus correrías de infancia y adolescencia, no lejos de Cádiz, o sea no lejos de la isla que fué y se llamó Afrodisia. Coció la planta y tomóla ávidamente durante ocho días, con el resultado de sentir, al cabo de ese tiempo, notorio alivio y de recobrar poco a poco la preciosa facultad temporal y alarmantemente perdida. ¿Fué la planta, o la fe en ella, o simplemente el tránsito de la crisis, resuelta por el forzado descanso, lo que restableció el vigor específico de Herculano? Sería difícil dilucidarlo; pero nuestro hom-

bre, cuyos instintos de lucro rara ver se dormían vió en el suceso una fuente caudalosa de riqueza. Resolvió explotar la planta que él reputaba mágica. Aprendió de un farmacéutico a elaborar comprimidos con la sustancia, y creó las famosas Píldoras Herculinas, que bautizó así por asociación con su nombre, no con intención mística o simbólica. Enviólas a algunas farmacias de Madrid y otras capitales importantes, y anunciólas en los periódicos. El éxito fué rápido y superior a toda esperanza, lo que le indujo a intensificar l producción, que fué aumentando de continuo. Yo nunca pude saber de qué planta se trataba, ni, la verdad, puse mucho empeño en ello, aunque sospecho que era alguna orquídea. Él hacía grandes misterios de la dichosa hierba y hablaba con frecuencia del secreto industrial.

Por aquella época resolvió Herculano trasladarse a Madrid.



IV

LOS CIMIENTOS DE LAS COLUMNAS DE HÉRCULES

Esa es la historia que el propio Herculano me refirió en nuestra primera entrevista mucho más sobriamente, y que yo he completado con detalles sabidos más tarde, para que se empiece a conocer su carácter.

—Mi propósito—prosiguió Herculano—es el siguiente: quiero intensificar la producción de mis píldoras y convertirla en un negocio de millones. He montado ahí, al fondo de la casa, una fábrica en grande. Necesito ganar mucho dinero. Mis hijos, ambos, son, cada uno por su lado, muy gastadores. Yo, infinitamente más que ellos. Me quedan pocos años de vida, he recobrado todo mi poder físico y me propongo disfrutar frenéticamente de lo que me resta de existencia. Luego, que nos quiten lo bailado.

—Lo que no comprendo—interrumpí—es en qué puedo servirle.

—Oigame. Yo necesito lo que podríamos llamar un agente de prensa. El sistema de anuncios en los periódicos me ha dado resultados muy lisonjeros.

Pero eso yo no puedo seguir haciéndolo solo en la escala que me propongo. He observado que por uno que gasto en anuncios, vendo de mis píldoras diez. Este año próximo he destinado a publicidad cien mil pesetas. Espero vender por un millón, del que me quedará de ganancia—ya ve que le soy franco—más de la mitad. Pero para ello necesito una publicidad «literaria», bien escrita, ingeniosa, unas veces llamativa, otras, disimulada. He oído que hay—¿por qué no?—escritores que dedican cuentos, artículos, hasta versos, a elogiar específicos, de acuerdo con la administración o por su propia cuenta. Yo no los conozco; usted podría agenciármelos, porque no toda la labor ha de recaer sobre sus espaldas. Montaremos una oficina, con empleados y auxiliares de redacción. Usted será el director de ese importantísimo departamento. Yo no sé escribir, soy un hombre ignorante, apenas he leído nada; todo lo más, tengo un poco de talento natural, no mucho, sinceramente, pero mucha energía, eso sí. Yo seré multimillonario. Ayúdeme usted.

El discurso y la proposición final de don Herculano me produjeron una mezcla de hilaridad y de sonrojo, que, naturalmente, cüidé de encubrir. El negocio no podía ser más picaresco ni más lucrativo, a ser ciertos los informes de don Herculano. Mi primer impulso fué echarme a reír estrepitosa, insultantemente; levantarme con dignidad, y decirle al proponente, a tiempo de despedirme con un portazo, que buscase otro alcahuete para sus píldoras. No hice ni lo uno ni lo otro. En todo aquello había sin duda un porvenir y yo estaba cansado de espe-

rar puritanamente la caída del maná con la boca abierta, pendiente de las falaces promesas de don Simplicio Gener y de otros menos simplicios. Intimamente resolví aceptar cuanto se me propusiese. Además, tuve de súbito una idea originalísima. Ambas cosas, la aceptación y la idea, me las reservé de momento. Era necesario dar a don Herculano una impresión de aptitud y talento, y llevarle al terreno que yo quería.

—No sé—dí principio—si el optimismo que siente usted sobre su negocio no será exagerado. Sin duda está usted al tanto de ciertos experimentos quirúrgicos que se han hecho recientemente en relación con el mismo fin de sus píldoras...

Don Herculano me miró con temeroso asombro. Nada sabía. Mis conocimientos eran también harto superficiales. En una revista de divulgación científica había leído recientemente los ensayos de Steinach en Viena y de Voronof en París, sobre injertos de glándulas sexuales y el consiguiente rejuvenecimiento.

—Sí—continué, con grave aplomo y aire de suficiencia—. La ciencia ha hecho en ese orden extraordinarios progresos. A esta edad en que vivimos habrá que llamarla la de las secreciones internas. Natura nos ha provisto, al parecer, de varias glándulas que destilan un misterioso líquido interior y que, según el grado en que lo rezuman, somos altos o bajos, gordos o cenceños, inteligentes o mentecatos, viriles o afeminados, jóvenes o valetudinarios. Todos los padecimientos tiende hoy la moderna medicina a atribuirlos a irregularidades o de-

ficiencias de las secreciones internas, y el arte de curar se reduce, por lo tanto, a sustituir quirúrgicamente glándulas defectuosas por naturaleza o porque han venido a menos, con otras en perfecto estado de vigor y buen uso, o bien a vigorizarlas con medicamentos de la misma índole que el líquido correspondiente de la glándula enferma. De lo que más se espera es de los injertos. Con el tiempo se podrá transformar un imbécil en un genio, trasplantando la glándula pineal, que por lo visto es la del talento, del genio al imbécil. Claro es que entonces se habrá vuelto imbécil el genio; pero habrá triunfado la ciencia. Lo mismo podrá convertirse un esferoide humano en una espiga y un enano en un gigante, y habrá seguramente personas de espíritu aventurero que gustarán recorrer todas las fases del desarrollo del cuerpo y el espíritu. Y no sería extraño que muchas descubriesen que el estado perfecto es el cretinismo, a juzgar por la bienaventuranza de que dan muestra los que por naturaleza gozan de esta envidiable condición. Volviendo a nuestro asunto, le diré que donde más se ha experimentado es con la glándula intersticial, fuente de nuestra juventud. Cuando esa glándula se desgasta o descompone, envejecemos; si se le reemplaza por una nueva, recobramos nuestra mocedad. Hoy no necesitaría el doctor Fausto vender su alma al diablo por un poco de juventud; le bastaría ponerse en manos de Steinach, un teutón que ha inventado este sistema de los injertos intersticiales y lo ha aplicado con éxito consolador a ratas y hombres.

Don Herculano oía con estupor mis revelaciones,

asombrado a la vez de mis epidérmicos conocimientos y de la gravedad que entrañaban para sus píldoras.

—He dicho mal—proseguí con petulancia, recordando, por un poderoso esfuerzo de memoria, algunas nociones adquiridas ligeramente en mis revueltas lecturas acerca del ameno tema—. Ni Steinach ni Voronof han inventado nada, porque ya en la Edad Media se hacían trasplantaciones de miembros y transfusiones de sangre. La única novedad es el descubrimiento de las glándulas y sus propiedades.

—¿Pero cree usted que mi descubrimiento?...

—¿Su descubrimiento, don Herculano?—repliqué con mal contenida risa—. Es como si hubiera descubierto el paraguas. La lucha contra la impotencia prematura o senil es conocida de todos los tiempos y de todas las razas. Los pueblos de Oriente sabían mucho de eso, como lo indica el uso que hacían de un afrodisíaco muy conocido, el almizcle, secreción del folículo que posee entre el ombligo y los atributos genésicos el almizclero o cervatillo, dotado de de esa preciosa sustancia. Dioscórides, el médico griego, conocía los efectos afrodisíacos del *piper nigrum*, pimienta negra, de las cantáridas y del gengibre. Los árabes fueron maestros en este linaje terapéutico. El *salep* es una voz árabe, que significa testículos de zorro y designa una fécula procedente de varias orquídeas, como el satirión y el compañón de perro. Se le usaba como afrodisíaco por su signatura o forma, y por idéntica razón gozaba del mismo empleo la mandrágora, también conocida por

antropomorphom o *semihomo*, a causa de la figura de su raíz, que se bifurca como en dos hermosos muslos. En la Edad Media, la planta mágica era la belladona. ¿A qué seguir, don Herculano? La almáciga, el azafrán, la nuez moscada y la vómica, el jaramago, el fósforo, el sucino o ámbar amarillo, etcétera, son también desde tiempo inmemorial supuestos afrodisíacos y entran, con los otros previamente mencionados, en una larga serie de elixires y pastillas para rejuvenecerse y prolongar la vida, que fueron la gran preocupación, junto a la de la piedra filosofal, de muchos alquimistas y filósofos como Paracelso, Rogerio Bacon y otros de menor cuantía.

—De todo lo cual se desprende—comentó don Herculano con desaliento—que mis píldoras no sirven para nada...

—No diré yo tanto—aduje—. Probablemente, no sirven para nada; temo incluso que sean inferiores a muchos compuestos conocidos, porque a lo que he oído, sus píldoras no contienen más que el extracto de una planta. ¿Vainilla, que se produce en el Perú? ¿Satirión, alguna otra orquídea? Respeto el secreto industrial, ni siquiera me interesa; la calidad es lo accesorio, pues no ignora usted que el arte del anuncio es vender plomo por oro, gastando oro, naturalmente.

—Esa es la fija.

—Lo peor es la competencia que al anuncio de sus píldoras puede hacerle el anuncio de los injertos —observé.

—Entonces—tornó a lamentarse—soy hombre al agua, porque todo el mundo, en cuanto se entere,

preferirá el injerto a mis píldoras. Yo mismo, de haberlo sabido a tiempo...

—Alto ahí—le interrumpí, levantando solemnemente la mano y haciendo una pausa para estimular su expectación—. No hay que desesperar; todo lo contrario; la buena causa es la de las píldoras. Porque el escollo de los injertos es de quién se toman. Si rejuvenecemos a un matusalén poniéndole la glándula intersticial de un efebo, envejecerá o degenerará éste y todo se habrá reducido a un cambio de juventud, pero no a un aumento. Si, como quiere otro sabio, Voronof, se utilizan glándulas intersticiales de monos antropoides, se corre el peligro de una involución de la especie humana hacia el hombre cavernario o hacia el mismo gorila, y el hecho de que un injerto de este linaje devuelva la juventud a un carcamal, sin despertar de momento sus instintos de la selva, no quiere decir que a la tercera o cuarta generación no aparezca en una familia humana un pitencantropo, el eslabón entre el mono y el hombre, *the missing link*... Y aunque científicamente esto tendría la risueña importancia de probar el origen más que plebeyo del enfatuado rey de la creación, desde el punto de vista del progreso de las especies eso equivaldría a un salto atrás vituperable.

—De modo—intervino don Herculano, con un haz de rayos de esperanza en sus ojillos—que, a su juicio, las píldoras podrán defenderse de esos endiablados avances de la cirugía...

—No sólo defenderse—repliqué con un gesto de alentadora superioridad—. Quienes habrán de de-

fenderse serán esos temerarios operadores que así amenazan o al desarrollo normal y paulatino de la especie humana si utilizan para sus injertos los chimpancés, o a los derechos de la juventud si sacrifican sus glándulas intersticiales a la senilidad agotada. Estas dos defensas, la del género humano contra el gorila y la de la juventud contra una posible dictadura de la ancianidad, podrían ser las bases de la campaña que iniciemos en pro de que se resuelva el problema de una glándula intersticial envejecida recurriendo exclusivamente a aquellos inagotables manantiales de la Naturaleza donde no hay peligro ni menoscabo para nadie, quiero decir al mundo vegetal, representado en este aspecto insuperablemente por las Píldoras Herculinas...

Al terminar este párrafo, que parecía un fragmento de los futuros artículos en defensa de las píldoras, se levantó don Herculano, poseído de vivísima emoción, y dióme un fuerte abrazo. Luego dijo:

—¡Usted, sólo usted es el hombre que yo necesito! Mi gratitud por don Simplicio Gener al recomendarle será eterna, y prometo ingresar en su partido. Ahora es menester que pongamos manos a la obra en seguida. Podríamos empezar mañana mismo...

Hizo una pausa, esperando mi asentimiento. Callé un buen rato, la vista en el suelo, el mentón en la mano izquierda, en actitud cogitabunda, y a continuación le sugerí mi originalísima idea.

—Don Herculano—dije—, creo que sería un error crear una agencia de Prensa...

— No comprendo — interrumpió todo alarmado ante la posibilidad de un nuevo obstáculo.

—Me explicaré— seguí diciendo—. Me ha confesado usted que piensa invertir en anuncios el próximo año cien mil pesetas y que espera ganar medio millón por lo menos. Sumemos y nos hacen seiscientas mil pesetas. Don Herculano: con una disponibilidad de seiscientas mil pesetas anuales podemos, en vez de nutrir la sandia Prensa existente, fundar y sostener el mejor periódico diario de España, el órgano de las Píldoras Herculinas, que aparecerán anunciadas en todas sus páginas y en todas las columnas. Venderemos cien mil ejemplares desde el primer momento, y serán cien mil mazas golpeando sobre cien mil cerebros el pregón de las excelencias de las Píldoras Herculinas. La raza española, por efecto de esta publicidad sin precedentes, recobrará la potencia viril que hace tiempo tiene perdida, por lo menos metafóricamente, y tornará a emprender de nuevo su historia hazañosa y única, que sólo algunos malos hijos suyos se atreven a poner en duda y aun negar. Don Herculano: los destinos de la patria se están decidiendo en esta sencilla conversación nuestra y en este histórico instante. Don Herculano: usted será multimillonario—yo no quiero nada; me conformo con la gloria de ser su humilde colaborador—; el mundo de los negocios vendrá al periódico, mendigo de su ayuda, y será nuestro; nos buscará el Poder público, y seremos sus árbitros; nos buscarán la gloria y el placer, y serán nuestros siervos. Nos adueñaremos de la opinión pública del país, y estarán en nuestras manos el bien y el mal, la riqueza, la política, la vida en sus infinitos reflejos y esplendores. Don Herculano: nuestro periódico será,

como usted, hercúleo, y herculina, como la de sus píldoras, será su fuerza rejuvenecedora. Será el propio Hércules redivivo, y sus columnas serán las Columnas de Hércules, como símbolo de rompimiento, de que no hay nada que pueda resistírsele, y como símbolo de sostén, de firmeza, sobre el cual hemos de construir el templo de nuestro poderío. Don Herculano, otra vez veo claro su destino: su misión es crear de nuevo a Hércules, que será nuestro periódico. La fatalidad es evidente: flota en su nombre—aunque el apellido Cacodoro, Caco de Oro, indique una contradicción o extraña alianza que algún día podremos desentrañar—, flota en su pasado errante y emprendedor, flota en sus píldoras. Don Herculano: sería provocar la cólera de los dioses el no dar renacimiento en la forma moderna de un periódico al mito herculino.

Cuando callé—me había levantado para hablar y accionar con más énfasis—don Herculano, tembloroso de emoción y con lágrimas en los ojos, me dijo:

—¿Pero habla usted en serio? ¿Cree usted que podremos realizar todos esos sueños, que he entendido bien en sustancia, aunque no se me alcance mucho lo que significa toda esa historia de Hércules, de mitos y de Columnas? ¿Cree usted que hacer un periódico es tan fácil?

—Facilísimo, don Herculano. Hablo con toda el alma. Si usted quiere, dentro de dos meses sale el primer número.

—Espere usted, señor Escudero; vuelva usted mañana; estoy aturdido ahora; lo pensaré esta noche.

Minutos después me despedí con grandes extremos de afectuosidad por ambas partes. Y me dije:

—Don Herculano, ya tienes el anzuelo en el bandullo. Yo haré un formidable periódico.



V

LA IDEA DE «EL ORDEN»

Huelga declarar que al día siguiente, a primera hora, estaba de nuevo en el domicilio de Herculano Cacodoro. Gran parte de la noche la pasé en vigilia meditabunda. Me atemorizaba un poco la empresa a que me había lanzado; temía que no me alcanzaran las fuerzas; casi anhelaba que don Herculano, bajo el refrescante efecto de la reflexión nocturna, rechazara mi proposición. Le encontré, al contrario, animado de mayor entusiasmo que la víspera.

—Amigo Escudero—me dijo con familiaridad después de una calurosa salutación—, estoy decidido. Realmente es una estupidez regalar esas cien mil pesetas a periódicos extraños y, como usted dijo muy bien, sandios, en lugar de destinarlas a sostener un periódico propio donde podremos conceder a nuestra publicidad toda la extensión que se quiera e incluso negársela a los rivales y viles imitadores que aparezcan, y aparecerán en cuanto barrunten el negocio. He consultado, además, con mi familia, y el balance es favorable. Mi mujer, Amalia, es la que

más teme los riesgos; pero para animarla le he dicho que el periódico hablará con frecuencia de nosotros y hasta publicará fotografías nuestras, y esto la ha envalentonado. El chico, Inocencio, apenas si se interesa por estas cosas. Hipólita, en cambio, baila de contenta y me ha pedido que se le reserve la sección femenina; es feminista y tiene las ideas más extravagantes; ya la conocerá usted. Manos, pues, a la obra, y ahora dígame cómo debemos empezar la organización del periódico.

Al oír a don Herculano, disipóse mi medrosidad y recobré la ebria fruición de seguir adelante.

—Un periódico—comencé con deliberada parsimonia—consta de diversos y correlativos componentes. Hay que buscar un título que exprese directamente o por elusión la tendencia del periódico. Los títulos muy expresivos tienen el inconveniente de ahuyentar a grandes núcleos de lectores cuyas ideas se visten de denominaciones contrarias. El espíritu de proselitismo y el de la administración, sobre todo, exigen cierto disimulo, cierto camuflage (castellanicemos ya esta palabra tan expresiva y tan en boga internacional) en el título, para penetrar en las zonas enemigas o nada más que timoratas. El camuflage, que lo usa el león vistiendo piel del color de las arenas del desierto, y el tigre cubriéndose de rayas que fingen las listas de luz y sombra en la manigua, y el pez que adopta el color de las aguas donde habita, y la perdiz el plumaje pardo de la tierra por donde rastrea, y el insecto el verde de las plantas de que se nutre, y la mariposa el fastuoso manto que copia las flores donde liba; el camuflage,

imprescindible en la mayor parte de las especies, es absolutamente necesario a un periódico. Hay especies—también de hombres—tan vanidosas, que prefieren el anticamuflage, la ostentación, el exhibicionismo petulante, como los gallos, los pavos reales, algunos hombres de letras y políticos y algunos farsantes de los tablados escénicos; pero generalmente son pobres bestias de corral, ineptos para la lucha cautelosa de la selva. La ley corriente es el camuflage, y tan poderosamente sienten esta necesidad los periódicos, que a menudo usan títulos que expresan todo lo contrario de lo que son o quieren ser. Es el camuflage mordiéndose la cola, destruyendo sus propios fines. Abundan, por ejemplo, los periódicos que exhiben en el título el concepto de razón, y encarnan la irracionalidad misma; o el de libertad, y es sólo la que a ellos conviene o alcanza; o el de universo o mundo, y todos sus lectores caben bajo un paraguas; o el de patria, y son cuevas de convictos delincuentes; o el de independencia, y están mercenariamente a disposición del estipendio más alto; o el de las primeras letras, y todo su espíritu está inspirado en un africano analfabetismo, en un odio irrefrenable a cuanto signifique civilidad y cultura; o el de acción, y apenas hacen nada que pueda confesarse; o el de novedad, y simbolizan lo más viejo de la Historia. Y así hasta el infinito.

—Según eso, ¿qué título pondría usted?—intervino don Herculano, aprovechando una pausa de mi discurso.

—Los títulos inexpresivos están poco menos que

agotados. Se ha saqueado el concepto de tiempo, genéricamente y en sus divisiones. Las comunicaciones postales y telegráficas se han quedado, periodísticamente, sin una palabra inédita. La astronomía no está muy explotada aún; pero ¿quién se aventura a bautizar un periódico con el título de *La Luna*, *Sirio*, *Casiopea* o *La Osa Mayor*, como no sea la última escuela literaria de los eutrapelistas? Yo introduciría títulos nuevos y sugestivos, como *El Viento*, *La Luz*, *El Espacio*, *La Mente*, *La Armonía*, *El Esfuerzo*, *La Obra Común*, *La Paz*, *El Diálogo*, *El Horizonte*, *La Nave*, *La Campana*, *La Ironía;* pero como son nuevos, parecen cursis o extravagantes.

—¿Y si pusiéramos *El Patriota?*—sugirió don Herculano.

—Dios nos libre, don Herculano—repliqué—. Creería el público que el patriota era uno de nuestros clásicos bandidos andaluces metido a fundador periodístico. Bien sabe usted, querido amigo, que en España, y supongo que también en todos los países, los que hablan de patriotismo suelen usarlo como camuflage para sus picardías o su estolidez. Cuando un político quiere detener una campaña pública contra su venalidad o su inepcia, levanta los brazos en grandes aspavientos, da roncas e ininteligibles voces e invoca patéticamente el patriotismo. Se hostiliza toda crítica y todo deseo de renovación, en nombre del patriotismo. Se persigue a los mejores hombres del país y se ampara a los más encanallados, en nombre del patriotismo. Huyamos, don Herculano, de un camuflage tan delator.

—Pues después de todo lo que le he oído sobre los títulos, no se me ocurre ninguno que sirva.

—A mí me viene a las mientes uno que, a falta de otro mejor, tal vez fuese útil. No me satisface plenamente, pero acaso tenga también alguna ventaja. Es *El Orden*. Ciertamente, esta palabra, orden, está bastante desprestigiada. Las gentes de orden, como los patriotas, suelen ser en su mayoría pícaros victoriosos, que defienden sus posiciones, es decir, su orden, aunque sea un anárquico desorden para el resto. En todo caso, es un vocablo equívoco que lo mismo puede referirse al orden vigente de los satisfechos que al orden ideal de los descontentos y utópicos. El valor que se le preste a ese título dependerá de cómo se le adjetive tácitamente. Si defendemos el orden pasado, será el nuestro un periódico para lectores de cerebros cubiertos de telas de araña, como desvanes sin luz ni aire ni habitantes; quiero decir sin ideas. Si defendemos el orden actual, formarán nuestro público los conservadores. Si abogamos por un orden futuro, nos seguirán los idealistas, los soñadores, los que aspiran a alguna tierra de promisión, ya esté ahí, a dos pasos, a la vuelta de una crisis, ya sólo exista en la geografía de su conciencia y sea Eldorado imaginario de todas las plenitudes físicas y morales. Es usted, querido don Herculano, quien tiene que decidir la adjetivación implícita del orden que hemos de defender, conforme a sus ideas.

—Mis ideas, señor Escudero—respondió don Herculano sagazmente—, no tienen importancia, y es posible que carezca de ideas. No he tenido tiempo

ni gusto de adquirirlas de los demás ni de pensarlas por mi propia cuenta. Creo que tiene que haber ricos y pobres, como gordos y flacos, como amos y criados, como lobos y corderos. Eso es todo. Pero por lo que se refiere a nuestro periódico, en vez de defender un solo orden, ¿no podría defenderlos todos tres y alguno más que hubiera? El caso es ganar dinero e influencia.

Miré a don Herculano con no disimulada inquietud y me dije:

—Este hombre lleva madera de los Northcliffe, de los Hearst, de los Hugo Stinnes.

Luego añadí en voz alta:

—Don Herculano, se hará como usted disponga, y si algún sociólogo descubre un cuarto orden fuera del pasado, el presente y el futuro, que equivalga a la cuarta dimensión, lo defenderemos también. Pero, ante todo, pongámonos de acuerdo sobre el título. ¿Le parece bien *El Orden?*

—¡Insuperable!—replicó castañeteando la lengua en el paladar.

VI

EL ORO POSIBLE E IMPOSIBLE

El periódico comenzaba a cobrar fisonomía en su estado de gestación; mejor dicho, empezaba a no tener sino una fisonomía borrosa, turbia y equívoca, como era la de don Herculano. Mi plan era darle todo género de facilidades, no contrariarle, acceder siempre hasta que el periódico hubiese nacido, y entonces moldearlo a mi hechura y prescindir del espíritu torpe y vulgar del fabricante de píldoras venustas. Proseguimos examinando los componentes de un periódico.

—Ya tenemos, pues, el título—continué—. Hay que pensar en una buena administración, porque si es defectuosa, el periódico no podrá flotar nunca desembarazadamente, como buque con una vía de agua.

—De eso yo me encargo—adujo don Herculano—. Yo tomaré en mis manos la gerencia y alta dirección administrativa y, con la ayuda de un subadministrador experto, que sustraeremos a otro periódico, el nuestro irá por este lado como una seda.

—No se olvide usted de unos buenos agentes de anuncios, que tengan el aplomo, la piel y el colmillo de los *bull-dogs*, y déles paga de torero, que el trabajo es harto duro, no asequible a todos, y en último término, son estos canes de presa los que traen el botín de que viven y se ceban los periódicos.

—Removeremos cielo y tierra para encontrarlos.

—Después viene, en orden de importancia, la redacción y colaboración del periódico. Pero como en Madrid pueden formarse en todo momento diez redacciones por lo menos que no sean inferiores a cualquiera de las existentes, tal es la superabundancia de hombres y mujeres que se consagran a la pedregosa profesión del periodismo, dejaremos esa tarea para unos días antes de aparecer el periódico, y lo mejor es mantener el proyecto en absoluta clandestinidad, porque de otro modo lloverá sobre nosotros una nube de pretendientes. Yo me encargaré de buscar plumas anónimas para construir el cuerpo del periódico; y plumas más o menos aquilinas para adornarle.

—Todo eso es de su jurisdicción, amigo Escudero; que nada entiendo de esa clase de plumas, y de meterme entre ellas acaso me pasara lo que al grajo de la fábula.

Celebré con risa de lisonja este rasgo de ingenio de don Herculano, que, por otra parte, nunca abusó de este género de chistes, y quise a la vez significarle con mi expansión que aprobaba su actitud inhibitoria.

—Llegamos—proseguí—a lo más grave del asunto: al dinero inicial. Yo calculo que para ir adqui-

riendo la maquinaria indispensable a plazos y para los gastos de los primeros meses, necesitamos medio millón de pesetas. Mejor sería disponer de uno para comprar las máquinas de una vez y asegurar la vida del periódico por un año, que ha de ser el de prueba. Eso usted, don Herculano, lo decidirá.

Rascóse don Herculano la cabeza en signo de cogitación y prudencia, y dijo sopesando gravemente las palabras:

—Yo, la verdad, no soy hombre rico. Dispongo de esas cien mil pesetas que destinaba a anuncios y, arañando aquí y allá, podría acaso reunir otras ciento cincuenta mil; en conjunto, cincuenta mil duros, más las ganancias de mis píldoras.

—Las ganancias—argüí—vienen con posterioridad, y de momento, que es lo urgente, no podemos contar con ellas. Necesitamos, pues, un refuerzo financiero. Veamos qué posibilidades existen. El dinero puede lograrse o del Estado, o de uno o varios capitalistas, o de uno o varios políticos, o de una entidad extranjera, pública o privada, que tenga intereses en España o en la zona colonial, o de algún rico americano que quiera fabricarse aquí una reputación literaria prendida con alfileres, o de alguna orden religiosa, y no sé si quedan más fuentes.

»Vayamos por orden. En el Estado no hay que pensar. Eso es lo último. Cuando un periódico recurre a los fondos de los reptiles es que su crédito ha entrado en el período comatoso; ese es el postrer refugio de los náufragos; y nosotros no hemos comenzado aún a navegar.

»En el mundo capitalista español hay tres zonas

importantes: la catalana, la vasca y la asturiana. Los capitalistas catalanes querrían que el periódico hiciese su política de ficción en defensa de la autonomía y en ocasiones de la independencia, y esto le granjearía la odiosidad del resto de España, con lo que el fracaso sería rotundo; aparte de que el catalán cuenta los desembolsos por céntimos o a lo sumo por reales. Más generosos son los vascos, quizás por más ricos: cuando dan algo lo dan en duros. Pero desconfían del que no es vasco, y, sobre todo, en nuestro caso, les parecería poco serio comprometerse en un periódico que no tiene por base barcos, minas y fábricas, sino unas píldoras de uso propicio a la chanza, aunque sus fines estén enderezados a tan grave y plausible propósito como es el rejuvenecimiento; sin contar que sus mujeres y los jesuítas no verían con buenos ojos un periódico destinado inicialmente a la difusión de unas píldoras que en muchos casos fomentarían tal vez la infidelidad conyugal y el dispendio, con mujeres de dudosa conducta, de dineros que, de otra suerte, podrían ser legados a la siempre menesterosa Compañía de Jesús. Los capitalistas asturianos no sienten aún la necesidad del poder político que se deriva de la Prensa más que en su región; socialmente, no han salido todavía de Covadonga.

»El oro extranjero, mejor es no menearlo. Goza de tan siniestra reputación que nadie con mediano decoro se atreve a establecer con él el menor contacto, exceptuando los fabricantes, los comerciantes y las artistas de danzas y cantos nacionales, que trafican libre y lucrativamente con el extranjero y lue-

go se indignan patrióticamente, con furor nacionalista, de que pueda haber quien alguna vez coincida con la actitud de un país extraño frente a la mayoría del propio; quien tal ose recibirá de esas distinguidas clases el calificativo de filibustero o de vendido al oro extranjero. De modo que si eso acontece por simples discrepancias ideológicas, juzgue usted lo que ocurriría mediando capital. *¡Vade retro!*

»Del oro americano, poco puede esperarse. Los que vienen aquí a invertirlo en aras de una efímera y socarrona inmortalidad, prefieren las revistillas literarias, que son flor de un día, por más baratas y porque en ellas y sus aledaños acampan los jóvenes genios que otorgan patente de igualdad al recién llegado de allende los mares, sin que esto obste para que se rían de sus versos y prosas y le pongan de imbécil que no haya por donde asirle apenas vuelve la espalda.

»Algunas órdenes religiosas poseen grandes fortunas, claro que contra voluntad, porque la pobreza es su vocación y su regla; pero si hay damas y caballeros que, en trance de muerte y ansiosos de ganarse un buen puesto en la gloria, legan sus bienes a tal o cual comunidad eclesiástica que les asiste en los últimos instantes y les ayuda con sus poderosos recursos a no condenarse, ¿qué han de hacer sino recibir humilde y resignadamente lo que les llega sin desearlo ni solicitarlo? Bien cuidan luego de justificar tales mandas, consagrándolas a la piadosa lucha contra los infieles por medio de la enseñanza, y, sobre todo, de la Prensa, que unas veces circula como francamente religiosa y otras se viste de ro-

paje profano, como los periódicos del siglo, para mejor penetrar y moverse entre las ovejas descarriadas. Creo, don Herculano, que algo podrá extraerse de alguno de estos herméticos sotos económicos; tengo catolicísimos parientes que, aunque agraviados en sus sentimientos religiosos y familiares por lo que ellos llaman mi satánico liberalismo, nos ayudarán en la empresa; pero temo que nada pueda conseguirse hasta que el periódico esté en la calle; ver y creer. Y nos queda, querido don Herculano—añadí casi sin aliento por mi largo discurso, que mi interlocutor oía con atención, pero con creciente desmayo—, nos quedan los políticos.

—Acaso don Simplicio Gener...

—No, don Herculano; don Simplicio es demasiado avaro para sostener con su bolsa ningún periódico; además se figura que sus servicios a la patria son tan eminentes que bien valen la loa espontánea y gratuita de la Prensa; en último término, se conforma con que algún adepto suyo que sea a la vez redactor de algún periódico le deslice los pequeños sueltos de encomio personal o de zaherimiento contra los otros prohombres que pretenden rivalizar con él en sacrificios por la patria y por la libertad. De otra parte, sabido es que en cuanto un político pone sus fatídicas manos en un periódico, los lectores huyen como del cólera; tal es el prestigio que gozan entre nosotros los hombres de gobierno.

—Según todo eso—opinó don Herculano—, no hay manera de dar por ningún lado con ese refuerzo financiero que, a juicio de usted, necesitamos. Pero se me ocurre una idea: ¿no cree usted que algún

Banco nos adelantaría esos cincuenta mil duros que nos faltan sobre la garantía de mi nombre, mi fábrica de píldoras y las máquinas de imprenta que compremos?

No quise desilusionar a don Herculano sobre el valor bancario de su nombre y de sus píldoras en un país como el nuestro, donde sólo gozan de algún crédito los millonarios, es decir, los que no lo necesitan, porque me exponía a que mi caballo blanco, sintiéndose solo en el sostén de la empresa, diese un brinco de retroceso y se vinieran lastimosamente a tierra todos mis sueños. Le dije, pues:

—Es muy probable que el Banco Popular, cuyo director casualmente conozco, con tales garantías quiera favorecernos. Si a usted le parece, iremos ahora mismo.

—Pues en marcha.



VII

LOS TEMPLOS DE LOS TRES IDEALES ESPAÑOLES

Como era temprano y tibia la mañana de invierno, invité a don Herculano a deambular por la calle de Alcalá abajo. El Banco Popular estaba no lejos de la Puerta del Sol. Don Herculano vivía, como queda dicho, en la carretera de Alcalá, en una casita sola, antes de llegar a las Ventas y pasada la plaza de la Alegría, así llamada no se sabe si por alusión al placer que deben sentir los muertos al separarse para siempre de los vivos, o al contento de los vivos por no ir más allá con los muertos, pues nadie ignora que en la tal plaza suele hacerse esa formularia ceremonia que se denomina despido de los entierros que van al cementerio del Este.

Echamos a andar, bañados por el sol penetrante de aquella mañana de enero; y como el silencio es padre de la meditación, y ésta madre de la crítica, y ésta madrastra del pesimismo, busqué un tema que entretuviera a don Herculano y ahuyentara de su cerebro toda sombra. Por algo en Inglaterra lo que se llama entretener es una de las artes más precio-

sas y estimadas. Entretener es hablar del tiempo, de los viajes, del último crimen, de la enfermedad de moda, del actor o de la actriz más populares, de cuanto evite la caída en un silencio crítico y observante o en una conversación apasionada, pues el perfecto caballero o la perfecta dama no debe pensar ni opinar, que de eso ya se encarga la media docena de políticos que dirigen el Imperio y la media docena de escritores que los critican; el resto de la nación no tiene que hacer más que trabajar irreflexivamente, distender los músculos y quemar la grasa en los deportes y entretenerse en la conversación.

En España no hay buenos entretenedores más que los barberos. Las gentes privadas del sentido filosófico, que no buscan, por lo tanto, el origen de las cosas, suelen incomodarse por lo que ellos llaman la charlatanería de los rapadores. Pero la locuacidad de un barbero responde a profundas necesidades de la psicología humana, puesto que distrae y hace olvidar lo que piensan todos cuando opera la navaja por la garganta: «Si de este hombre se apoderase ahora un acceso de locura furiosa, ¿qué sería de mí?» La idea de esta trágica posibilidad determina en el afeitado una situación emotiva que le hace sufrir y acaso moverse nerviosamente, con lo que no es raro que el barbero, sin querer, lo desuelle. Para evitarlo, distrayendo, suelen improvisarse amenas conversaciones de toros o de política, según la afición predominante del cliente.

Guiado por esta regla psicológica, tomé la palabra apenas nos pusimos en marcha.

—Don Herculano—dije—: En esta hermosa calle

de Alcalá que ahora recorremos está la esencia de toda la historia de la España contemporánea. Es la más triste, porque todos las días pasa por ella, desde la mañana a la noche, la procesión de la Muerte, camino del cementerio que dejamos a la espalda, siempre ostentosa y mayestática, aun cuando se trate de enterrar al más humilde difunto. Al español no le importa vivir como un mendigo: de pan y ajos; pero quiere que le entierren como a un rey: con caballos, jaeces y palafreneros, que parecen recién adquiridos en el Rastro, como para un macabro carnaval; lo único que está bien organizado en España son las Sociedades de enterramiento.

»Al mismo tiempo es la calle de Alcalá la más alegre de España, y los mismos sepelios acaso no le quitan, antes le acrecientan, después de todo, su carácter jocoso, con el involuntario humorismo de sus pompas fúnebres. La alegría está en este sol único que la recorre paralelamente, poblándola de ociosos que afluyen del resto de la ciudad y aun de España entera, a entrar en calor y saludarse con grandes extremos. La calle de Alcalá es el implícito punto de cita de todos los españoles; un día u otro allí nos encontramos cuantos nos conocemos en el país. Tan poderosa es su fascinación, que si en Madrid no se trabaja con más intensidad y constancia es por causa de la calle de Alcalá; a ella acuden en invierno, como a una estufa, los que tiritan en las casas inhóspites y sin calefacción, y de ella huyen en verano, como de un horno plutónico, a las playas del Cantábrico o a los merenderos suburbanos de la corte, sus transeuntes habituales, con lo cual

nunca tienen tiempo de emprender nada de provecho.

»En la calle de Alcalá o en sus aledaños están los templos de los tres ideales españoles. Aquí, a nuestra izquierda, se yergue la Plaza de Toros, donde la ciudad realiza casi a diario el ideal de embriaguez y olvido en un espectáculo de enorme fermentación psíquica, cuyos componentes son una muchedumbre ululante, una luz cegadora que incendia la arena de la pista, un desenfreno de color en la gradería, y como condensación y cima de todo, una inconfesada esperanza de sangre y tragedia en el ruedo. Esta llamada nuestra fiesta nacional es nuestro opio, nuestro vicio más relajante. El Torero es el epónimo de nuestra época.

»Más abajo tenemos el Banco Nacional, si bien nada más que de nombre, adonde converge otro de los ideales españoles, que es el de la riqueza sin riesgo y multiplicándose por generación espontánea. Si usted, don Herculano, me prestara a mí una cantidad de dinero o los medios de producirlo lícitamente, y yo le hiciera luego a usted un empréstito con ese mismo dinero y le cobrara crecidos intereses, diría usted con razón que yo pretendía expropiarle. Pues algo así hace ese Banco con el Estado, que le concede autorización para fabricar dinero, y a pocos les parece mal, porque el español es anarquista innato, de raza, y su ideal estriba en burlarse o vivir del Estado, y ningún medio mejor que ser accionista de esa maravillosa y única organización bancaria, instalada por cierto en uno de los edificios más sobrios de Madrid.

»Nos aproximamos, en fin, al templo adonde se di-

rige el tercero de los ideales españoles, que es el de dominarse unos a otros africanamente, por la violencia hecha ley; aludo al ministerio de la Gobernación, centro del poder político, desde el cual se rigen arbitrariamente nuestras vidas y haciendas. Don Herculano: Si conquistamos el ministerio de la fábrica electoral, de la Policía y de la Guardia civil, seremos los hombres más poderosos de España; si ganamos influencia en el Banco Nacional, seremos los más opulentos; si dominamos en la Plaza de Toros, seremos los más mimados del público. El resto de la calle de Alcalá, los cafés burgueses y los cafés galantes, podemos abandonárselo al provinciano que viene a Madrid a intrigar en los ministerios o a dilapidar alegremente sus ahorros, al industrial y al comerciante más o menos honrados, al artista de cenáculo, al señorito parasitario y pendenciero, a la dama equívoca, y a la nube de langosta urbana que integran floristas, limpiabotas, vendedores de periódicos y de lotería, sablistas, lisiados y mendigos de diversos sexos, condición y edad.

—No despreciemos los cafés galantes, don Modesto—dijo don Herculano con un guiño de ojos.

Y a continuación:

—¿Ha visto usted cuántas hermosas mujeres hay en Madrid?

Yo había observado, en efecto, que don Herculano no se cruzaba con una medianamente estructurada, sin que la devorara con sus ojos rijosos y sin que se le dilatara el belfo y se fuera tras ella su cabeza. En rigor mi divagación había sido innecesaria, porque las transeuntes tenían harto ocupados

los pensamientos de don Herculano, y no había temor de que de ellos emanara entonces ninguna sombra pesimista para nuestro negocio.

—Eso, don Hercuíano—repliqué—, hemos de organizarlo oportuna y sabiamente. El amor ha de ser una de las provincias más importantes y deleitosas del periódico...

Sonrió satisfecho don Herculano, sensible a mi cebo, y como estábamos en la puerta del Banco Popular, entramos heroicamente.

VIII

IRONÍA Y ESCEPTICISMO BANCARIOS

Yo confieso haber sentido siempre un terror supersticioso por todo Banco, y comprendo la actitud psicológica de aquel personaje de una comedia de Bernard Shaw que casi se muere de hambre teniendo un cheque considerable en el bolsillo. Le horrorizaba la idea de aproximarse a una de esas ventanillas y esperar, como un mendigo, a que le devolvieran su propio dinero. Dijérase que los Bancos velan más que uno por la propia fortuna, y cuando alguien se la trae en depósito, el Banco se apresura a recibirla y meterla en quién sabe qué misteriosas arcas, reflexionando, mientras la cuenta y retira rápidamente: «Démonos prisa, no sea que este loco se arrepienta y nos la vuelva a pedir en el acto.» Y cuando demandamos una parcial reintegración, qué lentamente va a traerla el Banco, cómo le cuesta desprenderse de lo que es nuestro, cómo nos miran a hurtadillas los empleados por encima de los inmensos mamotretos donde comprueban si queremos cometer la felonía de cobrar más de lo depositado, y

finalmente, con qué olímpico aire de conmiseración y desprecio nos da el cajero nuestro peculio, como diciendo: «¿Qué chiflado será este que tiene el valor de retirar su dinero? ¡A lo mejor lo sacará para gastárselo estúpidamente o para jugárselo, como nosotros, a la Bolsa!»

Mientras nos anunciaban al director, yo observaba la muchedumbre que iba y venía del patio de las operaciones corrientes: desde el ricacho que recogía varios miles de pesetas, los contaba parsimonioso y miraba en torno con la satisfacción del que se sabe objeto de la envidiosa curiosidad circundante, hasta el hombre de pueblo que acaso entraba por primera vez en un Banco, tímido, volviendo los ojos a todas partes y preguntando receloso por la ventanilla correspondiente. Un hombre obeso y descuidadamente trajeado se aproximó a la ventanilla de los cobros con un gran fajo de billetes, sin duda ganados la víspera detrás de un mostrador o fabricando quién sabe qué productos dubitativamente limpios, como su indumentaria, con su poco sudorosa frente. Sentadas en banquetas esperaban dos mujeres—probablemente madre e hija, vestidas con pulcritud, pero con modestia—el cobro de algún cheque enviado tal vez por quién sabe qué antigua relación. Adelantándose a todos, como quien está en su casa, los empleados de otros Bancos o de las grandes oficinas y comercios llenaban sus carteras con sumas que los presentes veían contar con envidia, y acaso entre éstos no faltaba el ladrón profesional que observa quiénes salen con importante cuantía de dinero, les sigue y les da un golpe de mano en plena calle o

se la sustrae suavemente en la plataforma de un tranvía. Y acaso estuviese también entre esos cobradores de dinero ajeno el que viene casi a diario en los periódicos como desaparecido y capturado casi siempre en el momento de embarcar para América en compañía, quizás, de una camarera de café o una pupila de prostíbulo. Poco a poco dejé de ver las personas, y en su lugar sólo contemplaba la entrada y salida de representaciones imaginarias: la Codicia, la Pobreza vergonzante, la Tentación, la Opulencia insolente, la Delincuencia; en suma, el drama eterno de la Propiedad.

Acercóse un ujier a avisarnos que el director nos esparaba, y entramos en su despacho, sobrio y de tolerable buen gusto. En estos despachos donde acude mucha gente, como en los de los ministros, suele regir la acertada costumbre de recibir a un tiempo a varios visitantes y despachar sus consultas en alguno de los ángulos o junto a una ventana. Cuando el asunto es delicado, quiero decir cuando es poco decoroso, estas visitas públicas son el tormento de los que las hacen, porque por muy en voz baja que se converse, es difícil evitar que transcienda alguna palabra reveladora a los que esperan turno a cuatro o cinco pasos. Cuentan de un ministro que poseía una voz tan estentórea, inútil para todo secreto, que era el terror de sus visitantes, generalmente mendigos del Presupuesto nacional. «¿De modo que quiere usted una comisión para el estudio del origen de la anguila, con objeto de esclarecer el problema de si procede o no de la angula?—solía decir tonantemente, incendiando en rubor el rostro del

pedigüeño—. Bien, se la daré, porque me gusta proteger a los jóvenes de talento; pero cónstele que no se la doy para que resuelva ese superfluo problema, sino para que se harte por igual de angulas y anguilas, si son de su gusto. Y si alguna pesca donde vaya a veranear con la comisión, no se olvide de mandarme de vez en cuando una partida.» Si algún día yo llegase a tirano, pondría en todos los despachos de ministros poderosos aparatos de resonancia, para que nada pudieran decirse en secreto, o de fonografía, para repetir luego desde el balcón al pueblo cuanto se había hablado dentro. No serían escasos los chanchullos y prevaricaciones que así se evitaran.

Despachó entretanto el director del Banco la visita precedente, y nos aproximamos adonde estaba. Presenté a mi acompañante, después de saludarnos nosotros como viejos amigos; ambos éramos leoneses y nos unía cierta relación política en la persona de don Simplicio Gener, jefe político mío y amigo particular sólo de nuestro interlocutor.

—Don Herculano Cacodoro, industrial.

—Sí, conozco el nombre—dijo el director, mintiendo por mal entendida cortesía—. Fabricante de muebles, ¿no?

—No, de píldoras, corregí yo algo confuso.

—Claro—insistió el director—; de unas píldoras contra la jaqueca, las conozco.

—No exactamente—torné a corregir con creciente embarazo—. Son unas píldoras para el rejuvenecimiento.

—Vaya, vaya—repuso sin inmutarse, por costum-

bre, el director, mientras miraba inquisitivamente a don Herculano, con esa curiosa impertinencia con que miramos a la cabeza del charlatán que nos ofrece un específico contra la calvicie—. Ustedes dirán en qué puedo servirles.

—Pues verá usted—interpeló don Herculano—. El señor Escudero y yo hemos pensado fundar un periódico diario, y necesitamos cincuenta mil duros; el resto ya lo tenemos. Y se nos ha ocurrido que acaso este Banco, que por algo se llama Popular, pudiera prestárnoslos.

—¿Disponen de garantías?—interrogó el director con alguna sequedad, que me hirió en mis antiguos sentimientos amistosos.

—Poseo una fábrica de píldoras—replicó don Herculano—, a la cual pienso sacarle en el año que corre un beneficio de más de medio millón de pesetas, en una venta total de más de un millón.

—¿Cree usted—observó el director, con un levísimo toque de ironía en el tono—que los españoles sienten tal afán por rejuvenecerse?

—No olvide, señor—repuso don Herculano, con sentimiento de dignidad profesional—, que también vendo en gran escala en América, donde la vida febril hace envejecer pronto. Además—volviéndose a mí—, el amigo Escudero ha empleado, cómo lo diré yo, un rodeo...

—Un eufemismo—apunté yo.

—Eso es—reanudó don Herculano—. Mis píldoras, francamente, son un remedio contra la impotencia.

—Hola, hola—exclamó el director, definitivamente picado de humorismo—. Pero señor Ca... co... doro

—si no he escuchado mal su nombre—, ¡si éste es quizás el único país del mundo donde ese remedio no tiene objeto! ¿No ve usted que apenas hay desgaste, a causa de la diamantina virtud de las mujeres? Pero, en fin—adoptando un tono más grave—, yo no me meto en eso, que no es de mi incumbencia. Desgraciadamente nuestro Banco pasa por un momento difícil; hay escaso numerario en general y nosotros somos de los que más sufrimos de la crisis económica imperante. Todo esto que le digo es, claro está, una opinión personal; someteremos al Consejo su demanda; pero no es nada imposible que no podamos tener el gusto de aceptarla. Como amigo, particularmente, ¿por qué no buscan un político que les ayude?

—¿Pero quién?—intervine yo—. Los unos ya tienen periódico; los otros, antes gastarían su dinero en tomar arsénico.

—Hay uno—sugirió el director, a la par que se le iluminaba el rostro otra vez con una sonrisa de humorismo—, hay uno que hace tiempo sueña con un periódico, y seguramente uno como el que ustedes proyectan, a base de un específico para el desarrollo o restauración de la potencia genésica; sería un fuerte aliciente para su especial imaginación. Aludo a Bonifacio Gacela, que, como es sabido, no cree, como otros, que la salvación de España esté en una política hidráulica, ni en una política forestal, ni en una política pedagógica, ni siquiera en una política ibero-americana, sino en algo más recio y sencillo: en una política—con perdón—de criadillas.

Rióse ligeramente el director; me reí yo también por cortesía, aunque muy agraviado íntimamente por su desatención y sus intempestivos donaires, y nos despedimos, jurando don Herculano y yo hacer el vacío a Banco tan poco generoso.

Sin embargo, la alusión a Bonifacio Gacela nos fué preciosa, y esto tenemos que agradecérselo al director del Banco Popular, si bien su intención fué de zumba. En la calle de Alcalá nos encontramos con Perico Negrete, periodista típico. Era Negrete un mozo fundamentalmente amoral: sólo le importaban el lucro y el éxito; para él no existía ninguna de esas que él llamaba zarandajas y otros denominan nociones de la verdad y la justicia. Tenía la estructura psicológica del abogado al uso, siempre dispuesto a defender cualquier causa, con razón o sin ella. Negrete había sido redactor de periódicos de las más diversas opiniones, desde los de la extrema izquierda hasta los de la extrema derecha, y en todos ellos había escrito los artículos de fondo más opuestos con idéntico y ardoroso cinismo. «Hay que vivir y triunfar», solía responder, con picaresco guiño de ojos, cuando alguien le señalaba sus cambios de criterio. En rigor no cambiaba; era siempre igual a sí mismo, impersonal, el perfecto *condottiere* de la pluma. Ahora estaba en un periódico de esos que se denominan independientes y que lo son como un barril suelto sobre el oleaje, a merced de todos los vaivenes de la política; en él deslizaba, siempre que se lo permitían, sueltos favorables a Bonifacio Gacela, o extractos, lo más extensamente posibles, de sus frecuentes e inelocuentes discursos.

Nos saludamos, le presenté a don Herculano y en pocas palabras le esbocé nuestro proyecto. Acaso le conviniera a Gacela un periódico como propio, donde no se le haría, como en el resto de la mayor parte de la Prensa, el más hostil vacío, sino al contrario, una atmósfera de simpatía, ensalzando sus dotes de tesón y celo patriótico. Necesitábamos nada más que cincuenta mil duros, una pequeñez para Bonifacio Gacela y, sobre todo, para sus numerosos amigos políticos, gente de dinero y disciplina, que vaciaría heroicamente sus bolsas al menor gesto del jefe. Escuchó Negrete mi corta perorata, y pude advertir, según yo hablaba, que en su conciencia iba midiendo el valor del plan por las posibilidades de medro e influencia para él. Debieron parecerle grandes, porque apenas concluí, dijo con extraordinario entusiasmo:

—La idea es estupenda y de insuperable oportunidad, porque en este momento no hay prensa libre y está haciendo muchísima falta un periódico que tenga el valor de defender, en lo que tenga de defendible, naturalmente, la política de un hombre como don Bonifacio. Un periódico así, dirigido (recalcó la palabra, sin duda para ganar por la adulación mis sentimientos, que nunca le habían sido muy cordiales), dirigido por un hombre de la cultura y la pluma de Escudero, sería avasallador. Podríamos (me fijé en esta primera persona de plural, por la que Negrete se consideraba ya como de casa, lo cual, aunque inevitable, no dejó de alarmarme), podríamos hacer el mejor periódico de España. Yo hablaré con don Bonifacio Gacela del asunto con todo

el calor que el proyecto merece, y mucho será que no se anime desde el primer instante; precisamente le vengo preparando desde algún tiempo para lanzarle a una empresa así, y la coincidencia con ustedes y este encuentro no han podido ser más felices.

Nos despedimos, después de haber quedado Negrete en buscarme para comunicarnos la actitud de Bonifacio Gacela. Yo le dije a Cacodoro:

—Don Herculano, tengo poca fe en Gacela. La gente es empírica y no se fía de proyectos. Tiene poca capacidad creadora, no siente este divino placer de sacar las cosas de la nada y quiere que le den hechos los instrumentos. Rara vez les gusta hacer los arcos, ni siquiera ser arqueros; para todo han de buscar alquilones. Don Herculano: construyamos nosotros el periódico con nuestras modestas fuerzas, que una vez triunfante, y de ello estoy seguro, no han de faltar socorros al vencedor.

—Pero, ¿qué podremos hacer, amigo Escudero, sólo con cincuenta mil duros?

—Haremos milagros, don Herculano. Empezaremos por tirar el periódico en una imprenta ajena, hasta que adquiramos la propia, que será al mes de la aparición y por virtud de su éxito.

—¿En una imprenta ajena?

—Sí, don Herculano. Precisamente conozco una nada cargada de labor, antes bien, tan ociosa, que grande sería su placer en imprimir nuestro periódico. Es de un antiguo periódico republicano que se quedó sin lectores porque los jefes del republicanismo, unos franca y otros clandestina y vergonzantemente, hicieron apostasía y sus adeptos perdieron

la fe en ellos y en la causa. Una imprenta republicana se pondrá al servicio de *El Orden*, como los viejos caudillos. Don Herculano, es todo un símbolo, no exento de cierto acre humor.

—De modo que, a su juicio, debemos lanzarnos... —dijo don Herculano, sin concluir la frase, medio atemorizado por los peligros de la aventura y medio exaltado por sus delicias.

—Inmediatamente—repliqué con energía pragmática, para remachar sobre mi compañero un convencimiento y un entusiasmo que estaba lejos de sentir—. Debemos salir sin demora. Ahora estamos a fines de enero. Fijemos para el primero de marzo la aparición del primer número. En un mes podemos prepararlo todo, y la época es excelente, pues hasta Navidad perdura la inercia del verano, y desde Navidad hasta Carnestolendas, empalmándose con Semana Santa, todo son fiestas y distracciones del ánimo. Agregue usted el frío, que entumece el espíritu y le roba toda aptitud de curiosidad y atención. Marzo es buen tiempo para un periódico nuevo; el invierno dispara sus últimos ramalazos; la psiquis se despereza de la modorra invernal; se anima la vida pública; comienzan las revueltas sociales, que no hallan ambiente con la humedad y el frío de los meses más crudos, y puede sobrevenir algún suceso sensacional, muy necesario al periódico. Lo dicho: salgamos en primero de marzo.

—Usted lo sabe mejor que yo, Escudero, y lo que disponga bien está. ¿Por dónde hemos de empezar entonces?—preguntó don Herculano con una decisión que llegóme al alma.

—Lo primero—dije—es entenderse con la imprenta, hallar un local para redacción y administración y amueblarlo. De esto yo me encargo, y si usted quiere, mañana mismo empiezo.

—De acuerdo, y venga a verme tan pronto como sepa algo concreto.

Nos despedimos en la Cibeles, meditabundo don Herculano, sin duda por la gravedad de aquel momento decisivo, y yo a punto de desplomarme de fatiga después del esfuerzo psicológico sostenido para que no se malograran mis planes. Aquella tarde, después de comer, dormí hasta las siete. Por la noche comencé por cafés y círculos una enigmática propaganda de *El Orden.* Naturalmente, sugerí la existencia de una disponibilidad de millones de pesetas, ocultando el origen. Se habló de todos los oros: del jesuítico, del masónico, del naviero, del político; de todos, menos del oro de las Píldoras Herculinas.

IX

LOS CABALLEROS DE «EL ORDEN»

En los días subsiguientes dediquéme a la imprenta y a la busca de local. El arreglo con la imprenta republicana no fué dificultoso. La maquinaria estaba algo vieja y deteriorada, como las ideas y los hombres a que había servido; pero para ser cuna o ama seca de *El Orden* era más que suficiente; luego, cuando estuviéramos en franco desarrollo, los dioses dirían.

El hallazgo de un local conveniente fué más difícil. Había de ser céntrico, sin ser demasiado minúsculo, y espacioso, sin ser excesivamente caro, condiciones de no fácil armonía. Muchos caseros o pedían rentas fabulosas o se negaban en redondo al saber el objeto del piso, pensando, sin duda, que un periódico es una fuente un tanto turbia de abundante riqueza, o un ejemplo de dudosa conducta, como una casa de juego o de lenocinio. Para la honrada burguesía, el periodismo—¡su gran columna!—todavía es una profesión irregular y no muy prestigiosa, y todavía hay quien pregunta: «¿Cómo se pue-

de vivir de eso?», como si se tratara de andar dando el quién vive por los montes y caminos o de amaestrar ballenatos.

En fin, hallé un local en la Carrera de San Jerónimo, con más fachada que espacio interior; pero como al principio lo que importaba era anunciar el periódico, alquilamos el piso, por su dilatado rostro más que por su desmedrado cuerpo. Lo amueblamos sencillamente, menos la dirección y un cuarto contiguo; la primera con severo lujo, con mobiliario que imitaba tan exactamente la antigüedad y el estilo castellano, que algunas mesas y sillas estaban acribilladas a perdigonazos para fingir los agujeros barrenados por los insectos; a los visitantes de esa habitación, que sólo serían gentes de pro en el mundo de la política y los negocios—para los demás reservamos un recibimiento oscuro e incómodo, escasamente hospitalario—, queríamos darles desde el primer instante una impresión de solidez, respetabilidad y buen gusto. El cuarto contiguo, separado de la dirección por puerta y espesos cortinajes a los dos lados, se amuebló asiáticamente, con anchos divanes, abigarrados cobertores y colgaduras, grandes lámparas portátiles con pantallas de seda de diverso color, para que la luz fuese mate y misteriosa, como convenía a los fines de esa habitación; en un ángulo, un armario medio oculto guardaba en sus pérfidas entrañas gran copia de botellas del más vario linaje de vinos y licores y un buen acopio de cigarrillos orientales; por lo dicho, bien a las claras se desprende que esta habitación se destinaba a visitantes femeninos de cierto género, o para revelarlo

todo, del género teatral en sus múltiples variedades líricas y terpsicóricas.

La tarea inmediata fué formar el cuerpo de redacción. Como lo había temido, aquello fué una nube de langosta que empezó a caer sobre don Herculano y sobre mí con pertinacia y voracidad alarmantes. Recibimos misivas de recomendación de políticos y escritores, de hombres de negocios y hasta de gentes que eran tan desconocidas o más que los propios recomendados. Nunca imaginé que la profesión periodística tuviera tantos adeptos.

—Nada de debilidades—le dije a don Herculano—. *El Orden* no puede ser un asilo de inútiles ni un procedimiento para que, a su costa, hagan un favor tales o cuales personajes, a la par que se quitan de sus hombros y, lo que más les duele, de sus bolsillos, a un puñado de pedigüeños. Si quieren que el periódico sea un hospicio, que empiecen a sostenerlo con su pecunia. Entretanto, procederemos con cierto método que nos convenga.

—Nada, nada, Escudero, usted decida. Con tal que me reserve una especie de secretario para las menudencias que se me ocurran—las cosas grandes, claro es, a usted se las dejo—, resuelva como mejor le parezca.

Agradecí a don Herculano esta prueba de confianza y procedí a poner en práctica mi método, que no podía ser más simple. Comencé por clasificar a los solicitantes en cuatro categorías: la de los veteranos, la de los catecúmenos, la de los imbéciles y la de los expertos. Los veteranos eran todos hombres desilusionados del oficio y, en general, de la vida;

aves rendidas por el esfuerzo y por los años. El enjambre juvenil que, un cuarto de siglo atrás había levantado el vuelo, y del cual ellos eran también parte, había llegado, por diversas sendas, a su destino. Unos eran diputados y gobernadores: iban haciendo carrera política. Otros eran firmas literarias que habían sabido concordar la gloria con el provecho; si no en la opulencia, vivían en una independiente holgura. Este había logrado mujer rica, y aunque no era ella un dechado de belleza ni de juventud—no había que ser excesivamente ambicioso—, su posición era la más sólida. Aquél había roto la pluma y dedicádose a la especulación bursátil y al negocio de comisiones; iba camino de millonario, y si le salía bien un alijo de tabaco que proyectaba, su situación económica alcanzaría espléndida redondez. Todo esto lo refirió uno de los cinco o seis veteranos—los frustrados del enjambre—que vinieron a verme, como van a todo periódico nuevo, el paso inseguro, inexpresivo el rostro, los ojos empañados de una lacrimosidad que no se sabe si es de origen metafísico o alcohólico. Mi informador se llamaba Serapio Avecilla, uno de estos hombres pródigos que se dan enteros, sin reservarse nada, y llegan a los cincuenta años con un cuerpo prematuramente senil y con un cerebro que parece vaciado en campana neumática.

—Ya ve usted, amigo Escudero—me decía con efusiva familiaridad, como si nos conociésemos de toda la vida, y era la primera vez que nos veíamos, aunque él se había esforzado en recordarme que nuestra amistad era antigua—, ya ve usted mi perra

suerte. Todos han medrado, menos yo. La culpa es en parte mía, que siempre preferí el trabajo anónimo al firmado. ¡Ah, si yo hubiese firmado desde el primer día o si hubiera cortejado a algún político de campanillas!... Hoy sería un personaje de las letras o de la política. He sido un imbécil. Pero también tienen la culpa mis compañeros de otro tiempo, que me abandonaron, cuando no me hicieron el vacío, por envidia, por rivalidad, por temor a que les hiciera sombra. La Humanidad es muy ingrata, amigo Escudero. Ya no me quiere nadie, ni los amigos de mi juventud, ni los periódicos a los cuales dí lo mejor de mi vida, ni los prestigios de la política y la literatura que contribuí grandemente a formar y consolidar. Todos me desprecian. Poco valgo ya; pero soy un hombre de experiencia y consejo, sé lo que es o no periodístico. Tengo familia, una mujer enferma, dos hijos delicados por deficiencias de alimentación; no cuento más que con una modesta sinecura, que le debo al Tuerto, el político más generoso... con el erario público. Amigo Escudero, de usted depende que sea un hombre de orden y de *El Orden*, y si me abandona seré capaz de cometer cualquier disparate—concluyó echándome un brazo al cuello y riéndose de su juego de palabras finales, dichas en tono medio de chanza y medio de desesperación trágica.

Prometí a Avecilla una plaza de redactor, por sentirme moralmente obligado con esta víctima del periodismo. Como este hombre—pensé—dejará *El Orden* muchos a lo largo de su camino, después de estrujarlos como limones y agotarlos como caballos

en un viaje de marchas forzadas. No podremos conservarlos todos, y cuando estén exhaustos o viejos habrá que sustituirlos por hombres de sangre más joven. Conservarlos sería destruir el periódico, que necesita rejuvenecerse cada día. Pero como esto es, por otra parte, una brutal injusticia, me adelanto a repararla en lo que permiten nuestras fuerzas, admitiendo a este hombre, que, por lo menos, distraerá con su rico repertorio de donaires y viejas historias a los jóvenes alazanes, y así doy un ejemplo de solidaridad y humanitarismo a los periódicos que ya existen y a los venideros. A los otros veteranos los despaché secamente con la razón de que *El Orden* no podía ser un senado o consejo de inválidos.

—Perfectamente, Avecilla—le dije—, se encargará usted de la parte biográfica del periódico, y especialmente del obituario, pues debe conocer muchas historias y seguramente la memoria es aún firme. Vaya preparándome, por lo tanto, la necrología de los mastodontes de la política y la literatura que, por sus años, más que por su desgaste mental, que nunca fué abusivo, antes han de exonerar el puesto y aun los puestos que en este mundo ocupan.

Prometiómelo Avecilla y procedí a continuación a entendérmelas con la segunda categoría, o sea la de los catecúmenos. Eran todos jóvenes de veinte a veinticinco años, poetas, novelistas, dramaturgos, la mayoría inéditos. Provenían de provincias, atraídos, como plantas nacidas en las tinieblas, por la luminosidad de la corte. Un periódico era para ellos la rendija o ventana por donde podían salir a luz, y a

él acudían con juvenil voluntad vitalista. Su secreta esperanza era hacerse rápidamente un nombre y revelar entonces al mundo el Byron, el Shakespeare o el Stendhal que cada uno llevaba dentro. Les encargué, a modo de concurso, la redacción de un suceso imaginario que ellos inventasen, y escogí al más fantástico, al más realista y al más correcto de estilo, entendiendo que estas tres cualidades, corrección de forma, realismo u observación fiel del natural, y fantasía o idealización de lo real, constituyen la esencia de todo buen escritor, periodista o no, y esperanzado de que con el tiempo adquiriese cada uno de ellos las cualidades complementarias.

Con la categoría de los imbéciles despaché sin dilación ni embarazo. Eran seres inútiles, incapaces de carrera u oficio, proclives a la vida parasitaria, inficionados de señoritismo, ignorantes, tontos, presuntuosos, hijos de padres influyentes la mayoría, que después de haber fracasado en diversas tentativas para agenciarse una profesión o empleo, decidían hacerse periodistas, como si esta actividad fuese el puesto de todos los náufragos o piratas sociales. Venían munidos de linajudas cartas de presentación, pero a todos despaché con viento tormentoso. ¡Nada de sinecuras! Con redacciones de inepta y haragana gente así, se avillanaba el espíritu de los periódicos y se depauperaban sus cajas de caudales. ¡Fuera parásitos!

La cuarta categoría, la de los expertos, me fué la más útil. Eran guerrilleros de la profesión, bien fogueados por la experiencia, ni muy cansados por la edad y los desengaños, ni demasiado ilusos por la

mucha juventud; hombres equidistantes del ensueño enervante y de la decepción infecunda, laboriosos, atentos a la parcela diaria, ni distraídos con una quimérica tierra de promisión, como los más jóvenes, ni deseosos de un hoyo para tumbarse en él e irse muriendo como los veteranos. A unos los hallé en otros periódicos y los atraje con el señuelo de una mejor remuneración. Otros estaban cesantes por eclipses o afirmaciones del carácter que no menoscaban sus virtudes: uno fué un día a recoger informes de un gran crimen y se fugó con una bailarina; otro contestó a una impertinencia del director del periódico donde trabajaba arrojándole un tintero; otro tenía la debilidad de deber a la administración dos o tres meses adelantados, que tendían a aumentar en progresión creciente; pecados veniales todos, que *El Orden* sabría disculpar como extralimitaciones propias de personalidades enérgicas y desbordantes.

En conjunto recluté diez hombres, que, salvo Avecilla, me hubiera envidiado cualquier Napoleón de la Prensa.

—Nada de divagaciones, nada de andarse por las ramas;—les amonesté cuando les tuve reunidos—; noticias, noticias y noticias quiero. Del comentario me encargaré yo o quien yo designe. Objetividad, exactitud, concisión: éste será el lema de *El Orden*. Y honradez: a quien se le sorprenda en delito de sinecura en los ministerios o de cohecho con políticos o particulares, será despedido en el acto. El orden y la regeneración del país deben empezar por casa.

Después de esta breve arenga, casi militar, que me hizo reir por dentro, al percatarme del aire y tono de fatua impertinencia que da el mando, aun a gentes tan poco hechas para el imperio como yo, pobre Modesto Escudero, me dispuse a la distribución del trabajo. Al que me parecía más tonto, que era el joven de estilo correcto, le encargué todas las críticas de arte: teatro, pintura, escultura, música, literatura. Pues me dije: En esto no caben términos medios; a falta de un Lessing, de toda esta tarea de las artes, que es la mayor de las tareas, sólo se le puede encargar a un neófito poco inteligente. A continuación le dí algunos consejos útiles:

—Ande usted una temporada por los círculos y tertulias de artistas; recoja su terminología y aprenda a trazar curvas en el aire con el pulgar, como acompañamiento obligado de sus juicios sobre algún cuadro o escultura; hable siempre oscuramente, para dar a los profanos la impresión de que es usted un técnico, y a los técnicos la de que es un estético; baraje los grandes nombres sonoros de cada arte, sugiriendo a los currinches que ya se ve en ellos la genealogía de Calderón y Lope; a los pintamonas, que el Greco y Velázquez no lo hubieran hecho mejor; a los musicantes, que la armonía de las arpas celestes, si existieran, sería, a su lado, no mejor que la música de negros, que, dicho sea entre nosotros incidentalmente, vale bastante más que la de la mayoría de los blancos de hoy; no hable mal de nadie, y adquirirá usted fama de eminente crítico.

De los crímenes y otros sucesos truculentos encargué al joven de la fantasía. Si no ocurren o son

nimios—pensé—los inventará y el periódico se abrirá paso en las porterías y en los pisos de semejantes afinidades psicológicas, que son el noventa por ciento. Este joven era uno de los prosélitos más brillantes de la última estética lírica, la escuela de los eutrapelistas, y había publicado en su órgano en la Prensa, *Eutra*, algunos extraordinarios versos. Su especialidad era el eutrapelismo astronómico. He aquí algunas de las muestras que me trajo:

CUARTA PLANA

Se ha roto el eje del mundo.
El Creador
está fosco y meditabundo.
Un cometa
aparece en el horizonte,
aterrador.
Ya desciende en el monte.
Toda la Humanidad se aneutra.
Mas tened calma; es que viene a *Eutra*
con este anuncio: «Hace falta
un forjador.
Razón, séptimo cielo, en la buhardilla más alta.
Hay ascensor.»

FLIRT

La Luna ha salido esta noche con cuernos.
Mercurio, que la ama y sufre una secreta
dolencia, se ha dado a todos los infiernos.
La Luna, que es una coqueta,
quiere un anillo de Saturno
y le guiña un ojo.
Se cae un lucero.

Es una chispa del acero
que cruzan Mercurio y Saturno con prisa
furiosa. La Tierra a la Luna eclipsa,
envidiosa de su éxito nocturno.
Entonces la Luna flirtea con Sirio.
¡El delirio!

—Usted irá lejos como cronista de sucesos. Tiene fantasía y es lo que hace falta para narrar y reconstruir mentalmente «el crimen de ayer». Como los buenos paleontólogos, que sobre un hueso del tamaño del dedo meñique reconstruyen la figura de un ictiosauro, usted edificará sobre cualquier leve indicio toda una novela. Pero no moralice; relate; contemple el mundo de la truculencia delictiva con el indiferente y amoral regocijo con que Dios asiste a este circo humano que ha creado en la Tierra, y acaso llegue usted a ser un buen dramaturgo; de otra suerte se quedará usted en poeta eutrapélico o en enfadoso predicador. Créame: Shakespeare no fué en sustancia sino un buen narrador de los crímenes de reyes y nobles de su época, y *Rojo y Negro* fué originariamente un suceso vulgar.

El joven eutrapélico, que al principio se sintió herido en su dignidad lírica por la sección que le encargaba, quedó, después de mi apologética zumba, satisfecho y entusiasmado de una labor por donde podía llegarse a las cimas más altas del arte.

Al joven de temperamento realista le encomendé el mundo político, los ministerios, las tertulias de los partidos, los pasillos del Congreso y del Senado, los vestíbulos de los grandes hoteles, las cercanías de algunos pequeños «hoteles»... Este muchacho

—me dije—será la Celestina del periódico, uno de los actores más importantes de nuestra comedia diaria. A él, naturalmente, le sugerí otra cosa.

—La alta información—le indiqué—, los secretos de la política, en suma, los hilos de la historia contemporánea pasan a cargo de sus ojos, oídos y manos. No escatime medio, no ahorre impertinencia, sea importuno, entrometido, insolente, si es necesario, con tal de descubrir lo que vayan tramando la ambición y la deslealtad; soborne criados, procure trabar amistad con las queridas de los prohombres públicos, y seremos dueños de todos sus secretos. ¡Delicado cargo el suyo, mi querido amigo!—terminé, dándole unas palmadas de estímulo en el hombro.

A los expertos, a los lebreles ya entrenados—que habían escuchado con mal oculta socarronería mis consejos—los coloqué en los puestos de más responsabilidad y trabajo, a mi permanente alcance. Al cabo de unos días, pude decirle a don Herculano:

—Ya tengo formado lo principal de la redacción; pero aún me falta, entre otros detalles, un punto importante: el revistero taurino. Porque supongo que nos ocuparemos de toros.

—Eso usted lo sabe mejor que yo, Escudero.

—Personalmente—repliqué—me parece una fiesta, no bárbara, sino estúpida, y por mi gusto no la dedicaríamos ni una línea, porque si fastidioso es el espectáculo, insoportable de tedio y mal gusto es la literatura que produce, sin contar que hay que tener una clave especial para entenderla. Pero el público es necio y pues que paga... No debemos desafiar la impopularidad. No ocuparse de toros en España es

como si en un país de antropófagos uno se proclamara intransigente herbívoro; tiempo y dinero perdidos. Lo difícil es dar con el crítico. Los más eminentes, es decir, los más energúmenos, tienen ya su periódico. Necesitaríamos uno que, sin ceder en energumenismo y chocarrería a los demás, aventajase a todos en fanática parcialidad por alguno de los astros de turno. De ese modo le leerán sus partidarios para admirarle y sus adversarios para injuriarle, o sea, le learán todos, que es lo que importa.

Preguntamos a los redactores si conocían alguien a propósito para revistero taurino, y Avecilla nos dijo que sabía de un amigo que entendía mucho de toros, que era fanático del *Pichón* y que escribía con los pies metidos en dinamita. Ahora estaba sin periódico, porque los enemigos habían amenazado con incendiar la redacción si seguía escribiendo.

—Pues ese es nuestro hombre—decidí.

Le llamamos, quedó encantado de escribir en *El Orden* y nos propuso cambiar el pseudónimo que le había granjeado popularidad tan peligrosa. Antes firmaba *Don Bólido.*

—Pues para no perder el consonante, firmará usted en lo sucesivo *Don Estólido*—le dije, pensando que este pseudónimo armonizaba bien con su frente hundida, su expresión selvática y su hirsuta plétora capilar en cráneo y rostro. Él creyó que la palabra era una fineza, algo relacionado con sólido, y la aceptó maravillado de mi inventiva.

Así se formó la redacción de *El Orden*.



X

A DON HERCULANO SE LE DESPIERTA VOCACIÓN DE PADRE DE LA PATRIA

Don Herculano levantaba activamente el tinglado administrativo, bajo el asesoramiento de un técnico que arrancamos a otro periódico. De vez en cuando venía a nuestro negociado a departir con los redactores. Su ignorancia del complejo mundo de que vive y en que se mueve un periódico era tan vasta, que los redactores, sobre todo los expertos, no podían conciliar el respeto que procuraban sentir por el propietario, con los hábitos de burla adquiridos en la intimidad de tantos falsos valores y estimulados por la inferioridad mental de don Herculano. Esto le hizo gradualmente receloso y autoritario, desafecto y duro, como si quisiera imponer por la fuerza de las circunstancias un acatamiento que no era espontáneo y sí zumbón.

Cuando los preparativos estaban adelantados, resolví consagrar las tardes a la educación ambiente de don Herculano.

—Es menester—le dije—que se vaya usted familiarizando con los hombres y las cosas que han de ser

la piedra y la argamasa de nuestro periódico. Conviene que penetre usted; sobre todo, en los secretos de la política y la literatura, porque pronto habremos de manejarlos y no es adecuado que los ignore usted, que ha de ser voluntad suprema, ni para su prestigio, ni para la buena marcha del periódico.

Una tarde, guiado de esta intención pedagógica, fuimos al Congreso de los diputados, que entonces debatía un proyecto de ley muy polémico. Era una tarde en que se esperaba una sesión sensacional y acaso, como remate, una crisis del Gobierno. Avecilla nos procuró entradas para la tribuna de la presidencia y para los pasillos. Todas las tribunas estaban atestadas; en los primeros asientos se veían no pocas señoras.

—¿Serán feministas, partidarias del voto a la mujer?—observó ingenuamente don Herculano.

—No lo crea usted—respondió Avecilla, que allí se sentía en su elemento, como un viejo marino junto al mar o un antiguo soldado cerca de un campo de batalla—. Esas señoras vienen al Parlamento como van a una ópera: á admirar a los primeros divos. Muchos diputados no lo son, y a veces a costa de grandes dispendios, más que para subyugar con su apostura, y si pueden con su elocuencia, a estas ociosas espectadoras. Vea usted a aquel diputado en el centro del hemiciclo, con sus grandes bigotes que retuerce amorosamente, su impecable indumentaria y sus ojos que no cesan de mirar, insistentes y bovinos, a la tribuna pública. Es Don Juan, padre de la patria. Quite usted el factor femenino de la política, y sufrirá la indumentaria, la elocuencia, el gesto, el

prestigio y hasta la carrera de muchos personajes.

No imaginé—susurró don Herculano—que las mujeres tuviesen tanta influencia.

—Enorme—prosiguió Avecilla—. A veces los éxitos amatorios de un diputado engendran envidias y rivalidades que contribuyen a rebajar sus méritos de orador. Otras, las mujeres envenenan de por vida las relaciones de dos prohombres. Ahí tiene usted, por ejemplo, a Lucero y al Tuerto, mi protector, sin poder entenderse y gobernar armónicamente la patria por la rivalidad de sus queridas. «¿Cómo—dice cualquiera de ellas al enterarse de que el otro, el contrincante, está a punto de ser presidente del Consejo de ministros—, consentirás que ese sinvergüenza se adelante y mande más que tú? ¿Serás tan calzonazos?» Y se desbarata la incipiente concordia. La mujer ha sido y es la ninfa Egeria de muchos políticos españoles; a unos les sirve de alas de la victoria, porque le deben su carrera política; de otros es la ponzoña y el agotamiento; a algunos ha estado a punto de frustrarles su porvenir de gobernantes. No tiene voto ni lo necesita, porque le basta dominar sobre la libídine de los hombres, muy desarrollada entre nuestros políticos, tal vez a causa de la ociosa frivolidad con que toman los negocios del Estado.

La sesión comenzó lánguidamente. Un secretario leyó algo bastante extenso en voz ininteligible. Luego dieron principio los ruegos y preguntas. Un diputado de la izquierda pronunció una breve y violenta arenga por no se sabe qué tropelía de la fuerza pública. Acusó de complicidad de asesinato al minis-

tro de la Gobernación. El presidente agitó frenético la campanilla y le espetó estentóreo:

—¡Orden, orden! Le viene muy ancho a su señoría, para sus pocos años, el papel de fiscal del pueblo.

—No tan ancho como a su señoría la poltrona presidencial—fué la réplica.

—¡Orden, orden!—vociferó el presidente—. No consiento insolencias... ¡Siéntese su señoría!

Sentóse, sonriente, el diputado de la izquierda, y contestóle el ministro de la Gobernación. Sus breves, desdeñosas palabras, eran como el rumor inarticulado de una concha marina aplicada al oído. No las entendió nadie, salvo los taquígrafos, que, como es notorio, saben por una larga práctica el cliché de respuesta que corresponde a un cliché de pregunta o protesta, y la escriben mecánicamente. Luego, minutos más tarde, se dirigió el diputado revolucionario a la mesa del presidente, el cual le recibió con severo talante y levantando los brazos, como diciéndole: «¿Qué escándalos son esos que me arma usted cada tarde?» A lo que el interpelado respondió con un malicioso guiño de ojos y abriendo con gesto de exculpación los brazos, como diciendo: «¡Créame que no es por mi gusto!» Luego le dió el presidente un caramelo de despedida.

—No comprendo—comentó don Herculano.

—Es muy sencillo—replicó Avecilla—. Generalmente los diputados se limitan a atender las reclamaciones de sus distritos y mendigar por los ministerios y despachos de los ministros en el Parlamento. Pero hay diputados que no siempre quieren to-

marse esa molestia, por desidia o por odio político cuando los que reclaman son adversarios. Entonces éstos se dirigen con sus quejas y lamentaciones a dos o tres diputados que hay en todas las legislaturas, especializados en la misión de repetir en el Congreso toda reclamación que a ellos llega. Saben que es ineficaz; el ministro les responde por fórmula y sin ningún propósito de enmienda; pero al día siguiente envían unos ejemplares del *Diario de Sesiones* a los reclamantes, posibles electores futuros, y todos tan satisfechos. Este es el preámbulo diario de la farsa parlamentaria.

La sesión no empezó a animarse hasta que pidió la palabra Lucero, un hombre a quien se le suponía siempre una intención aviesa y bastarda. Llenáronse los escaños rápidamente, se hizo un denso silencio y dió principio el orador. La atención era viva, porque nadie ignoraba que las huestes del Gobierno estaban internamente muy quebrantadas por irreductibles disensiones en la manera de concebir el proyecto de ley en discusión, y se veía que Lucero haría una de sus intencionadas preguntas para revelar el resquebrajamiento intestino del Gabinete y sus secuaces y tal vez producir una crisis. A las primeras palabras, se oyó en la tribuna de la Prensa:

—¡Pastel, pastel!

—¿Qué dicen ésos?—inquirió don Herculano.

—Son los muchachos de la Prensa—replicó Avecilla—. En realidad, son la verdadera representación del pueblo. En las otras tribunas no se permite levantar una voz. En la de la Prensa, sí, aunque

más de un presidente ha intentado, en vano, reducir esa especie de inmunidad supraparlamentaria de que goza, y dicen lo que diría el hombre de la calle si aquí estuviera: la verdad. Han gritado que hay pastel; esto es, componenda anterior. Y, en efecto, así es; estaba informado de ello. El presidente de la Cámara, por indicación del presidente del Consejo de ministros, que siempre son lobos de la misma camada, ha llamado a su despacho a Lucero antes de comenzar la sesión, y en nombre del patriotismo —¡todo por el patriotismo!—le ha persuadido de que no es oportuno atacar ahora al Gobierno, porque los momentos son desfavorables para una crisis, entre otras causas porque los liberales no están bastante unidos para encargarse del Poder. Lucero, siempre buen patriota, ha atendido al requerimiento, y ahí tiene usted frustrado el interés de la sesión.

—¿Pero es que la gente toma esto como una plaza de toros?—observó don Herculano.

—Aproximadamente—dijo Avecilla—. Los españoles son, ante todo, un pueblo escénico. Les interesa la política como espectáculo, no como instrumento de producir leyes que hagan su felicidad. Odian la ley y adoran el aparato histriónico de urdirla. No quieren legisladores, sino buenos actores. Licurgo que apareciese aquí, sin ser buen orador y buen artista de esta tramoya, sería arrojado a botellazos, como un torero sin gracia. La gracia, sobre todo. Y, de vez en cuando, un poco de emoción: un escándalo parlamentario, que termina a abrazos en los pasillos; una crisis, que se resuelve volviendo los mismos perros con distintos collares, y de tarde en tarde al-

guna revuelta o asonada, sin ir demasiado lejos, sin convertir la comedia en efectiva tragedia.

Pero la sesión volvióse a animar por virtud de un sesgo inesperado. Pidió la palabra Pompeyo Rojo, diputado republicano, también conocido por el Tiralenguas. Era notorio que de revolucionario no tenía más que el simbólico apellido; pero su palabra se escuchaba siempre con atención, porque cuando no ofendía la gravedad de la Cámara con un plebeyo dicharacho, a que era muy aficionado, o no la ponía convulsa de risa con algún donaire de legítimo ingenio, siempre tenía que decir alguna malignidad que embarazaba a los primeros divos y a los ministros, obligándoles a hablar cuando hubieran preferido el silencio, o exponiendo en serio algún juicio de tan perogrullesca evidencia, que la Cámara entera se maravillaba de no haber pensado antes lo mismo.

—La estructura escénica del Parlamento es tan orgánica y acabada—continuó Avecilla—, que un hombre como Pompeyo Rojo es indispensable. Su papel, que cumple con inimitable arte, es el del perfecto opositor: hacer reír cuando la Cámara sufre tedio; hacer hablar a los que, cobardes o astutos, guardan silencio; echar una mano al Gobierno, so pretexto de combatirle, cuando pasa por angustioso trance; dar una nota patriótica de pecho en las sesiones solemnes, para que no se diga que, por encima de sus chanzas y de sus deberes revolucionarios, no coloca él los sagrados intereses de la patria, si es preciso; aliarse tácitamente a alguno de los cabecillas para turbar los planes o poner en evidencia a

algún rival, y éste es ahora el caso. A don Rómulo Romero, vulgo el Tuerto, le conviene ahora, por ejemplo, dejar desairado a don Jacobo Lucero, su concurrente a la jefatura del partido, y como no sería correcto que él tomase la ofensiva, la emprende su amigo de afinidades temperamentales Pompeyo Rojo.

«Porque, ¡ah, señores!—peroraba Rojo—, todos nos hemos sentido un poco deilusionados con el discurso, por lo demás elocuente y admirable como suyo, del señor Lucero. ¿Qué ha ocurrido aquí? Si no es indiscreción, diré que esta tarde, a primera hora, vi al señor Lucero deslizarse en el despacho del presidente. (Interrupción del presidente: «Cíñase su señoría al asunto o pasaremos al orden del día.») Ya me ciño, señor presidente, como se ve por lo que le aprieta; vi al señor Lucero, decía, deslizarse en el despacho del señor presidente, tal vez a su instancia. (Interrupción del señor Lucero: «Fuí a felicitarle por el nacimiento de una robusta nieta.») No lo dudo, señor Lucero, y yo también felicito al señor presidente por tan fausto suceso, que añade al noble título de padre de la patria el no menos noble de abuelo de familia. (Algunas risas.) Pero yo pregunto: ¿Es que hay alguna relación entre esa visita y el desengaño que nos ha producido a todos, y que tan bien han interpretado los señores de la Prensa (mirando arriba con ojos de lisonja que espera ser correspondida) con una expresión elocuente? Sin embargo, esto no puede quedar así; es necesario que el Gobierno diga si hace cuestión de Gabinete la aprobación de esta proyectada ley que vamos a continuar discutiendo, y en caso afirmativo, es me-

nester que sepamos el criterio que piensan adoptar con sus minorías los respectivos jefes, en el sentido de si les dejarán o no en libertad de intervenir en la discusión y de votar.»

Miráronse los ministros y los jefes de minoría unos a otros, con enojada perplejidad. El Tuerto sonreía beatífico, mirando con aparente distracción al techo. Era un proyecto de ley escandaloso. Se trataba de prorrogar la concesión de un monopolio a una Compañía de la que el presidente del Consejo había sido director y era accionista principalísimo. Levantóse a hablar pesadamente, con la torpeza de un cetáceo fuera de su elemento. Sí—vino a decir—; el Gobierno hacía cuestión de Gabinete de la aprobación de un proyecto de ley que era altamente beneficioso para la patria. (En su vocabulario, patria y lucro privado eran sinónimos.)

—Se extrañará usted que un hombre tan bruto sea presidente del Consejo de ministros—susurró Avecilla al oído de don Herculano, cuya fisonomía, al principio poseída del respeto que trae uno de la calle al Parlamento cuando lo visita por primera vez, había ido adquiriendo un aplomo que parecía decir: «Pues no es tan temible como me lo había imaginado, y nada me importaría estar en uno de esos escaños»—. Pues no tiene nada de particular —continuó Avecilla, cuyo sagaz conocimiento de la vida política no dejó de sorprenderme, y me prometí en mis adentros aprovecharlo fructíferamente en el periódico—. En política, como en los demás órdenes de la vida, cuando hay rivalidades entre individuos de personalidad algo enérgica, la elección recae

siempre sobre un tercero torpe en discordia. Los inteligentes se neutralizan con sus envidias y pasiones, y se avienen, con tal de que no triunfe el rival, a que se quede dueño del campo el anodino. Por eso es presidente ese cachalote que acaba de farfullar las inepcias que le hemos oído.

Luego tomó la palabra don Pomponio Chueca (apellido que muchos consideraban como corrupción de chueta, que viene del mallorquín jueu, judío converso), también llamado don Olimpo, por el gesto de Zeus y la prosopopeya usada para emitir las ideas más vulgares. Don Olimpo era un caso psicológico semejante al del éxito de los específicos. Si un menjunge cualquiera se anuncia con pertinaz reiteración, asegurando que es producto universal y la mejor de las panaceas, el público, de un modo subconsciente, acaba por admitir una hipótesis que no tiene otro fundamento que la opinión interesada y la insistencia del fabricante. Don Olimpo también se había anunciado desde hacía muchos años con su máscara plagiada de la pintura española clásica, con sus actitudes estudiadas al espejo y su oratoria y su prosa retorcidas e inanes como un caracol de mar, pretendiendo ser una criatura privilegiada que se había desprendido directamente del ombligo de Dios. Se tenía por una especie de Mesías, llamado a salvar los destinos de la patria. Nada abonaba este supuesto: ni el pensamiento, nunca pródigo ni luminoso, ni las obras, siempre erróneas y desastrosas, de don Olimpo; pero tanto había insistido en su superioridad, que no faltaban gentes que habían acabado por creerle. Pomponio Chueca era la gran engañifa de

la época; pero así como los individuos particulares disponen de un uniforme o especial indumento para ciertas solemnidades, ya sombrías, ya exultantes, del mismo modo los pueblos necesitan tener en su guardarropa político un gran mascarón de quien poder echar mano en determinadas ocasiones. Don Olimpo era el mascarón ideal, porque, además de serlo, sentía la fruición estética de su papel. La gente de entre bastidores del Parlamento y la Prensa se reía por lo bajo de la vesania mesiánica de don Olimpo; pero como gozaba de cierto predicamento entre la candidez conservadora—de la candidez revolucionaria se aprovechaba Pompeyo Rojo—, la mayor parte delos prohombres fingían respetarle, y algunos, como el Tuerto, cuidaban de lisonjearle para granjearse su apoyo.

Habló don Olimpo unas excepcionalmente pocas palabras, turbias como agua de arroyo apenas caen cuatro gotas; pero no obstante su sentido, como siempre, enigmático, que probablemente era deliberado y a propósito para dar impresión de compleja profundidad sobre ideas excesivamente superficiales y simples, se pudo entender que él, como de costumbre, dejaba en plena libertad a los que le seguían porque en ello tenían libérrimo gusto, no porque él coaccionase el albedrío de nadie. Era una de sus posturas predilectas la de querer diferenciarse de esos otros jefes que van a remolque de sus secuaces; él pretendía vivir señero e inaccesible, seguido a su pesar, como el Cristo.

Avecilla se había quedado taciturno, colérico el rostro.

—¿Qué le pasa a usted?—le dije, por tirarle de la lengua—. ¿Qué opina usted de don Olimpo?

—Me hace el efecto de un emético—respondió con un simulacro de náusea.

Reímonos don Herculano y yo del extraño odio de Avecilla, y nos dispusimos a oír a Leoncio Juderías, que ya estaba en pie.

—El más temido de todos los políticos—explicó Avecilla—: mediocre, ha sabido con su astucia arrumbar a su antiguo jefe, don Olimpo; fino, sabe clavar el puñal envolviéndolo en un ramo de flores; frío, sabe ajusticiar lavándose las manos como Pilatos. Dios nos libre de ser sus enemigos.

«Suscribo las palabras, elocuentes como suyas, de mi querido y admirado amigo el señor Chueca» —se limitó a decir.

—Tanta amabilidad—observó Avecilla—revela que algo gordo prepara contra don Olimpo.

Luego se levantó a hablar Bonifacio Gacela, también identificado con el criterio del señor Chueca.

—El toro parlamentario—le dije a Herculano—. Acaso nuestro aliado de mañana. Fíjese usted bien: es un estadista del cuello para abajo; todos sus órganos, menos la cabeza, intervienen en su actuación.

«¿Y desde cuándo tan amigos?»—interrumpió el diputado revolucionario, especialista en protestas a la hora de los ruegos y preguntas, aludiendo a recientes discordias entre Gacela y don Olimpo.

«No tengo por costumbre dar explicaciones a gentes sin solvencia parlamentaria», replicó Gacela, revolviéndose con ímpetu de astado. Increpaciones

en la izquierda. Gritos de «sinvergüenzas», «explotadores del pueblo», en los bancos donde se sentaban los adeptos de Gacela. Ruidosa actividad de la campanilla presidencial y voces histéricas del presidente: «¡Orden, orden! ¡Acaten mi autoridad!»

—Es un bravo ese Gacela—exclamó don Herculano, revelando regiones psicológicas hasta entonces para mí desconocidas.

A continuación se dispuso a hablar Nicomedes Rodríguez, uno de los mejores oradores de la Cámara.

—Se le conoce también por el milano—dije a don Herculano—. Es el más dramático de los políticos. Su vida es una balada, la Balada del Milano. Nacido en tierras del Norte, entre cantábricas peñas, su vida es una lucha entre la libertad y las rejas. El milano bien conoce que el cazador tiene presta la jaula de rejas de oro donde aprisionarle espera. Pero el milano confía no perder su independencia y dar caza al cazador que en su palacio le acecha. ¿Quién cazará a quién? La lucha es larga y el fin ya se acerca. Mas las garras han perdido no poco de su dureza; las garras están cansadas, y el pico el canto de guerra va olvidando, cortesano, y el vuelo es ya a ras de tierra. Pero el cazador también ante el milano se inquieta, temeroso de que al punto de aprisionarle le hiera, y a veces se pensaría que abandonarle quisiera; pero el milano, ladino, en la batalla se empeña, pues le atrae no se sabe si el cazador o las rejas. ¿Quién vencerá a quién? Acaso los dos a un tiempo se venzan y la balada concluya como las buenas tragedias.

Don Nicomedes dijo que él no podría permitir que ninguno de sus amigos fuese libre de votar una injusticia; en su partido no había más que una disciplina: la de la verdad y la razón.

Rómulo Romero apresuróse a mostrarse conforme con Nicomedes, sin otra intención que herir a Lucero. En seguida pidió la palabra Plácido Palomeque, el diputado más fastidioso de la Cámara. Apenas se levantó a hablar, casi todos los diputados dejaron sus asientos y formaron corros junto a las mesas de los taquígrafos; otros salieron a los pasillos a comentar los incidentes de la sesión.

—Ése es el aguafiestas—arguyó Avecilla—o el aceite que calma el oleaje; en cuanto se pone a hablar, ya se sabe, la Cámara se desbanda, como huyendo de la peste, y todo queda en nada. Como Pompeyo Rojo, y en función inversa, es también indispensable al buen funcionamiento de la Cámara, sobre todo para el Gobierno, en momentos difíciles. Creo que también nosotros debemos salir, porque esto huele ya a cadaverina.

Salimos de la tribuna y bajamos a los pasillos. Los jefes eran centros de pequeñas circunferencias de adeptos y curiosos, que oían sus disquisiciones, interpoladas de palabras gruesas. Rojo dialogaba aparte con el presidente del Consejo. El Tuerto hacía a los periodistas sus habituales declaraciones equívocas de oráculo. Un diputado revolucionario abrazaba efusivamente a un diputado conservador, que le decía:

—¿Cuándo viene la Social?

—Ya está en camino, facturada en gran veloci-

dad, y está sentenciada su cabeza—le respondía, echándole un brazo a la espalda.

En un grupo, un hombre desmedrado y mal vestido decia impertinencias a Lucero.

—¿Quién es?—preguntó don Herculano.

—Un viejo periodista sin periódico y sin recursos; pero es el más sincero de cuantos aquí están, y se le consienten todas sus insolencias, como a los bufones.

En el salón de conferencias, un grupo de ex diputados viejos hacían su tertulia diaria, contando historietas y chascarrillos de otra época.

—Hasta que este edificio arda, con todos ustedes dentro, no habrá salvación para España. ¡Esto es un asco!—exclamó un hombre de voz estentórea y aire epiléptico, a tiempo que pasaba por un grupo de diputados dinásticos.

—Procuraremos que no le coja a usted dentro—le replicó uno de los aludidos, irónicamente.

—El primero—dijo Avecilla—es vitalicio candidato a una diputación. No logra triunfar nunca, y no faltan maliciosos que digan que vive de su arte de retirarse oportunamente de una elección...

Era ya noche avanzada; decidimos salir del Congreso.

—Ya ve usted cómo aprovechan el tiempo nuestros diputados—dijo Avecilla a don Herculano—. Se les van los días, los meses y los años en sesiones como hoy, atentos sólo a sus pequeñas intrigas y a sus resonancias oratorias en la galería.

—¿Y costaría mucho ser diputado?—preguntó don Herculano.

—Según—contestó Avecilla—. Comprando la mayoría del censo de un distrito, puede costar un acta veinte, cuarenta y hasta cien mil duros. Pero como candidato popular o como cunero, puede resultar casi gratis.

—Usted será diputado, don Herculano, por nuestro periódico—le dije, interpretando sus deseos, a tiempo de despedirnos.

XI

RECUERDO DE LINOS, MAESTRO DE HÉRCULES

Otra tarde la dediqué a llevar a don Herculano por las librerías.

—Conviene—le advertí—que formemos una pequeña biblioteca, para su despacho de la gerencia, de autores contemporáneos, por el buen parecer.

—Le prevengo, amigo Escudero—me observó don Herculano—que los libros se me resisten como el aceite crudo: nunca he podido ingerirlos. Ya puede ser la hora que quiera del día o de la noche: apenas me pongo a leer un libro, caigo como fulminado por el sopor. A veces he pensado si entre el papel impreso estará oculto el microbio de la enfermedad del sueño.

—No se preocupe usted—le dije—; la mayoría de los libros son narcotizantes y no merecen sino que el lector se duerma apenas los abre. Son pocos los que le mantienen a uno en vigilia, y escasísimos los que resisten una lectura hasta el final. Pero no se trata de que usted lea los que ahora compremos, sino que los tenga de adorno en su despacho del periódico,

para que los colaboradores de casa, si alguna vez le visitan, se sientan halagados viéndose en tan importante lugar. A lo sumo, apréndase los títulos, y si quiere hacer un esfuerzo, pase los ojos por los índices, para que sepa de qué tratan y no confunda una novela con un libro de filosofía. En realidad, hoy en día pocas gentes hacen otra cosa, y a los que se especializan en el estudio de catálogos o a lo más de índices, se les considera como grandes eruditos y se les llama sabios o polígrafos.

—En ese caso, compremos cuantos libros usted quiera, si no es para leerlos—replicó don Herculano con un suspiro de alivio.

Entramos en una librería de la plaza de Santa Ana, donde servía un joven alemán con tanto arte, que no era posible penetrar en aquel establecimiento sin salir cargado de libros que uno jamás había pensado leer ni probablemente leería.

—Vamos a ver, amigo Müller: este señor, don Herculano Cacodoro (profunda reverencia del joven teutón), quiere formar una biblioteca de españoles contemporáneos. Le maravillará a usted—añadí dirigiéndome a don Herculano—que, tratándose de autores españoles, acudamos a un alemán; pero el señor Müller es el librero más inteligente de Madrid, un sabio, un erudito (Müller farfulló unas palabras de modestia y agradecimiento) y nadie como él para orientar con su gran cultura bibliográfica y para ilustrar con su consejo. El señor Müller podría ser profesor de literatura contemporánea en cualquier universidad española. Vamos a ver, amigo Müller, prescindiendo por un instante de su condición de librero,

que le obliga a vender todo lo que le traen, como un boticario que lo mismo despacha un agua innocua que un activísimo veneno, ¿qué autores españoles vivos recomendaría usted al señor Cacodoro? Honradamente, como si fuera para su biblioteca.

—Grande honor me hace usted, señor Escudero, nombrándome mentor del señor Cacodoro; pero estando usted aquí y siendo su amigo, no comprendo que recurran a mí, a no ser por amistosa chanza, pues ¿cómo podría yo aconsejarle con el conocimiento y la vista certera que usted?

—No es chanza, amigo Müller, nada de eso. En este caso usted es aquí el más indicado, por aquello de la objetividad, de la *Sachlichkeit*, como dicen ustedes los alemanes, para lo cual están infinitamente mejor dispuestos que nosotros los españoles.

—No le niego que eso sea verdad, y tal vez en lo que acaba usted de decir sobre la escasa aptitud de los españoles para las representaciones objetivas esté el principio del carácter de la literatura española de todo tiempo.

—Bravo, amigo Müller. ¿Ve usted cómo tenía yo razón al justipreciar en todo lo que vale su consejo? A mí no se me hubiera ocurrido nunca interpretar nuestra historia literaria por la incapacidad de objetivación de los españoles.

—Pues nada más sencillo. Nosotros, los alemanes, hemos necesitado, para crear lo mejor de nuestra literatura, la del período de Schiller y Goethe, pensar bien antes lo que había que hacer, tomar modelos aquí y allá, que una vez eran los griegos, otra Shakespeare y con frecuencia las imitaciones fran-

cesas de los grandes escritores españoles, y formular de antemano, no sólo concebir mentalmente, una estética y una preceptiva que pudiera servir como armazón o columna vertebral. Este espíritu imitativo es tan fuerte en nosotros, que, como usted sabe, el móvil que guió a mi paisano el conde de Schack a escribir su excelente *Historia de la literatura y el arte dramático en España*—el mejor libro en su género, puedo decir con patriótico orgullo—fué el de ofrecer a los alemanes un venero de tesoros artísticos dignos de imitarse.

—¿No le dije a usted que el señor Müller podría ser profesor de Literatura de la Universidad central con tanta o mayor razón que lo fué la condesa de Pardo Bazán?—exclamé volviéndome a don Herculano, para evitar que se apoderase de él el tedio, como lo anunciaba el interés con que dirigía sus ojos a una mujer en camisa que aparecía pintada en la cubierta de un libro. Luego, volviéndome a Müller—: Pero no me negará usted que todo artista verdadero posee una estética más o menos clara y consciente, a menos que admitamos esa entelequia imaginaria que llaman inspiración, como sinónimo de impulso ciego y arrebatado, los incapaces de examinar el fenómeno artístico.

—Nada más exacto, señor Escudero. Pero yo quiero decir que mientras unos artistas sacan sus obras de las de otros, los verdaderamente originales, los geniales, las sacan de la nada. El teatro español del Siglo de Oro puede decirse que salió de la nada, como el *Quijote*. Luego lo imitaron, a veces hasta la copia servil, los franceses, singularmente Corneille,

Molière, Rotrou y otros. Los alemanes imitaron la imitación francesa. Los españoles crearon un arte subjetivo; los franceses y alemanes, un arte objetivo.

—Alto ahí, señor Müller. ¿Quiere usted decir que el teatro es un arte subjetivo?

—Comprendo la objeción, pero no contradice lo que yo digo. El arte dramático, en efecto, es una objetivación del sujeto; el artista sale de sí y se transfunde en cuanto le rodea, no sólo en los seres humanos de su contorno, sino también en los más remotos y legendarios, y a veces en los propios animales y hasta en los elementos de la Naturaleza y en las ideas y quimeras del cerebro, como Calderón, por ejemplo, en sus autos. El artista dramático se hace humanidad y naturaleza, elevándose a categoría de dios, de creador de un mundo propio que es reflejo depurado o quitaesencia espiritual del cosmos; si el dios dramático es lo que se llama un dios justiciero o moralista, resulta un Dante, un Calderón, un Schiller, un Tolstoi; si es un dios amoralista o supermoralista—quién lo sabe—, un dios para quien lo importante es el espectáculo de sus criaturas, dejando que cada una siga su propia y específica fatalidad, que es su ley moral. el resultado es un Lope, un Shakespeare, un Goethe, un Dostoiewski.

—¿Quiere usted decir, según eso, que hay una objetividad subjetiva y una objetividad objetiva?

—Precisamente. La objetividad de los grandes escritores españoles ha sido siempre subjetiva, espontánea, un milagro de biología artística, podría decirse. En tanto que la de los franceses y alemanes

—aludo principalmente al teatro clásico—ha sido objetiva, imitativa, por generación cerebral, según normas y reglas trazadas de antemano por el intelecto.

—Pero la novela...

—También han sacado los españoles la novela de su propia sustancia. Cervantes no encuentra modelo para su gran libro, arquetipo de objetivación subjetiva, ni los novelistas de la picaresca. Es más: los españoles dan desde el primer momento a la novela el carácter que propiamente le corresponde, que es más bien el de espejo de costumbres en su fase cómica. El drama es la objetivación del espíritu trágico o conflicto, no del ser humano con la fatalidad, como antes se creía, sino de la fatalidad de un ser humano con la fatalidad de otro; por esto, porque a su desarrollo preside el dolor, debe ser más concentrado que la novela, para que no pierda en intensidad ni se fatigue el espectador o lector. La novela, en cambio, es la región natural del espíritu cómico, que es sátira amorosa, espejo benévolo, ridiculización humanizada. Debido a esto se lee no sin dificultad una novela dramática como *Los hermanos Karamazov,* demasiado extensa para tan terrible tema, y el *Quijote* se lee sin cansancio y se llega al final con pena de que no prosiga.

—Sus juicios son verdaderamente lisonjeros, amigo Müller, para nuestra literatura; pero nos desviamos del tema, que era conocer su opinión sobre los contemporáneos.

—El rodeo ha sido necesario para que el juicio no parezca caprichoso. Quedamos en que la caracterís-

tica principal de los españoles es la subjetividad, aun cuando adoptan formas artísticas de objetivación, como el teatro y la novela. Y nada se diga cuando la forma es por sí misma subjetiva, como la lírica; entonces no se conforman con subjetivar el pequeño mundo en torno, sino todo el orbe, como los místicos. Estos han sido los dos polos de la literatura española: u objetivar el yo hasta identificarlo con el universo entero, como hace la dramática del siglo de oro, o subjetivar el mundo, incluso la divinidad, hasta convertirlo en el yo, como hacen los místicos.

—Según eso, la literatura actual tiene que merecerle un pobre concepto, porque nunca estuvo tan distante de esos dos polos.

—No tanto, señor Escudero. Tenga usted en cuenta la terrible decadencia que sobreviene en el siglo XVIII y, salvo el período romántico, en el XIX. ¿Fué esa decadencia, como pretenden algunos, resultado de la moda clasicista, importada de Francia, de imitar a los antiguos imitadores? En parte, tal vez sí, porque los españoles no se caracterizan, como queda dicho, por sus aptitudes miméticas, y cuando quieren imitar o seguir a otros, fracasan; por eso quizás se explica que ningún hombre de talento ni ningún sistema de doctrinas, cuando hacen en España su aparición, tengan sucesores; el poder fecundante muere con cada individuo, no creo yo tanto por debilidad propia como por incapacidad de la raza de seguir caminos abiertos por otros. La historia de España, en todos sus órdenes, es una historia de individualidades eminentes e inconexas, sin suce-

sión rebañega. Este es su fuerte, porque el que sobresale lo hace con el ímpetu y el poderío de lo casi virginal; pero también su flaco, porque las soluciones de continuidad en su cultura dan la impresión de un yermo donde, sin duda, muchas plantas menores y acaso algunas potencialmente extraordinarias se malogran por la pobreza del medio circundante. El espíritu español es como su tierra, accidentado, llano y abrupto, baldío y fértil, árido a trechos, riquísimo otros. Pero también pudiera ser que el decaimiento fuese en parte obra de un organismo que ha completado el ciclo de su existencia, porque así como no hay ser animado o cosa que pueda vivir eternamente en una misma forma, así tampoco es posible que una floración cultural se continúe de modo indefinido; al cabo cesa su continuidad, acaso para siempre, tal vez para reanudarse en un momento favorable después de siglos.

—¿Y cree usted que España podrá tener otro siglo de oro literario?

—No lo sé. Las grandes épocas no provienen sólo de que nazcan tales o cuales grandes hombres, sino antes bien, quizás, del ambiente social en que se engendran. El siglo de oro español fué como una liquidación o resumen del contacto de un mundo que se extinguía, el del feudalismo, con otro que le sucedía, el de la burguesía; como una perpetuación artística de un complejo tejido de ideas, prejuicios, anhelos, costumbres, en una palabra, de concepciones de la vida, unas ponientes, nacientes otras. Los hombres del siglo de oro, sin duda extraordinarios, se encontraron, al nacer, con un tesoro de riqueza

espiritual, que elaboraron con su poder artístico y lo agotaron como materia prima. Hicieron todo lo que había que hacer, como una planta que crece, da sus flores y sus frutos, decae y cumple su misión; querer que siga viviendo y desarrollándose es como galvanizar un cadáver. Por eso fué cadavérica la producción del siglo XVIII y la del XIX, tanto cuando quiso imitar a la literatura francesa, como a la española del siglo precedente; como sería cadavérica una literatura rusa posterior a la revolución, que quisiese imitar a los grandes escritores que la precedieron y prepararon, porque su obra expresaba un mundo sostenido por el cesarismo feudal, y eso ha pasado para siempre.

—¿Y le parece a usted favorable el instante actual para el florecimiento de una nueva literatura?

—Si yo pudiese responder cumplidamente a esa pregunta, señor Escudero, sería yo mismo escritor o crítico en vez de librero. Eso exige una intuición de que yo carezco. Sin embargo, todo parece indicar que la literatura universal está en crisis. Así como el Renacimiento, en su forma genérica, y la correspondiente manifestación específica en España, el siglo XVII, expresaron la crisis del feudalismo en todo su rico contorno, del mismo modo la literatura del siglo XIX ha sido, en general, el exponente de la crisis de la burguesía. La literatura rusa representa, históricamente, un momento anterior. El gran ídolo de ese siglo, sobre todo en su período más crítico, o sea en sus postrimerías, es Ibsen, que hace el drama del choque del individuo esencial y permanente, del individuo perpetuamente sediento

de libertad en medio de la gradual petrificación histórica de cada período, contra el sistema de ideas y hábitos convencionales creados por la burguesía. Y hecho curioso: en una gran parte de la obra ibseniana, el individuo que lucha por la libertad íntima y aun por la social es la mujer; otro síntoma de esta crisis de la burguesía a fines del siglo XIX. El drama de Ibsen en Noruega es la comedia de Bernard Shaw en Inglatera: la burla que hace de la burguesía inglesa un socialista antibritánico. En Francia triunfa la novela de costumbres burguesas, de la comedia burguesa vista por espíritus burgueses, la novela de una civilización burguesa al parecer tan sensual y egoísta que, si ha de juzgarse por su literatura, da validez social al adulterio femenino o poliandria, que en esencia sólo es un acuerdo tácito o aun explícito de dos o más hombres para contribuir al sostenimiento de la partícula social más cara, la mujer. El simulacro del drama francés—nada más que el simulacro, porque el drama efectivo nunca ocurre—proviene de una simulación de conflicto entre este estado social de una burguesía poliándrica con los prejuicios monogámicos heredados del catolicismo y de las épocas caballerescas.

—¿No habrá cierto rencor, hijo de la guerra del 14 al 18, en ese juicio de la literatura francesa?

—Nada de eso, señor Escudero; al contrario, es posible que esa literatura se haya acabado para siempre y que ahora venga otro tipo de novela francesa, nacida de un nuevo estado social en que acaso sea necesaria la asociación de dos o más mujeres, en una forma u otra, para un hombre solo, como

resultado del terrible diezmamiento masculino de la guerra. Para que vea que no hay animadversión, le diré que el caso de la literatura alemana, en el período de la crisis de la burguesía, me parece mucho más lamentable, puesto que también ahora es imitativa, sólo que en esta ocasión del Norte, en Hauptmann y demás congéneres. No es original, verdaderamente original, más que en el austriaco Schnitzler; pero—si bien poética y sutil—su expresión artística de la crisis de la burguesía es demasiado local, demasiado vienesa, y le falta el tono moralizador o político del drama de Ibsen y de la comedia de Shaw.

—Pero España, ¿cómo la juzga usted a la luz de esa interpretación?

—Sencillamente, creo que España no ha penetrado aún de lleno en esa corriente literaria que designa, como le he indicado, la crisis de la burguesía en toda Europa. Hasta 1898, con excepción de Galdós, la literatura es el adocenamiento mismo; unos profesan el clasicismo, el academicismo, como los pseudopoetas; otros imitan el teatro antiguo español, como Echegaray, que fué, si usted me lo permite, un escritor anodino y funesto. Galdós, ciertamente, es el novelista de la burguesía española del siglo XIX, de una burguesía enteca y sin grandeza, que no logra imponerse a la teocracia y al absolutismo, cuando ya están vencidos en el mundo entero. Galdós expresa muy bien el raquítico mundo que le sirve de tema; pero es un tema tan poco enérgico e interesante, que cuesta no poco trabajo interesarse en sus novelas, cuyo estilo, por otra parte, refleja, necesariamente, el achatamiento de la materia que arropa. Su teatro

me parece muy inferior a sus novelas, porque su temperamento propendía más a la proligidad que a la concentración, más a la comedia que al drama. Aparte de que su ideología y, sobre todo, su técnica son demasiado anticuadas e infantiles para un espectador moderno. Sin embargo, repito, Galdós es el único que puede leerse de los anteriores al 98; es decir, hay que hacer también otra excepción: *Clarín*, cuya *Regenta*, a pesar de sus semejanzas con *Madame Bovary*, es una gran novela; de los otros novelistas de ese tiempo, sin excluir Valera, nunca he podido leer más de las primeras páginas.

—Empecemos, pues, a hacer la lista. Ponga usted todo Galdós que, aunque muerto, está menos muerto que muchos vivos, y una colección completa de sus obras, en esa cubierta roja y gualda que él estilaba, es tan decorativa e indispensable como la *Historia de España* de Lafuente en una biblioteca en que el ornato sea lo principal, unido a una discreta manifestación de buen gusto. Ponga también algo de *Clarín*, que, en efecto, era un excelente escritor. Y Ganivet, ¿no le gusta?

—Mucho me agradan *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid*, única novela que he leído de él. Pero a Ganivet le incluía entre los del 98 y sus alrededores. Le apuntaremos también.

—Después de haberle oído, tengo curiosidad por saber cómo interpreta ese movimiento literario de la llamada generación del 98.

—Como una reacción contra el pseudoclasicismo y el pseudorromanticismo, que vinieron arrastrándose hasta fines del siglo XIX. Aquel grupo de hombres se

levantó airadamente contra una poesía gélida o plebeya; contra una novela amerengada; contra un teatro ridículo; contra una crítica de dómine y palmeta, infecunda; contra una política chabacana, inepta y picaresca; en suma, contra el espíritu del siglo XIX español; fueron lo que en la mitad de esta centuria había sido Larra, y antes, en otro siglo, Feijóo: espíritus independientes y deseosos de emanciparse del turbión histórico de conceptos de vida y reglas de arte heredados.

—¿Pero cree usted que han hecho algo fecundo y duradero?

—Ya el esfuerzo de libertarse de toda la escoria recibida en inmediata herencia, presupone un tipo de personalidad poco común.

—¿Cuál le parece a usted el más descollante?

—No sabría decirlo; pero por su mayor edad, mencionaré primero a don Miguel de Unamuno, poeta, novelista, dramaturgo, ensayista, filósofo, periodista, el más proteico de todos y en el fondo una sola cosa: un gran lírico. Unamuno continúa la tradición, de tan honda estirpe española, del subjetivismo absoluto, que culminó en la mística; a su modo, es un místico de nuestro tiempo que se pasa la vida en una lucha de la voluntad, que quiere sobrevivir, con la razón, que le dice que anhela una quimera. Unamuno lo subjetiviza todo, todo lo incorpora a su individualidad y lo hace parte integrante de su yo: la historia, la política, la justicia, el arte, la literatura, un paisaje, los personajes de sus novelas y dramas, que son siempre todos ellos él mismo. Nada le importa en que su yo no sea lo primero y más refulgente. Es un

hidrópico de egotismo, que le ha hinchado de tal modo su personalidad, que en él es ya imposible una actitud objetiva, impersonal y altruísta. No sé si habrá enriquecido alguna de las ramas del humano conocimiento, aunque sospecho que, siguiendo la lógica psicológica, y me parece que también lo ha dicho él alguna vez, más se ha cuidado de conocer y aprovechar los conocimientos ajenos que de descubrir nada nuevo. No ha creado tampoco ningún nuevo mundo como novelista o dramaturgo; pero ha yoizado, ha Unamunizado todo el mundo circundante, que no es sólo el que está al alcance de la mano, sino el de toda la cultura, y esto de un modo genial, con una fuerza de lenguaje y un vigor de pensamiento que acaso nadie, dentro de los límites de su modalidad, le iguale hoy en el mundo, aunque la retórica por él creada, de tipo que podríamos calificar de visceral o fisiológico, no sea siempre rica y afortunada y empiece a producir algunos estragos entre algunos imitadores sin su talento. Es un raro escritor que se convierte a sí mismo en lugar común. Las edades futuras no verán tal vez el nombre de Unamuno iluminado por ese cortejo de lucecillas que son las nuevas verdades de los descubridores, ni acompañado por un concierto de voces innumerables que son las de las propias criaturas artísticas en torno de su creador; pero se oirá por mucho tiempo una voz resonante y monótona, queja, apóstrofe, clamor o alarido, hendiendo los siglos, y ese será el espíritu subjetivante e imperecedero de don Miguel de Unamuno.

—En vista de su ditirámbica opinión, amigo Mü-

ller, pongamos todos sus libros, puesto que cada uno, si su juicio es cierto, será un fragmento de su yo, y a don Herculano le conviene tenerlo entero; y por la misma razón, mándenos también todos los venideros.

—¿Se trata, pues, de un genio?—interrogó don Herculano, entre asombrado y zumbón.

—Los genios, don Herculano—repliqué—, necesitan la piedra de toque de los siglos, que consolidan o destruyen las reputaciones. El privilegio de conocerlos a simple vista y a dos pasos de distancia o en el espejo, mirando la propia imagen, es una virtud muy rara que pocos hombres poseen. En España hay algunos, que irá usted conociendo en el periódico, porque no desdeñan medio, ni este plebeyo de la Prensa, de exhibir su genialidad y adelantarse de de este modo al fallo de las edades futuras.

—Unamuno—prosiguió Müller—es un tipo de escritor que se hubiera dado en cualquier época y espacio; las circunstancias históricas han influído poco en él. No en los demás del 98, que, como hemos dicho, significan una reacción contra el achabacanamiento de la literatura del siglo XIX. El medio literario y social es de tan opresora vulgaridad, que esa generación de fines de sigio toma una actitud romántica frente a la realidad más inmediata, una actitud de rebeldía y evasión. Pío Baroja, ante la burguesía mezquina que refleja Galdós, busca hombres que están situados de hecho o en idea al margen de la sociedad, anarquistas y parias más o menos auténticos. Le obsesiona la literatura rusa, aunque no la más fuerte, sino la más exportada en

aquel tiempo, que es tal vez la de Gorki; pero la literatura rusa es casi siempre autobiográfica: historias de miseria, de dolor, de presidio y de locura, que cada autor ha vivido o visto de muy cerca. En Baroja ese género tenía que ser una mala imitación, porque ningún otro escritor de su tiempo ha llevado una vida tan burguesa, con un espíritu tan conservadoramente burgués; si alguna vez ha corrido el peligro, no de ir a la cárcel, que eso sería absurdo pensarlo, sino de ser procesado por delito de imprenta, nuestro hombre ha eludido heroicamente su responsabilidad y se ha agenciado un testaferro a la fuerza. Su vida no ha sido precisamente la de un Gorki. Añada usted ese trágico abismo que le ha separado siempre de la mitad del género humano, de la mujer, que no ha tratado ni conoce de vista, y se explicará usted ese tedio de sus libros, que son conversaciones peripatéticas de hombres solos que no hacen, piensan o sienten nada interesante; son personajes cósmicamente fastidiados, que parecen querer huir de sí mismos y se entretienen en frívolas charlas de café o de paseo donde se habla de todo y no se dice nada; objetivaciones monótonas del yo monótono del autor. Agregue usted también esa indigencia de estilo en Baroja, que es el escritor más pobre y torpe, literariamente, de cuantos manipulan el castellano, y convendrá conmigo en que se precisa una gran dosis de abnegación para leerle.

—Y, sin embargo, al parecer, se vende bastante. ¿Cómo se lo explica usted?

—A mi juicio, se le lee porque en sus novelas hay un aire de folletinismo que siempre agrada a la gen-

te más simple. No crea aventuras interesantes, pero las anuncia. Por otra parte, no es nada sentimental, y esto gusta al público de hoy, cansado de los viejos merengues literarios. En fin, su estilo está al alcance de todas las inteligencias, y esto siempre se agradece, porque el vulgo lector odia en el fondo toda forma de expresión que está por encima de su nivel medio. Sin contar que ese falso anarquismo literario y materialista que decora sus novelas y es la antítesis deseada de su temperamento conservador, expresa también el íntimo anhelo anárquico de libertad y romanticismo de una parte de la burguesía prosaica y sujeta por convenciones e intereses, sobre todo de ciertas profesiones llamadas liberales, como médicos, ingenieros y arquitectos.

—No me negará usted, amigo Müller, sin embargo, que algunos de sus libros primeros, los de costumbres vascas, que es lo que mejor conoce, contienen alguna poesía.

—Es cierto, y si le parece, los pondremos en la lista.

—Sí, póngalos, porque no sería justa una exclusión absoluta, aunque sólo fuera por ese primer impulso de librarse de la mediocridad anterior inmediata.

—Ese impulso es común a todos, pero en cada uno toma formas diversas. En *Azorín* domina el pasado, la subjetivación de lo pretérito, un romanticismo que podríamos llamar extático: los pueblos sin vida, los paisajes yertos, los libros olvidados, hombres y cosas que no volverán, eso es lo que *Azorín* conjura con su prosa, también extática, lapidaria, simétrica.

Azorín es el más contradictorio de todos: romántico en forma clásica; ardoroso bajo su máscara fría; demagógico y utopista bajo su actitud social conservadora.

—¿Y no le parece a usted un gran crítico, el único que hemos tenido desde hace mucho tiempo?

—Usted se burla, señor Escudero. *Azorín* es la antítesis de la crítica. No es más que un temperamento delicado que comenta delicadamente. ¿Crítico? Desde hace más de un siglo no ha habido más que uno, gigantesco, formidable, tan grande como cualquiera de los grandes de Europa, que ustedes, los españoles de hoy, no reconocen en toda su ingente grandeza: Marcelino Menéndez y Pelayo, cuya fama de reaccionario, que sirve de excusa para no leerle, me parece extremadamente injusta. ¡Con qué entusiasmo habla, por ejemplo, de Hegel y otros heterodoxos en su gran *Historia de las ideas estéticas en España*, un libro que apenas tiene igual en ninguna lengua, ni el de Hermann Lotze, ni el más moderno del inglés Bosanquet!

—Amigo Müller, nos desviamos y se hace tarde. Ponga en la lista todos los libros de *Azorín* y dígame cuáles otros hemos de añadir después.

—Desde luego, los de don Ramón del Valle-Inclán, acaso el más representativo de ese movimiento de liberación. Mientras *Azorín* subjetiviza el pasado o se subjetiviza en él, vagamente, con lírica imprecisión, Valle-Inclán, temperamento más enérgico, toma una actitud épica y admirablemente definida: se hace carlista para escapar a la ñoñoría de la Restauración, y se objetiviza en una literatura de con-

torno feudal para eludir la plebeyez literaria de la época. Pero, en su madurez, cambia de rumbo y descubre que más entretenido que huir de la España dominante en el siglo XIX es satirizarla, y entonces escribe unas deliciosas comedias aristofánicas y unos admirables versos de sustancia cómica. Al mismo tiempo se percata de que debajo del carcomido armazón de la España burocrática, dicharachera y trivial, hay otra trágica de dolor y violencia. Si Valle-Inclán tuviera diez años menos, acaso produjera la gran novela española del siglo XX, la de una sociedad profundamente atormentada, como la que refleja la literatura rusa anterior a la revolución.

—Según eso—observé—, ¿ningún otro novelista o dramaturgo anuncia la continuación del proceso iniciado por los del 98?

—Yo no lo veo. A Benavente, que hizo la comedia de la pequeña burguesía española, sin gran poder dramático ni satírico, pero con elegancia literaria, hay que reconocerle el extraordinario mérito de haber librado la escena española y el gusto del público de las falsas truculencias de Echegaray. Pero su última modalidad de moralista o político conservador casi le coloca fuera del plano artístico. Ramón Pérez de Ayala, tan influído en su estilo por el marqués Valero de Urría, con sus *Crímenes literarios*, es un lírico sutil que no ha logrado aún plenamente el poder de objetivación que exige la novela. La mayor parte de las suyas son demasiado autobiográficas y subjetivas, y alguna que otra demasiado dominada por fórmulas del intelecto, que ha-

cen de sus personajes caricaturas literarias más que seres artísticamente vivos. Pero dos de las más breves, *La caída de los limones* y *Luz de domingo*—lo mejor, con sus versos, de su obra—, revelan poderosas cualidades de novelista, y si con el tiempo se sobrepone a una en él natural tendencia a dar a la forma puramente literaria la primacía sobre la objetivación en las pasiones humanas, podrán esperarse buenos libros de su serpeante pluma. No veo otras grandes novedades. Ramón Gómez de la Serna es el puntillismo literario, la descomposición de la literatura en sus elementos; si supiera eliminar, que es uno de los secretos de todo gran escritor, y construir con los elementos hallados en su retorta, este escritor, que es, literariamente, uno de los dotados de mayor riqueza fisiológica, podría dejar una obra de humorismo fantástico bastante valiosa y ser un Jean Paul español. No sé cuál de sus innumerables libros recomendar al señor Cacodoro. Lo pensaré. Hay otros escritores estimables cuya inclusión no sé si hincharía demasiado nuestra lista. Pero si usted quiere pondré luego algunos. También pasaremos por alto estos pseudoescritores que han hecho una industria de la novela libertina, que por cierto se vende mucho, y no crean ustedes que sólo entre gentes de costumbres poco honestas, como viejos verdes y picardeados mancebos, sino también entre mujeres jóvenes de la aristocracia y la burguesía. De poetas, además de los indicados, de poetas menores no anda mal España, aunque pocos sean los que puede comprender un entendimiento corriente como el mío, sobre todo desde

que introdujeron la escuela eutrapélica, adoptada de Francia. Haremos un surtido con los menos confusos.

—No se olvidará usted de Blasco Ibáñez—indiqué.

—Incluiremos algunas de sus novelas y cuentos no industriales, o sea los primeros, los de su Valencia; los otros, que los compren los extranjeros—añadió volviéndose a don Herculano con sonrisa de lisonja, sin saber el origen de nuestro hombre.

—¿Hemos inscrito a José Ortega y Gasset?

—Grave hubiera sido el olvido—replicó Müller—, porque yo le tengo entre mis lecturas favoritas. Si Unamuno es la contradicción entre la razón y la voluntad, y *Azorín* la contradicción entre el espíritu y la forma, y Baroja la contradicción entre el deseo y la vida, Ortega y Gasset encarna la contradicción entre la razón y el sentimiento. La razón quiere ser especulativa, y el sentimiento, lírico, y de estas dos fuerzas encontradas nace una filosofía lírica o un lirismo filosófico que hace inconfundible su personalidad. Si la palabra escrita de Unamuno es aguda como una flecha o hirviente como nota de clarín, la de Ortega es grave y caracoleante como la de una cascada al caer lentamente en el hondo lecho de un río; prosa la de ambos que se oye, palabra que en la conciencia, antes de posarse en el papel, acaso fué primero hablada. En Ortega está lo mejor de la Estética en la España contemporánea, lo mejor de la reflexión artística o del arte reflexivo, que es la actividad más adecuada para un temperamento como el suyo; lástima que no ejercite la crítica literaria

con más frecuencia sobre valores coetáneos, pues pocos o nadie gozan sobre la juventud española mayor imperio didascálico. Y lástima, sobre todo, del tiempo que le roba la preocupación política.

—¿Cree usted que la política daña a la literatura?

—En ciertas épocas la absorbe casi por completo. Quizás parte de este siglo en que vivimos la primacía corresponda a la política sobre la literatura. El drama, la comedia y la novela de la crisis de la burguesía están ya hechos; la burguesía es un sistema social decadente; una nueva forma de civilización se anuncia; ha llegado la hora de los apologistas y constructores del nuevo régimen; los artistas tendrán poco que hacer por algún tiempo; acaso sobrevenga una nueva era romántica, un anhelo de retorno a algún siglo pasado, arte liberal, como todo arte, en su esencia, pero conservador o retrogradante en su expresión externa—¿no se oyen ya añoranzas medievales?—, período de políticos y de periodistas, que son los híbridos de la política y de la literatura, literatos para los políticos, políticos para los literatos. La Prensa, con sus facilidades económicas, obliga al escritor a vivir del capital de su mente, sin renta ni réditos; le fuerza a sembrarse a diario sobre tierras comunales, y aunque la cosecha sea pingüe, nadie la reconoce paternidad y pronto se olvida el nombre del sembrador. En otra actividad literaria cualquiera, el esfuerzo de hombres como Ramiro de Maeztu y de Grandmontagne hubiera dejado probablemente una obra propia orgánica y bien acotada, de un valor que hoy es difuso,

como el del agua que cae del cielo y no se canaliza. Hay otros escritores excelentes que la Prensa está apartando de su verdadero medio, que es el libro: Manuel Bueno, Ciges Aparicio, Luis Bello, Alomar...

—Su juicio, en suma, de la literatura española contemporánea...

—Creo que está en buen camino, porque se ha emancipado de las influencias esterilizantes de la francesa y de la española del siglo XIX; pero todavía no ha encontrado su propio venero, que es este fondo trágico y permanente de la sociedad española —ahora exacerbado por la crisis del tránsito de la burguesía—, como lo es el de la sociedad rusa, tan semejantes ambas. Hay tierra de promisión; faltan sus descubridores e intérpretes.

—Bueno, amigo Müller—dije—, la disertación ha sido más que larga. y para no hacerla interminable dejo a su buen juicio que complete la lista. El señor Cacodoro se da por satisfecho, seguramente, con sus sabios consejos de usted, espejo de libreros, y sólo espera que mande los libros cuando más conveniente le sea.

—¡Satisfechísimo! — rezongó don Herculano, y cuando nos despedimos y estuvimos en la calle, agregó:

—Amigo Escudero, no me coge usted en otra latosidad como ésta. ¿O cree usted que para ser propietario de un gran periódico se necesita saber tanta literatura? Yo creo que más bien estorba.

Le dí la razón, recordando el lamentable fin de Linos, maestro de Hércules, que le mató de un citarazo.

XII

DESCUBRIMOS UN CRIMEN MISTERIOSO

El Orden salió en la fecha fijada. En la madrugada de su aparición, después de cerrado el primer número, celebramos el natalicio con un suculento ágape en el propio periódico. Además de los redactores, estaba invitado el cuadro en pleno de la colaboración, cuyo pergeño había sido para mí verdadera obra de romanos.

—Un periódico—le había dicho a don Herculano—debe ser la cifra y compendio de todas las variedades humanas. Ha de leerlo el viejo y el joven, el inteligente y el necio, el potentado y el menestral, el triste y el zaragatero, el docto y el ignorante.

—¿Y cómo podremos meterlos a todos en un costal?—arguyó don Herculano.

—Sencillamente. Buscaremos para cada una de esas zonas mentales un hombre que sea el reactivo correspondiente. Llamaremos al viejo Senén Cuevas, que dejará el periódico donde ahora plumea si le ofrecemos un mayor estipendio. Es hombre de dilatadas necesidades, singularmente alcohóli-

cas, y se iría con el diablo si, sirviéndole, dispusiera de más copas de aguardiente. Será el cronista del tiempo viejo, con su prosa mazorral y agarbanzada y sus ideas que hieden a ranciedad, tan del gusto las dos cosas de esa parte nada escasa de población que ha vuelto la espalda a la vida y piensa—digámoslo así—que toda época pasada fué mejor. Llamaremos también al joven Raimundo Rayo, que por su radicalismo cambia con frecuencia de periódico; ahora creo que está cesante. Es hombre de algún predicamento entre la clase obrera, por sus opiniones levantiscas y su estilo crudo y detonante. Hombre que puede ser útil y nocivo a un tiempo. Veremos si es posible moderarle de forma que traiga lectores propios sin ahuyentar los ajenos. Necesitamos un costumbrista o escritor de asuntos populares, que podría ser el equívoco Enrique Angulo. Necesitamos un cursi, que sea leído entre mujeres de teatro y de prostíbulo elegante; por ejemplo, Celestino López Luna, el cual nos servirá también para otros menesteres menos públicos. Nos hace falta un pedante, de esos que manejan los libros de citas y algún diccionario enciclopédico, para abrumar con su simulada sapiencia a los tontos e irritar a los que se tienen por avisados: hay mucha gente que no goza leyendo si no es por una especie de masoquismo intelectual; para los tales serviría el pedante que busquemos. Precisamos, asimismo, en este reparto de papeles, el gracioso de la comedia periodística; no importa que no tenga ingenio; basta que se lo figure la gente. Con estos y algunos más cuya necesidad se vaya revelando en la marcha, podremos lanzarnos al

asalto de todas las posiciones sociales. Don Herculano, me siento alegremente optimista; haremos un gran periódico con tan bien escogidos elementos.

Allí estaban todos, en la fiesta del nacimiento de *El Orden*. Se comió y bebió con largueza, como es laudable costumbre entre genta de prensa, y también se hizo derroche de ingenio, como suele rezar el cliché reservado para tales ocasiones. Serapio Avecilla, tambaleante desde primera hora, era el más feliz de los humanos. Lloraba de ternura, y de vez en cuando abrazaba a don Herculano, diciéndole:

—Usted es mi padre, señor Cacodoro. ¿Han visto ustedes nombre más bonito? Usted es mi padre, y aunque lo fuera literalmente y mi pobre padre, que en paz descanse, hubiera tenido que pasar por la amarga circunstancia de ser cornúpeto por usted, don Herculano, nada me importaría.

—¡Claro!—exclamaron los presentes, riéndose con estrepitosa algazara de las debilidades alcohólicas de Avecilla.

—Menos humorismo, señores—dijo Avecilla, adoptando un gesto tragicómico—, que todos, quién más, quién menos, tenemos tejado de vidrio y cola de paja, y si yo suelto la lengua se van a ruborizar hasta las cuartillas—concluyó volviéndose amenazador a Enrique Angulo, que había sobresalido con su hilaridad. Callóse Angulo, perplejo del acceso de agresividad de Avecilla.

—¡Al fin, poco hombre!—murmuró Avecilla, seguido de nuevo acompañamiento de carcajadas, en que el propio Angulo tomó de nuevo ruidosamente parte.

—Por lo menos tiene el valor de sus voliciones —sentenció campanudo don Senén Cuevas.

—Después de todo, la cosa no tiene importancia —adujo Rosendo Oliva, un tesoro de pedantería que pude encontrar a duras penas.— ¿Quién ignora la amistad ambigua de Sócrates y Alcibíades? Por lo demás, eso en la Polinesia parece que es una costumbre de no inusitado ejercicio.

—Señores—intervino Rayo—, no se nos oscurezca con la manzanilla la razón hasta el punto de olvidar que hay damas presentes.

Las damas eran dos: Margarita Montes, una actriz de opereta—amiga de López Luna—, de cuyos éxitos escénicos eran responsables la belleza de piernas y brazos, que exhibía en vodeviles escritos expresamente para ella, la picardía de los ojos, que nunca miraban sin lascivia, y un temperamento que la impedía ser avara de sus tesoros más íntimos; el arte que nace de la intuición estética o del reflexivo esfuerzo, apenas entraba para nada en sus triunfos. Yo había solicitado de López Luna, que era una especie de espontáneo agente de prensa suyo, que la invitase al bautismo del periódico; don Herculano se lo agradecería. Así fué. Don Herculano la conocía ya del teatro; al verla ahora cerca, joven, incitante, mezcla de candor y perversidad, y al recordar sus espléndidas formas, tampoco ahora muy veladas por la exigua faldamenta de moda, don Herculano la envolvía en una viscosa red de lujuria, tejida de miradas persistentes y de contactos intencionados con manos y piernas al servirla.

La otra dama era Hipólita, la hija de don Hercu-

lano, que diciéndose redactora del periódico de la sección femenina, había impuesto su voluntad de asistir a la fiesta, contra la reiterada oposición de su padre.

—No es para muchachas como tú—le había dicho.

—Ni que fuese una novicia de monjas—había replicado Hipólita—. ¿De qué sirve entonces que me haya educado en Inglaterra? Haberme metido en un convento. Los hombres os imagináis que las mujeres vamos a vivir perfectamente en estado de servidumbre o bajo tutela. Pues os equivocáis. Yo, por lo menos, soy una mujer moderna e independiente y haré lo que me dé la gana.

Don Herculano, que era un carácter indómito y autoritario, como fuí descubriendo poco a poco, temía a Hipólita al par que la adoraba, y pocas veces resistía a sus caprichos. Yo presenciaba la escena en casa de Herculano, y éste me miró como en consulta.

—No tiene nada de particular que venga—opiné—. Es interesante el nacimiento de un periódico, y la cena o desayuno para festejarlo no tendrá otro inconveniente que el de hacerla a usted perder la noche, Hipólita—añadí dirigiéndome a ella.

Era la primera vez que la hablaba; Herculano había diferido lo más posible mi relación con su familia. Hipólita me miró con una sonrisa de agradecimiento, replicando:

—Nada importa una noche. He perdido muchas leyendo y fumando.

Don Herculano, confuso, quiso sincerarse:

—Sí, es una fumadora infatigable e incorregible; no hemos podido quitarle esa costumbre, adquirida a hurtadillas en el colegio.

Hipólita no parecía extrañada en aquel medio del periódico. Uno a uno fué observando y, a lo que colegí, juzgando a los presentes; yo la seguía con el rabillo del ojo. Luego la interrogué:

—¿Se aburre usted?

—Yo nunca me aburro — respondió con alguna sequedad—y más teniendo delante ejemplares tan curiosos como éstos.

—¿Cuál le parece a usted el más interesante de todos?

—Le exceptuaremos a usted del examen, ¿no? —respondió con leve mordacidad.

—Claro, claro; eso no se pregunta—repliqué, tratando de ponerme a tono suyo.

—Pues le diré: me son repulsivos ese borracho de Avecilla, que parece que vive conservado en alcohol, y ese pedante de Rosendo Oliva, que huele que apesta a erudición barata. Me es simpático Enrique Angulo, acaso por su anormalidad, que, después de todo, no es ningún crimen, como decía el pedante; mírele usted cómo corteja al joven poeta eutrapélico...

—No es que le corteje; es que le tiene un terror pánico; dentro de un par de días sabrá usted el misterio...

—Y me es también simpática Margarita Montes. ¿No le gustaría a usted besarla?

Contesté alguna inepcia, perplejo. La libertad de lenguaje de Hipólita me llenaba de confusión. No

estaba acostumbrado a oír tales licencias más que a mujeres públicas. Algo misterioso trascendía de Hipólita, algo que era como una fuerza magnética de atracción y repulsión al mismo tiempo. Sin ser hermosa, emanaba de su personalidad un raro poder de fascinación, que no provenía sólo de su inteligencia penetrante e irónica, ni de unos ojos glaucos que profundizaban sin consentir que en ellos las miradas ajenas pasasen de la superficie, ni de ninguna cualidad femenina, sentimental o física, que en Hipólita eran ambiguas, como su cuerpo, que recordaba más bien el de un efebo, ágil, enjuto, terso de pecho y cadera. Y a la vez repelía.

—Mi padre es más decidido que usted —prosiguió—. Mírele cómo se aplica a la Montes. Por Dios, dígale discretamente que se modere, que estoy yo aquí, y si puede, mándeme para acá a la cantante.

—¿Es que se ofende su pudor?—le pregunté con propósito de vengarme de la confusión de hacía unos momentos.

—No es eso—respondió con una sonrisa de intención indefinible.

Me aproximé al grupo donde Herculano estrechaba su asedio de la Montes, cada vez más poseído de rijoso ardor.

—La señorita Cacodoro, Hipólita, quisiera hacerle a usted unas preguntas sobre su vida de teatro Margarita—insinué a su vera.

—Pues allá voy.

Y fuese como un pájaro, a pequeños brincos.

—¿Qué le parece a usted?—pregunté a Herculano, señalando a la Montes.

—Deliciosa—respondió, haciendo castañetear la lengua.

Y prosiguió, con un guiño:

—Pan comido, amigo Escudero. Tengo los señas y las horas en que puedo verla. Pero usted comprenderá que hay que recompensarla de algún modo. Publicaremos su fotografía...

Hice un leve gesto de contrariedad.

—Don Herculano—dije—, no hay que comprometer con demasiada precipitación la seriedad del periódico.

—Pero se lo he prometido. La he prometido no ir a su casa hasta llevar un número de *El Orden* con su grabado. En último término, si eso perjudica al periódico, yo seré el que lo sufra—afirmó en un tono de voluntad e imperio que no le había oído antes.

—Muy bien, como usted disponga—repuse con aire de conformidad forzada, como ofendido.

—No lo tome a mal, Escudero—se excusó—. ¿Pero usted se ha dado cuenta de lo que vale esa muchacha?

Y los ojos, perdida su momentánea dureza de un momento atrás, eran mares de admiración y deseo.

—Está bien, todo se arreglará—asentí.

Y luego llamé a Avecilla para interrogarle sobre cuál sería el modo más discreto de publicar el retrato de la Montes en uno de los primeros números.

—Acaso podría inaugurarse con el suyo una sección titulada «Estrellas»—opinó don Herculano.

—«Estrellas de tejas abajo»—corregí, recobrando el buen humor, que se me había eclipsado un mo-

mento—. Pero si no se publica el de ella solo, se ofenderá—agregué.

—¡Claro!—intervino Avecilla—. Usted, don Herculano, es mi padre, pero no entiende una jota de periódicos; permítame que se lo diga, yo, que soy un veterano—continuó, tropezando con las sílabas, como tropezaba con sillas y mesas al andar—. ¿Pero es posible que no sepan ustedes el procedimiento de hacer un reclamo sin escándalo a una artista? ¡Pero si eso lo sabe el último bisoño del periodismo!

—Al grano, Avecilla—le acucié, advirtiendo conatos de impaciencia en Cacodoro.

—Pues es muy sencillo—continuó Avecilla—. Mañana le roban las alhajas a la Montes. Va un redactor o voy yo, y ella cuenta el robo: un ladrón con una pistola así; y cuenta de paso su vida, sus contratos, sus rencillas profesionales, sus amores, todo lo que quiera, y nosotros lo publicamos en el periódico, con su retrato o varios retratos y escenas de lugar del robo. ¿Comprende usted, padre Herculano?

—¡Magnífico!—exclamó Herculano—. Usted, Escudero, póngase de acuerdo con ella para hacer esa información. Lo más pronto posible, ¿eh?

Me dirigí al grupo de Margarita e Hipólita. No había dejado de observarlas de reojo. Algo inexplicable atraía mi atención sobre las dos mujeres. A Margarita se la adivinaba confusa, dominada por la superioridad intelectual de Hipólita. De vez en cuando rompía a reír cuando Hipólita decía algo, sin duda alguna alabanza de su esbeltez y gentileza, pues al mismo tiempo dejaba resbalar ojos y dedos a lo lar-

go de sus flancos, como un escultor que goza de su obra.

—¿Verdad que es lindísima?—me dijo al aproximarme.

—Tanto—repliqué—, que vamos a hacerle una información un día de éstos; ella nos contará su vida y milagros, y nosotros la ilustraremos con fotografías suyas.

Me callé lo del simulado latrocinio, para que su discreción no fuera desprestigiándonos por escenarios y corrillos. Mi plan era encomendarle la fingida sustracción de las alhajas a su amigo López Luna, que las devolvería días después, explicándolo como una broma suya, de la cual desaparecía nuestra complicidad, y se salvaba, de ese modo, la seriedad del periódico.

Palmoteó Margarita Montes con infantil alegría.

—Si a usted le parece, Escudero, yo me encargaré de redactar la información—sugirió Hipólita.

—Encantado—respondí, adivinando confusamente en Hipólita vivos deseos de volver a ver a la danzante—. Pónganse de acuerdo para lo más pronto posible; pero con usted he de hablar antes para hacerle algunas indicaciones necesarias—añadí, dirigiéndome a Hipólita.

Tenía que explicarle la previa intervención de López Luna.

Corrían las primeras horas de la mañana. A eso de las seis hubo números, que trajo un ordenanza. Los arrebatamos con vehemente curiosidad. Cada cual se puso a leer lo que había escrito. Rosendo Oliva se dolió de las muchas erratas en su artículo.

Luego se hicieron consideraciones sobre el ajuste, obra de Avecilla, cuya maestría de viejo experto reconocieron todos. Yo estaba maravillado de la falta de ojos de los circunstantes.

—¿Es posible—pregunté—que no vean ustedes lo sensacional del periódico, lo que más ha de interesar al público?

—Las Píldoras Herculinas—aventuró don Herculano, que no veía otra cosa en todo el periódico, salpicado por el anuncio de su obra maestra; su delectación al leerlo no era inferior a la de Rosendo Oliva, que ya daba la tercera lectura a su artículo.

—¡Un crimen!—exclamó Margarita Montes, que no estaba cegada por la vanidad de ningún escrito propio.

—¡Un crimen descubierto por un redactor de la casa!—advirtió don Senén, que había leído las grandes titulares: «Crimen misterioso.—Lo descubre un redactor de *El Orden*.—Detalles macabros.» ¿Quién es?—preguntó luego.

—Mario Fuentes, nuestro poeta eutrapélico—respondí, señalando al ángulo donde, acompañado de Angulo, leía el periódico. Angulo estaba intensamente pálido.

—¿No se trata de un ánade?—interrogó Oliva.

—¿Cómo de un ánade?—inquirió Rayo, que toleraba dificultosamente el aire engallado de Oliva.

—Quiero decir—respondió el interrogado—si este crimen no es un *canard*, palabra francesa que quiere decir literalmente ánade, y en su sentido traslaticio, patraña o embuste periodístico.

—Pues haber dicho *canard*, que lo entiende todo

el mundo y en todas las lenguas se emplea—observó Rayo en tono desabrido.

—¿Y el purismo, joven?—interrogó don Senén, que era enemigo mortal de los que él llamaba galiparlantes—. En *El Orden*, ni siquiera en privado, no podemos hacer uso de palabras como *canard*. Habrá que idear una equivalente, si no quieren el empleo de alguno de los innumerables sinónimos de ese concepto, en que nuestra lengua, como en todo, es tan rica, sin que tenga que envidiar en nada a ninguna otra. Yo les prometo a ustedes hallar una traslación, adecuada a nuestro idioma, de ese vocablo francés, y propondré en un artículo su uso general.

—¿Y por qué no adoptar la palabra cacatúa, que es un animal que miente a pico lleno?—propuso Augusto Zurita, el gracioso del periódico—. Yo tengo una, por ejemplo...

—Ni cacatúa, ni ánade, ni *canard*—interrumpí, mientras don Senén y Oliva sonreían compasivamente de los esfuerzos de ingenio filológico de Zurita—. El crimen es auténtico, como lo verán ustedes por la resonancia que tiene en el resto de la Prensa y en el Juzgado. Ya está prevenida la Policía.

—Pues enhorabuena—dijo don Senén levantándose para irse—. Es un suceso que dará popularidad al periódico. De todos modos—añadió—, yo cuidaré de enriquecer nuestra lengua con una bien meditada equivalencia de *canard*.

Tras Senén Cuevas comenzó el desfile general. Hipólita y Margarita se despidieron con prolija afectuosidad de palabras y besos, después de prometerse la entrevista informativa para muy pronto.

—¿No le gustaría a usted besarla?—volvió a preguntarme Hipólita, a tiempo que la miraba alejarse.

—Es demasiado muñeca y estúpida—dije con mal humor, sin saber por qué.

—¿Renuncia usted a la mano de doña Leonor?... —comentó Hipólita, sarcástica, volviéndome la espalda para recoger su abrigo.

Cuando salieron Herculano y su hija, no quedábamos en la redacción más que Angulo, Fuentes y yo.

—¿Cree usted que no pasará nada?—preguntó Angulo, cuya palidez tomaba un tinte lívido con la luz cruda del amanecer, que ya se filtraba por los cristales—. Estoy preocupado.

—No se preocupe—le dije—. Si algo se descubriera, yo me hago responsable de todo el «crimen». Para ello soy redactor-jefe del periódico.

Mario Fuentes estaba más tranquilo, y a trechos se reía de la pusilanimidad de Angulo.

—¿No revelarás nada en la declaración?—preguntóle con angustia Angulo.

—¡Por la cuenta que me tiene!—respondió Fuentes, riéndose con ruidosa jovialidad, en la que seguramente entraba una parte no desdeñable de alcohol ingurgitado, el placer de ser redactor de un periódico como *El Orden* y la mixta emoción del crimen que relatábamos en el primer número.

Torné a tranquilizar a Angulo, y después de requerir la presencia de Fuentes a medio día en la redacción por si le llamaban del Juzgado, me quedé solo paseando por la calle de Alcalá. Quería medir por mis propios ojos el recibimiento que el público dispensaba al periódico.

XIII

OTRAS AÑAGAZAS DEL ÉXITO

No pudo ser más lisonjero el éxito de *El Orden*. En el cebo del «crimen misterioso» picaba la mayoría de los transeuntes al oír a nuestros estentóreos voceadores, escogidos expresamente:

—¡*El Orden*, con el crimen misterioso de las Ventas!

Buscaba cada cual el pregonado crimen en el periódico que iba leyendo, recorría con los ojos las columnas y las páginas hasta la última. volvía de nuevo al principio y al examen reiterado de todo el texto, y como nada hallaba, se decidía a comprar *El Orden*, donde en la primera página, y a toda plana, aparecían las grandes letras anunciadoras: «Crimen misterioso».

Muy por lo menudo lo referíamos. He aquí un somero resumen: En *El Orden* se había recibido, la víspera de su aparición, un anónimo delatando la presencia de un cadáver no lejos de las Ventas, en una zanja que había, yendo de Madrid, a la derecha y una vez traspuestas las últimas casuchas de esa

barriada. Un redactor del periódico había acudido al lugar indicado, y tras breve pesquisa, había descubierto el cadáver. Estaba completamente desnudo y en avanzada descomposición, que hacía penoso, por sus emanaciones pestilentes, un examen detenido; nuestro redactor, a pesar de su buen deseo y entusiasmo, no había podido vencer, para fotografiarle, la repugnancia que se le comunicaba por el olfato. Era de hombre, de unos cincuenta años a juzgar por el tono grisáceo de sus diversos y abundantes crecimientos capilares. No presentaba señales de violencia; tal vez había sido víctima de algún envenenamiento. Estaba prevenida ya la policía, que después de interrogar a nuestro redactor y de llevarse el anónimo—que, por cierto, estaba escrito a máquina—había iniciado algunas sagaces diligencias, que seguramente tendrían por premio el descubrimiento de los criminales. Había una pista. La más elemental discreción nos vedaba revelarla, para no entorpecer los trabajos, como siempre fecundos, de la policía.

Aquella mañana no se habló de otra cosa en Madrid, en porterías, tranvías y cafés. Vendimos cincuenta mil ejemplares sólo en la capital. Un éxito sin precedente.

—Vaya un golpe el que ha dado este periódico—se oía decir por todas partes—. Y, en general, está bastante bien hecho.

La prensa de la noche y de la mañana siguiente tuvo que repetir nuestra información, sin callar el nombre de nuestro periódico, como hubiera deseado, porque iba indisolublemente unido al suceso mismo.

Fué un enorme reclamo para *El Orden*, hecho por toda la prensa de España, sin gastar un céntimo. Con qué malhumor hinchaba nuestro éxito y nuestra popularidad; pero no había más remedio. Del segundo número tuvimos que tirar más de cien mil ejemplares, un triunfo sin paridad. Había que mantener el fuego sagrado a fuerza de titulares y de sugerir que conocíamos la verdadera pista, pero que la reservábamos para no ahuyentarles la caza antes de tiempo a los podencos policíacos. A mediodía vino al periódico un agente de policía a preguntar, con admirable candor, si era cierto que conocíamos la pista. Le contestamos que no; pero que si la averiguábamos, le avisaríamos antes que a nadie. Don Herculano bailaba de satisfacción con estas chanzas. Angulo seguía pálido y huidizo. Fuentes había declarado y estaba en sus glorias. Los demás periódicos comenzaron a inventar pistas y distri buir redactores por los cuatro puntos cardinales de la capital y aun de la Península, pues bien sabían que el éxito de descubrir a los autores representaba triplicar o cuadruplicar la venta. En el tercer número entramos en polémica humorística con nuestros colegas. Nos reímos de sus pistas, que las declaramos, con apodíctico aplomo, desatinadas e impropias de periódicos serios. Esto les irritó, y al día siguiente arremetieron contra *El Orden*, al que calificaban de advenedizo, sospechoso—¿qué significaba tanto anuncio de las Píldoras Herculinas? Fué también otro anuncio gratis—y presuntuoso, pues una golondrina no hace verano, ni una casualidad informativa un gran periódico; sin contar que las pistas respectivas que

ellos indicaban tenían sólidos fundamentos, que revelarían oportunamente. Entonces les dimos el golpe de gracia a nuestros rivales, el mismo día que nos atacaban, cuarto de nuestra aparición. Revelamos parcialmente el misterio del cadáver insepulto. Lo explicaré desde sus orígenes, en toda su picaresca integridad.

Unos días antes de aparecer *El Orden*, llamé a Angulo para pedirle su colaboración al periódico. Como por aquel tiempo vivía en una angustiosa inopia, aceptó gustosísimo. Luego le pregunté:

—¿Sigue usted frecuentando el hampa?

—Es mi elemento literario—respondió con una sonrisa de sorna, creyéndose aludido en las ambiguas relaciones sexuales que se le atribuían con la hez social. La maledicencia pública tenía esta vez todos los visos de estar en lo cierto. Angulo ni afirmaba ni negaba; sonreía. Su prosa era como una flor delicada sobre una vida que tenía todas las trazas de un estercolero.

—Quisiera acompañarle en alguna de sus correrías por los bajos fondos.

—Cuando usted quiera—asintió—. Se podrían hacer informaciones de gran interés, colorista y psicológico.

—Me han dicho que conoce usted a gentes que viven de desenterrar y desvalijar muertos en los cementerios—insinué.

—Tengo buenos amigos en esa banda—replicó.

—Pues necesito de usted, Angulo, un señaladísimo favor, que le agradeceré eternamente.

—Usted dirá—contestó, poniéndose en guardia.

—Es necesario—proseguí—que *El Orden* salga con un éxito de sensacionalismo. Con nada se logra la popularidad de un periódico, en España, como con un crimen resonante. Como el matar a alguien es algo aventurado y mi pasión periodística no llega a ese punto, se me ha ocurrido la idea de un simulacro de asesinato.

—No comprendo...

—Muy sencillo. Uno de sus amigos de esa banda de necróforos humanos desentierra un cadáver cualquiera, de paso lo desvalija, si ese es su gusto, y luego lo saca del cementerio y lo arroja en una zanja. Nosotros damos la información como si se tratase de un crimen misterioso y hacemos el agosto.

—¡Imposible!—protestó Angulo, que era, por su temperamento equívoco, hombre de escasos arrestos—. Eso es muy comprometido y podríamos dar todos en la cárcel.

Ensayé entonces una escala de procedimientos persuasivos. Invoqué nuestra antigua amistad; inútilmente. Usé de la velada amenaza de quitarle la colaboración ofrecida. ¿No sentía ningún afecto por el nonato periódico? ¡Y yo que había contado, en primer término, con su interés sentimental por un periódico que, al reconocimiento de sus grandes méritos literarios, uniría una remuneración espléndida, no estilada hasta entonces en el resto de la Prensa! Comenzó a ceder. Además—continué—, *El Orden* sería el pregón de toda la otra labor literaria de Angulo, de sus novelas, de sus versos, de cuanto escribiese.

—En fin—concluí, dándole un billete de quinien-

tas pesetas, suministradas previamente por Herculano, que había celebrado con gran viveza la ocurrencia—, tome usted esto para persuadir al amigo que escoja. No es mucho, pero representa seguramente el valor indumentario de muchos cadáveres.

—No sé si debo...—vaciló aún, apoderándose, sin embargo, del billete—. En todo caso—decidió—yo no apareceré mezclado para nada en esto; no me gusta; me parece una broma demasiado macabra.

Le tranquilicé con grandes extremos de seguridad, y planeamos los detalles. El anónimo lo escribimos en la propia redacción, y yo mismo franqueé la carta. El resultado fué perfecto; la discreción de Fuentes, Angulo y el desconocido cómplice la aseguramos por el temor a complicaciones con la justicia; la de Herculano y la mía—únicos que, además, estábamos en el secreto—la mantuvo el interés del éxito. Al cuarto día desenlazamos la fúnebre comedia. Fuentes, aleccionado por Angulo, que lo estaba por su misterioso instrumento, fué al cementerio del Este, y tras un hábil interrogatorio a los sepulteros, se descubrió la tumba profanada. Era un muerto de hacía unos ocho días. Avisamos a la policía a última hora y publicamos el sensacional desciframiento del falso crimen, obra, según decíamos, de la sagacidad y paciencia detectivescas de uno de nuestros redactores. El nuevo éxito de esta información—que llevaba los epígrafes, a toda primera plana, de «Misterio revelado.—El supuesto asesinato era sólo un robo macabro»—superó al primero, y *El Orden* alcanzó una tirada de ciento cincuenta mil

ejemplares. Nuestros colegas no sabían qué pensar ni decir; duchos en patrañas periodísticas, todo aquello les parecía extraño e inverosímil; pero tuvieron que morder el polvo y callarse, porque no hubiera sido caballeresco publicar sus sospechas, que al poco tiempo fueron admirada certidumbre en todas las redacciones, ni era discreto hacerlo desde el punto de vista de una conveniente solidaridad profesional en el embuste. Hoy por ti, mañana por mí. El público quedó conquistado para *El Orden*. Para la policía, el episodio fué un lunar—que todos nosotros lamentamos—en su brillante historia. El jefe, que era hombre de gran inventiva arbitrista, afanoso de reformar costumbres secularmente inveteradas, propuso que, para evitar posibles ultrajes futuros de ese género, y sobre todo los resultantes tropezones de la policía—que detuvo a medio centenar de honrados vecinos de las Ventas—, se sellasen las espaldas de los cadáveres con un hierro candente, indicando el cementerio de su morada definitiva. Pero el público y la Prensa—incluído nuestro periódico—protestaron airados de una proposición que fué calificada de salvaje e inhumana, como si cada cual, por un fenómeno de traslación psicológica, hubiera temido las torturas de la candencia en estado difunto.

No nos dormimos en nuestros primeros laureles.

—A quien me traiga la idea de un suceso que concentre la atención del público por unos días en *El Orden*, se le regalarán quinientas pesetas—invité a los redactores.

Los proyectos aportados fueron muchos; su viabilidad y eficacia, de poco provecho. De cuantas proposiciones recibí, sólo dos me parecieron periodísticas: la del «Torero desaparecido», que se le ocurrió a *Estólido*, nuestro revistero taurino, y la del «Concurso del queso», que nació en el fértil ingenio de Rosendo Oliva, nuestro colaborador literario. Para ser exacto, la idea inicial de la primera proposición no fué de *Don Estólido*, sino de Antonio Morano, nuestro redactor político; pero la desaparición no se refería a un torero, sino a un diputado. El ardid consistía en ponerse de acuerdo con un diputado impaciente de renombre, para desaparecer un día sin dejar rastro ni aun en su propia casa. *El Orden* sería el primero en publicar la noticia e insinuaría la posibilidad de un secuestro terrorista. Al cuarto día se le haría reaparecer en las Hurdes, adonde habría ido como penitente político a estudiar el modo de introducir un poco de civilización en ese paraje verdaderamente prehistórico, baldón de ignominia de la cultura española...

—Es usted un cándido—le dije a Morano—si piensa que puede tener carácter de verosimilitud que a ningún diputado, por grande que sea su apetencia de sonoridad periodística, se le ocurra subir a las Hurdes, como no sea de caza; no lo creería nadie. Además, ¿a qué español le importa que desaparezca un diputado o todo el Congreso? En todo caso, le importaría que no reapareciese.

—En cambio, si fuese un torero...—sugirió *Don Estólido*, revelando un poder de asociación de que nunca le hubiera creído capaz.

—Ah, eso es otra cosa—asentí—. La desaparición misteriosa de un torero conmovería incluso al olímpico don Pomponio Chueca y aun a personajes más altos. Manos, pues, a la obra. Convendrá entenderse con un torero que comience a estar en desgracia. ¿Quién cree usted, *Don Estólido?*...

—El *Pichón* y yo somos así: carne y uña. Con él, hasta el fin del mundo.

La estratagema se desenvolvió sin obstáculos. Despachamos el *Pichón* a París, furtivamente, disfrazándole de caballero, vestido, peinado y calzado como los demás mortales. La ausencia, que no le fué explicada ni a su propia familia, fué descubierta, naturalmente, por *El Orden*, que durante cinco o seis días hizo gemir amargamente sus prensas con el misterioso desvanecimiento del ídolo. ¿No era una desgracia nacional? ¿No se trataría de un odioso crimen, perpetrado por los infinitos rivales y envidiosos del gran torero? Bien que otros asesinatos de pobres diablos quedasen impunes; éste tenía que ser descubierto, con sus cobardes autores, y castigados con toda la dureza de la ley. Nuestra campaña apasionó a todo el país, porque si bien el *Pichón* era el torero menos dotado de heroísmo —sus pánicos eran proverbiales—, el misterio de su desaparición y el sentimiento de no poder deleitarse nunca más con el espectáculo tragicómico de su cobardía movieron el interés de la gente. A la semana de ausentarse—como era lo convenido—publicamos un telegrama suyo de París, agradeciéndonos la solicitud demostrada y asegurándonos que gozaba de salud, que sería perfecta si su alma dis-

frutase del equilibrio de su cuerpo... El telegrama, que se lo habíamos dado nosotros redactado ya, lo comentamos con la exultación correspondiente al dolor simulado, y a la vez insinuamos la existencia de una aventura galante con una dama francesa de lo más linajudo, como ocurre en las novelas tauró-macas de exportación. Nuestro éxito fué completo, y el del *Pichón*, en la temporada entrante, estuvo favorablemente influído por el ardid de *El Orden.*

La superchería del robo de alhajas a Margarita Montes, que hubo de urdirse a continuación, porque don Herculano mostraba a diario creciente impaciencia, nos produjo un contratiempo privado; pero fué también un éxito de información para el periódico. Una noche, López Luna penetró enmascarado en su domicilio, del cual poseía un llavín que era prenda de la amistad entre ambos, y después de cloroformizarla, forzó un joyero donde guardaba las alhajas y las sustrajo. El propio López Luna redactó la primera noticia del eutrapélico robo, la misma noche de cometerlo, y en el número siguiente, Hipólita, prevenida de lo ocurrido, se avistó con Margarita y escribió, irónicamente, una quejumbrosa historia al estilo de los melodramas de cinematógrafo, con gran copia de fotografías de la víctima y del escenario del robo. Las alhajas valían unas cinco mil pesetas. Como la Montes contaba a puñados los admiradores, sus desdichas hallaron gran eco en el público. Don Herculano fué a verla el mismo día, con un número de *El Orden*, como había prometido, y con palabras y miradas incandescentes. Él mismo me refirió luego la escena.

—A cambio de la pérdida, vengo a ofrecerle mi corazón—dijo, en viéndola, con risa quebrada por el deseo.

—¿Su corazón? Tiene que ser muy duro, como el diamante, y de la misma sustancia, para que yo pueda consolarme de una pérdida de cinco mil pesetas y aceptarlo como equivalente—replicó ella con tono de repulsa.

—No sea ingrata, Margarita; yo la resarciré de la pérdida; las encontraremos.

—¿Es que tiene usted joyería o es comisario de la secreta?—arguyó ella de mal humor.

—Nada de eso; pero tengo cinco mil pesetas y la vida que fuera necesaria para comprar otras, si fuese preciso.

—Eso es otra cosa—dijo ella sonriendo y dulcificando sus palabras.

Don Herculano creyó que era el momonto psicológico del asalto, y quiso enarcar la cintura de la Montes con su recio brazo.

—No estoy hoy para guasas—respondió ella desabrida, rechazándole con fuerza—. Primero es recobrar las joyas; luego se bailará el fandango—añadió con energía y doble intención. Don Herculano comprendió que se le invitaba a ejercer de compañía aseguradora con prima a posterioridad.

—Hoy mismo tendrá usted las joyas o el importe —prometió don Herculano—. ¿Puedo venir a traérselas esta noche?

—Después del teatro; no antes de las dos. Pero que no falte, ¿eh? A ver cuánta es su formalidad — replicó mientras le acompañaba a la es-

calera, con los ojos malignos cargados de promesas.

Don Herculano volvió como una tromba al periódico y preguntó por López Luna. Replicósele que vendría más tarde, hacia la una de la noche, acabados los teatros. Don Herculano esperó con mal contenida impaciencia.

—¿Por qué no ha dejado aquí las joyas, en la caja fuerte de la administración?—peroraba con acento irritado—. Me parece mucho desahogo llevárselas consigo, exponiéndose a perderlas o a algo peor. Esta gente de prensa es de cuidado—añadía, mirándome con los ojos llameantes.

Sus temores tuvieron insospechada confirmación. A la una recibí una esquela de López Luna en que, después de enderezarse a sí mismo los más duros improperios, me comunicaba que había empeñado las joyas y se había jugado, con adversa suerte, el importe, en la esperanza de resarcirse de antiguos descalabros.

—¿No lo decía yo?—comentó a voces don Herculano—. Me lo temía. ¡Si esto del periodismo está plagado de golfos! ¿Cómo no pensó usted que el tal Luna fuera un granuja?—me interpeló, por esa propensión de la naturaleza humana a tener a mano un responsable inmediato—. En lo sucesivo tendré que echar el ojo a todo, especialmente al personal de la redacción, para que no se repitan canalladas como ésta. ¡Miren ustedes que jugarse unas joyas ajenas!

—Si no hubiera sido necesario hacer la información de la Montes...—repliqué con indiferencia, sin

levantar la vista del artículo de fondo que estaba redactando.

Con el rabillo del ojo advertí que mi respuesta, aun no siendo muy sólida, desconcertaba a Herculano, que no era hombre de réplicas súbitas; las razones se le ocurrían más tarde, muchas veces al día siguiente; por eso era costumbre suya acabar las discusiones con palabras o gestos que querían decir: «Aquí yo soy el amo y hago lo que quiero.» Una réplica así vi aparecer en la actitud de sus labios; pero de pronto, por uno de esos giros veleidosos de la conciencia, debió cambiar de rumbo su intención, acaso recordando, al conjuro del nombre de la Montes, que yo había pronunciado, que había prometido ir a su casa a las dos, ya a punto de sonar. Volvió sobre sus talones, internóse en la administración y oí que abría y cerraba la caja de caudales. Días después supe, por él mismo, que había sacado cinco mil pesetas para la Montes. De la administración salió a la calle sin que le viéramos. Aquella mañana —me lo contó más tarde Hipólita—no se había retirado a casa sino muy alto el sol; se había distraído, explicó, viendo el reparto y venta matutina del periódico por las calles de Madrid...

El concurso del queso no nos engendró ninguna contrariedad, antes bien largos motivos de deleite y la satisfacción de ver subir la tirada del periódico, como marea en ascensión continua.

—Yo propongo—nos dijo un día Rosendo Oliva, elevando la mirada al techo en signo de inspirada cogitación—un concurso por demás raro y suculento, que aunque no entra en mis aficiones dedicarme

a este género de pasatiempos o acertijos, no soy ingrato con el periódico que me brinda sus columnas, y quiero aportar también mi óbolo extraliterario a su mayor prosperidad y prestigio. Es conveniencia de todos. La idea del concurso nace de un dichoso recuerdo que guardo de un ágape con que en cierta ocasión fuí festejado por un amigo de Londres, durante mi estancia en aquel hermoso país, en el tiempo que estuve comisionado por nuestro paternal Gobierno para llevar a feliz término el estudio del comercio de la cebolla española en los mercados británicos. Condújome mi ámigo al riñón de la City, a Cheapside, y entramos en una casa cuyo número he olvidado, casa que, aunque de apariencia insignificante, era un muy típico restaurante. Subimos a la sala más alta y allí tomamos asiento en una mesa de forma de herradura que presidía, por cierto, un anciano de grandes patillas blancas, sentado delante de una gruesa mole cilíndrica que a distancia parecía un trozo de tronco de robusto árbol; a los postres se descubría que era un rico queso de Chester. Como ustedes saben, queso viene del latín *caseus*. Pero prosigamos. Este hombre anciano y patilludo, cuyo asiento estaba en el centro convexo de la herradura, servía a todos los comensales la sopa, después de anunciar, con golpecitos de un martillo de madera, que había dado comienzo el almuerzo. Era de mal tono acudir a aquella sala una vez que hubiera sonado el martillo, que, para que luego no se me olvide, diré que era del casco de la gloriosa fragata *Victoria*, de la época de Nelson, según nos dijo, al finalizar la comida, el barbado presidente; uste-

des son muy dueños de creer o no la historia. En aquella sala no se servían más que platos de pescado, de diversas especies y variedades, siempre fresco y de exquisito condimento; buen restaurante para la observancia de un día de vigilia. El postre, que como queda dicho era un corpulento queso, servíalo también el presidente, sin que esta función tutelar se extendiese a otros platos, fuera de la sopa, como creo haber advertido. Y ahora viene lo bueno. Una vez ingerido el queso, alzábase el anciano de nevada patilla, daba otros golpecitos con el martillo de glorioso linaje e invitaba a los comensales a escribir en un papelito, que a ese efecto se suministraba, el número de libras y onzas en que, a ojo, calculaban el peso del residuo del sabroso y lacticíneo postre. El que acertaba era obsequiado con la gratuidad del almuerzo ya deglutido. Yo, lo confieso con honradez, me equivoqué aproximadamente en la mitad del peso exacto. Pero a lo que íbamos. En Inglaterra ha habido periódicos que han hecho grándes fortunas con juegos de adivinanzas entre sus lectores. No me dejarán mentir el famoso *Tit-Bits* y otros de su estirpe. Como ustedes saben, *tit-bit* quiere decir bocado exquisito, cotufa, que seguramente no ignoran que es el tubérculo radical o de la raíz de la aguaturma. Pero no nos desviemos. Mi proposición, atando cabos, se reduce a lo siguiente: ¿Por qué no adquirir un voluminoso queso de Chester o Gruyère —si en la industria nacional no se halla uno del tamaño ingente que se exige—y se invita a los lectores de *El Orden* a que determinen su peso, dándoles las dimensiones exactas de la altura y del diá-

metro medio? Para mayor impresión, podría publicarse una fotografía del queso durante los días que durase el concurso.

Aplaudieron todos el discurso de Oliva, no sé si con algún toque de ironía algunos; abracéle yo con improvisado entusiasmo y acepté su proposición con las siguientes palabras:

—Mi enhorabuena, ínclito compañero, por su genial ocurrencia, que sólo en tal cerebro podría tener nacimiento. *El Orden* la acepta desde luego—añadí volviéndome a don Herculano, que estaba presente—, y creo que debemos ponerla inmediatamente en práctica, pues será el mayor de nuestros éxitos. ¡Con lo caros que están los géneros alimenticios!

—Pero un queso—observó don Herculano, que había oído en serio todo lo dicho—, ¿no les parece que es poco premio para quien acierte lo que pesa? Porque trabajo les doy.

—Cabría introducir una modificación—indiqué—. En el centro de la base inferior podría abrirse un hueco de tamaño indeterminado para el público, y con objeto de estimular su interés adivinatorio, ofrecerle además del queso, dentro de esa cavidad, algún otro premio de valor...

—Un billete entero para la lotería de Navidad—sugirió don Senén, que tenía, entre otros vicios, el del garito oficial.

—O un abono para las grandes corridas anuales en la capital que prefiera el afortunado—propuso *Don Estólido*, que nada veía sino a través del prisma cornúpeto.

—Todo eso—intervino don Herculano, que era de

natural espléndido, sobre todo delante de gente—y mil pesetas más en oro para quien pruebe su buen ojo.

Con grandes aplausos acogimos estas palabras, e inmediatamente telegrafié a nuestro corresponsal en París que adquiriese y expidiese en gran velocidad el mayor queso que hallara en la capital de Francia. Pocos días después, estaba en nuestras manos. Era un queso monolítico, que don Herculano y yo pesamos ante notario, para que no se nos acusara de fraude, y luego lo encerramos en una urna construída expresamente, la cual fué expuesta al público en uno de nuestros salones. El anuncio del concurso, con una fotografía grande del queso y otra dentro de la urna, fué acogido con extraordinario júbilo popular. La gente venía a diario por millares a admirarle, y tenía que hacer cola en la calle. Hubo momento que temimos la clausura del salón por la policía, temerosa de un conflicto público. Se presentaron más de cien mil concursantes, con el cálculo del peso escrito en boletines que publicaba el periódico cada número; cada boletín representaba un ejemplar vendido. El último día—un domingo—, a la hora de mayor concurrencia, lo paseamos por las calles más céntricas de Madrid en un camión adornado con flores y con la presencia de un manojo de cupletistas que reclutó entre sus amigas y las presidió Margarita Montes, ya restañado con largueza el dolor de la pérdida de las alhajas por el generoso y ardiente Cacodoro; descendimos por la carrera de San Jerónimo, doblamos por el Salón del Prado, subimos por la calle de Alcalá hasta la Puerta del Sol,

y de allí regresamos al periódico. Nunca hubo tan estrepitosa algazara en las calles de la corte. La novedad del concurso y la cuantía del premio suscitaron insólito interés. Por un instante temimos que un grupo de revoltosos—pagados, al parecer, por nuestro mayor rival, *El Independiente*—, apostado en uno de los ángulos de las calles de Alcalá y Sevilla, asaltara el camión y se llevara el queso. Por fortuna, la policía, si bien algo enojada con *El Orden* desde el suceso de las Ventas, intervino a tiempo, contra costumbre, y pudimos llegar ilesos y triunfales a nuestro hogar periodístico. Pocos días después, tras laboriosa ordenación de boletines, se anunció el peso y el nombre del ganador. El premio estaba estipulado que correspondiese al que acertara el peso o más se aproximara. En diez gramos sólo erró su cálculo un presbítero de Durango, provincia de Vizcaya; el queso pesaba 67 kilos y 350 gramos. El premio fué remitido al sagaz sacerdote, de cuyo ojo de buen cubero se hizo todo el mundo lenguas. Sólo la sección radical de nuestros lectores recibió con desagrado el desenlace.

XIV

LA DECISIÓN HERCULINA

Para celebrar el primer mes de existencia y la tirada de cerca de doscientos mil ejemplares—cifra exacta; para los anunciantes se la multiplicaba por dos, y para los amigos de más confianza por uno y medio, por lo menos, como es uso en todo periódico que se estime—que habíamos logrado en tan corto plazo, don Herculano obsequió con una heliogabálica cena al cuerpo de redacción, colaboración, algunos altos empleados de la administración, varios buenos amigos—esto es, ricos o en algún orden influyentes—ganados en ese tiempo y un grupo de señoritas de teatro, capitaneadas por la Montes. También asistió Hipólita, cuya amistad con Margarita se había ido haciendo más asidua e íntima. Don Senén propuso que la fiesta tuviera lugar en alguna taberna castiza, ventorro u hostería de sabor clásico. Rosendo Oliva sostuvo el criterio de ir a yantar en Toledo, bajo la égida venerable del Greco. Yo insinué que decidieran las damas, las cuales, con sensato acuerdo, optaron por que se cenase en Madrid y en un

restaurante nocherniego, después de los teatros. Así se convino. Huelga decir que también en esta ocasión derrochóse el ingenio, como es inevitable que acontezca siempre que se reunen a comer gentes de pluma. Avecilla, a los postres, brindó por que no hubiera brindis; los grandes sucesos—dijo en una larga tirada oratoria, con lengua apesantada por el vino—mejor se celebran con el silencio. *Don Estólido* tuvo la inspirada y genial ocurrencia de proponer que las flores que adornaban la mesa fuesen enviadas a la noble y virtuosa señora de Cacodoro. Grandes aplausos. Don Senén preconizó la persistencia en el purismo, y al decirlo miraba a Rayo, para quien la forma no tenía importancia; lo esencial, aseguraba, eran las ideas. Hay que velar por la pureza de la lengua—continuó don Senén—como él venía haciéndolo en el luengo transcurso de ocho lustros. El público recompensa este ingrato esfuerzo de fijar y dar esplendor al idioma, como lo acreditaba el éxito resonante, indubitable y bien ejemplar de *El Orden*. En cambio, ¿cuál era la causa de la decadencia de *El Independiente*, sino su inmoderado abuso del galicismo desde que él, por altas razones éticas, se había visto en la precisión de abandonarlo? Rosendo Oliva no podía emitir cuatro palabras vulgares e improvisó una analogía mitológica que había preparado—pude observarlo—la víspera con ayuda del diccionario enciclopédico del periódico libro de indispensable utilidad en toda redacción inteligente. Si grande fué la hazaña infantil de Heracles o Hércules—peroró Oliva—al estranguiar, cuando aún era tierno niño de pecho, las dos ser-

pientes que la celosa Hera, cónyuge de Zeus, envió a la cuna del poderoso semidiós para que se le enroscasen al cuello y le ahogaran, no menos hazañosa ha sido la corta infancia de *El Orden*, que, a falta de serpientes, ha sacrificado a su éxito tres o cuatro robustos ánades o *canards*, con perdón de don Senén, que todavía no ha enriquecido nuestro tesoro castellano con una adecuada e ingeniosa equivalencia del vocablo francés. Todos aplaudimos la inagotable sabiduría de nuestro pilar literario, o sea de Oliva. Por la juventud y el amor brindó luego la Montes, a la vez que encalabrinaban a Cacodoro con picante sonrisa sus ojos casi cerrados. Y por Caco, agregué mentalmente, pensando cuánto la picardía de López Luna había colaborado a precipitar los acontecimientos en la fulmínea pasión de Herculano por la Montes.

—¿Y usted?—me volví a Hipólita.

—Por la mujer que se niega a ser sólo una incubadora de hombres—replicó, produciendo general desconcierto en la concurrencia. Vióse que don Senén, aun no comprendiendo del todo el brindis, se sentía ofendido por las ambiguas y osadas palabras. ¡Bravo! —vociferó Rayo, que tampoco había comprendido gran cosa—. Rosendo Oliva se disponía a solicitar de Hipólita un parergon o aditamento al sibilino brindis. Don Herculano se revolvía en la silla, temeroso de que su hija volviese a hablar. Me puse en pie. Brindé por que *El Orden* fuera el orden venidero, el orden de la justicia y el amor entre los hombres. Habíamos forjado el instrumento, no con los metales más puros, ciertamente; pero la astucia era lícita,

sin daño de tercero, cuando la fuerza es escasa. Nuestras fuerzas habían sido débiles al nacer; ahora que eran vigorosas, estábamos obligados a emplearlas al servicio del bien. ¡Eso es hablar!—vociferó de nuevo Rayo—. Levantóse don Herculano; brindó por el dominio del mundo existente, por la riqueza, por el poder político, por los placeres de la vida, que es demasiado corta para mirar demasiado lejos al porvenir, y ya cuidarán los que vengan de su propia existencia, sin necesidad de que nosotros les sacrifiquemos la nuestra. Aplaudieron la Montes y las demás amigas suyas. Herculano y yo cruzamos nuestras miradas, como dos aceros. ¿Era el principio de la discordia?

Cuando salimos, alboreaba. Descendimos por la calle de Alcalá abajo hacia la Cibeles. Yo me interpuse entre la Montes y Herculano, que se había aproximado a ella como la viruta de hierro al imán. «Preciso es que se aclaren nuestras miradas» —pensé.

—Don Herculano—le interpelé—, supongo que estará usted satisfecho de la marcha de las cosas.

—Satisfechísimo, Escudero. Ahora veo que el optimismo de usted era pálido ante la realidad que nos esperaba. La tirada del periódico es espléndida, los anuncios aumentan de día en día y mis píldoras se venden como el pan; si así siguen las cosas, tendré que montar una fábrica mucho mayor; no olvide usted esos breves artículos de combate contra los injertos de Steinach y Voronof, pues cada uno aumenta extraordinariamente los pedidos de las Herculinas.

—Así se hará—asentí—. Pero ahora es necesario que decidamos cuanto antes la naturaleza esencial del periódico. Usted ha visto cómo con unas cuantas socaliñas bien tejidas se gana la voluntad del público, que será siempre como un niño o un salvaje, dispuesto a dar su mayor riqueza—que en este caso es su opinión, capciosamente suplantada e interpretada por el periódico—por unas baratijas de vidrio. Yo me maravillo y sobresalto al ver la facilidad con que se forja esta terrible arma moderna que es un periódico, más poderosa que los ejércitos y que los Estados, porque cada una de sus hojas es como un insecto que puede llevar la vida o la muerte, la razón o la barbarie en sus alas e introducirse en los intersticios más recónditos de las sociedades humanas, para fortalecerlas o para carcomerlas.

—Pues no hay que asombrarse, amigo Escudero, porque siempre ha sido, es y será la muchedumbre estúpida, y la gobernarán a su antojo los inteligentes y los osados. Poco o nada entiendo de esto; pero me imagino que los pueblos siempre necesitan de algo que les emborrache, y que unas veces es una religión, otras una guerra, otras una revolución, otras un rey. El brebaje moderno es la Prensa. Nunca he de agradecerle a usted bastante que me haya revelado este inmenso poder. Mi vida estaba como frustrada, y cuando meditaba en ella, me parecía que era un hombre nacido a destiempo y condenado a morir sin haber desenvuelto todas las fuerzas latentes en mi ser. Al principio no le ocultaré—ahora puedo decírselo—que desconfiaba de este mundo de los periódicos; había vivido lejos de él, ignoraba su

pulsación interna, y embarqué en la empresa que usted me propuso por espíritu de aventura, como quien juega su última carta. Pero ahora me convenzo de mi error; y a veces creo que he nacido para manejar un gran periódico; mi falta de cultura es más bien una fuerza. Ustedes, los hombres cultos, son demasiado complejos para llevar el timón de un periódico; tienen, en general, exceso de escrúpulos de conciencia que entorpecen una acción rápida y decisiva. Un periódico es como un ejército que necesita alimentarse de victorias continuas para existir y engrandecerse; el periódico necesita fuerza social ganada por todos los medios posibles; si vacila, está perdido. No sé si me explico.

—Se explica usted, al contrario, como nunca le he oído explicarse—repliqué.

—Una buena comida, regada con buenos vinos, me aviva la inteligencia; también el comercio carnal me despeja los sentidos y aclara la razón. Pero aparte de esto, hasta ahora he preferido vivir observando desde la penumbra; ya puede decirse que sé dónde piso, y por esto le hablo con desacostumbrada extensión y seguridad. Amigo Escudero, he nacido para capitán de periódicos.

Bien advertía yo que en la locuacidad de don Herculano participaban en no escaso grado los excitantes de una digestión copiosa y de las selectas libaciones que humedecieron los numerosos y escogidos manjares. Pero en el fondo de aquel estado de difuso alcoholismo, como en todos los estados de conciencia ausente o esfumada, bien se dibujaba su realidad básica, que yo expresé mentalmente con estas

palabras: «Este hombre, que yo creí mi instrumento, comienza a sacar su garra.»

—No dudo, don Herculano—hablé en voz alta—, de sus cualidades de capitán de Prensa; pero precisamente por ello es de urgencia que se le trace un plan al periódico, un sistema de vida y de pensamiento que presida regularmente su desarrollo, para que no tropiece en la niebla de la improvisación y pierda en un día lo ganado en meses y acaso en años.

—¿Un programa?—comentó con un dejo de ironía—. Ya vi que lo esbozó usted en el brindis. ¿Para qué programas? En todo caso, que no precedan rígidamente a la acción, sino que surjan de ella, como la piel del cuerpo. Un programa es como un traje hecho sin medir, o demasiado grande, de modo que pone en ridículo a quien lo lleva, o demasiado estrecho, de forma que entorpece los movimientos. Amigo Escudero, vistámonos a la medida.

—Pero una orientación nos hace falta...—insistí.

—¿Una orientación? ¿Y no la tenemos en el mismo título del periódico, o habló usted en chanza cuando se lo pusimos? *El Orden* debe defender todos los órdenes; pero, sobre todo, el que vivimos, que es donde están todos los regalos de la existencia. El de ayer y el de mañana, por lo que veo, según mis cortos alcances, es para tontos o para poetas. Vivir y dominar, ¿le parece poco programa?

—Quiero decir que, a pesar de todo, el periódico se verá pronto obligado a tomar una actitud definida. No sería extraño que algún político, en vista de

su rápido y considerable éxito, tratase de injertar capital en el periódico. Acaso Gacela...

—Precisamente, tenía que darle la noticia: Gacela aportará, con sus amigos, medio millón de pesetas para adquirir maquinaria moderna; lo he sabido hoy.

—¿Ha venido él a verle?—interrogué, tras los momentos de perplejidad y vago temor que me produjo la noticia.

—Me mandó a Negrete, que por cierto entrará en la Redacción a ayudarle a usted a hacer fondos...

Habíamos llegado a la plaza de la Independencia, donde la Montes tenía que bifurcarse para tomar la dirección de su casa, situada en el otro extremo de la calle Serrano. Una mujer macilenta y haraposa, con un niño en brazos, se levantó de un quicio y vino a pedirnos una limosna.

—De modo—dije, por decir algo, dominado aún por la noticia de que Negrete, el odioso *condottiere*, se inmiscuiría en mis funciones—, de modo que la decisión está tomada...

—Tan acertadamente, a mi juicio, como la de preferir la compañía de la Montes a la de esa pordiosera. ¡Bonitos andrajos para un artículo en defensa del orden venidero, ¿eh?—replicó acercándose a mi oído y riendo después ruidosamente. Y añadió—: Como la escritura de *El Orden*, sociedad anónima, ha de hacerse en seguida, desde mañana seremos gacelistas, cautelosamente, claro es. Más adelante, ya veremos. La vida es así, Escudero.

Algo se había torcido en mi conciencia. No podía explicarme lo que me acontecía. En la raíz turbia del espíritu me parecía entrever que la obra inicia-

da tomaba forma de contrahecha caricatura. ¿En qué edades y países legendarios hubo una decisión parecida entre dos mujeres que también simbolizaban, como las comparadas por Herculano, la sensualidad y el placer la una, y el dolor y el deber la otra? En vano se fatigaba mi mente en el esclarecimiento del recuerdo.

Nos separamos. Herculano manifestó deseos de acompañar a la Montes hasta su puerta, de paso que refrescaba el espíritu con el aire matinal.

—Luego querrás asistir al reparto callejero del periódico, como de costumbre—observó Hipólita con desdeñosa frialdad, y todos subrayamos con una sonrisa lívida la clara alusión; sólo Herculano fingió no oírla.

—Que fiesta tan fraternal, modelo de compañerismo, y tan en consonancia con las tradiciones de la Prensa española, se repita por muchos años—dijo despidiéndose don Senén, que apenas podía tener enhiesta su bien cargada humanidad.

—Querrá usted decir por muchos meses—corrigió Rayo; que en él era necesidad temperamental zaherir a don Senén y a Oliva siempre que podía.

—Después del sacrificio de los ánades o *canards*, equivalentes a la estrangulación de las dos serpientes por el infante Heracles, *El Orden* deberá ahora emprender los trabajos mayores que han de conquistarle la inmortalidad—intercedió Rosendo Oliva, que bien se veía cómo no estaba dispuesto a dejar sin apurarla la imagen del brindis cazada en e' enciclopédico.

Los otros comensales se habían ido quedando en

el camino; Avecilla quedó roncando en el restaurante.

—La acompañaré a su casa—me ofrecí a Hipólita.

—Si quiere, crucemos por el Retiro.

Entramos en el deleitoso parque, que despertaba líricamente a la vida.

XV

HIPÓLITA

Jamás había paseado por el Retiro a hora tan temprana. Era el primero de abril y ya la primavera se anunciaba en los brotes balsámicos de los árboles, en las emanaciones vitales de la tierra, estremecida por el misterio de una nueva generación, en los rumores y la típica luminosidad del aire. ¿Es posible? —pensé ingenuamente—que un amanecer primaveral sea tan delicioso? No éramos los únicos paseantes; unos vagaban solitarios: ensoñadores, con un libro debajo del brazo, o acechantes, como sátiros en espera de las ninfas; otros venían en parejas de alguna correría nocturna, torpe el paso, turbio el cerebro, ajado el rostro, con ese aire de caricatura que toman los cuerpos estragados por la ciudad al contacto con la Naturaleza.

—Siento que los efluvios de la tierra penetran por todo mi ser, como árbol enraizado, y que también en mi sangre canta la primavera—dije a Hipólita, después de unos minutos de silencioso andar. La miraba furtivamente de pies a cabeza, y su esbelta línea

andrógina nunca me pareció tan bella y fascinante.

—En mi alma—replicó—todo es postrimería otoñal, principio de invierno.

—Quiere usted coquetear con sus pocos años, y es que cuando una mujer pretende ser antifemenina, cae en los extremos más flagrantes de la feminidad, como es la simulación de fatigas, desilusiones y otros achaques propios de la vejez, precisamente a causa de la excesiva juventud.

—No sea usted niño; quiero decir que no sea psicólogo superficial. Mi pesadumbre es algo más profunda que todo eso; pero mejor será que hablemos de otra cosa.

—¿No le inspiro a usted confianza?—pregunté por no quebrar aquel sutilísimo y dulce hilo de confidencia que comenzaba a salir de la rueca de su cargado espíritu.

—Al contrario, mucha confianza, porque, por lo poco que le conozco, me parece usted un hombre como yo quiero: poseído de una alta idea de sí mismo —orgulloso—e indiferente a las censuras como a los aplausos ajenos—sin vanidad—; mal guía de hombres, por insensible al placer del mando y por excesivamente considerado; moralmente escrupoloso, a pesar de cierta ligereza aparente y de un firme deseo de serlo menos por creer que el serlo tanto le perjudica. No se quejará usted de tanta lisonja como le prodigo.

—Mala pitonisa es usted, aunque otra cosa se figure—comenté, halagado en mi fuero íntimo de su juicio.

—Pero, sobre todo—prosiguió sin atenderme—, lo

que más me mueve a simpatía por usted, o, si me lo permite, a compasión, consiste en que usted será siempre juguete o instrumento de los demás.

—Este juicio ya no le parecerá a usted una lisonja; a mí tampoco, porque no dice mucho en pro de las virtudes napoleónicas que yo me suponía—repliqué con fingida chanza.

—Pero es exacto, y tiene usted que sufrirlo con resignación; porque si no, dejaría usted de ser orgulloso para ser vanidoso; y eso estropearía mi oráculo — redarguyó, volviéndose a mirarme sonriente con sus ojos insondables y con aquella su boca grande que parecía dilatarse por la vanidad de exhibir un semicírculo de dientes apretados, simétricos y blanquísimos.

—Me cuidaré bien de herir su amor propio de pitonisa.

—Sí, instrumento de los demás, que lo darán de lado cuando no les sirva o les estorbe. ¡Guárdese!

—No comprendo.

—¿No le ha dicho nada mi padre de los propósitos de Gacela y de la visita de Negrete?

—Sí, algo me ha indicado en el momento de separarnos.

—Pues esté usted en guardia. Gacela destruirá la idea del periódico que usted había soñado. Negrete, si usted no se precave, le usurpará a usted su puesto, a título de hombre de confianza de Gacela.

—No me crea usted tan blando; sabré defenderme de Negrete. Lo de Gacela me preocupa más, porque es un temperamento selvático, sin idealidad alguna, y a su servicio el periódico no sólo quedará frustra-

do como palanca de educación pública, sino que será un peligro social y nacional.

—Pues eso será, porque mi padre nada hará por evitarlo; antes bien le halagará la amistad y el apoyo de Gacela, y si le hace diputado, como ya sueña, le entregará el periódico sin condiciones. Su reino es el mundo existente: riqueza, placeres, poder político; ya oyó usted su brindis, que era una réplica al suyo. Ahora que recuerdo: estoy enfadada con usted. ¿Por qué se apresuró a levantarse, impidiendo intencionadamente que yo siguiese?

—¿Qué más hubiera dicho usted?

—Es muy largo de contar—respondió después de un corto silencio—; acaso hizo usted bien en impedirme continuar. Hay cosas bien desagradables de decir.

—¿A qué se refiere usted?

Hizo Hipólita una pausa, como vacilando entre proseguir o no, y luego habló:

—Mi brindis quiso ser una saeta dirigida a mi padre; probablemente sólo él entendió toda mi intención; de eso he hablado con él muchas veces.

—¿De qué? ¿De la mujer como incubadora de hombres?

—Menos mal si fuese eso sólo. Antes que nada, es máquina de placer.

Tras una pausa, durante la cual traté de recoger el hilo rector de la conversación, pregunté:

—¿Odia usted a su padre?

—No me atrevo—respondió después de un corto silencio, mirándome a los ojos como para medir todo el alcance de la pregunta—, no me atrevo a decir que

sí y, sin embargo, sospecho que algo semejante es uno de los sentimientos que me inspiran.

—Es usted inhumana; hay algo de felino, de cruel en su conciencia—le dije sonriendo, en parte por obligarla a explicar sus palabras y en parte por significarla irónicamente el creciente interés que suscitaba en mí su compleja psicología.

—Al contrario, demasiado humana. Quiero a mi padre como padre, que ha sido y es siempre conmigo y todos los de casa cariñoso, solícito, dispuesto a cualquier sacrificio por nuestro bienestar; a veces violento, pero en el fondo, dotado de gran ternura. Sin embargo, como hombre...

—¿Puede usted separar lo uno de lo otro?

—Esa es mi desgracia, el tormento de mi vida. Yo le veo como es con nosotros; pero también como es en sí mismo, en su inconsciente filosofía de la existencia. No le guían más que los instintos inferiores, los apetitos más bajos de la carne y del espíritu: los placeres físicos, la glotonería, el gusto del mando, la vanidad social. Para esos fines, todo lo demás es en él instrumento, ¡hasta yo misma!—exclamó a tiempo que se le empañaban levemente los ojos.

—¿Usted instrumento de su padre?—pregunté con sorpresa.

—He dicho mal—respondió, repuesta de su rápida emoción—. He querido decir que yo misma soy la consecuencia de uno de sus actos instrumentales. Yo fuí engendrada sin amor, sólo por una apetencia carnal. Lo sé por mi madre, que me lo contó a su manera, siendo yo aún bastante niña, con acento

de una íntima y triste amargura que no le ha abandonado nunca.

—¿Y qué importa, después de todo? El caso es llegar a esta maravilla que, en cualquiera de sus formas, feliz o infortunada, es la vida; los caminos, de amor metafísico o libidinosa sensualidad, ¿qué nos importan?—objeté con intención pragmática, para disipar el vaho enfermizo que empezaba a advertir en la conciencia de Hipólita.

—Así pensaría yo también acaso—replicó—si fuera hombre, o sea si mi vida tuviera algún sentido fuera de las funciones del sexo. Pero no ser más que una incubadora de hombres o, lo que es aún peor, una máquina de sensaciones medulares...

—Usted exagera, Hipólita—dije evasivamente, no acertando de momento con réplica mejor.

—¿Que exagero? La mujer es la sierva de la especie, el medio de su perpetuación, instrumento del hombre para engendrar nuevas hembras que cumplan servilmente su misión instrumental, o nuevos varones que, a la par que incorporan su espíritu en actividades ideales o materiales, se sirven a su vez de la mujer como medio para sus placeres físicos o, a lo sumo, para que los hijos continúen su nombre y sus empresas; en suma, egoísmo o vanidad.

—Pero también el hombre se sacrifica por la especie, es el sostén económico de la familia—repliqué, algo desconcertado por la aparente lógica de Hipólita, que hablaba con inusitado fuego.

—Nada de eso, no hay tal sacrificio—prorrumpió en tono sarcástico—. El hombre no se sacrifica nunca. Sólo da lo que le sobra de sus vicios y necesida-

des. Si lo que le sobra es mucho, se entrega, en una forma u otra, legal o furtivamente, a la poligamia; si no le alcanza para sostener su familia, adopta, también en una u otra forma, legal o vergonzosamente, la poliandria o sostenimiento de la mujer y los hijos entre dos o más hombres.

—Es usted sofísticamente implacable—argüí con forzada risa.

—Bien sabe usted que lo que estoy diciendo es una verdad como una pirámide egipcia.

—Ahora me explico su rabioso feminismo—dije con propósito de derivación o desvío.

—Ni rabioso ni feminismo, si se figura usted que yo espero algo de que las mujeres tengan voto e igualdad de derechos públicos y privados.

—¿Qué espera usted entonces?

—Ese feminismo político es como la libertad política de los obreros, que mientras estén sujetos a otros hombres por la cadena del salario, serán tan libres como un pájaro sin alas o un león sin garras ni colmillos.

—¿Además socialista? Si se entera su padre, ahora que vamos a profesar el gacelismo...

—Nada más que un poco inteligente para ver las cosas tal como son. El feminismo es igual: servirá también de instrumento para que unas cuantas señoras satisfagan la vanidad de sentarse en los Parlamentos y en los ministerios; pero mientras la mujer sea sexualmente sierva del hombre, será sierva en todo.

El sol estaba ya sobre el horizonte, asaetándonos los ojos de frente, por entre los árboles. Tornamos

a salir a la calle de Alcalá por una puerta próxima a las escuelas Aguirre. Rodaban ya los tranvías.

—¿Tomamos un coche o tranvía, si está usted cansada, o prefiere que sigamos a pie?—interrogué.

—Ustedes los hombres siempre tan galantes; quiero decir que cuando se proponen ser finos, siempre aciertan a herirnos, por lo menos a mí. ¿Cuándo se convencerán, por ejemplo, de que una mujer puede andar tanto como un hombre? ¿Le ofrecería usted un vehículo a un amigo con tan hermosa mañana?

—Perdóneme, Hipólita; me olvidaba de que la mujer debe ser o es tan fuerte como el hombre. Por lo demás, no me avergüenzo de confesarle que, al ofrecerle un vehículo, pensaba, sobre todo, en la fatiga de mis piernas; ya ve que no era pura galantería. Pero como tampoco es justo que un hombre sea más débil que una mujer, sigamos andando—repliqué en tono de broma.

—He ofendido su amor propio, lo veo en el gesto —exclamó palmoteando. Era la primera vez que quebraba la hierática gravedad de su talante.

—Por Dios, no faltaba más—respondí—. Mala psicóloga es usted. Bien me cuidaré de ofenderme ni de ofenderla, para que no se interrumpa tan amena conversación, hasta que me revele cómo piensa usted que la mujer puede dejar de ser sierva del hombre. ¿Es que hay modo de mudar de sexo? ¿Acaso cree usted en los procedimientos de Steinach, que yo combato en defensa de las famosas Píldoras Herculinas?

El rostro de Hipólita recobró, acrecentada, su gravedad de costumbre. Luego contestó:

—No es cosa de bromear con esa desdichada in-

dustria de mi padre, que es su mejor expresión psicológica y mi mayor vergüenza. ¡A qué perversiones puede conducir el ingenio humano puesto al servicio de los apetitos inferiores! El único resentimiento mío con usted, la razón de que al principio le profesara tanto desafecto, es que se prestara a ser cómplice o comparsa de ese fraude o superchería de las píldoras.

—Y sin embargo, han sido la base de *El Orden*, la vida de todos nosotros—me excusé.

—No, no pienso en esos injertos de Steinach y Voronof, que usted divulga combatiéndolos—continuó en su ilación—. No creo que se pueda cambiar de sexo. Pero se puede renunciar a él.

—¿Renunciar al sexo?—exclamé sorprendido.

—Mire usted, Modesto—prosiguió, llamándome por primera vez con mi nombre familiar—, yo no quisiera hablar de cosas que nunca he dicho a nadie. Y por otra parte, no sé, siento la necesidad como de confesarme a alguien, a un amigo mejor que a una amiga...

—Hábleme con toda confianza—la invité con grave acento, penetrado de esa extraña emoción que acompaña al acto de descender a las raíces espirituales de un ser, equivalente a la anagnórisis o reconocimiento de una persona en la tragedia antigua.

—Yo he renunciado al sexo—continuó Hipólita, bajando levemente la voz, como si quisiera imprimir la mayor ingravidez a sus palabras—. En esta renuncia ha intervenido una especie de odio genésico al hombre, nacido de la conducta de mi padre con mi madre y de sus desenfrenos posteriores, y

desarrollado después de advertir, por observación directa y por conocimiento logrado en los libros, que el hombre sólo ve en la mujer, en el mejor de los casos, una sierva genésica, una paridora de hijos. Esto ha producido en mí una invencible repugnancia sexual hacia el hombre.

—Aun suponiendo que así fuera—aduje—, aunque en el acto carnal haya de ordinario algo humillante para la mujer—lo reconozco—, la maternidad, sin embargo, va tan vinculada a la naturaleza femenina, que no comprendo cómo el dolor de sacrificarla puede ser más llevadero que la repugnancia de engendrarla.

—Es posible que tenga usted razón en general, como lo prueba el hecho de que sean pocas las mujeres que voluntariamente la sacrifican; pero, en mi caso particular, esa repugnancia se ha enlazado con una visión de la vida que también es contraria a la maternidad, y entre ambas han dominado este instinto.

—No acabo de comprender...

—Déjeme explicárselo. Aun cuando pudiera yo vencer esa repugnancia de origen, siempre me quedaría una nueva barrera, que podría formularla así: ¿Por qué ser madre? ¿Por qué sacrificarse integral e innominadamente a la especie?

—Pero no veo—objeté—la necesidad de que el sacrificio sea íntegro. Una mujer puede ser madre y todo lo demás que son los hombres.

—Grave error—replico Hipólita con viveza—. La mujer, si es madre, no puede ser otra cosa: se diluye en sus hijos y en el padre de sus hijos; desaparece

su personalidad, incorporada totalmente entre el hombre que la fecunda y las criaturas de sus entrañas. ¿Conoce usted alguna mujer que haya dejado algo imperecedero, fruto de su razón o de su acción? Ninguna; la de más talento no pasa de ser una buena imitadora de las obras del hombre; es el suyo, en el mejor de los casos, un genio mimético y virtualmente infecundo.

—Sin embargo, no me negará usted que ha habido mujeres eminentes que han influído en el equilibrio de los imperios y las naciones...

—Sí; a veces su poder sexual ha sometido a tal o cual individuo y de rechazo al pueblo que estaba sojuzgado a ese individuo; directamente, nunca; en la mayoría de los casos, el cetro ha sido en manos femeninas un símbolo ilusorio, como juguete de niño, y tras él se ha trasparentado siempre el poder dominante de algún regente o algún favorito.

—Es usted implacable con su sexo—dije—. Pero, en ultimo término, la mujer sostiene la antorcha de la especie humana. ¿Le parece poco?

—Para mí, poquísimo. Ustedes, los hombres, a buscar su perpetuación en obras individuales creadas por el espíritu. Nosotras, las mujeres, hemos de conformarnos con una especie de anónima inmortalidad biológica. El género humano parece existir para que se engendre y sobresalga el hombre individual, unos en mayor grado que otros; la mujer individual no parece tener otro destino que el sostenimiento biológico de la Humanidad, para que exista y destaque el hombre como un fin en sí. Reconocerá usted que es un papel bastante subalterno el nuestro.

—¿Y qué le hemos de hacer, Hipólita?—repliqué, buscando el arrimo de esa pared donde acaban por apoyarse todos los razonamientos desesperados: la fatalidad—. Si la Naturaleza nos ha hecho así, ¿cómo podremos enmendarla?

—Yo me contento con enmendar la mía; y para conducir a buen término la obra que quiero emprender—no sé aún en qué forma, ni tengo todavía otro contenido que un anhelo de expresión, de proyectarme en obras duraderas—he empezado por prescindir de mi sexo, que es, en nosotras, el principio de toda anulación individual.

—¿Del todo, del todo ha prescindido usted?—me aventuré a interrogar después de un momento de vacilación.

Volvió a mirarme Hipólita en los ojos, inquisitivamente, y luego contestó:

—Me parece entrever algo de malicia en su pregunta; pero le seré también en esto tan franca como en todo lo anterior. He visto pasar por sus pupilas la imagen de la Montes. ¿Verdad que ha pensado usted en ella al preguntarme?

—Pero qué pésima psicóloga es usted—mentí con los labios, a tiempo que asentía con los ojos, pues esa era, en efecto, la verdad.

—No es por ahí—aclaró con picardía popular, que cruzó su rostro como un relámpago. Y añadió, recobrando su gravedad—: Naturalmente, la voluntad no puede modificar de un día a otro la fisiología. Admito que la Montes ejerce cierta atracción sobre mí; pero, de una parte, siento por ella un género de lástima o simpatía análoga que por usted, al con-

templarla como instrumento sensual de los que la rodean y cortejan; este sentimiento lo intensifica la circunstancia de ser mi padre ahora el amo de turno de esa sierva, en la más baja función de servidumbre; de otra parte, yo no veo en ella una mujer, sino una criatura sin sexo, un andrógino en quien la belleza física ha alcanzado su más alta expresión. A veces quisiera yo acariciar ese ambiguo dechado de belleza, como si fuese la estatua viva de un efebo apolíneo, o pintarle o cantarle; en una palabra, poseerle como objeto y materia de arte. Si en mí queda alguna aptitud erótica, se ha transfundido en un imperioso anhelo de expresión artística. Quisiera ser una gran pintora.

—El amor es apetito de belleza, dice Sócrates en el *Simposio* platónico—observé, para indicar que había comprendido su sentimiento. Y añadí—: Pero si todas las mujeres procedieran como usted, Hipólita, pronto se extinguiría la especie humana. ¿O es que usted se juzga una excepción, o a lo sumo parte de una minoría que por mucho que crezca nunca llegará a ser mayoría, ni mucho menos totalidad?

Quedóse meditando Hipólita un instante, y luego respondió:

—A veces pienso si no seré un monstruo, una aberración de la Naturaleza, hecha de contradicciones insolubles; pues, ¿cómo explicarse mi amor y mi aborrecimiento por mi padre y esta aspiración varonil a obras del espíritu dentro de mi biológica fatalidad femenina? ¿No hubo un error al engendrarme, otorgándome el sexo que acaso correspondía a

mi hermano Inocencio? No diré que sea afeminado, pero sospecho que le pesa abrumadoramente la carga de ser hombre, de tener que hacer algo espiritual en la vida, tanto o más que a mí la de ser mujer. —Y después de una pausa, con los ojos inflamados por una lumbre extraña—: ¡En ocasiones siento como un impulso de matar a mi padre, origen de todo, y de matarme yo luego para concluir de una vez para siempre con mis tormentos! Si por lo menos encontrara algún día un hombre que me comprendiera y resolviese esta dualidad de mi alma...—añadió, con la mirada perdida en el espacio.

—Se tortura usted sin necesidad; sí, acaso le siente bien el cultivo de alguna de las artes. ¿Dijo usted la pintura? Eso puede devolverle su equilibrio, su tranquilidad—contesté sin darme exacta cuenta de lo que decía, alarmado por el raro lenguaje y la desusada expresión de Hipólita.

—Pero no—continuó, serenándose rápidamente, con una sonrisa—; otras veces me digo que es natural lo que yo pienso y que como yo pensarán algún día muchas mujeres en el mundo.

—Y entonces, adiós Humanidad—comenté en tono de chanza, para disipar la emoción dramática que parecía haberse apoderado de Hipólita.

—¿Por qué?—replicó ella—. ¿No hay poetas, no hay sabios que nada de utilidad inmediata producen? Y, sin embargo, a nadie se le ocurre suponer que porque ellos no labran la tierra la Humanidad se va a morir de hambre.

—¿Cree usted entonces que en esta creciente división del trabajo, que es la esencia del progreso hu-

mano, llegará un día en que no todas las mujeres necesiten ni quieran ser madres?

—Lo creo firmemente; la maternidad será una función de las mujeres menos sensibles, o más resignadas, o mejor constituídas física y espiritualmente para esa servidumbre biológica.

—Eso es ir bastante más lejos que la Nora ibseniana.

—Nora era una pobrecita que ya sólo causa risa. Un escritor inglés, cuyo nombre no recuerdo, escribió una continuación en que Nora volvía a su casa más tarde. ¡Naturalmente! Esa es la fija. ¿Cómo podría haber vivido sin su marido y, sobre todo, sin sus hijos? Ibsen, o conocía mal la mujer—acaso por eso la idealizó tanto—o sacrificó la verdad a efectos teatrales de gran boga en su tiempo.

—En ocasiones, oyéndola, me imagino que no es usted un ser humano, sino una sombra, un espíritu, no sé si malo o bueno, pero un espíritu, algo desprendido de toda realidad o algo en quien toda realidad se ha hecho idea pura, espejismo de la mente, a veces sofisma—dije, cogiéndola por un brazo y explorando de soslayo sus ojos.

—¿Y quiere usted comprobar experimentalmente si soy o no impalpable?—replicó con sonrisa irónica, desasiéndose suavemente. Y agregó, volviendo a su obsesión—: Tal vez soy la antítesis de mi padre.

—¡Basta ya!—exclamé con fingido imperio, temeroso de que otra vez tuviese un acceso de violencia.

—Sí, tiene usted razón. No hemos hecho más que

hablar de mí todo el tiempo. ¡Qué egoísmo! Ahora dígame algo suyo. ¿Piensa usted casarse?

—Lo pensaba; pero ya no—respondí, adoptando, con gesto cómico, un aire grave.

—¿Con quién y por qué ya no?

—Con usted—contesté acentuando la ostensible simulación del tono patético.

—A pesar de que lo dice usted en broma—interpretó ella—, no me sorprendería que lo hubiera pensado en serio. Pues mire usted, Escudero—prosiguió—, yo también he pensado hace pocos minutos que no sería un dislate. ¿Por qué no se casa usted conmigo?—propuso con equívoco humor.

—¿Después de lo que acabo de oírla sobre su repugnancia sexual y su aversión a la maternidad? —repliqué, siempre en tono de chanza.

—¿Qué importa eso? Nuestro matrimonio no tendría más que un carácter legal. A lo sumo, viviríamos en una misma casa, como dos buenos camaradas de un mismo sexo, y nos tutearíamos para que la gente no extrañase demasiado—habló con una sonrisa y un tono ambiguos.

—¿Pero habla usted en serio?—pregunté desconcertado.

—Con la seriedad de un sacerdote egipcio—contestó en el mismo tono. Y agregó con expresión más grave—: En serio; le convendría a usted y me convendría. A usted, porque nuestro matrimonio le serviría como un contrato vitalicio en el periódico y le daría, por mi intermedio, un poder en su dirección que de otro modo no tendrá nunca. De usted solo puede prescindir mi padre—no me gustan nada ese Gace-

la y ese Negrete—; de usted conmigo, no; me teme y me quiere, como yo le quiero y le aborrezco. Y a mí me convendría—ya ve si le soy sincera—, porque nada me causa tanta repulsión como que los hombres me miren con ojos de bestias de presa fácil o por lo menos posible; no se puede estar con hombres sin que le devoren con miradas torpes y sin que, con frecuencia, las traduzcan en palabras estúpidas. Una mujer casada tiene más libertad de movimientos; la presencia o la sombra del marido contribuye a tener a raya a los merodeadores. Además, quiero tener un pretexto para vivir lejos de mi padre.

—Es usted desconcertante—repliqué perplejo, añadiendo con acento de forzado humorismo—: ¡Habrá que pensarlo!

—¡Claro!—comentó ella—. Tiene usted que pensarlo. Una resolución precipitada podría serle fatal. ¿No teme usted que le rapte? ¿Cómo se ha atrevido a venir solo conmigo? ¿Quiere que le pasee la calle dos o tres años, a la inversa de lo que aquí hacen los novios?

Habíamos llegado a casa de don Herculano. Un denso silencio me sellaba la boca. No sabía qué pensar ni qué decir. Me despedí de Hipólita. Ya en el jardinillo que rodeaba a su casa, todavía la oí decir con voz de burla:

—¡Piénselo bien!

XVI

UN MATRIMONIO DE CONVENIENCIA Y SIN CEREMONIA

Cuando quedé solo aquella mañana para mí tan preñada de destino, me entretuve, al regreso, con el siguiente monólogo: «¿Qué es Hipólita?», me dije. «¿Un monstruo, como ella se imagina? ¿Una humorista, como yo pienso? ¿Una mezcla de ambas cosas? Desde luego una mujer nada vulgar, y cuando se cure de esos trastornos de la mente que son sus opiniones sobre el sexo y la maternidad, será una mujer de encanto poco común. ¿Pero y si no se cura? ¿Si, en efecto, hubiera una aberración fisiológica o psicológica en su naturaleza? Su cuerpo sí que es un dechado de belleza apolínea o andrógina; la Montes es un esperpento a su lado. ¿No ocultará alguna fealdad íntima, algún tan grave defecto que la impida, por vanidoso pudor, ser de ningún hombre? En muchas personas la castidad y el recato son obra de recónditas imperfecciones físicas. ¿No podría haberla llevado un sentimiento así de vanidad pudibunda a ese odio sexual al hombre? No, porque una mujer de cerebro y lengua tan libres me hubiera dicho toda la

verdad, como a una amiga. ¡Si en rigor me ha tratado como a tal! Es para indignarse. ¡Qué concepto tendrá de mí esa pedantuela y marisabidilla! Otra vez he de acercarme a ella con más altivez y superioridad. Pero no, ese odio tiene que arrancar de otras raíces. ¿No es extraño que odie de ese modo a su padre? ¡Esto sí que es monstruoso, aborrecer de esa forma al autor de sus días! Por más que si yo fuera ella, es muy verosímil que hiciera lo mismo. Porque cuidado que el tal Cacodoro es un hombre sin ninguna finura espiritual. No hay que sorprenderse de que ella, Hipólita, de tan sutil vida emotiva, vea en su padre la hez de todas las degradaciones y vicios humanos. Y luego, tan desleal como es el tal hombre. ¡Yo que le dí la idea y el cuerpo del periódico, y ahora acaso fragua en las tenebrosidades de su conciencia el proyecto de arrinconarme a favor de Negrete y quién sabe si de eliminarme radicalmente! Pero no sabe quien soy yo. Además, tengo de aliada a Hipólita. De todos modos, no se explica normalmente que odie así a su padre, el cual, no obstante sus defectos—y quién no los tiene—, es poco más o menos lo que los demás hombres, y en ocasiones mejor que muchos, singularmente en lo que respecta a generosidad y espíritu de empresa. ¿Quién, si no él, hubiera aceptado mis fantásticas proposiciones? No, a Hipólita le falta alguna pieza importante en su mecanismo cerebral. Si no, ¿cómo comprender sus ideas contra su propia naturaleza? Y, sin embargo, no discurre mal y más de un buen dialéctico se vería en apurado trance para debatir con ella. Probablemente, esas ideas suyas no le son in-

natas, y aunque tengan todos los signos de lo patológico, no quiere decir que esté enferma su mente; un estómago sano puede indigestarse alguna vez por efecto de alimentos inadecuados. Sí, más bien hay que suponer que las tales ideas son cuerpos extraños a la verdadera modalidad de Hipólita, que las ha recibido durante su estancia en Inglaterra. ¡Abonado país para todos los absurdos! Esa teoría contra el sexo y la maternidad la habrán elaborado esas solteronas que, no habiendo logrado coyunda, las vemos recorrer el mundo, *Baedecker* en mano, y luego se habrá extendido a la inocente juventud. Y con todo, bien se advierte que en Hipólita esos pensamientos no son cosa pegadiza, comunicados por la moda o el medio ambiente, sino que le brotan de lo más profundo de su ser, como algo consustancial e intrínseco. Y aunque sus ideas tengan tan sombrío y siniestro cariz, ¡cómo se embellece toda ella al expresarlas, cuando la embarga una como emoción metafísica! Toda su figura tiembla y resuena como una cuerda tensa al viento, vibrando sobre la caja sin fondo de esa su conciencia que se le asoma a los ojos como el alma de un abismo a su propia boca. Pero, ¿es así para todos, o sólo para mí? ¿Empiezo a enamorarme, o estoy ya enamorado? No creo que ni lo uno ni lo otro. Es agradable conversar con ella, porque reacciona a todo género de sugerimientos y sabe hacer reaccionar al interlocutor; eso es todo. Luego, ¿a quién le disgusta que una mujer tan poco corriente le profese algo de simpatía? Ella dice compasión, que es pudorosa de sentimientos, mujer al fin, y enmascara los suyos verdaderos. Sí, simpatía por mí. ¿Acaso un princi-

pio de amor? ¿Tal vez ha visto o entrevisto en mí el complemento de su espíritu y de su sexo, el que pueda curarla de sus falsas aberraciones? ¿Cómo admitir, de otra manera, esa extraña, esa insólita proposición de matrimonio que me hizo, como un Don Juan con faldas? ¿O fué sólo una broma para poner a prueba mi candor? Eso temo, pero me imagino que estuve bien cauto. ¡Ni que fuera yo un tórtolo! Por otra parte, su acento era sincero y las razones de conveniencia mutua que me adujo eran perfectamente lógicas dentro de su temperamento y de mi situación, y toda broma tiene siempre algo de ilógico. Sin duda hablaba en serio. Más bien demasiado en serio. ¿Hay nada más grave que la palabra matrimonio? ¿Qué será entonces el hecho? Bien es verdad que yo estoy en la edad justamente adecuada, ni demasiado joven ni demasiado viejo. Ahora o nunca. Aun aceptado que el matrimonio sea un mal, con Hipólita sería un mal menor. Como ella dijo, la cadena nupcial sería para mí contrato vitalicio o ancla irrompible dentro del oleaje del periódico. La argolla o cinturón de Herculano, Hipólita, sería también la argolla que a él me enlazara, no sólo en el periódico, sino en todas sus empresas. Mi porvenir económico quedaría asegurado, y concluso para siempre mi período de semibohemia, con sus estrecheces y agobios pecuniarios. ¿Hay derecho a que durante toda la vida sea un problema, muchas veces insoluble, la compra de un par de botas o de un libro? Pero todo esto, naturalmente, sería la añadidura, porque aun cuando Hipólita fuese pobre de solemnidad, mi decisión de casarme con ella no se alteraría en nada. Es decir,

¿decisión? Nada de apresuramientos. ¿Pero qué apresuramientos ni qué tonterías? ¿Quién puede casarse con una mujer así, que habla de vivir como camaradas de un mismo sexo, concediendo, como máxima licencia, que se la tutee? Sería absurdo y encima humillante; desde luego, intolerable, a pesar de todas las ventajas y muchas más que hubiera. La dignidad del varón, por encima de todo. ¿Y no podría ocurrir que toda esa entereza de Hipólita fuese un castillo de naipes que rodaría por tierra en cuanto nos hallásemos a solas cinco minutos? Una vez casados, ¿habría yo de soportar tal anomalía, y no valiéndome de los derechos que las leyes otorgan al marido, sino simplemente del poder sin violencia, espontáneo, íntimo de que yo debo estar dotado para con las mujeres, a juzgar por el favor que hasta ahora he gozado con ellas? Verdad que casi todas han sido de no muy procera categoría; pero, psicológicamente, ¿no es lo mismo una princesa que una menestrala y una bachillera que una analfabeta? En fin, que no sé qué pensar.»

Después de este soliloquio, en que cruzaron por mi mente todas las contradicciones posibles, quedé con la vaga sospecha de que, aunque otra cosa imaginara por miedo a una verdad demasiado súbita y demasiado grave, estaba tomada en mi conciencia una muy seria resolución: la de casarme con Hipólita si su propuesta no había sido puramente humorística. Durante varios días no pensé en otra cosa, ocupado en conciliar la determinación de la voluntad —acaso previa a mi diálogo con Hipólita, allá en el cuarto oscuro de la subconciencia —con los escrú-

pulos de la razón. Al cabo de una semana, la obra de concordar las dos facultades discrepantes estaba consumada.

En todo ese tiempo no vi a Hipólita, y mientras estuvo ausente, me pareció que su presencia incorpórea se agrandaba dentro de mi pecho. Deseaba verla y lo temía. Por su padre supe que había caído enferma, si bien sin gravedad.

—Cosas de mujeres. Nervios—dijo.

Ocho días más tarde se presentó en el periódico. Pregunté solícitamente por su salud; estaba más pálida que de costumbre.

—Usted es el responsable—me contestó sonriente, con una nueva dulzura en su rostro. Y como yo hiciera un gesto de extrañeza, prosiguió:

—La mayoría de la gente queda purificada después de una confesión, como después de devolver una comida indigesta o de expulsar un tumor maligno. A mí me ocurre lo contrario: una confesión es como si me amputaran algo orgánico, algo que debiera ser sólo mío; indefectiblemente me pongo enferma y no estoy para nada hasta que se me cicatriza la herida.

—Eso quiere decir que está arrepentida de lo que me dijo...

—Yo nunca me arrepiento; todo lo que hago volvería a hacerlo siempre; estoy adolorida, que no es lo mismo. Pero menos mal si usted no ha tratado con irreverencia mis despojos—agregó con acento irónico.

—No sólo no he sido irreverente—repliqué en el mismo tono—sino que he injertado esos adorables

despojos en el centro mismo de mi alma y allí están animados de nueva vida, si bien a veces, como cuerpo extraño que son y mientras se adaptan, me turban con desconsideración excesiva.

—Otra cualidad que en usted me place—olvidé decírselo el otro día—es cierta propensión irónica y esa mímica facial con que disimula, por pudor, sus sentimientos. El lenguaje directo me es insoportable. ¿Comprende usted que un hombre diga a una mujer, sin más ni más, a las primeras palabras, «te amo»?

—¿Por qué no?—le contradije—. ¿No soportaría usted que yo se lo dijera?

—Le retiraría el saludo, por tonto. Y además, por falso.

—Por tonto—protesté—lo admito; yo también odio, en materia afectiva, la línea recta; pero por falso, no.—Tras una pausa—: Lo he pensado bien.

—¿Qué es lo que usted ha pensado?

—Aquello.—Y como ella diera muestras mímicas de no recordar, añadí—: Lo del matrimonio. Por mí, cuando usted quiera.

Rióse cordialmente, echándose atrás en la silla donde estaba.

—¿Pero de veras que lo tomó usted en serio?

—No tanto como usted—fué mi respuesta—; pero lo suficiente para que sea una resolución irrevocable. Tampoco usted puede retroceder.

—Yo no retrocedo nunca—respiró por la herida de mi dardo, contrayendo el entrecejo—. Pero... ¿lo ha pensado usted bien?

—Como la más exigente de las doncellas—respondí, queriendo adoptar un tono que encubriera la

emoción que, a mi despecho, me embargaba—. Lo que temo es que se oponga su padre, suponiendo que usted no se haya arrepentido.

—¿Otra vez?—prorrumpió Hipólita, más ceñuda—. En su lenguaje conmigo, destierre las palabras arrepentirse, retroceder, rectificar y cuantas denoten cambio de voluntad; se lo ruego, si quiere ser buen amigo mío. En cuanto a mi padre, ¿qué le importa lo que yo decida y haga?

—Es su padre, y usted menor de edad. Por otra parte, ¿no quedamos en que sería un matrimonio de conveniencia? Pues bien: no nos conviene proceder contra la voluntad de su padre; a mí por lo menos, pues ¿de qué me sirve usted sin don Herculano y su periódico?—pregunté, esforzándome porque el acento de mis palabras y el gesto de mi cara fueran una alusión inconfundible a la manera en que Hipólita me planteó el matrimonio cuando hablamos de ello la primera vez.

—Tiene usted razón—asintió ella con una sonrisa de inteligencia—. No tengo derecho, por un prurito de independencia, a comprometer su porvenir. ¡No faltaba más!—añadió, poniéndose equívocamente a tono conmigo. Y en seguida—: Pero no espere usted que yo trate de persuadir a mi padre; como usted es el principal interesado, a usted corresponde lograrlo—. Después de una pausa, animada de súbito capricho—: Por cierto, ¿por qué no hablarle ahora? Debe estar en su despacho, porque hemos venido juntos. La escena sería la cura definitiva de mi melancólica convalecencia. Vamos, anímese

—Me parece un poco apresurado

—¿Tiene usted miedo?—me provocó—. ¿Miedo quizás a mi padre? ¡Y yo que le creía tan valiente! ¿O miedo acaso a arrepentirse? ¡Y yo que le creía tan decidido!

—No crea usted que me hacen reaccionar esos alfilerazos dirigidos contra mi vanidad, sino el deseo de que se le disipe esa melancolía que vela su rostro, con la escena de pedir su mano a su padre. Vamos allá.

Me levanté, un poco con la ligereza del mozo de pocos años que se juega la vida por un pique de amor propio, y nos dirigimos al despacho de don Herculano. Hacía cuentas de ingresos por anuncios.

—Esto va viento en popa, Escudero—me dijo al verme entrar, y añadió al advertir a su hija—: ¿Y a ti qué te trae, hija mía, por estos dominios tan prosaicos?

Refrenó Hipólita la risa que pugnaba por estallar en sus labios, y respondióle, volviendo a medias su rostro con el pretexto de tomar asiento:

—Aquí, Escudero, que parece que quiere pedirte mi mano...

—Yo...—balbucí, sin saber qué decir, entre la sorpresa de Herculano y la intencionada frivolidad de Hipólita.

—¿Acaso es hoy día de Inocentes?—inquirió don Herculano con notoria acritud.

—En todo caso, será día de Inteligentes—respondió ella, provocativa, tomando una actitud menos ligera—. Escudero y yo hemos decidido casarnos.

Don Herculano se volvió a mí con los ojos en demanda de confirmación.

—Siempre, naturalmente—agregué yo—, que usted esté de acuerdo.

Hipólita me quiso fulminar con los ojos. Yo la aconsejé con los míos calma y prudencia. Ella bajó los suyos resignada. Don Herculano se sumergió en su sillón, como herido por un rayo. Cuando se repuso, momentos después, observé que una furiosa tempestad de cólera movía su ánimo, se le agolpaba al rostro y pugnaba por salir por la boca en palabras atropelladas y roncas, y por todo el cuerpo, singularmente por manos y brazos, en gestos descompasados, como era en él costumbre. Pudo dominar este primer impulso de iracundia y vi en sus ojos que trataba de ordenar el contrataque. «Menos mal», dije para mis adentros, pues había temido que el primer encuentro, tal como Hipólita lo había provocado, frustrando mi táctica de gradual preparación, fuera de inusitada, de irreparable violencia.

—Esto es una niñada—empezó diciendo—sin pies ni cabeza. Tú, Hipólita, no has cumplido aún los veintiún años. Eres una verdadera niña. ¿Cómo puedes pensar en casarte todavía?

—¿Tenía tantos mi madre cuando tuvo la fortuna de casarse contigo?—arguyó Hipólita, comenzando a encenderse en aquella extraña lumbre que en otra ocasión vi en sus ojos. El principio de la batalla se presentaba bien—. Además—prosiguió—, la edad no va siempre aparejada con la razón, pues hay hombres que, pasados los cincuenta, obran como si tuvieran veinticinco o treinta, y a veces con más escándalo, y hay personas que a los veinte llevan en su alma más de cuarenta, y este es mi caso.

Comprendió don Herculano la flecha lanzada contra sus costumbres, sin recogerla, y sustituyendo la iniciada táctica de persuadir por la reflexión con la de disuadir por el sentimentalismo, dijo:

—Observa, por otra parte, Hipólita, lo que será nuestra casa sin ti, que ahora la animas y eres, en realidad, todo en ella. Tu madre se siente vieja y enferma, más por los achaques que por los años.

—Di por los disgustos – corrigió Hipólita.

—Dejemos ahora eso—prosiguió don Herculano, que nunca quería hacer frente a su hija—. Tu hermano Inocencio, que no hace nada de provecho ni nunca ha querido acompañar lo más mínimo a tu madre. Yo, abrumado de trabajo por el periódico y las píldoras, tampoco podré atenderla. Pero lo que más me dolería si te casaras es el perderte yo, que te necesito cerca de mí, como parte de mi propia alma, aunque no siempre seas todo lo amable que corresponde ser a una hija. Sin embargo, no me importan tus brusquedades; casi me hacen falta...

—Las tendrás, no te preocupes, porque Escudero y yo no iríamos a vivir al Polo.

Volvióse a mí Herculano con una mirada rencorosa que quería decir: «No es mala la maniobra. ¿Verdad que no es un mal partido mi hija?» Y dijo en voz alta:

—Escudero es un amigo excelente; nadie le estima más que yo, y es grande el agradecimiento que le profeso. Pero también es muy joven y su vida no tiene aún aquella firmeza que corresponde a la de un hombre casado. Nuestro periódico puede fracasar; yo no lo espero; pero siempre hay que ponerse en lo peor. Y entonces, ¿que será de vosotros?

—Yo—repliqué con desabrimiento, que plugo a Hipólita—he sabido vivir hasta ahora sin *El Orden*, y si algún día desapareciera o yo tuviese que separarme, cuento con una carrera y con una iniciativa de que usted tiene ya noticias.

—Todo eso está muy bien—resumió Herculano levantándose impaciente—; pero yo no autorizo este matrimonio, que me parece descabellado en todos los sentidos.

—¿Y qué falta nos hace tu autorización?—replicó Hipólita levantándose también y yendo a él amenazadora.

—Eres menor de edad y necesitas mi consentimiento; conozco mis derechos de padre.

—¿Es así?—preguntó Hipólita volviéndose a mí.

—Así es, según las leyes—respondí—, porque los hijos, en nuestros códigos, nada son ante la patria potestad; pero siempre hay medio de burlarlos conociendo sus recovecos y, lo que vale más, alguna gente de curia—añadí con aire de insolencia, mitad de pretendiente ofendido y mitad de leguleyo.

—Ni siquiera eso, ni siquiera es menester burlar tan estúpidas leyes; queden incólumes—opinó Hipólita; y añadió, tuteándome por primera vez—: Mira, tú, Modesto, lo mejor será que cojamos el tren y nos plantemos en Londres; allí nos casamos en dos días sin necesidad de estos ridículos requisitos.

—¡Os haré detener en el camino—vociferó don Herculano, saltando a la puerta, como para impedir nuestra salida—y a ti te meteré en un convento y este granuja irá a la cárcel!

—El granuja, aventurero y sinvergüenza será us-

ted—repliqué abalanzándome en dirección adonde estaba Herculano.

Se interpuso Hipólita, y separándonos dijo:

—Eso, no. Sin golpearse, como mozos de cuerda, se pueden arreglar las cosas. Mira, Escudero, para cortar por lo sano y no perder tiempo, lo mejor es que hoy mismo vaya yo a vivir en tu casa. Y tú—dirigiéndose a su padre y haciendo ademán de marcharse—puedes mandar dos guardias a que me busquen. ¡Atrévete!

—¡Hija mía, mi Hipólita—contestó Herculano cambiando de tono—, no seas así, no te vayas, no acortes mis días, no causes mi ruina! Perdone usted, Escudero; ha sido una ofuscación, un arrebato, perdóneme. Hablemos tranquilamente. Me parece una locura este matrimonio; pero puesto que ustedes lo quieren, sea. Todo menos el escándalo. ¿Qué diría Gacela, qué dirían nuestros enemigos? Bien, sea. ¡Si yo a usted, Escudero, le estimo mucho más de lo que usted se imagina! ¡Si hasta me parece muy bien que emparentemos! Pero tanta precipitación y en la forma que me lo dijeron... La verdad, fué un poco fuerte.

—Sí—repliqué, haciendo esfuerzos por aparentar una reconciliación que estaba lejos de sentir; nunca olvidaría el soez insulto—, sí, la forma fué quizás poco ceremoniosa; pero Hipólita—sonreí con un poco de agravio también hacia ella—es tan impulsiva...

—Las cosas—se excusó ella—hay que hacerlas con rapidez y energía. ¿A qué perder el tiempo, a qué diluir en él la emoción dramática de la vida?

Hay que condensarse. Por esta razón debe celebrarse el matrimonio en seguida, dentro de cuatro, seis u ocho días.

—Imposible—se opuso don Herculano—, imposible, hija mía. Hay que prepararlo como conviene a la hija de Herculano Cacodoro, propietario de *El Orden*. Tú no te perteneces en este respecto; yo tampoco me pertenezco. Cuanto hacemos repercute en el periódico; nuestra vida es como una prolongación suya, como un reclamo especial y constante. Hay que preparar, pues, una boda sonada, solemne, con el tiempo necesario para crear la atmósfera conveniente, con los medios indispensables para su mayor lucimiento. Necesitamos que la bendiga un obispo o un arzobispo...

—Pero tú deliras, papá—interrumpió Hipólita—. Ni Modesto ni yo, ¿verdad?, necesitamos, no ya de un arzobispo u obispo, pero ni siquiera de un humilde capellán. Nos casaremos civilmente, y gracias.

—¡Estás loca, Hipólita—volvió a vociferar Herculano—, loca de remate! Por esto sí que no paso. ¡Qué escándalo se produciría! ¡La hija del propietario de *El Orden* casada como una barragana cualquiera! ¡Jamás, jamás! Antes me enterrarán vivo.

Yo temí un recrudecimiento de la escena anterior. Veía a Herculano descompuesto, los ojos inyectados en sangre, hinchadas, amenazadoras las venas de cuello y sienes, en la linde de una apoplejía, y a Hipólita serena, desafiante, en actitud de tomar la puerta.

—¿Eres tú católico? No. Nunca te has ocupado de religión positiva alguna; sólo te queda un vago, di-

fuso sedimento supersticioso. ¿Somos católicos nosotros? Tampoco. Pues entonces, ¿a qué la farsa de fingirlo por un móvil de vanidad o interés social? Nos casaremos por lo civil, y si esto no te conviene, lo que te dije antes: me iré en el acto con Escudero, y el escándalo será mayor.

—¡No te vayas, no te vayas, Hipólita!—exclamó Herculano tendiéndole los brazos y, sin fuerzas para resistir más, dejóse desplomar pesadamente en un sillón, el rostro entre las manos y sollozante, no sé si de dolor o rabia.

Dejé a Hipólita con su padre y salí. La batalla estaba ganada.

Quince días después nos casamos en el juzgado municipal de mi distrito, que era el del Congreso. Fueron testigos Rayo, el más laico de nuestros redactores, y Rosendo Oliva, en defecto de don Senén Cuevas, que se excusó de apadrinar el enlace por alifafes o descaecimientos de la mucha edad, como él dijo con su habitual estilo castizo, y según algunos maliciosos como Rayo, por su recóndita y vergonzante santurronería; para Rayo, casticismo y clericalismo eran la misma cosa. Estaban invitados a la sencilla ceremonia, y al menos sencillo almuerzo, varios redactores y algunos amigos particulares míos, que nos dieron el parabién; yo no quise que hubiera mujeres, por no invitar a la Montes.

—¡Buena faena, compadre, la que usted ha hecho!—me dijo a modo de felicitación *Don Estólido*, y a los postres del ágape, llevado inconscientemente de la costumbre, que era su especialidad en los banquetes, propuso, con gran algazara de la concurren-

cia, que fuese llevado el ramo de flores a la virtuosa señora del anfitrión. Augusto Zurita, nuestro gracioso, entregó las flores a Hipólita entre irónicos aplausos. Mario Fuentes leyó un epitalamio eutrapélico aprovechando la ausencia de don Senén, cuyo intenso tradicionalismo literario le hacía ponerse enfermo a la vista del ultramodernísimo poeta. Avecilla hizo ligeras alusiones literarias y grandes honores reales a Baco. Pero las palabras felices de la fiesta las pronunció, como siempre, Rosendo Oliva.

—Hipólita—dijo—, famoso nombre de la amazona de Hércules, y también famoso nombre, sólo que en su forma masculina, en una gloriosa y terrible tragedia griega: los dioses colmen este sacro himeneo—sacro en su laicismo—de venturas y hazañas inmortales.

Cuando nos separamos, Oliva interrogó a Hipólita:

—¿Irán ustedes acaso en viaje de novios a la Ciudad Luz?

—¿Para qué?—respondió con displicencia Hipólita, que no podía sufrir a Oliva—. No nos movemos de aquí.

Don Herculano no había logrado sobreponerse a la amarga contrariedad que le produjo el matrimonio. ¿Acaso había soñado con un marquesado para su hija por la vía nupcial? Ya se lo agenciaría Gacela directamente.

Como nuestro piso en el barrio de Salamanca no estaba aún acabado de alhajar, Hipólita fuese a su casa y yo a la mía, no sin la sorpresa y los obligados comentarios del público.

XVII

DON HERCULANO, DIRECTOR DE PERIÓDICO

El primer año de *El Orden* transcurrió sin grandes acontecimientos exteriores. Había que consolidar lo ganado y extender silenciosamente las conquistas; a eso se encaminaron nuestros esfuerzos. Constituyóse la Sociedad anónima, de la que fué nombrado presidente un desconocido, amigo de Gacela, que había suscrito con sus leales la mitad aproximada de las acciones; Gacela rehusó todo cargo por cautela política, pues no le convenía a él ni al periódico aparecer como influyendo en sus campañas para darles la mayor autoridad posible; la misma constitución y composición de la Sociedad se llevaron con todo sigilo. La gerencia, con muy amplios poderes, le fué conferida a Herculano Cacodoro. Gacela trató de deslizar a Negrete en la Secretaría del Consejo de administración; pero Hipólita y yo forzamos a don Herculano a imponer mi candidatura, y así lo hizo, nombrándome consejero secretario. El resto de los vocales estaba compuesto por amigos de Gacela y de Herculano, gentes de re-

lleno que nada hacían ni en nada intervenían sin la voluntad de sus mandatarios. Una vez allegado el dinero inicial, procedimos a adquirir maquinaria moderna, ya que la imprenta republicana nos venía excesivamente angosta e inadecuada. Compramos una enorme rotativa, cifra y compendio de todos los progresos en el arte de imprimir, y gran copia de linotipias, que, con todos los accesorios correspondientes, hicieron de nuestra imprenta una de las mejores de España. Cuidamos que la forma y el papel definitivos del periódico fueran propicios a la publicación diaria de grabados nítidos. Fué empeño de Cacodoro.

—Las estampas—decía—son la mitad de la vida de un periódico, que así pueden comprarlo hasta los analfabetos. Yo, por lo menos, prefiero un libro o un periódico con ilustraciones a otro sin ellas.

Las previsiones de Cacodoro fueron lisonjeramente confirmadas por la realidad. Pronto pudimos envanecernos de ser favorecidos—era la palabra obligada siempre que hablábamos públicamente del periódico—por el público más estúpido del país; desde luego, por el más ignorante, ese cuya ideología cabe dentro de las primeras letras. Y como yo moviese alguna vez la cabeza con aire de contrariedad, trataba de persuadirme Herculano:

—¿Qué nos importa que nuestros lectores sean un poco romos? Tanto valen los céntimos y los votos de un bruto como los de un sabio. Y en último caso, ¿no realizamos obra de cultura social haciendo leer a los que, sin nosotros, caerían por desuso en un completo analfabetismo?

Gradualmente nos fué revelando Herculano Cacodoro insospechadas aptitudes de capitán de Prensa. «¿Cómo se explica—me preguntaba yo perplejo—la paradoja de que un hombre que lo ignora todo, que apenas sabe leer, que tiene que dictar sus cartas a una mecanógrafa por desconfianza de su propia ortografía, esté dotado de cualidades eminentes para organizar un gran periódico?» La razón era sencilla: no veía en el periódico un delicado instrumento de ideas, hechos y emociones, sino una industria, un procedimiento mecánico de producir emociones, hechos e ideas conforme a la ley económica de la oferta y la demanda.

«¿Qué ideas, qué sucesos, qué sentimientos pide el público?—solía filosofar don Herculano durante nuestras frecuentes y nada armónicas discusiones—. Pues hay que darle lo que pide. Esa es la obligación del periódico, que vive del público, y de nosotros, que vivimos del periódico. Si usted (dirigiéndose a mí) fuese comerciante en sombreros y se empeñara en vender los de paja durante el invierno y los de fieltro en verano, ¿qué le ocurriría? Que haría quiebra. Pues un periódico es como una fábrica de sombreros. ¿Que la mayoría de las cabezas españolas son pequeñas, achatadas, poco inteligentes? Pues démosles un periódico a la medida. Para las cabezas que usted tiene en cuenta bastaría una revistita de esas que suelen hacer los intelectuales»—y al pronunciar esta palabra don Herculauo ponía todo el retintín y desprecio que era posible.

En Gacela halló don Herculano un firme sostén de sus opiniones. Vivía nuestro prohombre público

en la plaza de la Independencia, y como el periódico había trasladado su redacción, administración y talleres a un gran edificio de la calle de Serrano, porque el primitivo local era también insuficiente, solíamos ir a pie hasta su casa, donde le hallábamos, indefectiblemente, de ocho a nueve si no había Cortes, y si las había, siempre que el Congreso hubiera terminado sus sesiones para esa hora. Acudían a la tertulia algunos diputados que debían a Gacela el acta por alguno de los distritos de su feudo político, varios candidatos que esperaban debérsela, dos o tres hombres de negocio que lo buscaban con lucro a la sombra de los Ministerios, y un distinguido hombre de ciencia, el naturalista señor Murillo, un verdadero poeta, todo sensibilidad y ternura por el mundo de lo pequeño y lo bello—insectos y flores—en los reinos de la fauna y la flora. Un día que había visitado a Gacela el corresponsal de *The Earth*, el gran diario de Londres, en demanda de unas declaraciones, como saliéramos los dos solos, me dijo:

—¿Cómo se explica usted que un hombre tan delicado, tan espiritual como Murillo—he leído y releído sus obras—sienta tamaña admiración por un hombre tan tosco y tan poco inteligente como Gacela? Porque supongo que no aspirará a ser diputado.

—Tal vez aspire—respondí—; pero, en todo caso, será para mejor poder admirar a su ídolo desde el hemiciclo del Congreso. Lo que ocurre en nuestro país es lo que ha ocurrido en todos los países en períodos de decadencia. Los hombres más inteligentes se entregan, unos, a la desesperación, y toman el ta-

lante de profetas éticos o de místicos; otros, a la disolución o contradicción de su personalidad. Pero el español es, en general, poco vicioso; a lo sumo, se alcoholiza o se reblandece de la medula, si bien muy excepcionalmente; rara vez cae en esos desenfrenos, abusos y perversiones del sexo y de todo el organismo que hicieron famosa la Roma degenerada. El español se afemina mentalmente y crea ídolos de masculinidad, modelos de valor y energía física, a los cuales se da en cuerpo y alma, como una doncella en estado de amor vesánico. Los ídolos predilectos suelen ser los toreros. Ahí tiene usted el *Pichón*, rodeado siempre, asediado amorosamente de escritores, artistas y hombres públicos. Es una especie de homosexualismo espiritual.

—Sin embargo—observó el inglés—, he notado que la mayoría de los toreros tienen aire de afeminamiento. Por lo menos a mí me lo parece. ¿No es esto una contradicción?

—Todo lo contrario—repliqué—, porque es notorio que en el juego de los sentimientos, una fuerte pasión femenina acaba por afeminar al agente masculino, y al revés. Los toreros, como Don Juan, se afeminan por la presión afeminada de sus admiradores. En cambio, la mujer, que en otras partes se deja hechizar por púgiles, políticos, artistas e histriones escénicos, aquí es en eso sobria, y rara vez pierde los estribos. Su debilidad es el clérigo, en cuyo confesonario encuentra distracciones coloquiales y atenciones amistosas que muchas veces faltan en su hogar. Es una especie de adulterio también espiritual. Los pecados españoles casi nunca

pasan de la intención. Otras veces la idolatría la monopoliza o la comparte—es lo más usual—un político como Pompeyo Rojo, profeta vitalicio de la revolución que no acaba de sobrevenir. Pero hay almas tan candorosas que creen posible el advenimiento de la revolución, o tan sensibles que se horrorizan ante la idea de la sangre que entonces ha de derramarse, y llevados de esos impulsos, buscan un hombre de fuerza que acierte a mantener la hidra revolucionaria a raya. Murillo no es precisamente de esos, porque le sobra inteligencia para comprender que Rojo y otros rojos no pueden ni quieren producir la revolución; pero hombre de temperamento dulce y débil, y acaso desesperanzado de que España pueda progresar como no sea por un régimen de dictadura, ha buscado en Gacela su contrario o complemento y la encarnación del hombre fuerte que debe poner orden en nuestros destinos. No sé si está claro lo que le he dicho.

—Me parece que nunca—comentó el corresponsal de *The Earth*—podré comprender la política, y, en general, el carácter de los españoles. Es otro mundo.

En la tertulia de Gacela, Cacodoro se sentía en su elemento. Aquí está una de las grandes fuerzas del país—pensaba oyendo la palabra torpe de Gacela, turbia en pensamientos, restallante de voluntad. Gacela aprobaba y desenvolvía las opiniones de Cacodoro haciéndolas suyas, en parte por táctica, en parte por afinidad de temperamentos.

—El señor Cacodoro—solía decir con ostensible satisfacción de éste—tiene razón. *El Orden* tiene un

fin claro, mejor dicho, dos fines: uno, defender el capital que en él hemos puesto. ¿Cómo? Aumentando por todos los medios el número de sus lectores, para que aumente el número de sus anuncios. El otro fin consiste en acrecentar su poder político, para que nuestro partido y nuestras ideas tengan en él un órgano eficaz. Para esto necesitamos también extender la órbita de nuestros lectores. Cuando lleguemos al medio millón—no hay causa suficiente para no alcanzar esa cifra—seremos el instrumento de gobierno más poderoso del país, y no tendremos obstáculo a nuestro programa, ni en los otros partidos, ni en el Parlamento, ni en la Corona. Hay que dar gusto al público; en eso coincido con el señor Cacodoro. El radicalismo no conduce a nada, como no sea a la ruina del periódico y al ostracismo del partido y los hombres que lo profesen. Ya ven ustedes, a mí no me duelen prendas; yo he sido republicano y teóricamente sigo siéndolo, ¿quién no lo es?; hasta el propio monarca ha dicho que es el primer republicano, como es el primer agricultor, y es el primero en todo. Pero un político debe procurar gobernar por todos los medios, para imponer sus ideas, para hacer obra patriótica; por lo tanto, los que se pasan la vida en los bancos de la oposición, ni gobernando ni dejando gobernar, no son ni patriotas ni políticos. Nosotros tenemos que ser las dos cosas. Otro tanto digo de la Iglesia. Yo no puedo oír la palabra culebra sin estremecerme, porque para mí, como para muchos, es un símbolo de lo desconocido, que puede caer sobre nosotros y destruirnos como pobres pigmeos. Admita-

mos, si ustedes quieren, que haya en mí un fondo de religiosidad; pero no soy católico, sinceramente; he sido masón y no creo que Cristo fuera hijo de Dios, sino un iluminado, un anarquista de su tiempo. Sin embargo, voy a misa y cumplo con los otros preceptos. Hago lo que la mayoría de mis compatriotas, como lo hacen los miembros de un clan, de una tribu, hasta los rebaños de animales. Es la ley de la costumbre común. El que se rebela no es fiel a su rebaño, ni a su clase, ni a su patria. En España debemos ser católicos—por lo menos en lo externo—, porque lo son casi todos los españoles.

—¿Y si resultara—me atrevía yo a objetar alguna vez—que lo son muy pocos y todos lo fingen creyendo que lo es el vecino?

Me miraba Gacela con ojos recriminadores, y reanudaba su discurso, que casi siempre era un monólogo que duraba tanto como la tertulia.

—Esos son sofismas de la gente de izquierda. No, amigo Escudero, no es ese el camino. Ya sé que es usted un hombre consecuente y que sólo se ha casado por lo civil; pero eso ha de traer algún disgusto al periódico; los enemigos nos echarán en cara esa contradicción entre la doctrina del periódico y la conducta particular de su redactor jefe. Y si no, al tiempo. Nada perdona menos el público que las contradicciones en materia religiosa. Excusa otros pecadillos privados; pasa por alto que un hombre público beba, o sea mujeriego, o haga su agosto como pueda; pero no que se finja creyente no siéndolo. El periódico, en suma, a mi humilde juicio—terminaba Gacela tratando de suavizar con

un tono de hipocresía el autoritarismo de sus opiniones—, debe ser patriota sin estridencias; católico sin gazmoñería; conservador sin desatender los intereses de la clase obrera, que es, después de todo, la base de la pirámide social; liberal sin daño de los intereses creados; civilista sin ofensa para el ejército, brazo de la patria; amigo de los militares sin escándalo del liberalismo templado, e implacable con quien quiera turbar la obra de regeneración pacífica y equilibrada que queremos emprender y para la cual hemos de irnos preparando y preparando al público desde sus columnas.

Era Gacela un hombre representativo, de temperamento y tal vez de origen africano; tan impulsivo, que no podía consentir serenamente una réplica; tan poco escrupuloso, que todo lo supeditaba a su éxito, henchido de ambiciones recónditas, que empezaban por el proyecto de eliminar a todos los cabecillas rivales de la familia conservadora, y una vez logrado esto, su íntima esperanza era prescindir también de los liberales, y a ser posible, más tarde, gobernar sin Parlamento, y si las fuerzas le alcanzaban, sin el jefe de Estado. Sus sueños eran como una montaña en cuya cumbre ondeaba la bandera de la dictadura. Su misión era trepar la montaña, por la fuerza o la adulación, aplastando enemigos o apoyándose en cuantos quisieran ser sus aliados, y apoderarse de la bandera.

—*El Orden* será nuestro pegaso—había dicho Murillo, que ya veía a su ídolo comprometido en la hercúlea hazaña.

—Las columnas de *El Orden*—dijo un día Hercu-

lano, plagiando una frase mía pronunciada irónicamente tiempos atrás con intención pragmática—serán las columnas de Hércules para el señor Gacela.

Celebraron todos la frase, que quedó desde entonces como uno de los lugares comunes del léxico gacelista; un diputado presente la apuntó en el puño de la camisa para usarla en la primera ocasión parlamentaria favorable. El erudito que quiera seguir el rastro de esta renovación del mito herculino en España, simbolizado en un periódico moderno, podrá hallarla con un poco de paciencia en más de un número del *Diario de Sesiones* del Congreso. Los diputados gacelistas solían emplearla con frecuencia, sin duda por gusto fonético, pero—forzoso es decirlo—con lamentable imprecisión y aun error de sentido.

Cuando Herculano volvía por la noche al periódico después de oír a Gacela una de sus arengas vesperales, semejaba un basilisco. Era que en sus venas sentía la inflamación del catecúmeno, o más bien la del apóstol; el Mesías era Gacela. Pedía con voz de trueno todo el original, y todo el mundo temblaba. No permitiría él—vociferaba—que se deslizase ninguna impertinencia contra la patria, la Iglesia, el ejército, la propiedad y los demás pilares del orden establecido. Los artículos políticos de Rayo eran los que más le enardecían. A veces no comprendía los conceptos.

—¿Qué es esto de la plusvalía?—me preguntaba con tono de hombre que ha recibido una bofetada.

Se lo explicaba yo lo más atenuadamente que me era posible para no comprometer la posición de

Rayo o del redactor de turno en sus caprichosas aversiones, y él comentaba:

—No me gusta que se usen palabras demasiado intelectuales, que no entienden los lectores. Bueno que las emplee Oliva, porque la literatura no es peligrosa y porque además no lo lee nadie; yo, por lo menos. Pero este Rayo me está ya cargando, y cualquier día le mando a tomar viento fresco.

Intercedía yo: mejor retener a Rayo y limarle o aherrojarle si fuera preciso, que obligarle a irse a otro periódico o a fundar él uno propio, desde el cual podía atacarnos, movido del espíritu de represalia. Teníamos cola de paja, su pluma era harto violenta y rencorosa, y era preferible sufrirle como amigo encadenado que como enemigo suelto.

Otras veces llamaba a Rayo a su despacho, cogía la galerada de un artículo suyo con la mano derecha, volvía previamente al interior de la mano izquierda la gran esmeralda de un anillo que la decoraba, con el prudente propósito de evitarla todo deterioro, golpeaba violentamente entonces la mesa con el metal del anillo, para que el ruido fuese más estruendoso, y asaeteándole con sus ojos pequeños y ligeramente saltones, exclamaba:

—¿Pero usted se imagina que *El Orden* es *La Revolución*, ese periodicucho donde usted a veces se permite escribir sin tener en cuenta que me está insultando de continuo? Esto no puede publicarse. Arréglelo, o rehágalo, o rómpalo; será lo mejor. Y márchese.

Rayo salía vomitando lava y venía a quejárseme. Yo le apaciguaba:

—No arregle usted nada. Déme acá el artículo; lo guardaremos para ocasión más oportuna. ¿Qué le importa a usted que no se le publiquen los artículos? No espere usted la inmortalidad con ellos; son flores de un día. Y si le pagan igual, ¿qué más puede pedir? Usted quiere—yo lo comprendo—opinar sobre todas las cuestiones candentes; pero los intereses de un gran periódico moderno exigen que no se opine nada sobre esas cuestiones; a lo sumo, sugerir algo en los títulos de las noticias. Un título a veces equivale a una bomba. Unos cuantos buenos escritores pueden hacer de la nada un buen periódico; pero una vez hecho, se les paga para que escriban inepcias o se estén callando y porque no escriban en otra parte. ¿Se extraña usted de mi teoría? No es mi teoría, sino la del periódico, la de toda la prensa industrial. Yo soy aquí tan donnadie como usted. Tome un cigarro de consolación y, si puede, deje el periodismo, que será dejar su anulación intelectual y moral.

Con estos y otros discursos calmaba los ánimos de los redactores y colaboradores, siempre exacerbados por Cacodoro. El era el viento; yo, el aceite encalmador o el puerto. Trataba él a todo el mundo a puntapiés: a los obreros de talleres, como a siervos; a los redactores, peor que a los obreros. Se vanagloriaba de pagar con esplendidez y de cuidar de la salud de sus servidores, como de caballos que convenía tener bien alimentados y sanos para extraerles el mayor rendimiento posible; pero no consentía que se asociaran en Sindicatos. «En mi casa mando yo», solía decir redondamente, sin admitir apelación. Yo

suavizaba cóleras sordas, a veces expresas; indemnizaba con frases amistosas y con recompensas bajo mano los agravios de Cacodoro. Subrepticiamente consentía yo y fomentaba la asociación clandestina de algunos. Por estos y otros medios era posible sólo mantener el equilibrio interior. Pero ello a costa de mi influencia sobre él, que decrecía de continuo; yo era para él un enemigo solapado y nada digno de confianza.

Su brazo derecho era Negrete, que adulaba sus flaquezas, exaltaba sus violencias y le satisfacía en todos los gustos y caprichos. Negrete escribía al dictado los artículos políticos de Gacela y las notas polémicas de Cacodoro, extremando el ingenuo maquiavelismo de los unos y la torpe brutalidad de los otros. Cuando Negrete faltaba, Cacodoro era hombre al agua. Venía a mí humilde—en mí temía siempre a Hipólita—y solicitaba la redacción de un suelto, casi siempre de índole personal. No dejaba pasar alusión, por vaga que fuese y por insignificante el periódico de que procedía. Había creado varios clichés. Uno era: «No ofende el que quiere»..., que aplicaba como título a todas las gacetillas donde simulaba desdeñar a los que, a su juicio, le ofendían. Otro: «Patrañas delictivas», para contestar a los que, a su entender, tenían categoría suficiente para recibir sus contrataques. Otro: «Realidades, no fantasías», para los enemigos de más consideración, que, según su criterio, afrentaban con algún disentimiento las opiniones del periódico. Se creía envidiado, combatido por todas partes; con su megalomanía fué desarrollándose una especie de manía

persecutoria. En realidad, todo el mundo le hacía objeto de vayas y donaires; pero, no obstante, el poder del periódico sobre la opinión pública se acrecentaba de día en día de modo notorio. Era una paradoja inexplicable.

Redactábale yo los sueltos, en ausencia de Negrete, siempre a disgusto suyo, por parecerle demasiado suaves y corteses.

—Se ha olvidado usted, Escudero—solía reprocharme—, de meter las palabras que le he dicho.

Las palabras solían ser canalla, vividor, sablista, vendido al oro extranjero u otras de su linaje. Incorporábales él, de su puño y letra, en el lugar que juzgaba adecuado, y llamaba al corrector de pruebas para recomendarle atención con las erratas; esto, era sabido, quería decir que cuidase de su ortografía, porque él acostumbraba escribir *canaya* y *bibidor*, y sospechaba que ésta no era la forma más correcta. En la imprenta era el hazmerreír hasta de los aprendices. Otras veces, receloso de mi estilo, quería él mismo redactar sus sueltos; pero como no se fiaba tampoco de su pluma, bajaba a las linotipias y los dictaba. Casi todos iban firmados.

—O algo parecido—añadía después de cada tres palabras. El linotipista veía acumulado a su trabajo de componer el de redactar. Un dardo de ironía iba de mirada en mirada por todo el taller.

En ocasiones trataba de justificarse en la Redacción:

—Los directores de los grandes periódicos modernos no escriben nunca. Ahí está el del *Times*, que lleva treinta años sin redactar una línea. Inspiran,

que es lo importante. ¿Es que el director de una fábrica de zapatos necesita saber hacerlos él? De ninguna manera. Le basta organizar e inspirar. Es lo que yo hago. Un periódico es como otra industria cualquiera. El que dirige no necesita conocer todos los detalles de la fabricación, sino los más importantes, y en un periódico el más importante, señores escritores—no se hagan ilusiones—, no es escribir, sino administrar, y en esto no hay quien me aventaje.

Los sueltos de Cacodoro suscitaban a veces ásperas polémicas, que en ocasiones envolvían a toda la Redacción. De vez en cuando daban origen a un duelo. Nunca olvidaré la primera vez que vinieron dos caballeros a pedir a Cacodoro una reparación por las armas en nombre de un compañero en la Prensa ofendido por uno de sus sueltos dictados a la linotipia. Oyólos cadavéricamente demudado, como quien oye su inesperada sentencia de muerte, y cuando se hubieron ido, gimió con conmovedora amargura:

—Pero si yo no me he batido nunca, si no sé empuñar una espada...

—Sin embargo—le dije yo para animarle—, usted ha andado a tiros más de una vez en América; acaso el contrario elija pistola; es muy probable, porque tiene fama de buen tirador—añadí con un poco de perversidad para desquitarme de los frecuentes disgustos con que me abrumaba Cacodoro.

—¿Y no habría otro arreglo? Porque yo es verdad que en mi juventud he andado más de una vez a tiros, pero siempre en revueltas de taberna y entre

muchos; eso de ponerse a sangre fría frente a frente con un hombre, a quien después de todo no se le odia tanto como para eso, francamente, no es para mi edad ni creo que para ninguna.

—Pues hay que batirse, don Herculano—insistí yo con dulce crueldad—, porque de no hacerlo, todos quedaríamos muy mal y el periódico se desprestigiaría.

—¿Y por qué no se bate usted si tanto lo desea? —replicó, herido en su instinto de conservación.

Y prosiguió con acento suasorio:

—Después de todo, ¿qué le importa a usted hacerse el responsable? Usted seguramente se habrá batido alguna vez...

—Nunca—aclaré con gran parsimonia—. Ni me he batido ni me batiré; es cuestión de principios. Además, procuro no ofender, y si ofendo, doy explicaciones.

—Yo también puedo darlas—agarróse don Herculano a mis palabras como a una tabla de salvación.

—No es lo mismo que las dé un cualquiera como yo o un periódico, encarnado en usted en este caso. Ese público que le admira por la bravura de su estilo—expliqué yo, con malevolencia—, se sentiría defraudado ante unas explicaciones que no atribuiría a un móvil noble, sino a flaqueza del ánimo. El mismo Gacela y sus amigos las verían con malos ojos. Hay que batirse; nadie puede hacerlo sino usted, no sólo por ser el autor del suelto—iba hasta firmado—, sino aun cuando no lo fuera, porque es costumbre que los directores respondan ante los ofendidos de cuanto aparezca en el periódico.

—Pero es una costumbre estúpida—vociferó—. Porque, ¿dónde se ha visto que los generales empiecen a tiros mientras los soldados contemplan el duelo con las manos en los bolsillos?

Volví a amenazarle con el enojo de Gacela—la razón más poderosa para don Herculano—y a la postre logré convencerle. Nunca hubo tan gran regocijo en la Redacción, cuando trascendió por ella el pánico de Cacodoro. Acordamos que los padrinos fueran Avecilla, como experto en lances, y Negrete, como hombre de confianza de Cacodoro y hábil en la redacción de actas caballerescas.

—¿Cree usted que debiera hacer testamento?—me dijo, llamándome aparte.

Me reí fuertemente, con un gesto de la mano que quería significar que aquello no tenía la menor importancia; pero, en el fondo, malignamente dichoso de ver a Herculano tan empavorecido.

—Esto no es nada, don Herculano—le dijo Avecilla para estimularle—. Como las ofensas no son graves, tampoco han de serlo las condiciones, y ya me cuidaré yo de que las pistolas estén cargadas en forma de que las balas no tengan fuerza para atravesar ni una hoja de papel.

Pasamos la noche bebiendo en la Redacción, para sostener el heroísmo de don Herculano.

—No beba usted tanto—le reconvenía a Avecilla de vez en cuando—, no sea que luego se equivoque y las cargue demasiado.

Otras veces se acercaba a Negrete y le prevenía:

—Tendrá usted cuidado de que a Avecilla no se le

vaya la mano al cargar las pistolas, ¿no? Me parece que está bebiendo demasiado.

El duelo tuvo lugar al amanecer, en la Ciudad Lineal. Fué un duelo como casi todos: un paso de comedia. Los combatientes quedaron ilesos—las balas cruzadas cayeron, sin fuerza, a varios metros de los tiradores—y se reconciliaron caballerosamente sobre el terreno.

Al día siguiente, Herculano, que después del duelo se imaginaba un Cid, hizo publicar la noticia del duelo—«un ensayo de pistolas», era el cliché convencional periodístico—en el sitio más visible del periódico. Recibió numerosas felicitaciones y, hombre calculador, pronto dióse cuenta de que en esta costumbre inocua de los duelos al uso había una fuente inagotable de popularidad para él y de prestigioso reclamo para el periódico.

—Con Negrete y Avecilla como padrinos, me batiría a diario—decía jactancioso después del primer duelo.

Su afán desde entonces era andar enredado en alguna cuestión de honor, una vez cada mes por lo menos.

—Es el mejor anuncio del periódico—solía explicar—. Una buena información la copian todos y nadie cita el origen. De un duelo se ocupa toda la Prensa.

Había dividido los lances de honor en cuatro categorias. Primera: aquellos que no se consumaban porque los ofensores rehusaban batirse ni dar explicaciones; casi siempre eran gentes de ideas radicales que, sobre injuriar, escarnecían la caballerosa

costumbre del duelo; en estos casos, Cacodoro, después de enviar sus padrinos, a sabiendas de que era inútil, se pintaba a sí mismo en *El Orden* como un portento de valor y al otro como un arquetipo de cobardía. Segunda: los que se frustraban con un acta, siempre honrosa para ambas partes, pero mucho más para Herculano, que era el ofendido y desagraviado en unas explicaciones en extremo satisfactorias para su honor. Tercera: los que remataban en el terreno de los caballeros, pero sin ánimo de que la sangre llegase al río; sin embargo, Herculano prefería siempre las dos primeras categorías a esta última, porque un descuido lo tiene cualquiera y Avecilla bebía siempre con exceso; el fuerte de Cacodoro eran los duelos sobre el papel. La cuarta y última categoría era la más temible: eran los duelos con gente de intenciones ignoradas y acaso aviesas, que tomaban la iniciativa del desafío, ofendidos por alguna alusión injuriosa del periódico; para tales trances, Herculano contaba siempre con la ayuda de un médico, que descubría de pronto en su delicado organismo una hernia, un ataque gripal u otra afección generalmente no grave, pero pertinaz, que obligaba a diferir el caballeroso encuentro *sine die*. Esas eran todas las categorías, porque lo acontecido una vez no tuvo carácter de regla o norma, sino de excepción de la primera, y por eso no nos ha parecido justo crear una quinta. Fué lo siguiente: un día Herculano se encontró en la calle con uno de los directores de la Casa del Pueblo, a quien en otra ocasión había desafiado por un artículo suyo aparecido en *La Clase Proletaria* e injurioso, a juicio de Caco-

doro, para su honor. El líder obrero había despreciado el reto, por razones de conciencia de clase; pero como nuestro periódico atribuyese, según costumbre, a cobardía su actitud, al tropezar días más tarde en una de las calles más céntricas con Herculano —hay quien supone que el encuentro fué intencionado—se abalanzó sobre él, le hinchó despiadadamente un ojo con el puño, arrojóle con gran furia a tierra y bailó sobre su cuerpo una frenética danza.

—Toma, por valiente—le decía al pobre Cacodoro mientras le magullaba los huesos.

Como hubo muchos testigos oculares y la infausta noticia corrió por círculos y periódicos—algunos cometieron incluso la avilantez de publicarla—don Herculano se creyó en el deber de repetir el desafío. Comisionó a Negrete y a un bizarro oficial del ejército—no se fiaba de Avecilla, que el asunto era harto delicado—para llevar metafóricamente el guante al tosco ofensor. Con sorpresa de todos aceptó éste y nombró sus padrinos, los cuales propusieron condiciones tan graves, que, bajo ellas, la muerte de uno de los contendientes sería inevitable. Negrete, celoso del instinto de conservación de Herculano, quiso dar al duelo un giro histriónico, como era uso; pero ante la insistencia de los representantes del adversario y ante la actitud de su compañero, el oficial del ejército, que también se inclinaba a la dureza de condiciones, dada la gravedad de la ofensa recibida por su representado, vino Negrete a consultar a Cacodoro, que estaba en la redacción con la cabeza vendada y todo el cuerpo hecho una lástima, verdadera reencarnación del Caballero de la Triste Figura.

Oyó Herculano la referencia de Negrete y exclamando: «¡Pero eso es proponer que se me asesine!», tornóse intensamente pálido y se dejó caer medio desvanecido en una silla. Fué menester llevarle a casa, acostarle y darle recias fricciones para que recobrara su lucidez. Entretanto, Negrete había vuelto a la reunión de los padrinos, y haciéndose cargo de que Herculano no estaba para duelos a muerte ni de ningún género, logró, tras titánica lucha, un acta equívoca, donde se guardaba la apariencia de dejar a salvo el honor de Cacodoro. Al día siguiente aún tuvo nuestro maltrecho caballero la audacia de calificar en el periódico esta pintoresca ignominia de indiscutible victoria.

Si me he extendido algo más de la cuenta en describir esta costumbre de los lances de honor en Herculano, ha sido por creer que en ellos se manifestaba en su máxima flaqueza y desnudez el director de *El Orden*.

XVIII

EL PLAN DE DON HERCULANO

Siendo siempre igual a sí mismo, don Herculano sabía renovarse cada día en sus apetitos y ambiciones. Cuando hubo logrado que nuestro periódico fuera uno de los más extendidos del país, su inventiva le condujo al cruce de los dos caminos en que se bifurcaban las posibilidades del ulterior avance.

—Nos sobra maquinaria y nos sobra espíritu de empresa—solía decir en las tertulias de Gacela—. No podemos dejar que *El Orden* siga siendo siempre lo que ha alcanzado a ser. Es necesario darle un empujón.

—Es la ley biológica de todos los seres—explicaba Murillo—: crecer o decaer; no es posible estancarse.

—¿Tiene usted algún nuevo proyecto?—preguntaba Gacela.

—Uno muy grande, don Bonifacio—respondía Cacodoro—. ¿No dicen los periódicos que en los Estados Unidos hay reyes del acero, del petróleo, de la lana y de otros productos? Pues yo aspiro a que en España seamos nosotros los reyes de la Prensa.

—Usted solo, usted solo, don Herculano—replicaba Gacela con sonrisa magnánima—. Todo poder debe ser indiviso. Usted, rey de la Prensa; yo, de la política. Claro, claro que sin menoscabo de nuestro augusto monarca—añadía, corrigiéndose—. Y usted y yo, aliados como dos grandes potencias.

Un rumor aprobatorio brotaba de los pechos de los contertulios. Entonces intervenía alguno de los hombres de negocios, con su espíritu práctico:

—¿Y cómo piensa usted, don Herculano, hacer realidad su proyecto?

Meditaba Cacodoro un momento, porque había aprendido que una contestación despaciosa acrece la atención expectante del auditorio, aunque se la tenga pensada de antiguo, y respondía:

—Hay dos medios. Uno consiste en fundar nuevos periódicos, en la capital y en provincias, o comprar algunos, no muy desacreditados, que ya existan. Así, *El Orden* se subdividiría; cada uno de los otros periódicos sería como un pedazo suyo.

—Es el procedimiento de los minúsculos organismos monocelulares, como la amiba—aclaraba Murillo—. Para reproducirse se dividen en dos partes; estas dos, en cuatro; las cuatro, en ocho, y así sucesivamente hasta el infinito.

—El procedimiento no me gusta—opinaba don Herculano—. Muchos periódicos dispersan demasiado el esfuerzo; aparte de que o son todos iguales entre sí y al público le parecen monótonos y sólo compra uno, o son distintos y el público advierte pronto el contrasentido de que unas mismas cabezas ten-

gan ideas diferentes y no compra ninguno. Esto resta autoridad a todos.

—Muy bien dicho, don Herculano—le alentaba Gacela—. Necesitamos unificar el esfuerzo en todo, porque la mayor parte de las desdichas provienen de fraccionarlo y distribuirlo en demasía. ¿Y cuál es el otro medio?

—El otro medio, don Bonifacio—respondía Herculano, a quien siempre lisonjeaba la aprobación de Gacela—, es hacer un periódico enorme, que se coma a todo el público y no deje nada para los otros periódicos; convertir *El Orden* no sólo en el diario de más circulación de España, sino en el único diario grande, de suerte que los que existieran tuviesen que vivir feudatariamente de nuestras migajas y con nuestro consentimiento.

—Un mamut, un vertebrado gigante; proceso biológico superior—sugirió Murillo.

—¿Un *Orden* único, sin oposición ni competencia? —expresó su sorpresa Gacela—. Es una idea grandiosa, el ideal de un gobernante que quiera dedicarse al servicio de la patria sin trabas ni distracción de energías.

—¡Es la dictadura de la Prensa!—exclamó un diputado incipiente!

—Lo que no me parece fácil es su realización—observó Gacela—. Porque lo que un periódico haga puede hacerlo otro también.

—En eso se equivoca usted, don Bonifacio—sonrió Cacodoro con aire de suficiencia—. Claro es que necesitamos mucho dinero y el capital no podemos monopolizarlo. Pero no basta el dinero, y en cam-

bio nosotros poseemos, estoy por decir que exclusivamente—y lo diría si no me lo impidiera la modestia—, el complemento indispensable: la idea y la aptitud de organización. En eso nadie nos gana, ni siquiera se nos aproxima.

—¿Proyecta usted reorganizar la información nacional y extranjera, mejorarla, aumentarla?

—Eso podría hacerlo cualquiera—replicó don Herculano.

—¿Intensificar la colaboración?

—¿Para qué?—dijo desdeñosamente Cacodoro, cuyo desprecio por los escritores de firma iba tomando agudeza casi patológica, como si en ellos viera concurrentes o usurpadores de la gloria del periódico, que, a su juicio, sólo a él correspondía.

—Usted nos dirá—insinuó Gacela, cuya paciencia tenía límites muy estrechos.

—Es más fácil que todo eso—repuso—. Basta hacer que el periódico llegue a provincias antes que todos los otros de la capital.

—Aunque así fuera, siempre quedarían los de provincias como competidores invencibles—argüí yo, con propósito de acelerar la exposición del proyecto, que yo conocía bien. ¿No había de conocerlo, si era de mi invención? Medio en broma, como un imposible, se lo había trazado a Herculano un día que estudiábamos las causas de por qué los periódicos españoles tenían tirada tan corta en comparación con los de otros países. Herculano se había asimilado mi fantasía y ahora la presentaba como un plan propio, olvidándose, seguramente, de su origen; para él las ideas ajenas, hasta que las hacía

suyas, eran bienes mostrencos a disposición del primero que las quisiera tomar.

—¿Los periódicos de provincias?—replicó mirándome compasivamente por la endeblez de la objeción—. Desaparecerían como los de la capital. En fin, señores, les expondré mi idea, bien entendido, claro está (mirando uno a uno a los circunstantes), que estamos entre caballeros de bien probada discreción; toda reserva es poca, ya que abundan por ahí los lobos hambrientos de ideas del prójimo; por más que ya digo que, sin aptitudes de organización como las nuestras y sin audacia, de poco les serviría conocer el proyecto. Éste es sencillo como el huevo de Colón. ¿Por qué la Prensa española tira mucho menos que la de cualquier otro país, incluso Portugal? ¿Es que la gente lee menos que en otras partes? Ese es un capítulo más de la leyenda negra. (El trato con Gacela había ido desenvolviendo cierta proclividad oratoria en Cacodoro, sobre todo en presencia del «prohombre».) ¿Es que nuestros periódicos son inferiores en información? Otra calumnia. (Don Herculano tenía un concepto vago de la calumnia y la injuria; pero las aplicaba indistintamente y siempre que se le contrariaba en algo.) ¿Es que son peores nuestros escritores? A lo sumo serán tan malos como los de cualquier país. ¿Es que no hay grandes directores? Dicho sea inmodestamente, podemos competir con los de los mejores periódicos extranjeros. Lo que pasa—la única razón de nuestra inferioridad—es que con las comunicaciones ferroviarias actuales no se puede producir una gran prensa. Los periódicos llegan al día si-

guiente, con una fecha de retraso; esto es un disparate, porque en la naturaleza de la prensa diaria está que debe leerse en el día de su aparición. De ahí que en provincias haya periódicos florecientes, los cuales hacen una competencia victoriosa a los de la capital, que sólo se leen fuera de ella por sus artículos literarios; una vergüenza. Pero con mi proyecto, *El Orden* llegará a toda España el mismo día de la fecha.

Un murmullo de sorpresa y admiración premió las últimas palabras de Cacodoro, que respiraba felicidad con la atención de que era objeto.

—¿Alguna combinación con las compañías ferroviarias?—inquirió el diputado incipiente, que era ingeniero abortivo, por lo cual se consideraba obligado a intervenir en el Parlamento y fuera de él en cuantas cuestiones tuviesen alguna relación con la mecánica.

—No podríamos pretender la exclusiva—replicó Herculano con sonrisa que aspiraba a ser irónica.

—¿Por medio de camiones automóviles, de aeroplanos?—tornó a interrogar el ingeniero frustrado.

—Nos arruinaríamos en pocos meses—siguió ironizando Cacodoro—. Además, por lo que se refiere a los camiones, el periódico no podría ponerse en todo el litoral de España sino a lo sumo por la noche, y es sabido que la noche no es el tiempo mejor para leer; por lo menos, para mí.

—¿Pretende usted entonces ponerlo antes de la noche?—investigó Gacela con un principio de impaciente incredulidad.

—Al mediodía lo más tarde, en casi toda España,

don Bonifacio—fué la réplica triunfal de Herculano.

El enjambre gacelista emitió un mosconeo de escepticismo.

—¡Imposible!—resumió el diputado mecanicista.

—Nada más fácil, señores. Repito: es el huevo de Colón—prosiguió Cacodoro con la serena superioridad de quien está seguro de su posición—. En fin, allá va el secreto. Mi plan es establecer cuatro grandes imprentas en otros tantos puntos estratégicos de la Península lo más equidistantes posible del centro y la periferia. En esas imprentas se tirarían ediciones idénticas a la actual de Madrid: los mismos artículos, que se enviarían por correo o por teléfono; la misma información, que también se telefonearía íntegra desde Madrid; hasta los mismos anuncios. Todo con el mismo ajuste y el mismo tipo. Tendríamos un hilo telefónico propio entre la capital y cada una de las sucursales, para evitar dilaciones y fraudes de noticias. Serían, pues, cinco ediciones de *El Orden*, absolutamente idénticas entre sí; ni una coma habría de variar; la dirección, enérgica y bien unificada, estaría en Madrid. Los puntos estratégicos en que he pensado, sin que este criterio sea definitivo—yo estoy siempre abierto a toda proposición razonable—son los siguientes: Para el Norte estoy dudando si elegir Medina del Campo, Valladolid o Palencia; el propósito es abarcar el mayor territorio posible, hasta la frontera de Francia por un lado y Finisterre por otro, cogiendo en la red las Vascongadas, parte de Castilla la Vieja, Asturias, Galicia, León, Zamora y Salamanca; en todo caso, habría que estudiar bien todas las comu-

nicaciones del Norte y Noroeste con cada uno de esos tres puntos y decidir por el que más conviniera. Al Nordeste no hay ninguna duda: Zaragoza es el centro indicado para parte de Logroño, Navarra, todo Aragón y toda Cataluña. Al Sudeste, el centro mejor me parece Albacete, para irradiarnos en toda la región de Valencia, de Murcia y parte de Castilla la Nueva y de Andalucía. El cuarto centro al Sur habría de ser—lo tengo por lo más acertado—Córdoba, para extendernos por Extremadura y el resto de Andalucía. Donde fuera preciso, pondríamos algún camión que otro, y desde luego, tan pronto como seamos poder, don Bonifacio procuraría que los horarios de las ramas ferroviarias establecidas entre los centros locales y el perímetro correspondiente del litoral se modificasen conforme a nuestra conveniencia. Con una organización así, yo me comprometo a vender un millón de ejemplares de *El Orden*.

Una pequeña tempestad de exclamaciones entusiastas coronó, como la espuma la ola, el discurso de Cacodoro. Abrazóle Gacela y tributóle estas laudatorias palabras:

—Es un proyecto napoleónico, don Herculano, y sólo él le acredita a usted del espíritu de empresa más grande que ha engendrado España hace siglos.

Sonreí sin resquemor, porque la apropiación de mi fantasía por Herculano no traspasaba, a mi juicio entonces, los límites de una inocente vanidad. Si eso colaboraba a acrecentar su prestigio ante Gacela y sus amigos, otro tanto se ganaba y nada se perdía. Por lo demás, el proyecto me seguía pare-

ciendo quimérico e irrealizable. Tampoco Gacela, a pesar de su entusiasmo del primer momento, pudo mantenerse largo tiempo en las regiones de la embriaguez, y descendiendo a ras de tierra, demandó:

—Pero eso costará un capital inmenso, don Herculano.

—He calculado—respondió—de diez a doce millones de pesetas como mínimo. No es mucho si se considera que podemos vender un millón de ejemplares y absorber el anuncio de todas las regiones.

—Industrialmente—observó Gacela—el negocio tiene todos los visos de ser excelente. Pero la cantidad es demasiado grande dentro de la psicología del capital español, siempre tímido para cualquier empresa, pero pusilánime hasta más no poder si se trata de negocios de papel impreso, de los cuales desconfía, no sin algún fundamento, pues hasta que usted, don Herculano, ha venido a renovar y dignificar la Prensa, hay que admitir que el cuarto poder, como industria, tenía poco de tentador. De todos modos, el proyecto no me parece de realización imposible, y como idea, repito, la reputo napoleónica. En hora buena, don Herculano. Veremos si algunos amigos de fuera...

Con estas incompletas y enigmáticas palabras, que me llenaron de perplejidad, dejó por entonces Gacela en suspenso el plan comunicado por Cacodoro. ¿Sería posible que no quedara en humorística creación de la mente? Pocos días después se descifró la incógnita. Llamados urgentemente por teléfono, acudimos Cacodoro y yo a casa de Gacela. En

el portal encontramos al diputado incipiente, que salía.

—Debe estar muy ocupado o tener visita importante—nos dijo—porque no ha podido recibirme. ¿Creen ustedes que pasa algo, que habrá crisis? —añadió, insinuando una idea que era sólo hija de su desmedido deseo o aspiración a un alto cargo.

Confesamos nuestra ignorancia, y pensando si la razón de llamarnos era la inminencia de alguna crisis de Gobierno, subimos de dos en dos los escalones.

—¿Estará arriba Leoncio Juderías?—preguntó don Herculano.

—¿Acaso don Olimpo?--pregunté yo.

Eran los dos rivales a la jefatura del partido. Juderías utilizaba como armas la frialdad externa, la modestia aparente, la astucia bien encubierta, la estudiada cortesía, la adulación oportuna, la llaneza preconcebida, la presencia ubicua, el servicialismo en lo pequeño, el ramo de flores, y, oculto en él, el puñal cuando era necesario; psicología de vulpeja política, del mediocre que se engrandece a fuerza de cualidades inferiores. La psicología de Pomponio Chueca, don Olimpo, como se le llamaba familiar y despectivamente, era la del gallo: fatuo, cacareante, admirado de sí mismo, seguro de hacerse amo del corral por la belleza de su plumaje, la arrogancia del gesto y la huera sonoridad del canto. Pero en el corral del partido, la zorra se iba quedando con las gallinas y amenazaba tragarse también al gallo; por de pronto, le había expelido a las soledades del páramo público. Ambos contrin-

cantes se disputaban a Gacela, que ya caía de este lado, ya del otro; pero siempre procuraba guardar el equilibrio o justo medio, esperando una ocasión favorable para engullirse la zorra y el gallo. Su psicología tenía algo de milano y algo de jabalí herido.

Hallamos a Gacela en compañía de Negrete y de un desconocido, de aspecto y acento extranjeros, aunque la construcción castellana era en él correctísima. Nos presentó Gacela. Si entendí bien, su nombre era Schwarzthaler. Nos lo describió Gacela como un patriota alemán y hombre de negocios, que había abandonado su país para instalarse en el nuestro e invertir su fortuna y la de algunos consocios y amigos en empresas sólidas y productivas de España. Gacela le había conocido por su profesión, como consejero jurídico, al venir a consultarle algunos puntos sobre legislación de minas. Hombre moderno de negocios, le atraía el mundo de la Prensa, como industria en sí y como instrumento para la defensa y desarrollo de otras industrias. Informado por Gacela del plan de Cacodoro, cuyo espíritu de empresa admiraba ya en el hecho extraordinario de haber erigido un monumento periodístico como *El Orden* sobre base tan reducida como eran unas píldoras, de cuyos beneficios—fuera dicho de paso—pensaba aprovecharse, quería conocer personalmente a tan gran capitán de Prensa y oír de sus propios labios una breve relación del proyecto ideado para hacer de *El Orden* un periódico verdaderamente nacional, puesto que sería el único que habría de leer el país letrado en masa.

Escuchó Cacodoro la perorata de Gacela muy sa-

tisfecho de sus lisonjas, y con ligeras variantes expuso al señor Schwarzthaler el proyecto descrito más arriba. Interrogó el teutón el costo, y, habiendo oído la cifra, quedóse pensativo un minuto.

—Hacía el cálculo en marcos—dijo; y dirigiéndose a Gacela—: Es una cantidad considerable, pero no desespero de lograrla, y si nuestros planes hallan viabilidad, vale la pena de intentarlo.

Guardó Gacela uno de esos elocuentes silencios que, para un entendedor inteligente, quieren decir: «Punto en boca.» Callóse también el germano, a la vez que me miraba con inquisitivo descaro, porque yo era sin duda a sus ojos el motivo de la tácita advertencia de Gacela, y después de algunas generalidades en que todos intervinimos, se despidieron y salieron juntos Schwarzthaler y Negrete. Poco después salíamos también Herculano y yo.

A la noche siguiente supe que de casa de Gacela habían llamado a Herculano por teléfono y que ambos habían tenido una larga entrevista. En los días sucesivos puse a Antonio Morano, nuestro redactor político, en guardia, y por él vine a averiguar que las entrevistas se repitieron varias veces, y que en casa de Gacela se había visto penetrar a un hombre de aspecto extranjero, alto, bigote muy recortado, rostro anguloso y largo, chaquet y hongo; sin duda, Schwarzthaler. «Algo grave se trama, pensé. ¿Contra quién? ¿Contra mí acaso?» No pude evitar esta hipótesis, hija del instinto de conservación y de esa tendencia que nos mueve a creer que somos el centro sobre el cual gira el Universo. Era menester desentrañar el alarmante misterio.

XIX

EL PLAN DE GACELA

En los días que siguieron a nuestra entrevista con Gacela y Schwarzthaler, la reserva de Herculano conmigo, creciente en los últimos tiempos, fué más ostensible que nunca. Me eludía. Notoriamente me ocultaba algo que, en su conciencia, dadas nuestras relaciones personales y familiares y mi posición en el periódico, tenía el deber de revelarme. Había en sus ojos ese turbio desvío del hombre que se lucra por su cuenta sin hacer partícipe al consocio; algo de quebrantamiento contractual, de deslealtad. Su apartamiento—opinaba yo—no responde tanto al propósito de velar un secreto, como a la vergüenza de tenerlo.

Para arrancárselo, la vía directa era la más larga y menos segura. Un interrogatorio mío a boca de jarro hubiera enterrado más en su recelosa conciencia el misterio que aspiraba a descubrir. «Mejor será buscar la colaboración de las tentaciones»—me dije.

—Tu padre me oculta algo importante—comuniqué a Hipólita una de las raras veces que coincidi-

mos en casa juntos; nuestras vidas se deslizaban paralelamente, sin contacto interno alguno, como vecinos de un hotel—. Poco he de poder o he de averiguarlo. Necesito tu estudio para mañana por la noche.

Hipólita hacía, desde unos meses, ensayos de pintora. La forma literaria le parecía demasiado abstracta; la escultórica, demasiado fría y rígida; la pintura, con su calidez de colores y su flexibilidad de líneas, se le antojaba el arte adecuado a su temperamento, el molde justo para recoger y espiritualizar, purificándola, como ella decía, sus turbulencias sensuales.

—¿Mi estudio?—inquirió.

—Quiero obsequiar a tu padre con una cena suculenta, y los restaurantes, para una ocasión como ésta, son demasiado indiscretos.

—No necesito preguntar si con compañía.

—Porque eres sagaz, Hipólita. En efecto, nos acompañarán dos damas del género que puedes concebir.

Y como Hipólita hiciera un mohín de repugnancia, proseguí:

—Ya sé que no te disgusta por mí. En nuestro vocabulario conyugal no existe la palabra celos ni otras de que esa procede. No ignoro que tu enojo es por tu padre; pero para vaciarle el depósito de los secretos no hay más que dos bombas aspirantes: el alcohol y el amor.

—Como quieras—asintió resignada—. Pero de ningún modo consiento en prestaros el estudio por toda la noche.

—Pues ven a echarnos a eso de las doce. Así me desharé caballerosamente de las damas y enviaremos a dormir a tu padre. Pero no olvides que eres mi esposa y que estás obligada a promoverme una violenta escena de celos; por lo menos, a los ojos de tu padre. ¿Qué pensaría, si no?

—No deja de ser entretenida la ocurrencia—comentó, despertando al sentido del humorismo, a tiempo que me entregaba la llave del estudio—. Si no estoy muy cansada, iré de doce a una, ¿no?

—Sí, mañana.

Aquella noche, después de cenar, me dirigí al café Fornos, en cuyos antiguos divanes habían depositado su gloriosa mugre varias generaciones literarias. En la historia de las letras patrias, ese café tenía el prestigio de un parnaso, y aunque no fueran otros sus títulos, que sí lo eran y cuantiosos, su derecho a la categoría de institución nacional estaba asegurado sólo con haber servido de lugar escénico imaginario al inimitable e inmortal *Cristo en Fornos*, un artículo digno de las más exigentes antologías periodísticas del mundo. No es necesario mentar al autor, ya muerto para desdicha de las bellas letras y las no tan bellas ciencias y artes del Estado, como huelga decir quién fué el autor del *Quijote*. Con haber declarado que Fornos era punto de cita de varios ingenios literarios y artísticos, queda tácitamente sobrentendido que también acudían a ese templo del talento y de la fama numerosas mozas de esas que hacen del sexo profesión lucrativa, pues siempre han mostrado por los poetas y los artistas una preferencia sentimental que está en flagrante contradic-

ción con las necesidades económicas de su oficio, ya que no es ningún secreto que poesía y pobreza tienen equivalencia de sinónimos, y aunque no la tuvieran alguna vez por excepción, un poeta se juzgaría deshonrado ante las musas comprando el amor como una mercancía. A él, como a los pájaros, todos los bienes del Universo han de dársele graciosamente, por un canto más o menos rítmico o ripioso. Esto se explica; pero no la generosidad de las mozas del partido con los ruiseñores de café, a menos que se admita que la tradicional hidalguía y el quijotismo han ido a refugiarse en las profesionales del sexo, o que la mujer española tiene, en general, para la prostitución tan escasas aptitudes como para todo otro trabajo fuera de la maternidad y de su casa.

Exploré el humoso ámbito, buscando con los ojos alguna ingenua, aunque sólo lo fuese en el talante, y habiéndome fijado en una que estaba sola en un rincón, pareciéronme recomendables su soledad y su melancolía e invitéla con un gesto de cabeza a que me acompañara a tomar algo. Vino diligente, y como yo la instara á beber algún licor, confesó preferir café con leche y pasteles, indicio probable de no haber cenado aquella noche. Preguntéle por la marcha de sus negocios, y ella dolióse, como cualquier industrial o comerciante, de la crisis económica. No se ganaba ni para medias. ¡Ah, los años de la guerra! ¡Cuando los bilbaínos inundaban con sus navieras el mercado del amor! Los que antes gastaban por duros, ahora lo hacían por reales. ¡Maldita paz! ¿No habría pronto otra guerra grande? Aunque

otra vez vinieran las francesas a hacer la competencia.

Ofrecí trasladar sus quejas a un profesor de Sociología y diputado, amigo mío, para que incorporara este aspecto, tan respetable como cualquier otro del problema económico, al estudio monumental que venía dedicándole, y, cuando llegara el caso, para que la legislación no se olvidase de estas modestas y sufridas obreras. ¿No era legal su estado? ¿No estaba reconocida su condición en las costumbres? Pues nada más equitativo que la sociedad y el Estado las amparasen en el agobio de los malos tiempos, ya que bien las usufructuaban en toda sazón.

—Por de pronto—propuse—, como la acción sociológica y legislativa es lenta por virtud de la sesudez que la preside, te invito a cenar mañana, si te parece bien.

—¡No ha de parecerme!—replicó con el mismo tono de evidencia que si la hubiera preguntado si la parecía bien respirar.

—Pero necesitamos—añadí—otra amiga tuya que sea por el estilo que tú.

—¿No basto yo? ¿O quieres escoger?

—Yerras. Es que nos acompañará un amigo que piensa, como yo, que en amor los nones son malos números.

—Pues aquí viene Conchita, que ni llamada de encargo—dijo, señalando a otra de su cofradía que entraba en aquel momento.

Acercóse la denominada Conchita, saludónos, tomó asiento y también café con leche y pasteles, sin duda por sentimiento de solidaridad con su ami-

ga, y en habiendo oído la invitación para la noche siguiente, con el aditamento de «si te parece», respondió:

—¡No ha de parecerme!

Admirable unanimidad de palabras y apetitos en estas dos almas gemelas.

—Todavía no me has dicho tu nombre—advertí a la amiga de Conchita.

—Juanita—fué la respuesta.

—Pues bien, Juanita y Conchita, nombres sencillos que acreditan su autenticidad, y son, por lo tanto, prueba de vuestra buena fe y candor, oídme sin interrupción, aunque a trechos no me entendáis u os imaginéis que chanceo, que el asunto es harto serio. Conchita y Juanita: Por arte de magia va a ser metamorfoseada vuestra condición de aquí a la noche de mañana; de suerte que cuando nos sentemos a cenar juntos, no seréis ya las pobres mercenarias que todavía hoy sois, sino dos purísimas doncellas que aún no ha maculado contacto de hombre. Exige esa transformación el raro carácter del amigo con quien hemos de cenar; se llama don Herculano. Este don Herculano es hombre riquísimo, pero un tanto maniático. Puede hacer vuestra fortuna—de las dos, que es hombre de grandes posibles y fuerzas—; pero es menester que le sigáis la manía. La tal manía consiste en no sentir inclinación sino por la doncellez femenina y en procurar su capitulación como homenaje admirativo a su talento.

—Por lo que he sacado en limpio de tu jerigonza, quieres que pasemos por vírgenes.

—Eres un águila, Conchita.

—Y que finjamos admirarle.

—Eres un condor, Juanita.

—Pero, ¿qué es ese Herculano?

—Ese Herculano—respondí—es un maniático, como queda dicho. Pretende pasar por un gran periodista y un gran político. Por ahí debéis atacarle o dejaros atacar, que viene a ser lo mismo. Pero no os rindáis demasiado pronto; le gusta un poco de resistencia. Mostradle admiración, pero no tanta como él quisiera. Reconoced sus grandes méritos; pero dadle a entender que no los consideráis tan grandes como él piensa. De ese modo le haréis hablar, y la velada será muy entretenida; incitaréis su lujuria y su amor propio, y vuestro porvenir quedará bien consolidado.

—Vaya un tipo. ¿No será un loco?—inquirió la prudente Juanita.

—¿O un criminal?—agregó la modosa Conchita.

—Ni lo uno ni lo otro. Para vosotras, más bien un príncipe ruso antes de la revolución. Un maniático rico. Un doncellero que es capaz de arruinarse por dos virtudes como vosotras. Pero, eso sí, es necesario que os quitéis todo colorete de labios y ojos y todo aire de busconas, porque aunque el uso de ese aire y del colorete se ha hecho universal y la honestidad plagia los vestidos, el ornamento y la decoración del pecado, siempre será mayor el efecto si os presentáis con disfraz de lo que probablemente habéis sido y aún sois en el fondo de vuestras almas: con aspecto de modistas. ¿Entendido?

Asintieron alacremente, seducidas por la esperanza de engatusar a Herculano, lo cual correspon-

día a su profesión inmediata, y por la perspectiva de incorporarse en un papel escénico tan sugestivo y remoto de la verdad como el de pasar por doncellas; el arte histriónico, en cualquiera de sus formas, era el norte o ideal al que aspiraban, hasta la fecha vanamente, a enderezar sus vidas, según supe traducir la frase en que resumieron exultantemente mi comisión:

—¡Vamos a hacer como si fuéramos artistas!

—Exacto—les animé yo, y para estimular sus dotes imitativas, y sobre todo su puntualidad, obsequié a cada una con cincuenta pesetas.

—Mañana aquí, a las nueve, sin falta, ¿no?—las previne a tiempo de retirarme.

—Aquí estaremos, muertas o vivas—aseguró Conchita, inducida al heroísmo por mis prolegómenos.

A la noche siguiente anuncié en la redacción propósitos de asueto.

—Don Herculano—avisé—, esta noche no podré venir. Un compromiso...

—¿Un compromiso?—inquirió picado de curiosidad y, en caso posible, de apetito participante. Sondeó—: No irá usted a jugarle una mala partida a Hipólita...

—Es un compromiso platónico—aclaré yo, con ese aire de quien dice ingenuamente más de lo que quiere—. Además, ya ve usted, son dos...

—¿Dos nada menos?—se le encandilaron los ojos.

—Sí, pero honradas y duras de pelar—asentí en tono resignado—. Dos modistas...

—¡Es usted un mal amigo, Escudero!—protestó,

con un acento de familiaridad que hacía tiempo no le oía.

—Por mí... Ya sabe usted, don Herculano, que en esto no tengo avaricia. Si ellas quisieran...

—¡Propóngaselo usted, se lo ruego!—habló, humilde y afectuoso, como siempre que quería algo que no le era posible lograr por la violencia.

—Lo procuraré, aunque no me parece fácil—le martiricé—. Voy a recogerlas. Si no vuelvo, avisaré por teléfono.

—No sea egoísta, Escudero. Puede convencerlas si quiere—me despidió, quejumbroso y mendicante.

Conchita y Juanita me aguardaban en Fornos. Avisé por teléfono a Cacodoro que me esperase en el estudio de Hipólita. Tomamos un coche y por el camino acabé de instruir a las dos rehechas doncellas.

—¿No os habréis olvidado del nombre de nuestro caballo blanco? Herculano Cacodoro, director de *El Orden*. ¿Entendido? Os publicará los retratos cuando debutéis de estrellas o cometas de las tablas. Querréis ser bailarinas, cantantes, acaso actrices... Vuestro porvenir depende de don Herculano, director de *El Orden*, gran periodista, político; no os olvidéis del nombre. Pero nada de descaros ni palabrotas, que todo se echaría a perder. Sois dos modistas. ¿Venís sin colorete, sin perfume barato? Bien. Recordadlo: estáis íntegras, como acabadas de salir de madre. Fingid.

—Sí, pero, ¿cómo fingiremos lo otro, cuando llegue el caso, que supongo será esta misma noche?

—objetó la previsora Conchita—. Lo he estado pensando esta tarde.

—Como no te eches un zurcido...—se mofó la traviesa Juanita.

—Seriedad, seriedad, niñas—advertí con burlesca energía—. El caso es grave; comprendo las inquietudes de Conchita; pero eso es cosa vuestra. El caso es salir adelante de la cena.

Cuando llegamos ya nos esperaba Cacodoro. Hice las presentaciones.

—¿Don Herculano, el gran periodista, el director de *El Orden?*—indagó Juanita, con un aplomo que me satisfizo vivamente—. ¡Pero si no hay nombre más conocido en toda España!

—Yo compro todos los días *El Orden*, por las fotografías—declaró Conchita.

—Ya ve usted, don Herculano, adónde alcanza su popularidad.

Cacodoro me espiaba con un residuo de recelo que le era característico. Pero la gracia espontánea de Juanita, de cuya persona se apropió mentalmente desde el primer instante, y su juventud de flor ya cortada, pero no ajada aún, distrajeron pronto su desconfianza. Mandé servir unos colmados *cock-tails* de ginebra, y al segundo ya empezaba a transparentársele a Herculano por los ojos el fondo de su alma. La cena, servida por un buen restaurante del centro, era opípara, y los vinos franceses que había encargado—un sutilísimo Chablis y un denso Pontet Canet—fueron como la vara de Moisés golpeando en la roca espiritual de Herculano: de ella brotó, bajo los golpes mágicos del zumo de las tierras de

Francia, culminante en un armañac de pura cepa —sin champaña, que suele ser más vino de ricos ostentosos que de entendidos bebedores—, el hilo íntimo de las confidencias. Un principio de concisión estilística, que ha sido y es siempre mi norma, me veda describir por lo menudo cuanto se hizo y se dijo en aquella memorable cena, tan preñada de destino para mi vida y para la de Cacodoro. Referiré lo que en ella hubo de sustancial y pertinente para mi historia.

Don Herculano, que sobre todo era un hombre de acción, determinó no perder tiempo en pasar a las vías de hecho por la superficie, bastante accidentada, de Juanita.

—¡No sea atrevido, don Herculano!—se defendía ella con deliciosos remilgos.

—Ya te he dicho, Juanita, que me tutees, porque el tratamiento estorba a la intimidad—replicaba él.

—Me da vergüenza tutearte. ¡Ahí es nada: tutear a un diputado!

—No soy diputado, Juanita, pero lo seré.

—¡Y yo que creía que era usted ministro!—intervenía entonces Conchita.

—Tampoco lo soy, Conchita; pero lo seré—explicaba Herculano—. Seré el amo de España—añadía Cacodoro, excitado en sus sueños megalomaníacos por la comida, los vinos y el deseo de deslumbrar a las dos supuestas doncellas.

Yo tocaba por debajo de la mesa los pies de las muchachas, incitándolas a fomentar su manía.

—¿Y harás entonces que me contraten en Romea? —preguntaba Juanita.

—¿Y me darás un estanco para mi madre, que es viuda?—solicitaba Conchita.

—Cuando yo sea el amo de España, vosotras seréis como reinas; tendréis trajes de París, automóviles, un palacio en la Castellana, un palco en el Real...

—Lástima que todo eso esté un poco lejos—dolíase Juanita, mientras sostenía la defensa de sus prominencias, bajo el asedio y los ataques táctiles de Herculano. De vez en cuando tenía que recordarle su papel con los ojos o con el pie; pero, en general, lo cumplía a la perfección.

—Juanita tiene mucho talento escénico, don Herculano; hay que ayudarla—alentaba yo, con intención equívoca.

—¿Lejos? ¿Lejos?—comenzó a enardecerse Herculano—. Antes de un año seré ministro. ¿Verdad Escudero?

—Es posible, si quiere Gacela.

—Querrá.

—No se fíe usted, don Herculano. Todos los políticos son igualmente falsos.

—No Gacela. No le conoce usted bien. Además, está obligado...

—Ese Gacela, ¿es también un periodista?—curioseó Conchita, no sé si por real ignorancia o dentro de su papel.

—No se fíe usted de las obligaciones de los políticos; no tienen palabra—contradije yo.

—No son palabras las que le obligan, sino hechos ineludibles—respondió Herculano. Luego, recogiendo velas—: Pero no debo hablar. Hay cosas que...

—Hace usted bien—asentí yo—. Lo primero en un hombre es la lealtad. Ya me imagino que entre usted y Gacela hay algo. Lo advierto desde hace días. Pero nada quiero saber. Si no me lo dice espontáneamente, por algo será. No me gusta ser indiscreto. Pero permítame usted, don Herculano—agregué con mi sonrisa más escéptica—, que le diga que los secretos de Gacela, como sus obras, serán el parto de los montes.

Vaciló un instante Cacodoro. Pugnaban en él la reserva y la vanidad. Me dirigí a Conchita:

—Acaso yo podría procurarte un estanco para tu madre. Le hablaré a Simplicio Gener...

—Se equivoca usted, Escudero—no pudo callarse Herculano—. Gacela es un hombre serio. Si usted conociera su plan...

—Le he conocido varios planes, y el último me imagino que será una reedición de los anteriores. Los políticos españoles son como asnos moviendo una noria seca; los cangilones, eternamente vacíos, son sus programas, sus planes y sus ideas.

—Diga usted que no quiero, que no debo hablar, Escudero...

—No le obligo, don Herculano. Sobre todo, la lealtad.

Me levanté con el pretexto de enseñar a las muchachas el estudio. Estábamos en el café.

—¡Si esta es la Montes!—exclamó Juanita al volver a la luz el caballete.

Salí al cuarto contiguo, donde trabajaban los camareros que nos habían servido, diles una propina y les autoricé a retirarse tan pronto como quisieran;

así lo hicieron en pocos minutos. Volví al comedor, y llené de armañac la copa de Herculano; era la tercera que bebía. Las muchachas revolvían por los rincones. Encendí un cigarro lentamente y, envueltas en una bocanada de humo, le lancé estas palabras mordientes de escepticismo:

—¿Y cuándo tirará *El Orden* el millón de ejemplares?

—¿También lo duda usted?—Había en su acento un principio de cólera.

—Ese plan me parece digno de emparejarse con el de Gacela—seguí provocándole.

—Óigame, Escudero.—Aproximó su silla al diván donde yo me había tendido—. Si estuviéramos solos...

—Como si lo estuviéramos. Esas nada oyen, y aunque oigan, nada entienden. ¿No les ha oído usted preguntar si Gacela es un periodista? Pero yo no quiero, don Herculano, que diga nada que no deba decir. Me dolería que tuviera secretos para mí, que he sido su amigo y colaborador desde el principio; pero comprendo que a veces hay necesidades de reserva...

—No yo, no yo, Escudero—excusóse—. Aunque no siempre estemos de acuerdo, yo le quiero a usted, reconozco sus méritos, le confiaría todos mis negocios. Es Gacela el reservón. No con usted solo, no piense eso. Con todo el mundo. Hasta con el mismo Negrete, su hombre de confianza. En el secreto sólo estamos Gacela, Schwarzthaler y yo.

—¿Schwarzthaler? Ese judío alemán me parece que viene a llevarse nuestros cuartos españoles, no

a traer los suyos, aunque otra cosa diga Gacela. ¿Cree usted sinceramente que un país hundido por la derrota está en condiciones de exportar capital?

—No da usted una en el clavo, Escudero. Precisamente, Schwarzthaler ha venido a España a preparar el desquite.

—No entiendo.

—Óigame, Escudero. Para que vea que me inspira absoluta confianza—por algo somos desde el principio compañeros de alegrías y tristezas; además, el marido de mi hija, de mi Hipólita, de mi predilecta...

Servíle otra copa de armañac. El alcohol iniciaba en su estómago uno de esos raros procesos químicos que acaban en explosiones de ternura. Una leve humedad empañaba sus ojos.

—¿Todo eso lo has pintado tú?—vino a preguntarme Conchita.

—Ahora silencio, niñas, que don Herculano nos va a contar alguna de sus más divertidas historias —dije, haciendo alternativamente un guiño a las muchachas y a Cacodoro.

—Nuestro plan es napoleónico, Escudero—prosiguió Herculano, olvidándose de las restauradas doncellas o seguro de su discreción por razones de incomprensiva estupidez, que era, en general, el juicio que le merecían las mujeres—. Digo nuestro plan, porque el mío se ha entrelazado con el de Gacela y el de Schwarzthaler, y ya sólo forman una unidad perfecta y gigantesca. Schwarzthaler aportará a nuestra empresa la maquinaria necesaria para las cuatro imprentas que hemos de instalar; ya se han

dado los primeros pasos. Schwarzthaler no es un hombre de negocios, como nos dijo Gacela el primer día de conocerle, sino un agente del partido de los patriotas alemanes. Tienen mucho dinero, como es forzoso que lo tengan si quieren sacar adelante sus proyectos. Preparan la revancha. Pero antes necesitan asegurarse la neutralidad de varios países y la alianza con otros, el nuestro entre ellos. Para ello buscan amigos en la política y en la Prensa, productores y encauzadores de opinión pública. Gacela será el hombre destinado a concertar la alianza; *El Orden*, el periódico que ha de levantar y moldear la opinión del país. Gacela siente simpatía por los alemanes, inventores, técnicos, devotos del orden y la autoridad. Yo pienso como Gacela. En cambio, Francia ha sido nuestra enemiga de siempre; nos desprecia; cultiva nuestra leyenda negra; hace el vacío a todo lo que hay de grande en España; cierra sus puertas a nuestro comercio; nos quiere arrojar de África. Eso dice Gacela en sus entrevistas con Schwarzthaler y conmigo. Eso pensamos Schwarzthaler y yo. La alianza será pronto un hecho. Todo está perfectamente concebido, Escudero. En otoño habrá crisis de gobierno; es cosa convenida. Tomará la presidencia del Consejo don Leoncio Juderías; Gacela, Gobernación. En febrero o marzo, elecciones. Gacela volverá con cien diputados suyos; yo entre ellos, y usted si lo quiere, Escudero.

—Muchas gracias, don Herculano; pero ya sabe usted que tengo escasa vocación parlamentaria —dije porque se oyera mi voz para que él alentara de su perorata.

—Cien diputados gacelistas—prosiguió Cacodoro, pronunciando esa cifra con el orgullo con que un caudillo cuenta sus legiones—. Durante los primeros meses del verano ocurrirá un levantamiento en Marruecos.

—¿Ocurrirá?—pregunté con sorpresa—. ¿Lo saben ya de antemano?

—El dinero es poderoso, amigo Escudero, y Schwarzthaler y los suyos, ya se lo he dicho, lo tienen en abundancia. Un millón de pesetas son mucho en el Rif: pueden proporcionar armamento y gana de pelea a algunas cabilas. No a muchas, no se alarme usted; no nos conviene que el levantamiento tenga mucha fuerza; más que otra cosa será un simulacro, que dominaremos con facilidad. Entonces comenzará la campaña de *El Orden*. ¿Quién ha suministrado dinero y armas a los rebeldes? ¿Quién tiene interés en que España sea barrida de Marruecos? Sólo puede ser un país que no nos ha querido nunca, que nos ha tenido envidia siempre, que nos quisiera ver mordiendo el polvo en toda ocasión: Francia. Excuso decirle, Escudero, que esta campaña de *El Orden*, con el millón de lectores que tendrá entonces, despertará el patriotismo en nuestro país y la cólera en el vecino. Cualquier incidente, un atentado contra un francés, un insulto a la bandera francesa—el 14 de julio sería una ocasión excelente—, puede ser como una chispa en un polvorín. Cualquier reclamación de Francia la rechazaría desdeñosamente nuestro Gobierno por voluntad de Gacela, y si Juderías, afrancesado, como es sabido, se opusiera a una actitud enérgica, Gacela provocaría

una crisis, y él se las compondría, como jefe de la mayor minoría parlamentaria, para presidir el nuevo Gobierno, un Gobierno de fuerza, una verdadera dictadura, cuya misión sería tener a raya a Francia, por la violencia si no hubiera otro remedio.

—Querido don Herculano—interrumpí—, se le ha subido el armañac a la cabeza.

—Querido Escudero—continuó—, lo que le digo es una verdad como un templo. Nuestro deseo es que Francia se engalle para que, rotas las relaciones, podamos atacarla por los Pirineos; al mismo tiempo Alemania la atacará por el Este. Inglaterra permanecerá neutral a cambio de que respetemos Gibraltar—una de las columnas de Hércules, como usted dice—y sea compensada en Marruecos. Pero ya veremos. Gibraltar es una espina difícil de sufrir, y Marruecos debe ser íntegro para España. También necesitamos anexionarnos Portugal, que es una caricatura de nación y pertenece a la España Mayor, como dice Gacela. Este es nuestro plan, amigo Escudero, esbozado en sus líneas generales; yo se lo confío a su exquisita discreción: ni siquiera necesito recomendársela.

—Don Herculano, puede usted confiar en mi reserva, pero no esperar que esté de acuerdo con tanta calenturienta locura.

—¿Y esa es la historia tan divertida que iba a contarnos?—comentó desengañada Conchita—. Díganos algo que tenga más gracia.

—Sí, hijas mías—replicó Cacodoro atrayendo a sus rodillas a Juanita. Y como en un paréntesis—: Crea usted, Escudero, que me he quitado un

peso de encima; me abrumaba que hubiera entre usted y yo este secreto.— Y volviéndose a las muchachas—: Sí, hijas mías, yo seré el amo de España, porque siendo *El Orden* la base de la dictadura de Gacela, claro es que su poder depende de mí. Qué regalos he de haceros entonces. No, Escudero, no hable usted a Simplicio Gener; yo concederé el estanco, porque no sé si le he dicho que en los planes de Gacela entra hacerme ministro cuando él sea presidente. No soy ambicioso; pero me parece justo que se premien los méritos de cualquiera, único modo de estimular el talento y el esfuerzo. Eso se hace en América. Porque yo he vivido muchos años en América... ¡Qué vida, muchachas! He hecho de todo, lo he sido todo. Hasta contrabandista en el Estrecho de Gibraltar. A poco me detienen por estafa; pero me largué a tiempo a la libre América. No fué mía, no, la culpa, sino de una mala cabeza que andaba en mi compañía. Pero el agua y el tiempo lo borran todo. Todavía quedará algún rastro en los archivos de Cádiz; el desliz ocurrió en Algeciras. ¿Para qué he de contaros detalles? Un mal negocio de tabaco; eso es todo. Hace más de treinta años; en razón, ya ha tenido que haber prescrito, ¿no se dice así, Escudero? Nada importa que mi pasado tenga pies de barro, y, si queréis, de estiércol. ¿Qué aristocracia, incluso qué monarquía no tiene entre sus ascendientes algún bandido, algún pirata o algún asesino? Cuando se es fuerte y se triunfa, como yo —como Napoleón, diría Gacela—, todo se perdona y justifica.

Durante el desvarío de Cacodoro, que lo alterna-

ba bebiendo incesantemente armañac con una mano y explorando las turgencias de Juanita con la otra, reflexionaba yo: «¿Hasta qué punto es este hombre un imbécil? ¿Hasta qué punto una fuerza pósitiva? Tiene un talento especial; si no, ¿cómo hubiera podido establecer tales relaciones de intimidad y responsabilidad con Gacela y Schwarzthaler? ¿O es que le toman como ciego instrumento? ¿O es que son tan imbéciles como él? Sus planes son propios de alucinados, de enfermos mentales, de imposible realización; pero si fueran realizables, ¿qué pensar de una organización humana donde Gacela puede ser dictador político y Cacodoro dictador periodístico? ¿Se había vuelto loco el mundo? ¿Era todo un sueño?»

De pronto sonó el timbre del estudio. Miré el reloj; era la una. Fuí a abrir con gran regocijo íntimo. En efecto, era Hipólita. Venía de excelente humor; lo conocí en sus ojos, donde la alegría era serena, grave y amplia como la de un buen día de otoño.

—¿No defraudarás las esperanzas a que tengo justo derecho, las esperanzas de que me abrumes con una trágica escena de celos, como corresponde a toda esposa que en algo se estime?—le pregunté a tiempo que la llevaba dulcemente cogida del brazo a la habitación donde habíamos comido. Don Herculano despidió de sus rodillas con violencia a Juanita y se puso en pie, demudado, trasunto del terror el rostro. Las muchachas, fulminadas por el pánico, se escondieron tras los caballetes. Yo adopté un aire delictivo, los ojos bajos, la cabeza hundida, como era propio de un marido a quien se sorprende en culpa flagrante. Hipólita, yo lo observaba, hacía

denonados y cómicos esfuerzos por ponerse la máscara y el coturno trágicos. Evidentemente, la escena, gobernada por una musa cómica, la henchía de estético deleite.

—Muy bien—comenzó diciendo Hipólita—. El cuadro no puede ser más conmovedor. He aquí un espejo de padres olvidando que tiene esposa e hijos y acompañando a su yerno, al esposo de su hija, en una aventura de libertinaje. ¿Hase visto nunca semejante concordia familiar, una tal armonía entre suegro y yerno? ¡Deliciosa relación doméstica! Y no hay que preguntar de quién ha sido la iniciativa de este inocente cónclave. Sin duda el buen papá político se proponía inutilizar al yerno como juez de sus crapulosos extravíos. ¿Y qué mejor que complicarle también, que hacerle partícipe en sus aventuras?

—Te juro, Hipólita, que yo...

Don Herculano hurgaba en su turpidez mental buscando una justificación. Hipólita, cuyo rostro se transfiguraba conforme iba creando su papel, prosiguió con voz cálida y cautivante (¡cómo me fascinaba oírla!):

—¡Ah! ¿No es mi padre el culpable? ¿Proclama su inocencia el infeliz? Había de habérmelo imaginado. Un hombre que en su vida ha tenido el menor resbalón, un modelo de esposos, un ejemplo de padres. ¿De modo que el único responsable es aquí mi señor marido, mi don mosquita muerta, tan tímido, tan recatado que apenas se atreve a tocar la ropa a su esposa? ¡Fíense ustedes de las apariencias y de los hombres que jamás han roto un plato! Pero lo comprendo todo: el prudente esposo querría tal vez

ganarse la benevolencia de su papá político introduciéndole como cómplice a sus empresas amatorias, a la vez que le pagaba así la distinción de haber sido asociado a las empresas periodísticas de su suegro.

—Precisamente hemos venido aquí para hablar de negocios—simulé el tono más falso y contrito.

—Es verdad—continuó Hipólita, mordiéndose de vez en cuando los labios para no romper a reír—. Es verdad, los negocios. ¿Cómo no lo pensé antes? ¿Y estas señoritas—trayéndolas al centro de la luz—serán taquígrafas? ¿Acaso mecanógrafas? ¿Se puede saber dónde están las máquinas de escribir para que anote la marca que honran tan delicadas manos?

—Señora, nosotras no tenemos la culpa de que se nos haya invitado; no sabíamos nada — balbuceó Juanita, con el terror todavía pintado en el rostro.

—¡Ah, las señoritas han sido invitadas, pero no sabían nada! Basta ver la inocencia de los ojos, el candor de sus personas.

—Te aseguro—osó Herculano—que son dos chicas decentes, dos amigas platónicas. ¿No se dice así, Escudero?

—Dos amigas platónicas, dos chicas decentes—repitió Hipólita con un comienzo de sincera ira—. Es decir, dos víctimas próximas de tus bestiales, de vuestros bestiales apetitos. Dos nuevos instrumentos recién salidos de fábrica, sin estrenar. Dos palomas en las garras de los gavilanes...

—Señora, tanto como eso...—interrumpió Conchita, a quien empezaba a mortificar el papel de ingenua—. En fin de cuentas, cada uno es lo que le conviene ser.

—Lo que le conviene ser, sin perjuicio de tercero—concluyó Hipólita. Miréla con severidad para darle a entender que no estropeara la hilaza que yo había urdido y que era mejor precipitar el fin de la escena. Prosiguió—: Decentes o no decentes, ¿a ustedes no les han arrancado el moño nunca? ¿Creen que una esposa legítima puede verlas y oírlas con paciencia después de sorprenderlas con su padre y su marido? ¡Fuera de aquí, malas pécoras, o no respondo de mi prudencia! ¡Ábreles la puerta, tú, mal marido (dirigiéndose a mí), antes de que os arroje a todos por la ventana!

La voz, la expresión iracunda del rostro y los grandes ademanes, daban a Hipólita un aspecto de furia que aterró a las muchachas. Refrenando la risa, me apresuré a abrirles la puerta de la escalera, y al despedirlas deslicéles en las manos unas monedas de papel. Vuelto al estudio, oí que decía don Herculano:

—Creo que no es caballeroso dejarlas irse solas...

Hipólita andaba al fondo moviendo lienzos, sin duda para ocultar la relajación humorística de su rostro.

—No se perderán; conocen bien las calles de Madrid, y al paso que llevaban al bajar, en dos minutos estarán en sus casas—repliqué yo.

—Sin embargo...—insistió Herculano, cuyos cálculos se adaptaban con dificultad a la pérdida de la dulce presa que él veía en las muchachas.

—Después de vuestra indecorosa conducta, yo creo también que se la agrava dejándolas irse solas a estas horas de la noche—opinó Hipólita desde el rincón donde fingía revolver cuadros.

—Sí, iré yo—apresuróse a ofrecerse Herculano, cogiendo el sombrero y despidiéndose precipitadamente. Cuando cerró tras sí la puerta de la escalera, Hipólita vino a mí riéndose descompasadamente.

—No podía más—dijo dejándose caer en un diván—. Por eso le he tendido un puente. Aparte de que a las mozas no hay ya galgo que las alcance, si su agilidad es tan grande como su pánico.

Reíme yo también de la comedia, y felicité a Hipólita por su talento histriónico. Tendida en el diván, convulso todo el cuerpo por la risa, nunca me pareció tan fascinante. Caí de rodillas a su lado, y abrazando sus piernas, quise proseguir la escena.

—Ahora, esposa mía, mi amor, necesito que me perdones, que indultes a tu esposo, arrepentido ya de su locura, con un abrazo de generosidad y un beso de olvido.

Levantóse Hipólita defendiéndose de mis apasionadas solicitudes, sinceramente dramáticas dentro del tono cómico, y sin dureza, como dolida de su propia actitud, pero con suave energía, me dijo:

—No, Escudero, por ahora no.—Y aligerando el acento—: Ha caído el telón. Ha terminado la comedia.

XX

LA TRAGICOMEDIA DEL AMOR

Hipólita y yo volvíamos juntos a casa, en silencio. La escena del estudio y los zumos de Francia habían enturbiado mi noción de la línea divisoria entre lo real y lo fantástico. ¿Qué había de cierto en los planes de Gacela y Cacodoro? ¿Serían tan ilusorios como la improvisada doncellez de las vulpejillas que me habían servido para sonsacarlos? ¿Qué había de cierto en mis relaciones con Hipólita? ¿Eran un matrimonio serio, o una comedia sin amenidad? ¿La quería yo algo? ¿Quería ella a alguien? ¿Podía querer a alguien ella? ¿Dónde terminaba la verdad? ¿Dónde empezaba la quimera? ¿Era yo un hombre cuerdo? ¿Tal vez un vesánico pacífico? Desde luego, bien veía, a través de las nieblas de mi conciencia, que de mi vida estaba haciendo un enredijo cómico. Había en mí una voz sesuda que me aconsejaba orientaciones y empresas de extrema sensatez; voz, sin duda, de mis solícitos penates, atenta a mi mejor bien. Pero luego venían no sé qué malévolos geniecillos a torcer mis obras y a imprimir un sesgo có-

mico en aquello que yo había iniciado con religiosa gravedad. No es posible negar la existencia de estos minúsculos espíritus, a veces malignos, otras nada más que burlones, que a lo mejor avinagran el vino de una cuba, enferman una vaca, nos acatarran un día de grandes compromisos y hacen que una mañana sólo encontremos a nuestro paso por la calle lisiados, hombres deformes y mujeres monstruosas. En mi caso, la perversidad de estos invisibles homúnculos se reducía a quitarme el alto coturno que yo me calzaba para representar mi propio drama, y a sustituirlo con un jocoso zueco. ¿Qué era don Herculano sino una creación cómica? ¿Qué era *El Orden* sino un sainete con escaso ingenio? Y sin embargo... Si las revelaciones de Cacodoro no fuesen fantasía... ¿Y qué era Hipólita sino una histérica, doblemente codiciada por su rara belleza y por su difusa demencia? ¿Y qué era yo frente a ella sino un hombre en ridículo, vesánicamente correcto, puesto que respetaba a la que acaso enloquecía porque me mostrara yo irrespetuoso? Esos alardes de castidad en Hipólita, ¿no serían una añagaza femenina para irritar más mis instintos de varón y provocarme a algún acto de violencia? En el fondo de esta mujer aparentemente civilizada, ¿no soñaba una virgen salvaje, nostálgica de la costumbre primitiva del rapto y la violación? ¿No era risible mi actitud de hombre marmóreo y respetuoso con la simulada anafrodisia de Hipólita? Sentí un arrebato de cólera, y sin darme clara cuenta de lo que hacía—como si hubiera querido inconscientemente sacudirme el zueco cómico—, dí un fuerte golpe con el pie en el suelo.

—¿Estás ofendido?—me preguntó Hipólita.

—No; iba pensando...

Habíamos llegado a casa. Una vez arriba, en el salón donde de tarde en tarde solíamos conversar o tocar la pianola, me sentí hombre primitivo, mediante un enérgico esfuerzo de la razón y la complicidad del instinto, y pensando: «De hoy no paso», me abalancé sobre Hipólita y comencé a besarla con frenesí selvático, como correspondía al papel que había asumido.

—¿Qué haces, Modesto? ¿Estás loco o borracho? —profirió con sorpresa mezclada de miedo, mientras se defendía poderosamente de mi ataque.

Alguno de mis geniecillos enemigos, tal vez aficionado a la dialéctica o ciencia del raciocinio, me hizo detenerme un instante a considerar la distinción entre los conceptos de borracho y loco. ¿Cuál me era aplicable? Más bien el de estúpido, opiné, con ánimo de castigarme, al advertir la incongruencia entre mi ofensiva inicial y mi absurda tregua inmediata. Pero sólo debieron ser unos segundos de pausa, y en seguida renové mi asalto, con redoblado vigor, hasta que Hipólita estuvo arrojada en un diván y yo forcejeando por rendirla en absoluto. De pronto noté que rompía a llorar amarguísimamente, y con acento impregnado del más íntimo y contagioso dolor, me dijo:

—¡Nunca creí que pudieras ser tan innoble y cobarde!

¡Qué extrañas asociaciones tiene la mente! Al oír esas palabras de Hipólita recordé relatos de ciervos que, al ser heridos y prisioneros, miran con ojos hú-

medos en llanto. Esa representación, que me había colmado de tristeza cuando la escuché por primera vez, acudió a mi conciencia al oír la voz de Hipólita—dulce como un balido de muerte, no obstante la dureza de los conceptos— y al ver sus ojos bañados en lágrimas salidas de lo más profundo de su ser. Abandoné mi presa y mi agresión, como paralizado por una corriente eléctrica, y me puse en pie meditabundo. ¿Yo innoble, yo cobarde? Antes renunciar a todos los bienes del Universo que no desmentir esa injusta acusación.

—Sí, Hipólita, debo de estar borracho. Perdóname—exclamé, arrojándome de rodillas a sus plantas. Luego me levanté, me cogí desesperado la cabeza y, rompiendo en sollozos, fuí a sumergirme en una butaca al otro extremo del salón. Movióse a piedad Hipólita y, viniendo a mí, me acarició la cabeza y me dijo:

—No puedo, Modesto, no puedo. Me he prometido que mientras viva mi padre... No puedo, no puedo... Mientras viva él no podré olvidar la ignominia de ser mujer. Ya ves, tú mismo... Todos, todos sois brutales.

—Perdóname, Hipólita—repetí, besando sus manos.

De pronto mis espíritus burlones me sugirieron otra serie de ideas. Realmente había estado desmedido [illegible]bre Hipólita. Después de todo, sólo me [illegible]n pique de amor propio, un impulso [illegible] interés carnal. Pero, francamente, también estos sollozos y estas lágrimas me parecían demasiado teatrales para mi temperamento;

era llevar mi papel demasiado lejos. ¿Qué diría Hipólita de mi carácter? Era necesario destruir el mal efecto. Me levanté, apartándola con indiferencia, y le dije venenosamente:

—¿Tu padre, Hipólita? ¿No será más bien la Montes?

Me miró desconcertada, y echándose a llorar de nuevo, salió precipitadamente del salón. Qué fatalidad; no acertaba una sola vez. Seguíla corriendo hasta su cuarto, que ella cerró rápidamente por dentro con llave, y en vano la llamé con excusas y ternezas. Me retiré al mío y dormí profundamente, sin interrupción, diez horas. Una especie de niebla flotaba sobre todos los sucesos de la noche última al despertarme. Me levanté a la una, y por no encontrarme con Hipólita, fuí a comer a un restaurante. La bruma fuése disipando poco a poco. Mi situación era insostenible. Mi matrimonio había sido una ligereza intolerable por más tiempo. O Hipólita cumplía con sus elementales deberes de mujer para conmigo, o el divorcio, moral y legalmente justificado en este caso. Pero el divorcio, en tales circunstancias, teniendo que hacer público el motivo, me llenaría de escarnio. ¡Cómo se reirían mis enemigos, todo el mundo! Si por lo menos hubiera alguna esperanza... ¿Matar a Herculano para librar a Hipólita del hechizo o voto de castidad hecho, al parecer, mientras viviese su padre? ¡Melodrama ridículo! Lo mejor sería hablar con la Montes, sondarla, averiguar si mis intermitentes sospechas tenían algún fundamento. Después de almorzar me encaminé a casa de la Montes. Me recibió en una habitación pequeña, enervan-

te con sus perfumes y sus colores, con una puerta en cada pared. «Prudente fortaleza», pensé en voz baja.

—¿Usted por aquí, Escudero? Es un milagro. ¿Le pasa algo a Herculano, a Hipólita?

—Nada, nada, Margarita; gozan de buena salud —dije, mientras preparaba mi plan de ataque. ¿Pero qué podía sugerir a la Montes? Ahora me percataba de lo absurdo de mi visita. Cualquiera indicación que revelase mi estado de ánimo me expondría a la befa de esta cortesana de moda y pronto correría por todo Madrid el insólito lance. ¡Modesto Escudero, celoso de una mujer! Hablé al azar:

—¿Le parece extraño que venga a su casa sin otro motivo que verla y admirarla?

—Y tan extraño, Escudero. No soy mujer de su tipo, lo sé. Además, con lo enamorado que está usted de Hipólita...

—Pero usted sabe, Margarita, que un hombre tiene siempre dos corazones: uno para el sagrario del hogar y otro para menesteres más profanos.

—Líbrese usted de dividir el corazón. No se lo consentiría Hipólita, que está tan enamorada de usted como usted de ella. ¡Ah, si yo hubiese podido casarme así!

—Las mujeres, Margarita, usted lo sabe mejor que yo, exageran o fingen.

—No Hipólita, Escudero. No hay día que no me diga que es usted el mejor de los hombres, un modelo de finura, de respeto a la mujer. Un amigo ideal, es su frase. Cuando sepa que ha estado usted en mi casa, va a sentirse celosa.

—¿De quién?—pregunté con simulada indiferencia.

—Es verdad—replicó Margarita sin advertir el equívoco—. Está demasiado segura de usted para sentirse celosa de nadie, y yo soy menos que nadie.

—Le sienta a usted mal la modestia, Margarita, aun cuando sea falsa. De todos modos, no le diga nada a Hipólita—. Hice una pausa, y después—: ¿Va adelantado el retrato?

—¿No lo ha visto usted? Se lo prohibo enérgicamente. Estoy demasiado escandalosa tan desnuda. Menos mal que me ha prometido desfigurarme algo la cara, para que no me reconozcan; afearme, dice ella riéndose. Dice que soy un poco cromo y que esto no le gusta. Pero el cuerpo me resulta demasiado liso. ¡Si parezco un muchacho! Ella dice que no me pinta a mí, sino que yo soy un pretexto para pintar un ideal de belleza, algo que no es mujer ni hombre, un andrógino, o qué sé yo cómo dice. Pero tiene gracia que encima de estarme quejando siempre de tener tan pocas carnes—¿verdad que la cerveza negra es buena para engordar?—me las quiten en pintura.

Un timbre cortó el discurso de Margarita. Se levantó sobresaltada. Indagó:

—¿Quién será? No puede ser Margarita. Me dijo que hoy no vendría.

—¿Herculano?—sugerí yo, levantándome.

—Suele venir más tarde. Además, tiene llavín de la puerta; me lo exigió como prueba de confianza. A no ser que se le haya olvidado... Vaya un momento

a este cuarto—añadió, empujándome a uno de los laterales y cerrando la puerta.

Apliqué el oído al intersticio que mediaba entre la puerta y la jamba para escuchar mejor, y poco después llegaban a mí los saludos de Margarita y otra mujer. Reconocí su voz; era Hipólita. Me latió el corazón violentamente.

—¿Vengo a deshora?—preguntaba Hipólita—. Perdóname, Margarita; pero no he podido resistir la tentación de visitarte, aun cuando te había dicho lo contrario. Hoy es para mí uno de los días más negros de mi vida.

—¿Algún disgusto, Hipólita?

—No, nada; una tristeza genérica, quiero decir sin motivo concreto. ¡Cómo me gustaría vivir lejos, en el pico de una montaña, en una isla desierta, lejos del mundo y de los hombres.

—¿Sola, completamente sola, ni siquiera con una buena amiga?

—Ya sabes que te quiero como a una hermana, Margarita. Me gustaría, es verdad, llevarte conmigo, librarte de los hombres, de sus brutalidades...

—Hay excepciones, Hipólita.—Silencio de Hipólita—. ¿Has reñido con Modesto?

—No seas niña, Margarita. Mi tristeza es más profunda, una tristeza cósmica. Modesto es un amigo ideal; pero el alcohol despierta en todos ellos la bestia que, aun los mejores, llevan dentro. ¿No te da a ti asco un hombre embriagado?

Hubo una pausa.

—Bah, una se acostumbra. Cuando se tropieza con

un borracho, lo mejor es emborracharse también. Así no se da una cuenta.

—Es una especie de vacuna... ¡Cuánto me duele que seas así, Margarita! ¿Por qué no te vienes conmigo, lejos, a emanciparnos en la soledad de esta odiosa tiranía de nuestra condición de mujeres?

—Estás loca, Hipólita. ¡Con lo agradable que es la vida, la sociedad, los hombres, el baile, las aventuras!

Otra vez sonó el timbre.

—¡Dichoso timbre! —oí la voz de Margarita—. ¿Quién será?

—¿Mi padre?...

—No, creo que no—oí a Margarita, confuso el acento—. Pero entra aquí, en este cuarto, un instante...

Oí abrir y cerrar una puerta frontera de la mía. Un momento después llegaron a mí voces de altercado en el pasillo; luego, en la habitación de la escena anterior.

—Si no hay nadie, ¿por qué no quieres que entre? —dijo una voz de hombre mozo. La reconocí también; era de Inocencio, el hijo de Cacodoro. «¿Inocencio aquí, en casa de Margarita Montes?», reflexioné. Era el nuevo visitante un joven de escaso aprovechamiento para ninguna ocupación u oficio. No le había sido posible concluir el bachillerato, a pesar de las recomendaciones y sobornos de que habíamos hecho uso Cacodoro y yo con los examinadores. Cacodoro había soñado para su hijo con un título de abogacía. Lo desconsolaba tan rotundo fracaso.

—¡Que un hijo mío no tenga más luces!—solía dolerse con amargura.

—Qué importa—le animaba yo—. En vista de que no tiene humor para nada el mozo, dentro de poco le haremos diputado.—Y ese era el camino. Gacela había dado ya su promesa.

Penetró hasta mí la voz de Margarita:

—Vete, vete, Inocencio. No seas pesado. Hoy no tengo ganas de visitas. Me duele la cabeza. Márchate...

—Hazte cuenta que soy de aspirina. Tómame, Margarita. Verás cómo se te pasa...

—¡Grosero; no me toques, quita de ahí!... ¿Dónde está la criada? ¡María! ¡Llamaré a un guardia! Habráse visto sinvergüenza...

—Nada de gritos o te estrangulo, so golfa. A mí no me la das tú. Estarás esperando a tu chulo, ¿no?

—¡Aquí no hay más chulo que tú, estúpido!

—Bueno, no ofende el que quiere... Se lo diré a mi padre, que le engañas. ¿Crees que no estoy enterado de tus relaciones con ese periodistilla de *El Independiente?* Además, un enemigo nuestro.

—Dile lo que quieras. Ya estoy harta de todos vosotros. ¡Qué gente!—Pausa. Luego—: Anda, vete a alcahuetear, que yo también le diré quién eres tú: un sirvergüenza que no respeta a su padre y que viene aquí a sacar con amenazas las migajas que él deja...

—Y que tú me las regalas muy a gusto, ¿se lo dirás, preciosa? Que me las has regalado siempre, menos hoy, que te ha picado no sé qué mosca...

—Sí, se lo diré para que te mate y a él le lleven a la cárcel, a ver si me dejáis tranquila.

—¿Matarme a mí mi padre? ¿No sabes que uso pistola? Mírala qué bonita...

—¡Socorro!

Había cogido ya el pestillo, iba a abrir la puerta, cuando me paralizó el estupor de oír una voz nueva e inesperada: la de Herculano.

—¿Qué pasa?—dijo—. ¿Inocencio aquí, con una pistola? ¿Qué es esto? Explícate, Margarita. ¿Estoy soñando? ¿Mi propio hijo?... Se me nubla la razón. Dame acá esa pistola. Dámela. He de matarte como un perro inútil y sarnoso. ¡Habráse visto desvergüenza mayor!

—¡Perdón, padre! ¡No volveré a hacerlo!

Oí que se abría la puerta frontera.

—¡Hipólita!—exclamó Herculano—. ¿Tú aquí?

—Dame la pistola—dijo Hipólita—. ¡Dámela a mí!

Oí ruido de forcejeo. ¿Qué hacer? Temí que mi entrada agravase la situación, que Herculano se exacerbase aún más con mi presencia. ¿Cómo justificársela? ¿Cómo explicársela a Hipólita? Abrí otra puerta del cuarto donde estaba, salí al pasillo, y sigilosamente me encaminé a la puerta de la escalera. La abrí en silencio y toqué largamente el timbre. Volví a cerrarla por dentro y avancé con fuerte paso por el pasillo, en dirección al cuarto donde estaban todos. Salió Margarita, y haciéndole un gesto de inteligencia, la saludé a tiempo que entrábamos en la habitación, donde me recibieron, en pie y con indescriptible asombro en las miradas, todos los presentes:

—¿Cómo está usted, Margarita? ¡Pero, qué veo!

¡La familia Cacodoro! ¿Celebran acaso consejo? ¿Y sin mí? Desde luego, el lugar no puede ser más envidiable. Perdónenme si estorbo. Me he permitido la libertad de entrar en la casa sin esperar a que me abrieran. He abierto yo mismo con este llavín que había en la cerradura. ¡Mucho ojo, Margarita, con tales descuidos! La ciudad está llena de ladrones acechantes. Tome el llavín. Le compraré a usted una cadena muy larga y un cascabel en una punta para que al abrir la puerta no se olvide otra vez de recoger esta preciosa prenda. ¿Qué sería del arte nacional, qué de todos nosotros si entrasen unos ladrones y robasen a la dueña? Pero a lo que venía. La Asociación de la Prensa, de la que soy humilde partícula, está organizando una función de beneficio: un estreno, bailes, canto; un programa colosal. ¿Cómo no contar con Margarita Montes, la emperatriz de nuestras tablas? Nuestra función sería, sin Margarita, como un entierro sin cadáver, y si la imagen parece demasiado macabra, y sin duda lo es, añadiré que como una primavera sin flores; esto me ha salido mejor. Inútil que se niegue usted, Margarita. Es imposible toda retirada. Están ya hechos los anuncios para los periódicos. ¿Verdad, don Herculano; verdad, Hipólita, que no es lícita una negativa?

Todavía hablé varios minutos, sin cesar, hasta que, por la expresión de los rostros, estuve seguro de que la tormenta amainaba. La pistola había desaparecido. Inocencio también, mientras yo peroraba; lo advertí, pero me pareció prudente dejarle irse en silencio. Todos habían tomado asiento, en vista

de la longitud de mi discurso. Sin duda esperaban que terminase y me marchase para acabar de dirimir la escena anterior. Yo me extendí aún luengamente en la descripción de lo que sería la fiesta de la Prensa, cuyo recuerdo acudió a mi memoria como tabla de salvamento; Margarita estaba ya hablada de antemano, y pronto comprendió y agradeció con los ojos la argucia. Herculano comenzó a impacientarse ante mi inacabable e inusitada oratoria. Se le adivinaba el deseo de quedarse para interrogar a Margarita; pero también el temor de otra escena con Hipólita. Cuando Inocencio se deslizó al pasillo como una sabandija, sorprendí en Herculano un movimiento como para detenerle; pero sin duda le contuvo el temor de que yo me enterara del escándalo y acaso interviniera en él, quién sabía de qué forma. Habiéndose ido Inocencio, yo poseído de incontinencia verbal e Hipólita acechando el momento del ataque, creyó Herculano prudente retirarse sin más dilaciones. Así lo hizo con un pretexto cualquiera. Poco después logré también llevarme a Hipólita. En un aparte pude decirle a Margarita:

—¡Cuidado con hacer jugar al escondite a los visitantes, y, sobre todo, cuidado con ser pródiga en llavines! No se lo vuelva a dar a Herculano ni abra más la puerta al hijo.

Ya en la calle, le dije a Hipólita:

—Anoche estaba ebrio y perdí la línea entre la razón y el absurdo. Hoy que estoy sobrio tampoco veo esa línea, Hipólita. ¿Dónde acaba la verdad, dónde empieza la comedia, dónde la tragedia, dónde el desatino? ¿Es el mundo un manicomio suelto y es-

tán en clausura sólo los locos que no saben disimular?

Miróme Hipólita sin atreverse a preguntarme, y cogiéndome del brazo — me lo apretó levemente; sentí a su contacto el flúido de una emoción—, seguimos en silencio.

XXI

LOS CAMINOS FRAUDULENTOS DEL MAL

Semejante al dolor del padre que ha concebido un hijo ideal, con este carácter y con aquellas inclinaciones intelectuales, y luego el hijo desenvuelve una personalidad opuesta a la deseada, era el que yo sentía viendo el extraño desarrollo de *El Orden.* El conflicto entre lo soñado y lo realizado me colmaba de amargura y me distanciaba moralmente del periódico. Al idearlo, yo no había formado un plan concreto y bien definido sobre lo que había de ser; pero en mí existía un impulso biológico al bien, a la verdad, a la justicia, que se había frustrado en el choque con otras voluntades. Cierto que el origen era turbio y picaresco; ¿pero qué empresa grande y costosa ha brotado nunca de un manantial limpio? Las obras de los hombres han de juzgarse por sus fines, no por el principio, casi siempre cenagoso; toda creación tiene una raíz de impureza. La vida es inicialmente una fangosa alquimia, que se depura y resuelve en los diversos oros del espíritu tras un proceso largo y laborioso; pero muchas veces el en-

sayo falla, y a su término los componentes de la experiencia quedan más revueltos y corruptos que al comienzo.

Sin duda, la vida en sociedad es una transacción entre lo espontáneo y primario de nuestro ser y lo espontáneo y primario de los demás. Somos admitidos a la comunidad humana a cambio de prescindir parcialmente de nuestra personalidad. Somos fragmentos individuales, partes de nuestro yo, de un yo originario e inexistente, y partes de los yos ajenos. No me hacía ilusiones sobre esto. Pero mi concepto de la vida social era el de una lucha por imponer en el mayor grado posible nuestra personalidad al prójimo y por defenderla de imposiciones ajenas; una lucha con sus triunfos y sus derrotas, sin dejar de ser uno mismo en ningún instante. Lo que escapaba a mi comprensión era la dualidad, el escindimiento del carácter, de modo que una personalidad determinada pueda manifestarse al exterior con fisonomía y en actos contrarios a su verdadera naturaleza. Suele llamarse a esto hipocresía; pero la designación de un misterio psicológico no basta para hacerlo inteligible. Este es el peor género de maldad.

Rigurosamente, la maldad no existe más que en el acto, no en el propósito. Ya Platón sondó esta hondura del alma humana. El mal es cortedad de inteligencia, ineptitud para prever o sentir sus efectos. Nadie cometería una mala acción si pudiera conocer sensiblemente los estragos que engendra en la víctima. Maldad es sinónimo de insensibilidad, de escasa inteligencia sensible. Y la bondad es egoísmo, es conciencia del dolor ajeno y deseo de evitarlo para

que de rechazo no nos hiera. A veces esta conciencia del dolor es en nosotros mucho más intensa que en los que lo sufren, como en el caso de ciertos seres humanos poco sensibles, o de los animales, y aun de las plantas. Una flor cortada de su tallo neutraliza en ocasiones, con la tristeza de una vida truncada que la transfundimos nosotros mismos, el deleite de aspirar su perfume y de contemplar el tesoro de sus colores. ¡Cuántas veces no hemos protegido un insecto contra la inminencia de una pisada distraída o insensible, o si hemos llegado tarde para evitar el daño, cómo nos ha traspasado de dolor el espectáculo de la bestezuela sin vida! Tienen que ser esos insectos provocadores, fastidiosos y dañinos, para despertar en nosotros el instinto exterminador de la defensa. Y todos hemos pasado alguna vez por la infinita amargura de tener que sacrificar un animalito doméstico cuyo crecimiento, mansedumbre y confianza en nosotros habían creado en nuestra alma dulces lazos de familiaridad y ternura. Yo conocí un hombre que, cuando era necesaria la muerte de un ave de su corral, se indignaba de que se le cogiera con engaño y dejábala en libertad para fingirse a sí mismo que la cazaba en lucha franca; era un patético artificio a que le obligaba la voz inquieta de su conciencia sensible. Yo mismo guardo, entre mis más dolorosos recuerdos de adolescencia, el de haber matado con el mango de un látigo una codorniz inocentemente guarecida bajo un arbusto. «Modesto Escudero—me dije entonces y muchas veces después—, ¿cómo has podido ser tan criminal, esto es, tan córneamente duro, tan poco sensible,

tan poco inteligente? Estáte en guardia, que quien es capaz de matar un ave lo es también, moralmente, de asesinar un hombre; su única barrera es el rigor de las leyes.»

Esta hiperestesia del dolor ajeno, forma hiperestésica de nuestro egoísmo, puede conducir a un pesimismo trágico al cerciorarse de cuán distantes están unos de otros los hombres en lo de comprender y sentir los sufrimientos del prójimo. Todo el progreso humano será inútil mientras el hombre sea tan estúpido que pueda producir en los demás dolor innecesario. Nacerán y morirán los imperios, vendrán tiranías y revoluciones; pero mientras las sociedades se asienten sobre el sufrimiento de las mayorías y las minorías carezcan de imaginación ética para sentirlo y, en consecuencia, para evitarlo, todo cambio social será estéril. Hay que transformar la naturaleza humana, dotándola de sensibilidad para el dolor. ¿Y es esto posible?

Para el mal que podría calificarse de ingenuo, puesto que ignora sus dolorosas resonancias, nuestras excusas son plenarias; es un mal irresponsable, que sólo merece, para tranquilizar nuestro instinto de conservación y para que las sociedades no perezcan, ser aislado con el exclusivo objeto de evitar que se repita, como medida de profilaxis, nunca como castigo. Su inocencia moral es absoluta. Pero hay un mal que, sin dejar de ser en esencia inconsciente y éticamente irresponsable, como todos los males, nos repugna por la forma en que gusta de consumarse. Es cuando se reviste del engaño y da origen a lo que se llama alevosía. El pro-

cedimiento alevoso, por lo mismo que en su comisión se presupone un principio de raciocinio y cálculo—la inteligencia sensible puede estar del todo ausente, como en los capitanes clásicos—, es decir, por lo mismo que denota por lo menos un estado potencial de conciencia del dolor del prójimo, nos parece más repelente que ningún otro. Hay en la alevosía un comienzo o aproximación a la sevicia, que no es ignorancia del dolor ajeno por limitaciones de la inteligencia ética, sino morboso placer consciente en producirlo o contemplarlo, aberración patológica, digna de la clínica, semejante a la del estómago que se recrease en la recepción de sus propios excrementos, algo contrario a su verdadera condición o naturaleza. La sevicia está en el polo opuesto del arrepentimiento, que es revelación gradual del daño inferido y dolor reflejo de haberlo engendrado.

Todas las sociedades humanas se fundan en una manera de alevosía, porque los que las rigen han ganado originariamente el poder de que gozan por virtud de un engaño o estímulo de ciertos sentimientos inferiores o falsamente engendrados. El clérigo logra su dominio fomentando en el hombre el terror del más allá o su egoísmo transcendente; el político promueve la esperanza de la abundancia y de la justicia, sin perjuicio de aherrojar y esquilmar luego a los que, seducidos por sus falaces promesas, le otorgaron el Poder público; el guerrero se hace el depositario de las armas, que es la fuerza común, en nombre de la seguridad de la patria, aunque luego la abandone o no tenga para defenderla ninguno de los medios que se le concedieron, consumidos en su

provecho privado; el rico primitivo atrajo con el señuelo de la cooperación y el reparto equitativo a los hombres que luego trabajaron para que él medrara, mientras ellos permanecían en una miseria vitalicia. La Iglesia, el Estado, la Propiedad, todos los órganos sociales se fundan en el halago de alguna de las formas del egoísmo humano, para lograr de los hombres su confianza o su sumisión, que es poder ilimitado e irresponsable en quien la recibe. Mala es la guerra, la lucha cara a cara, porque revela un estado bárbaro de insensibilidad e ininteligencia; pero el dominio por el engaño, el poder por alevosía, es la forma del mal más repulsiva a un espíritu libre.

Estas fuerzas de fraude y duplicidad, que son los pilares en que suelen descansar, con vacilante equilibrio, por razón natural de su injusticia básica, las sociedades humanas, suelen usar de instrumentos que colaboren a su obra de captación. Una de estas armas auxiliares es la escuela, fábrica inhumana donde se vuelca alevosamente la tierna arcilla del espíritu infantil en los viejos troqueles de hierro suministrados por los poderes históricos. De este modo, a la espontaneidad primitiva con que el hombre renunciaba a ser libre a cambio de ver lisonjeados sus instintos de conservación física y metafísica, ha sucedido la claudicación sin albedrío ni discernimiento, por obra de esos artificios para extinguir o suplantar la personalidad que se llaman escuelas. Otro instrumento moderno es la Prensa, que completa y corona el proceso de perversión espiritual comenzado en la escuela, y antes, tal vez, en la familia. Todo conspira contra la libertad del hombre.

No todos los periódicos son iguales. Algunos se aproximan al que yo soñaba. Ya queda dicho que mi idea de *El Orden* era confusa, como el germen de toda creación; pero allá, en el fondo brumoso de mi conciencia, palpitaba un anhelo que podía traducirse así: «Es inútil, Modesto Escudero—había pensado sin palabras—, que quieras arreglar el mundo sin sustituir su esencia, que pretendas edificar la ciudad futura empezando por el tejado, como se afanan algunos revolucionarios de buena fe, o echando aquí un remiendo y allí un emplasto. Se precisa cambiar la naturaleza del hombre, arrancar de su alma los engaños milenarios que le han reducido a esclavitud, habituarle al difícil empeño de querer ser libre, pulir sus asperezas y dotarle de inteligencia sensible para que no produzca dolores inútiles a los otros hombres. Esta empresa no podrás iniciarla desde el campo político, donde todo es bambolla, histrionismo y vaciedad. Una escuela podría servirte; pero su radio de acción es harto limitado y la cosecha no compensaría la siembra. ¿Qué mejor que un gran periódico? Desde él podrás iniciar tu cruzada de sensibilización del hombre. No desdeñes la impureza de los materiales que encuentres; moldea irónicamente al comienzo los hombres y las cosas necesarios al éxito; haz de él un Hércules, abuelo sacro de nuestro señor Don Quijote; una reencarnación hercúlea, esto es, victoriosa, del quijotismo, no una repetición irónica, esto es, sin victoria, del caballero de la Triste Figura.»

Con ojos empañados por la melancolía contemplaba yo el sorprendente crecimiento de *El Orden* y su

progresiva capitulación a todas las artes engañosas para apoderarse de la voluntad de sus lectores. Poco a poco, bajo las inspiraciones de Gacela, el oportunismo de Herculano y la pluma mercenaria de Negrete, *El Orden* fué haciéndose un prodigio de alevosía y dualidad.

—Escudero—me dijo un día Cacodoro—, ya ha visto usted cómo nos ataca *El Independiente*. Nos presenta como herejes y farsantes. Por cierto que alude vagamente a su matrimonio civil con Hipólita. Ya le dije que esto nos traería disgustos. También se lo anunció Gacela. Tendría usted que escribir un artículo, sin firma, proclamando nuestra fervorosa sumisión a la Iglesia católica, apostólica, romana.

—Comprendo—contesté—que no alardeemos de irreligiosidad, agnosticismo o lo que sea nuestro modo de pensar en esta materia. Vivir socialmente es transigir. Pero, ¿alardear de lo contrario? Es uno de tantos errores que han de costarnos caros.

—Escudero—insistió Herculano—, no me gana usted a librepensador; no creo en nada; sólo tengo un vago terror a la muerte; pero hay que vivir. ¿Quiere catolicismo nuestro público? Pues hay que dárselo. Si quisiera protestantismo, mahometanismo o budismo o mormonismo, sobre todo esto último (guiñando un ojo), habría que dárselo también. No se olvide de lo que le dije una vez: «Hay que hacer las ideas, como los trajes de sastrería, a la medida.»

—Pues yo no escribo el artículo—terminé, en redondo.

Don Herculano acudió entonces a Negrete, no sin enojo por mi negativa, que a sus propios ojos le res-

taba autoridad, y porque temía conceder demasiada influencia al que era brazo derecho de Gacela, cuya creciente intervención en el periódico, aun aceptándola por fuerza mayor, temía Cacodoro, no por razones de ideología, que en eso no había cuestión, sino de predominio. Negrete complacía con creces a Herculano. Un día, después de leer en pruebas de imprenta un artículo contra los «elementos extraños», «anarquizantes», «explotadores» de la clase obrera—que no eran sino sus propios directores—y otras gentes enemigas del «orden», la «propiedad» y la «patria»—este era el vocabulario usual del periódico—, pregunté a Negrete:

—¿Cómo puedes escribir esto a sabiendas de que no es cierto y de que con tales lugares comunes se fomenta el mito de la hidra revolucionaria? ¿No has pasado por anarquista en tus años mozos?

—Eso fué cosa de la juventud—respondió, mirando con aire de excusa a Cacodoro, que estaba presente—. Además, ¿qué importan mis ideas particulares? Si tú fueras zapatero y socialista, ¿te negarías a manufacturar calzado para la burguesía, que es la que más consume? ¿No ves que los mismos tipógrafos componen a veces trabajos como este mismo artículo, por ejemplo, en el que se ataca a los de su clase? A mí me pagan por escribir en cierto sentido, y yo lo hago como haría una pared si fuera albañil, a gusto del maestro de obras.

—Pero, ¿y la verdad?—observé yo.

—¿La verdad? ¿Qué es eso y quién sabe dónde se halla?—respondió Negrete, dirigiéndose a Cacodoro con ademanes de triunfal adulación.

Y añadió con acento de malignidad:

—No todos tenemos vocación de apóstoles, Escudero...

—Aquí no hay más verdad que los intereses del periódico—intervino Herculano—. Hay en él muchos millones comprometidos y muchos proyectos importantes en preparación, para dejarnos llevar del capricho de nuestras ideas particulares, como ha dicho muy bien Negrete. Pues eso faltaba, que fuésemos a combatir a nuestros favorecedores, a nuestros accionistas, a nuestros anunciantes. ¡Qué locura! Hay que darles, al contrario, la impresión de que se les defiende, de que estamos en guardia contra los peligros que amenazan a sus posiciones sociales.

—Pero, ¿es necesario mentir?—indiqué yo.

—No se miente—replicó Cacodoro—cuando se dice que la clase obrera, instigada por los que la explotan con sus discursos y Casas del Pueblo, y olvidándose de su misión de servidumbre en la sociedad, donde siempre tiene que haber ricos y pobres, capaces e incapaces, sueña con revoluciones y saltos mortales que dejarían al mundo cabeza abajo. Y si no sueña eso y nosotros lo decimos, a nadie se le perjudica.

Una tarde estábamos en casa de Gacela, quien me preguntó:

—¿Es suyo el artículo de hoy sobre la jura de la bandera? Muy sentido, muy patriótico.

—Ni es mío ni podría serlo—contesté, sin poder contenerme—. Yo no siento así el patriotismo.

—Pero usted está dejado de la mano de Dios, Escudero—comentó Gacela—. No comprende usted un

gran periódico moderno. Claro que todos sabemos lo que son los militares, especialmente nosotros, los políticos, que los tocamos más de cerca. Pero, amigo mío, no se puede prescindir de ellos. Es más, necesitamos su simpatía. ¿Cómo, si no, llevar a cabo nuestras empresas? Su concurso es indispensable para mantener el orden interior. Esas huelgas... Y luego, para defender la patria... Pero sobre todo hay que dar a la gente de orden, a las fuerzas vivas del país, la impresión de que no descuidamos los órganos protectores, los brazos armados de las instituciones, la policía, la guardia civil, el ejército. Un artículo como el de hoy supone un aumento considerable en los dividendos y en nuestro poder político. Las clases acomodadas fatalmente han de agruparse en torno del periódico y del político que goce de la confianza de los institutos armados; para ellas somos como una compañía de seguros contra revoluciones y algaradas. Otro tanto digo de la Iglesia. De vez en cuando hay que lisonjearla con cualquier pretexto. Ya vi el artículo del otro día; sé que era de Negrete. Sí, la benevolencia del clero, sin exagerar, para que no se ahuyente a las zonas medias de la nación, que son indiferentes y repudian toda excesiva gazmoñería, significa para el periódico que pueda penetrar en las pequeñas aldeas, que aunque dan escaso contingente de lectores, a causa no tanto del analfabetismo como del desdén por la letra impresa, justificado en muchos casos, son la base del poder político. Y quien dice el ejército y el clero, dice en general todas las instituciones del Estado, todos los sostenes del orden. Hasta a los mismos Gobiernos, sean cuales sean

estamos obligados a mostrarles nuestra adhesión, porque representan la autoridad, y no estaría bien visto por nuestros lectores, flor y nata del país, lo más sano y lo más rico de la nación, que atacásemos francamente a un Gabinete. Por fuerza es preciso que aparentemos un constante ministerialismo, discretamente, también sin exagerar, para que sus fracasos no nos envuelvan, más bien atribuyéndolos siempre a la indiferencia con que acogió nuestros desinteresados consejos. Esto sin perjuicio de que llevemos adelante nuestra política y ataquemos cuando haya que hacerlo, en la forma habitual en estos casos, que con siste—Negrete maneja bien este estilo—en usar de giros y alusiones que sólo los atacados entienden, aunque ellos se imaginan que los comprende todo el mundo, y en eso precisamente estriba su fuerza, que debilita al enemigo sin sentar plaza de demagogos ante nuestros lectores. Por cierto que un día de estos habrá que publicar un artículo de esos—ya le daré una pauta a Negrete—, porque tengo entendido que hay una intriga para que el Gobierno tire hasta la primavera próxima, en vez de caer dentro de quince días, como era nuestro plan. Alerta, señores, que no hay que dejarse atropellar por los ambiciosos.

Como siempre, las palabras de Gacela fueron sorbidas por los concurrentes, sobre todo las referentes a la crisis próxima; las relativas al periódico le parecieron a Herculano el evangelio. Cuando salimos pregunté a Negrete:

—¿Es que tu jefe ha descubierto a Maquiavelo?

—En su tierra todos los campesinos conocen a Ma-

quiavelo desde el claustro materno—respondió maligno. Y luego, rectificando el tono—: No creas que Gacela es tan bruto como os imagináis tú y otros como tú. Tiene gran talento natural, aunque haya carecido y carezca de tiempo para leer.

Un día me sorprendió un artículo titulado «El jardín de las Hespérides». Estábamos en vísperas de una revisión arancelaria, y el jardín de las Hespérides y las manzanas de oro eran la industria y los pingües beneficios que producía a la sombra de la muralla aduanera y a costa del resto de la nación. Esa muralla era la cerca que protegía el jardín; pero *El Orden* sabría exterminar al dragón y burlar la vigilancia de las Hespérides. El artículo se anunciaba como el principio de una campaña. Pero fué el único que se publicó, y aunque nunca supe concretamente la causa, no me costó trabajo adivinar que los guardianes del tesoro compraron nuestro silencio a cambio de algunas de sus manzanas. El *chantage* de alto bordo desfiló, elegante y discreto, con frecuencia por nuestras columnas, sin que el público, inexperto en la lectura de entre líneas, lo advirtiese. La gran ocasión para ejercerlo solían ser las huelgas. Al principio de cada una *El Orden* tomaba una actitud equívoca, en nombre de la imparcialidad; luego, una persona de confianza—un hábil agente de anuncios o Negrete, según los casos—se presentaba en la fábrica o fábricas donde ocurría el conflicto a preguntar si querían que el periódico se interesase de modo especial. Era sabido lo que esto significaba: una subvención o el silencio. Como un día viniera Herculano a invitarme que fuese a las

minas de Asturias, donde había estallado una formidable huelga, a proponer a los patronos una información tendenciosamente favorable a su causa, y como yo le expresara mi asombro, me expuso su teoría:

—Usted vive en Babia, Escudero. ¿Qué de extraño tiene que queramos cobrar servicios indiscutibles? Si con motivo de una huelga escribimos de una fábrica o industria, hacemos un anuncio, una difusión de su existencia y sus productos; si con nuestra ayuda colaboramos a que la huelga se gane, contribuímos a salvar los dividendos. ¿No es natural que se compense nuestro esfuerzo, que se premie nuestra generosa defensa?

—Pero, ¿y el orden, y el principio de la propiedad?

—Precisamente el orden y la propiedad necesitan poderosos sostenes: guardia civil, ejército, prensa. A nosotros no nos regalan las máquinas ni su trabajo los obreros. ¿Cómo quiere usted, cómo quiere nadie que regalemos nosotros la publicidad que se hace de una actitud, de una empresa, de un sistema de producción? Si los obreros pudieran pagarnos, a tanto la línea, los artículos en defensa de su causa, se los publicaríamos igualmente; en este punto somos imparciales; pero los obreros son pobres y además ilusos, porque pretenden que se les reconozca la razón graciosamente; por eso no harán nunca nada de provecho, a menos que cambien de táctica, constituyan grandes fondos de reserva y los empleen en pagar a la prensa burguesa, como ellos dicen, los servicios que les preste.

—Sin embargo—objeté aún yo—, es importante mantener un contingente alto de lectores, y esto sólo se logra siendo justos.

—Sí, es importante, porque con pocos lectores no hay anuncios ni fuerza para poner un precio alto a nuestras opiniones; pero el arte del periodismo consiste en el equívoco, de modo que el público grueso y poco inteligente tome por imparciales y justos los razonamientos que, vistos del revés o entre líneas, son claros alegatos a favor de una de las partes. A veces un título vale por muchos artículos. Tengo entendido que la prensa yanqui, que por lo que de ella sé me parece la mejor y más práctica, hace sus campañas con títulos. Poco a poco irán desapareciendo los artículos, que siempre cansan; por lo menos, a mí. Deme usted un buen autor de títulos, y lo cambio por varios redactores de artículos. Títulos y grabados: este es el secreto de un periódico moderno.

—Don Herculano—le dije—, ya es usted un gran maestro de periodistas. Habrá que hacerle pronto presidente de nuestra Sociedad.

—A algo más aspiro, Escudero. Ya usted lo sabe, pues me lo sonsacó aquella noche del estudio; noche perdida, por cierto, porque las palomas habían volado cuando bajé a la calle. Pero ahora no me preocupo más que de arbitrar dinero para llevar adelante mi proyecto. ¿Y de dónde hemos de sacarlo sino de donde lo hay? Todos los medios son buenos.

Uno de estos medios era también la Bolsa. Una noticia dada con destreza, singularmente si se trataba de relaciones internacionales, podía hacer oscilar el mercado de los valores, y Herculano, jugador por

temperamento, de acuerdo con Gacela, bien al corriente de los tiquismiquis de las cancillerías, aprovechaba esos movimientos artificiosos para lucrarse en gran escala.

—Puesto que otros han de beneficiarse si nosotros no lo hacemos, démonos la preferencia—solía decir con cínica excusa.

Yo estaba maravillado del sorprendente giro que tomaba el periódico; pero mi estupor llegaba al máximo cuando publicábamos alardeantes artículos de patriotismo. Sobre esta insolencia no me gustaba discutir en la redacción, temeroso de algún indiscreto arrebato. Prefería desahogarme con Hipólita:

—¿Has visto el españolismo de tu padre?

—No sé cómo lo toleras—replicaba ella—. Cualquier día tendrás un disgusto descomunal. Si vuestros enemigos se enteran de que ni siquiera ha nacido en España...

—Qué importa—excusaba yo en chanza—. Todos los grandes hombres y los hebreos son universales. Su patria es el mundo; el país donde por azar residen es su patria chica. A mí no me parece mal esto; pero precisamente por esa causa, me parece también peligroso exagerar el patriotismo de la patria chica...

Pero la columna diaria sobre el patriotismo en *El Orden* era una de las principales columnas de Herculano para la edificación del imperio de sus ensueños. Un día me dijo Hipólita:

—Hasta ahora no había querido cambiar de apellido. Desde hoy usaré el tuyo. Cacodoro me parece un apellido de ladrón.

—Acaso—dije, con espíritu ausente—nuestra creación esté más cerca de Caco que de Hércules, en efecto. ¿No te parece que estamos siendo víctimas de algún geniecillo burlón?

—¿Por qué no nos vamos a París?—me preguntó de pronto Hipólita, mirándome con un dulce abandono que nunca le había visto. Quise medir el grado de su rendimiento, y aproximando mi rostro al suyo busqué su boca con la mía.

—No, no; aquí no—protestó.

«¿Aquí no?»—pensé. Como una exhalación cruzó por mi mente un propósito.

XXII

NO ES UN SÓCRATES

Hipólita deseaba ir a París. Me lo repitió varias veces. Lo que en el primer momento parecióme una puerilidad, se me fué revelando gradualmente como un impulso profundo. «Aquí no», había dicho la primera vez que me lo sugirió, cuando quise explorar con un beso si en sus palabras latía un romántico, aunque trivial, anhelo de viaje de novios. Hipólita no era la misma. Lo notaba yo de día en día. Aunque nunca hablamos de la extraña y repelente escena en casa de Margarita Montes, no ignoraba yo, por Herculano, que no había vuelto a verla ni, por ello, a trabajar en su retrato.

—Probablemente soy una pobrecita, después de todo—me dijo un aterdecer en aquel mismo salón que me recordaba vergonzosamente la escena de mi libidinosa agresión de gorila ebrio—. Siento que me faltan fuerzas para una obra independiente. También la pintura, como antes la literatura, puede más que yo. Imito bien, sigo los pasos ajenos; eso es todo. Me falta poder de verdadera creación espiritual.

¿Será que ninguna mujer puede salirse del plano puramente biológico? Sin duda yo también soy como todas. Me siento impotente, cansada, desorientada. Antes me inspiraban desvío los niños; acaso fuese, más que sentimiento natural, una manifestación más de mi imperiosa voluntad de crearme un temperamento varonil. Ahora—casi me avergüenza confesártelo—son mi mejor pasatiempo. Todas las mañanas voy a verlos al Retiro. Ya tengo entre ellos algunos buenos y leales amigos. Con frecuencia me asaltan hondas inquietudes. ¡Qué dolor—pienso a veces—si sobre no hacer nada como los hombres soy también estéril como mujer!

—Es que estás cansada, Hipólita; son abatimientos pasajeros que todos sufrimos—la animé yo, mintiendo con íntima alegría—. Iremos a París, a Italia, adonde quieras, para que recobres la fe en ti misma.

—¿Pronto, verdad? Tengo unos deseos vivísimos. ¿Pero tú querrías que fuese una gran artista, una mujer siempre independiente? Presintiendo que no he de poder serlo, temo que lo desees, que hayan cambiado tus sentimientos, que me desprecies y aborrezcas como mujer...

—Eres una niña, Hipólita—repliqué yo, yendo hacia ella y procurando acariciarla. Evadióse ella como siempre y yo añadí con melancolía—: ¿Ves? Eres tú la que no quieres que te considere como mujer...

—Sí, sí quiero. Pero hay cosas tan extrañas... A veces un deseo se siente como estorbado por ideas y sentimientos anteriores. Un estado psicológico de

ayer impide que florezca en toda su plenitud un estado psicológico nuevo. Una renuncia ofrece siempre grandes resistencias íntimas. Imagínate si las renuncias son varias... Necesito un cambio de aires, de ambiente; una ocasión...

—Te prometo pronto el viaje a París. Pero no en seguida, que hay grandes acontecimientos en puerta y puedo ser aquí necesario, no para otros—para ellos más bien innecesario, un enojoso estorbo—sino para mí, para ti, para nuestro futuro.

—Aunque no adivino lo que quieres decir, no te lo pregunto, tengo hasta pereza de saberlo; cada día pongo mayor confianza en ti y sé que lo que hagas será lo mejor. Ya ves que estoy renunciando a mí misma...

En efecto: el plan de Gacela había comenzado a consumarse. En otoño hubo crisis de Gobierno y fué nombrado Juderías para la presidencia y Gacela para el ministerio de la Gobernación, con objeto de preparar la maquinaria electoral para enero o febrero, según lo convenido. Herculano bailaba exultante. Atribuía a *El Orden* el triunfo.

—Esto marcha—decía, frotándose las manos. Un día apareció en el periódico un grabado singular: Juderías ofreciendo a Herculano una cartera ministerial que había quedado vacante por muerte fulminante de un anciano, amigo de Gacela, que la desempeñaba.

—¿Qué es esto?—pregunté a Cacodoro con asombro.

—Nada, que Gacela quiere que yo tenga categoría ministerial para cuando llegue el momento de incor-

porarme al Gabinete que forme, como usted sabe, y ha rogado a Juderías que se preste a la comedia de fingir que me la ofrece y yo de rechazarla por razones de modestia; esa es la escena que ha «sorprendido» uno de los fotógrafos nuestros, invitado expresamente.

—¿Pero piensa usted en serio ser ministro, don Herculano?—pregunté atónito.

—¿Por qué no, Escudero? Otros con menos talento que yo lo son.

—Pero la nacionalidad...

—¡Chist! Eso nadie lo sabe más que usted, y estoy seguro de su discreción. En caso necesario, puedo falsificar, en Cádiz o Algeciras, un acta de nacimiento. Con dinero...

—Me inquietan estas locuras, don Herculano—aduje yo tomándolas por tales.

–Se ahoga usted en un vaso de agua, Escudero. Pero en fin, eso queda aún lejos. De momento, bastará con ser diputado.

Gacela nos aconsejaba gran prudencia todos los días que íbamos a verle. Nada de polémicas con los otros periódicos, que siempre salen a la superficie, de tales encuentros, cosas que conviene ocultar. Nada de defenderle a rostro descubierto, que eso, sobre no ser, de momento, necesario, merma el prestigio de un periódico. Nada de atacar a los adversarios ni herir el amor propio de Juderías, para evitar resquemores y represalias, madres de toda intriga. Paz, concordia, armonía. ¡La unión sagrada para reconstituir la patria, ahora que estábamos en el poder! Ese debía ser el lema de nuestra campaña, ca-

llando, claro es, la última parte. Lo principal era urdir las elecciones, sostenerse un mes o dos en las Cortes, cerrarlas al cabo de ese tiempo so pretexto de la inminente canícula y de la necesidad de disponer de tiempo suficiente para ir preparando salvadoras leyes durante el verano, mientras el país, justamente confiado en su Gobierno, descansaba. Y una vez llegado el estío...

Pero el enemigo no se daba reposo. *El Independiente* nos combatía a diario y trataba de quebrantar el prestigio de Gacela presentándole ignominiosamente asociado a un periódico como *El Orden*, nacido de unas fraudulentas píldoras contra la impotencia y dirigido por un hombre de turbio origen y dudoso carácter. Habían sido notorias, hasta el escándalo, las relaciones de Cacodoro con la Montes y otras bailarinas cuyas efigies decoraban—al precio que puede suponerse—las páginas de *El Orden*. Herculano, después de la escena con su hijo, había roto con Margarita; pero ésta guardaba en su poder unas cartas volcánicas y comprometedoras de Cacodoro, y en los saloncillos de los teatros había amenazado con publicarlas. *El Independiente* andaba tras esas epístolas, escritas en momentos de perturbación erótica, para confundir al odiado e hipócrita rival que tales alardes de virtud hacía en su periódico. Herculano, que conocía todo esto por los lebreles de la Redacción, temblaba de cólera y miedo. ¡No poder aceptar la polémica! ¡Estar expuesto a un desastre por el liviano despecho de una mujer! Contrató un hombre de confianza para que persiguiese a la Montes y le arrancase las fogosas cartas

por cualquier medio: de grado, por dinero o por la violencia. Como era época en que la conocida cantante recorría los escenarios provincianos, tras ella vagaba nuestro hombre. Un día recibió Herculano un telegrama alarmante desde una ciudad levantina: el perseguidor le anunciaba que la Montes, temerosa sin duda de ser robada de su tesoro, lo había expedido en sobre certificado a Madrid, sin duda a *El Independiente*. Estábamos perdidos. Herculano, con la voz balbuciente por el pánico y la desesperación, pidió de rodillas a Gacela que hiciese detener el sobre en Madrid y se lo entregase. Para persuadirle, refirióle el contenido incendiario de las cartas, si ridículo para él, para Herculano, fatal, mortífero para el periódico si caían en manos de sus enemigos. Con torvo ceño oyó Gacela el trance, y después de amonestar severamente a Cacodoro por su ligereza—toda conducta es tolerable si se salvan las apariencias, pero digna de la horca si por torpeza queda uno en descubierto, fué la sustancia pragmática de su severo sermón—púsose al habla con el director de Comunicaciones y, merced a una argucia legal, logró recobrar el paquete, que entregó a Cacodoro con estas palabras:

—Don Herculano, no discuto los fueros de su virilidad, y es hasta explicable que dé muestras de poseerla en grado insólito para sus años quien es fabricante de unas píldoras destinadas a acrecerla o por lo menos conservarla, como es natural que se presente con leonina cabellera quien pretenda hacer granjerías de un específico contra la calvicie. Pero no olvide usted, mi querido amigo, cuántos y cuán

importantes intereses particulares y nacionales están en nuestras manos, y modere sus ímpetus, si no los amatorios, los epistolares. Usted comprenderá que no vale la pena de poner en peligro nuestra napoleónica idea de una España Mayor por un desahogo epistolar más o menos.

Reconoció Herculano su culpa, dió las gracias a Gacela, con lágrimas en los ojos, por el servicio, que agradecería eternamente, y juró no reincidir en tan pueril manía de confiar al papel y a las mujeres sus sentimientos.

Llegaron las elecciones y el triunfo de Gacela superó todos los supuestos: ciento tres diputados exclusivamente suyos trajo; la mayoría del Gobierno fué abrumadora: tan diestramente había organizado Gacela la nueva hornada parlamentaria. Gracias a esto, transigió Juderías con la robusta minoría gacelista. En ella figuraban Herculano Cacodoro, Inocencio Cacodoro y Pedro Negrete, los tres cuneros. A Inocencio fué necesario dispensarle la minoría de edad; como yo había previsto, el mozo, que no había logrado hacerse bachiller ni nada útil, era apto para legislar a veinte millones de habitantes. Yo había rehusado un acta que Gacela se consideró obligado a ofrecerme, por repugnancia al Parlamento y por no desviar mi propósito de ausentarme de España con Hipólita por largo tiempo.

Las Cortes estuvieron abiertas un par de meses, el tiempo necesario para que los diputados nuevos tomasen el aire de la casa y para que los viejos pronunciasen, con motivo del mensaje de la Corona, el mismo aproximadamente de todas las legislaturas,

una nueva edición del discurso de siempre. Cuando todo el mundo quedó oratoriamente exhausto y nació el peligro de que, por natural ociosidad y tedio, los viejos parlamentarios comenzaran, como de costumbre, el juego favorito de las intrigas, se dió rápido y firme cerrojazo al venerable e inútil templo de las leyes. Estábamos a fines de mayo.

El mes de junio fué de intensa actividad en la órbita invisible de *El Orden*. Regresó Schwarzthaler de Alemania, donde estuvo varias semanas, y a Bilbao comenzó a llegar la maquinaria de las cuatro imprentas provinciales. Fué Cacodoro a recibirlas; le acompañé yo, a ruego suyo, a Bilbao. Los hornos y fábricas de la gran fragua del Cantábrico le hinchieron de sueños de dominio.

Todo esto—proclamaba mientras recorríamos las dos márgenes fabriles del Nervión—será nuestro muy pronto. Lo confiscaremos todo para emprender la guerra grande, para soldar a sangre y fuego los componentes de la España Mayor. Hay aquí demasiado capital extranjero; toda España tiene algo de Gibraltar; la reconquistaremos con la ayuda del partido de Schwarzthaler, bajo la dirección de un estadista como Gacela. Si no logramos que en los dominios de España no se ponga otra vez el sol, como ocurría en un tiempo, según recuerda con frecuencia Negrete, haremos que, por lo menos, sea bien largo el día.

De Bilbao reexpedimos, bien distribuída, la maquinaria a Valladolid, Zaragoza, Albacete y Córdoba, los cuatro puntos del cuadrilátero desde donde, con Madrid como centro, se difundiría *El Orden* hasta todo el perímetro del país.

—Quiero—me dijo Herculano—que todo esté listo para el primero de agosto, porque en ese mes hemos de preparar la opinión pública para levantarse contra el enemigo pirenaico; a principios de septiembre lanzará su golpe Alemania por el Este; todo está dispuesto; nos lo ha dicho Schwarzthaler; yo se lo confío a usted con todo secreto.

—Ay, ay, don Herculano—comenté en tono de broma—, veo que los vapores del armañac no se le han disipado todavía.

—Ni a usted los vapores de la inocencia, Escudero. ¿O cree usted que hombres como Gacela, Schwarzthaler y yo gustan de perder el tiempo en proyectos infantiles? Ya, ya se irá usted convenciendo...

Cuando regresamos a Madrid, ya estaban allí los técnicos venidos de Alemania para instalar la maquinaria. Fueron despachados a sus puntos respectivos, y Herculano estuvo viajando de uno a otro, para seguir el curso del montaje. A comienzos de julio, fué enviado Negrete a Melilla.

—Ya que estamos prevenidos—me explicó Herculano—, sería estúpido no aprovechar para el periódico el éxito de las primeras informaciones.

A mediados de julio sobrevino el levantamiento moro en la zona española. Herculano me guiñó un ojo. La plana de información que envió Negrete, cuando ningún otro periódico había dado aún la primera noticia, fué el mayor triunfo de *El Orden*.

—Sólo esto vale el levantamiento que ha preparado Schwarzthaler—me declaró Herculano con orgullo.

—¿Pero está allí Schwarzthaler?—pregunté.

—¿Y dónde quiere usted que esté? ¡Naturalmente! Está en Tánger. ¿No le dije a usted que se iría convenciendo?...

—Pero esto es criminal—protesté, anonadado por el estupor.

—Es usted un sentimental incorregible—arguyó Herculano—. Pero no se alarme; ya le dije que todo es un simulacro que durará dos o tres semanas a lo sumo, lo necesario para excitar a la opinión pública contra Francia.

En efecto: los artículos de comentario de Negrete venían cargados de veneno. Corrían rumores de que un país vecino.., Se habían visto agentes de perilla y grueso abdomen en los aduares moros, poco antes del levantamiento... Se decía que los fusiles de algunos prisioneros no eran de fabricación germánica ni anglosajona ni española. ¿De cuál, entonces?... En los bolsillos de otros prisioneros se habían encontrado grandes cantidades de francos...

Las insidias de Negrete provocaron una violenta reacción en el país. Por su cuenta, *El Orden* comentaba al mismo compás. ¿Quién estaba interesado en estorbar nuestra obra civilizadora en Marruecos? ¿Quién quería expulsarnos de un territorio que era nuestra natural frontera estratégica? ¿Quién no lograba sobreponerse a la envidia de nuestra pasada grandeza y de nuestro risueño futuro? ¿No equivalía esa cobarde traición, a mansalva, por la espalda, sin el gesto gallardo del ataque frente a frente, a un *casus belli?*

A los pocos días, la tragicomedia de la insurrec-

ción tomó un giro imprevisto y alarmante. Los moros disparaban de veras; el número de combatientes era enorme; disponían de cuantioso y moderno armamento, y al grito de independencia y guerra santa arrollaban a nuestras menguadas fuerzas, no preparadas para tan arrebatado ataque, y amenazaban arrojarlas al mar. ¿Qué ocurría? ¿Era que las tribus salvajes habían tomado en serio el levantamiento y arrastrado a nuestros cómplices moros? ¿Era que éstos habían aprovechado la conyuntura para producir una insurrección general? Nunca se pudo saber la verdad, como acontece en la mayoría de los sucesos históricos.

—¡Traición!—gritaba Gacela en su despacho del ministerio.

Herculano se cogía la cabeza con las manos y blasfemaba como un carretero. Schwarzthaler vino jadeando de Tánger a pedir una explicación. El general en jefe de nuestro ejército hacía gemir al telé. grafo sin hilos en demanda de urgente socorro. El Gobierno, repuesto de la sorpresa, comenzó a enviar regimientos a África. No bastaban los soldados en servicio y dispuso llamar a filas a las reservas. Esta medida fué catastrófica. En varias ciudades hubo conatos revolucionarios. El centro de la insurrección fué Cataluña.

—Digan ustedes que esta incalificable villanía es obra de separatistas, anarquistas y masones confabulados—daba sus instrucciones Gacela a Cacodoró. Repetíalo *El Orden*, a grito herido.

Pudo el Gobierno aislar a Cataluña para que no se propagase a otras regiones el contagio subversi-

vo. Al cabo de unos días quedó sofocado el sarpullido revolucionario, erupción espontánea de un pueblo descontento, sin jefes ni organización alguna. Pero era necesario escarmentar en alguien, para reposo y tranquilidad de la gente de orden.

—¡Un escarmiento, un escarmiento! —era el deseo que flotaba en la atmósfera.

Hacía falta crear un mito de culpabilidad. Era menester una víctima propiciatoria. ¿Quién? Cualquiera. No se sabe quién inventó el nombre del condenado al sacrificio. Un día aleccionó Gacela a Cacodoro:

—En el número de mañana, lance el nombre de Torner. Insinúe la sospecha de haber sido él el alma de la asonada. Necesitamos una víctima...

Torner era un medio iluminado que aspiraba a salvar al género humano por medio de una doctrina de su invención. Alguna vez se le había supuesto complicado en los atentados terroristas; pero no pudo probársele nada. Espíritu marginal, su influencia era nula; si la gente de orden le recordaba como sospechoso, los revolucionarios se reían de él por iluso. Sus enseñanzas les parecían tan innocuas e ineficaces como las de quienes pretenden redimir a la Humanidad por la vía vegetariana.

El mito de su culpa corrió con la rapidez del relámpago. Fué otro éxito de *El Orden*.

—¡Al criminal, al criminal!—fué el grito en que la gente de orden concretó su terror y su apetito de venganza.

Pronto fué encarcelado y sometido a juicio sumarísimo por el fuero de guerra.

—¡Es un anarquista!

—¡Y un masón!

—¡Más que eso: un hereje que hace escarnio de la religión todos los días ante sus discípulos!

—¡Un licencioso! ¡Como que ni siquiera está casado por lo civil con la mujer con quien vive!

—¡Un miserable! ¿De dónde ha sacado su fortuna? ¡De una vieja que tuvo secuestrada!

—¡Que muera!

Esas eran las exclamaciones que se oían en todas partes. Resumían a la perfección la campaña de *El Orden*. Y murió, fusilado, en los fosos de Montjuich.

—¡Esto es indigno! ¡Nos hemos cubierto de vergüenza para siempre!—no pude menos de protestar.

—No se haga usted mala sangre, Escudero—opinó Rosendo Oliva—. Después de todo, no era ningún Sócrates.

Esa fué también la opinión de muchos Rosendos Olivas.

XXIII

EL CENTAURO NESO Y EL FIN HERCULINO

Fatalidad es como decir necesidad. Sobreviene a los hombres el infortunio por ineludible ley íntima. El hado no es más que la propia conciencia yendo por impulso inmanente a su fatal destino. Desde que nace, el hombre va elaborando su propia destrucción. Engendra el mal sin saberlo ni sentirlo, y los demás hombres, como caballos rondados por el lobo, forman círculo y organizan la defensa. El Código penal es el abismo en donde se despeñan los menos inteligentes. Cuando la maldad no traspasa los límites del derecho, los hombres se defienden por medio de la represalia o la venganza, que es una forma rudimentaria de justicia encaminada a despertar la conciencia del mal en quien lo comete. Toda sociedad humana está tejida de pequeñas represalias y venganzas, que sólo excepcionalmente caen dentro de los códigos. Pero a veces acontece que quien perpetra una acción monstruosa, no sólo está fuera del alcance de esa influencia social ambiente que podría, por coacción defensiva, detenerle en su fu-

nesto curso, sino amparado por las leyes. Tal es el caso de los tiranos. En tales circunstancias no es raro que de las entrañas de la sociedad civil, donde siempre hay un depósito inagotable de justicia inmanente, brote un brazo ejecutor, que da violenta muerte al tirano.

Este género de muertes no se han juzgado nunca como vulgares asesinatos; antes bien, como necesarias ejecuciones de la justicia; el homicida de estos casos se equipara al verdugo. La razón de este criterio no deja de ser profunda. El arrepentimiento —queda indicado en un capítulo anterior—es el proceso de una inteligencia tardía que, al cabo, adquiere noción ética del daño cometido. Si todos los criminales fueran tan inteligentes como el Raskolnikoff de Dostoiewski, holgarían la Policía y los Tribunales de justicia, porque, a la larga, ellos mismos se impondrían la sanción a su culpa, ellos mismos exigirían el derecho a la pena, de que ya Platón habla en su *Gorgias*. Mas no se crea que son raros los castigadores de sí mismos. Casi todos los suicidas por móviles sociales están en esta categoría. Es el arrepentimiento, la conciencia gradual del daño inferido, llevado a un extremo morboso. Acaso pudiera hallarse una sombra de fundamentación ética a la pena de muerte en este supuesto: si el criminal tuviese noción de sus actos, más que una expiación gradual, buscaría la destrucción de sí mismo para cortar de ese modo el fatal nudo gordiano hecho de la irreconciliable contradicción entre su conducta y su conciencia. Pero habiendo un principio enfermizo en el suicida, no es justo que se le traslade como

justificante a los códigos. Tratándose de la muerte airada de un tirano, la justificación ética es distinta, porque su suicidio extrínseco, como podría denominarse al acto de quien le mata, es necesario para interrumpir la serie de sus maldades; y no es necesario en el caso de un criminal vulgar, una vez que está preso y reducido a impotencia.

Esta necesidad psicológica del propio destino es inherente incluso a los héroes y semidioses. El fin trágico de Hércules, ¿qué es sino consecuencia fatal de una torpeza y de un voluptuoso deseo ilícito? Torpeza inconcebible fué la suya cuando, yendo a Traquis, de visita a su amigo el héroe Keyx, confió al centauro Neso la delicada carga de su mujer, Deyanira, en el cruce del río Eueno de una orilla a otra. ¿Qué iba a hacer un centauro con una mujer tan hermosa a la grupa sino perder la cabeza y hurgarla con su innoble pezuñosa mano? ¿Cómo no censurar la imprudencia de Hércules? ¿No era hazañoso, no había realizado empresas mayores que la de transportar una débil mujer sobre los lomos en el cruce de un río? Y no se arguya que la mujer propia siempre pesa mucho y que es más liviana la carga de diez ajenas. Puede ser cierto; pero luego no falta un centauro aprovechado. Buen castigo le llevó al atrevido monstruo la alada y venenosa flecha de Hércules, hiriéndole mortalmente. Pero el dado de la fatalidad estaba ya en movimiento. «Si quieres que tu marido a ninguna otra ame—le dijo Neso a Deyanira con baja voz agónica—, coge la sangre coagulada que brota de mi herida y colorea con ella la camisa de Hércules.» Así lo hizo Deyanira, recogiendo en una

vasija la sangre del centauro. Y cuando Hércules, más adelante, movió guerra a Eurito, ¿qué le impulsó a ello sino el lujurioso afán de robarle su hija Yole, todavía joven y hermosa, de la cual estuvo enamorado en otro tiempo? Robóla, en efecto, como botín de victoria, y enviósela a Deyanira, mientras él se dirigía a Eubea a hacer sacrificios a Zeus en acción de gracias por sus triunfos. Entretanto, Deyanira, temerosa de los propósitos amatorios de Hércules para con la cautiva, y celosa de su juventud y belleza, recordó el consejo del centauro, y empapando en su sangre una camisa del héroe, enviósela a Hércules como delicada ofrenda conyugal. Nunca lo hubiera hecho, porque apenas se la puso el héroe, alegre por el obsequio, la sangre del centauro, que era venenosa, comenzó a abrasarle con terrible tormento, y para librarse de él, y sabiendo que había de morir, se hizo quemar en una gran pira de leña, hasta que bajó una nube a recogerle y se le llevó al Olimpo, donde le esperaban y recibieron con grandes fiestas todos los inmortales. Así perdió el mundo un héroe y una mujer, pues sabido es que Deyanira se suicidó al informarse del estrago que produjo involuntariamente. Edificante historia en que deben espejarse, antes de que la fatalidad los fulmine, los maridos perezosos y proclives a la bigamia y las mujeres celosas y demasiado confiadas en centauros.

Si tales descuidos de inteligencia los sufren hasta los semidioses, calcúlese lo que ocurrirá entre simples y menos inteligentes mortales. Leoncio Juderías no era un águila en lo de ver desde lo alto, que

es la manera de ver lejos; pero tal vez lo fuera en insensibilidad por el dolor de sus víctimas. Acaso no tomaba la iniciativa del mal; pero una vez cometido irresponsablemente por los auxiliares del Poder público, Juderías hacíase solidario de sus desmanes. En la cuenta de su larga vida de gobernante, la gente había cargado no exigua lista de crímenes. El último y más sonado fué el del fusilamiento de Torner, más obra de Gacela y de periódicos como *El Orden* que suya; pero sobre él recayó el castigo. Regresaba un atardecer de Palacio, reclinado con ostensible fastidio en su automóvil, cuando de otro automóvil que le seguía partió una descarga de fusilería, sofocada por un intencionado estrépito del motor. Cuando llegó a su domicilio y el lacayo acudió a abrirle la portezuela, Juderías estaba ya muerto, caído para siempre como un pelele. Pocos lloraron sinceramente su ejecución. Los verdugos no fueron habidos; nunca tuvo sanción una pena capital con tanta elegancia y arte; la presencia de los ejecutores, siempre enojosa, quedó agradablemente obviada por virtud de la rapidez y destreza con que obraron y desaparecieron sin dejar rastro. Yo conocí más tarde en París, por intermedio de una señora belga que asistió y colaboró al proceso de la ejecución, a uno de los verdugos, que salió de España, en dirección a Rusia, con pasaportes en regla. Cómo se reían ambos del estéril enredijo policiaco, después de referirme algunos detalles de la organización preparatoria, llevada a cabo en las afueras de una ciudad levantina, en una casa de campo rodeada de naranjos cargados del oro de su fruto.

—Yo conocí a muchos camaradas de la banda Bonnot—me decía la intrépida señora—; pero nunca igualaban en entusiasmo y arrojo temerario a los levantinos españoles.

La historia de la ejecución de Juderías es demasiado larga y emocionante para poder referirla ahora en pocas páginas. Ella sola necesitaría un libro, que acaso algún día escriba.

Apenas muerto Juderías, asumió la presidencia del Consejo de ministros Gacela; primero, durante los días del solemne sepelio, con carácter de interinidad; después, previamente consultados los grandes mascarones de proa de los partidos gubernamentales, de un modo permanente. Nadie quería el poder en tan espinosas circunstancias: con el rescoldo de una intentona revolucionaria todavía humeante, y el levantamiento de Africa, difícil de pacificar.

—Ya que él se las echa de bravo, que gobierne Gacela—fué la opinión unánime. Sólo Pompeyo Rojo, el republicano, declaró, como de costumbre, que en caso de necesidad estaría dispuesto a sacrificar las convicciones de toda su vida a los intereses de la patria. Pero la patria no había menester, por lo visto, de este doloroso sacrificio, ni Gacela deseaba otra cosa que gobernar él solo. Eliminó a los amigos de Juderías y preconizó la formación de un Gobierno homogéneo para concluir de decapitar a la hidra revolucionaria - era uno de los títulos favoritos de Negrete y Herculano—y de reducir a obediencia e imponer el condigno castigo a los rebeldes y traidores de Africa. Schwarzthaler metía prisa, por-

que nada era posible emprender mientras nuestro ejército estuviera tan ajetreado en Marruecos. Entretanto, *El Orden* siguió preparando la opinión pública contra Francia, y en la protesta revolucionaria contra el envío de las reservas halló otro motivo de azuzamiento; Torner y sus cómplices españoles habían obrado, seguramente, por instigación de los socialistas y anarquistas franceses, de acuerdo con su Gobierno. Esta campaña y la noticia de que uno de los ministros que jurarían el cargo en el Gobierno homogéneo de Gacela — homogéneo, es decir, compuesto de amigos incondicionales, sin voz ni voto—era Herculano Cacodoro, pusieron mi razón al margen de la locura. ¿Qué desatino era ése? ¿Podía yo consentirlo?

En el periódico, la designación de Herculano para el ministerio de Instrucción pública—era el departamento indicado para un hombre que ignoraba hasta la ortografía, y en esto no se hacía sino seguir una tradición antigua—, produjo un efecto exhilarativo. Negrete contaba con un alto cargo y a todos animaba.

—Ni don Herculano ni Gacela se olvidarán de nadie, que son reconocidos—decía.

—Recuérdeles usted que un empleo algo distinguido, en el Tribunal de cuentas, o como cronista de alguna institución nacional, o bibliotecario, en fin, algo que esté decorosamente remunerado y no dé mucho que hacer, sería a mi vejez un retiro al cual creo tener derecho—propuso don Senén Cuevas.

—Eso y mucho más, don Senén—le alentó Negrete—, pues bien lo merece quien tanto ha trabajado y trabaja por la pureza del idioma.

—Tampoco se olvidarán de mí, Negrete—pidió Rosendo Oliva—. Un puesto cualquiera, con tal que no haya que ir a la oficina.

—¿Y no tendría usted reparo en recibir una sinecura?—le preguntó Raimundo Rayo, con su mordacidad de costumbre.

—¿Reparo? Usted parece estarse cayendo todos los días del limbo—replicó Oliva—. Porque, distingamos y veamos: ¿soy o no soy yo un miembro útil a la sociedad? Mi obra, que hoy apenas me da para comer, dejará pingües rendimientos en los siglos venideros, cuando yo no exista ni tengan derecho a cobrarlos mis descendientes. ¿No es, pues, justo que el Estado me subvencione de algún modo? ¿O preferiría usted que me muriese de hambre?

Rayo encogióse desdeñosamente de hombros, y Negrete me preguntó malévolo:

—Y usted, Escudero, ¿no quiere nada?

—Sí; más que todos ustedes—repliqué; pero es cosa delicada y voy a pedírsela en persona a don Herculano.

Me encaminé, en efecto, a su casa. Estaba probándose el uniforme de ministro. La jura era al día siguiente.

—¿Verdad que me está admirable?—me preguntó al verme entrar—. Lo encargué ayer y aquí lo tiene usted ya terminado. Esto es prontitud. Lo llevaré esta noche al periódico puesto, bajo un abrigo ligero, para que me admire aquella gente. Después, de madrugada, lo celebraremos con un poco de champaña, ¿eh, Escudero?

—Don Herculano, jamás creí que la locura que

comenzamos juntos tendría tan lamentables resultados—hablé fríamente—. Yo pensé en una locura generosa, idealista, desinteresada. ¿Y a qué hemos venido a parar? A una guerra en Africa, a una revolución en España, al fusilamiento público de un inocente y al privado de muchos, y ahora a que usted vaya a ser ministro. ¿Para qué? Sí, ya estoy convencido, ya todo me parece posible. Si a hombres como Gacela, Schwarzthaler y usted no se les pone dique, les creo capaces de todo: de conquistar Portugal, de guerrear con Inglaterra por Gibraltar, de atacar a Francia de acuerdo con Alemania, de encender una guerra entre continentes. En vez de un brazo de justicia como era mi sueño, hemos hecho de *El Orden* un polvorín con la chispa siempre próxima, un simún cargado de mortales gérmenes, una máquina de odio y destrucción, un monstruo de la Naturaleza. No hay injusticia que no defendamos ni sinrazón que no amparemos; proclamamos inalterable el anárquico desorden vigente, y fomentamos los instintos de mayor barbarie en la elegante plebe que nos lee; perseguimos cuanto es noble, altruísta y justiciero; traficamos con todo; nos enlodamos en todos los cienos. En suma: yo me siento avergonzado de pertenecer a *El Orden* y a todo el sistema de absurdos que se ha ido tejiendo en torno, y vengo a presentarle este dilema: o cambiamos radicalmente de orientación o cambia el periódico de redactor-jefe. Desde luego, entre los cambios de orientación reclamo, como el primero y más urgente de todos, que usted, don Herculano Cacodoro, que no es español, renuncie a ser ministro.

Los tiempos de Farinelli, Carlos Broschi, napolitano como usted, han pasado para siempre, y eso que nunca se atrevió a ser ministro oficial.

Soltó a reír a carcajadas don Herculano, y cuando pudo dominarlas, me dijo:

—Tiene gracia nuestro capitán Modesto Escudero Araña, que después de embarcarnos se quiere quedar él en tierra y encima nos pide que nos tiremos al mar, que eso y no otra cosa es pretender que renuncie yo a ser ministro a estas alturas. No sé quién fué ese Farinelli, ni falta que me hace para no ignorar que tengo nacionalidad italiana por puro accidente. Yo, Escudero, usted lo sabe bien, soy un Juan sin Patria, o mejor dicho, en todas me siento como en la propia. ¿Por qué no ha de ser así? ¿Por qué no ha de ser la tierra para todos los hombres?

—No solemos decir eso en *El Orden*—le interrumpí.

—Naturalmente, porque sería suicida. Yo soy tan anarquista como cualquiera en mi vida privada; ahora, cuando se trata de contentar a los lectores del periódico, como es nuestro deber, no es posible obrar con sinceridad absoluta. Yo podía haber adquirido nacionalidad española; cuando era desconocido, no me preocupó; después, hubiera sido contraproducente, porque nunca se mira con buenos ojos—tan estúpida es la gente—al que cambia de patria. Por consiguiente, lo mejor me ha parecido dejar este asunto intacto, ya que nadie, salvo mi familia y usted, lo conoce. En cuanto a la elección que me propone usted, con quererle tanto y con lo doloroso que me sería su alejamiento del periódico, creación

suya en parte, siento tener que decirle que nada puedo hacer en el sentido que quiere, no sólo porque sería para mí bochornoso aceptar tales condiciones, sino porque, como ya le he dicho, es imposible retroceder ni una pulgada.

—Entonces, considéreme usted como baja en el periódico.

—Con harto sentimiento, Escudero.

—¿Podré despedirme de los lectores? Tengo este capricho sentimental.

—Con mucho gusto. No faltaba más.

Me despedí de Herculano y fuí a casa, donde me esperaba Hipólita. Referíle lo que ocurría y la escena con su padre. Había dejado *El Orden*. Al día siguiente saldríamos, si ella estaba de acuerdo, para París. No quería yo mantener ni siquiera vínculos de presencia con lo que iba a ocurrir. Ella mostróse conforme con el viaje y con mi separación del periódico; le parecía una actitud admirable.

Después de cenar escribí largamente. Cuando salí de casa eran las dos de la mañana. Me dirigí andando al periódico, y desde la calle observé que aún quedaba gente en la redacción. Oía altas y alegres voces y ruido de vasos; bebían, sin duda. Paseé a lo largo de la calle de Serrano más de una hora. Serían las tres y media cuando vi salir numeroso grupo. Se encaminaba hacia el centro. Rodeado de todos iba Herculano, con abrigo; al parecer había cumplido la promesa de llevar puesto el uniforme al periódico. Llegó a mí una alusión al notorio nombre de una casa de amor mercenario.

—Hay que bailar un chotis en uniforme, don

Herculano—oí decir a Avecilla, mientras los demás coreaban con grandes risas.

—El vino y el amor fueron las dos grandes fuentes de inspiración de los griegos, y deben serlo de todos los hombres, sin excluir el amor equívoco, ¿verdad, amigo Angulo?—oí disertar a Rosendo Oliva—. ¿Y no hay motivos para sospechar que Diótima, la profetisa que tantas enseñanzas de amor impartió al padre Sócrates, según nos cuenta en el *Simposio*, era una profesional de este dulce deliquio?

—Nada, nada, a bebernos unas cañas de manzanilla y marcarnos unos chotis, don Herculano. Hay que celebrar tan fausto acontecimiento—fueron las últimas e insistentes palabras de Avecilla que llegaron a mis oídos.

Entré en el periódico. Estaba vacía la redacción, en desorden las mesas, copiosas botellas de champaña descorchadas aquí y allá. Bajé a la imprenta; la platina estaba cubierta de servicios de café y botellas de coñac. Por lo visto también allí se celebraba el suceso.

—No sé cómo va a salir el número—me dijo el regente, la lengua poco expedita, los ojos brillantes de embriaguez—. Don Herculano nos ha obsequiado, y ya ve usted: casi todo el mundo borracho. Tiene sus defectos; muy chinche a veces, pero cuando tocan a ser rumboso, es mucho hombre don Herculano. ¿Verdad, don Modesto?

—¿Y no habrá ningún linotipista que pueda componer estas cuartillas? Nada de importancia; un artículo firmado—dije, entregándoselo.

—¡Atiza! ¡Diez cuartillas! ¡Vaya un conflicto!

Como no las componga uno de los aprendices... Los otros no están para nada. Harían un ciempiés. Aunque también los aprendices...

—No importa. Me quedaré aquí a corregir cuantas veces sea necesario. Pero el artículo tiene que ir forzosamente. Es de absoluta actualidad. Se refiere a la jura de don Herculano...

—Ah, en ese caso no digo nada, don Modesto.

Trabajosamente fué compuesto mi trabajo. Me quedé a corregirlo, a la confección y a la tirada. Eran más de las seis cuando salí de la imprenta. En la calle esperaban los vendedores. Me entretuve un poco con ellos, hasta que llegaron los primeros ejemplares. Cogiéronlos atropelladamente y salieron voceando estentóreos:

—¡*El Orden*, con el nuevo Ministerio!

Suspiré con dolorosa satisfacción y me puse a releer una vez más mi artículo, camino de casa. Titulábalo «Confesión obligada» y era una minuciosa historia de la de Herculano y de sus relaciones y proyectos con Gacela y Schwarzthaler, sin omitir el verdadero origen del levantamiento de África y los planes que el nuevo Gobierno habría de desenvolver con referencia a Francia y Portugal, ayudado del partido patriota de Alemania. Terminaba el artículo:

«Todo esto es obra de *El Orden*, que con el sistema de enlaces en Valladolid, Zaragoza, Albacete y Córdoba, destinado a inaugurarse dentro de unos días, el 1 de agosto, será el mayor peligro nacional e internacional que ha amenazado nunca al país. Lo que pudo haber sido un instrumento de cultura y

concordia entre los hombres y los pueblos, como era mi sueño, es hoy pedestal del extranjero cínico, ignorante y megalomaníaco que será ministro español dentro de pocas horas; palanca de las ambiciones de dictadura y vesania imperialista que mueven al inminente jefe del nuevo Gobierno, y—*last but not least*—tea de una monstruosa intriga internacional que, manejada por otro extranjero, amenaza de nuevo la paz del mundo. El que esto escribe se haría reo de lesa humanidad, de lesa patria y de lesa razón si por medio de estas columnas, que ojalá caigan hechas pedazos, ya que han resultado ser unas falsas Columnas de Hércules, no revelase al Poder moderador en primer término y a la opinión pública en general, la ilegalidad inmediata que va a cometerse y la criminal confabulación que se viene tramando. Cumplido este deber, queda tranquila la conciencia de quien hasta ahora ha sido tal vez cómplice por omisión, pero no en la intención ni en el acto.»

No me satisfacía el estilo del artículo, demasiado oratorio y profuso, como suele serlo en general la prosa periodística, por la doble exigencia del gusto del público y de la rapidez con que se la escribe; pero pareciéndome bastante claro lo que quedaba dicho, que era lo principal, sonreí con delicia. Dentro de pocas horas la bomba estallaría estruendosa e inevitablemente; la mecha estaba encendida y no había poder humano que la apagase. Cuando llegué a casa desperté a Hipólita e instéla a prepararse sin pérdida de tiempo; el rápido salía a las nueve de la mañana. Luego le mostré mi artículo. Cuando hubo

terminado su lectura, se arrojó en mis brazos y me besó ardientemente. Yo correspondí como pude a su arrebato.

—¡Ya eres mía, mía, al fin, Hipólita!—exclamé, sin saber claramente lo que decía; tanta era la excitación nerviosa que me producía mi acto en el periódico.

—Siempre, siempre creí que harías algo grande y noble—fué su réplica.

Cuando, a las ocho, bajábamos por la escalera para dirigirnos a la estación, oímos atronadora baraúnda en la portería. Apresurámonos a descender, y tendido en el suelo, con el busto y la cabeza dentro del ascensor, abierto, vi a Herculano. Mi primera hipótesis fué que el ascensor le había matado, sin detenerme a pensar cómo.

—¿Qué ha ocurrido?—grité al portero.

Con palabra tartajeante por la emoción, nuestro cancerbero explicónos el suceso. El señor—por Cacodoro, a quien conocía por haberle visto venir alguna vez a nuestra casa—había llegado momentos antes en un coche. Estaba demudado, como loco o bebido. Preguntó si yo estaba en casa. El portero le contestó que sí. Dijo que quería verme. En una mano traía, estrujado, un periódico; la otra, metida en un bolsillo trasero del pantalón. No, no tranquilizaba nada al portero el aspecto del señor. ¡No fuera que se hubiese vuelto loco! Pero, ¿cómo podía negarse a dejarle pasar? Le abrió el ascensor, y en el momento de ir a entrar en él, el señor cayó redondo, como herido por un rayo.

—¡Un médico en seguida, el del primer piso!—or-

dené yo, inclinándome sobre Herculano. Su rostro me dió miedo; contraído, no sé si por la enfermedad o por un estado de ánimo anterior, era una carátula trágica. Por debajo del abrigo de verano, sin abotonar, se veía el uniforme de ministro, haciendo contraste cómico, carnavalesco, con la cara. Minutos después bajó el médico que vivía en el primer piso. Sacamos el cuerpo fuera del áscensor. Para ponerle bien horizontal, boca arriba, fué necesario extraerle la mano derecha del bolsillo trasero del pantalón. Trabajo nos costó; cuando estuvo fuera vimos que empuñaba crispadamente una pequeña pistola automática. Algunos de los presentes profirieron un grito de espanto. A mí se me ahogó en la conciencia.

—Muerto—sentenció el médico después de auscultarle—. Un ataque de apoplejía.

Hipólita, hasta entonces muda y hierática como una esfinge, se abalanzó sobre el cadáver de su padre y lo cubrió de besos y silenciosas lágrimas. Cuando me disponía yo a separarla, levantóse ella sola, y para ocultar su llanto—tan altiva era—salió a la calle. Seguíla yo, y le dije:

—Después de esto tendremos que quedarnos.

—Ahora menos que nunca—respondió con resolución—. Ya que no ha podido matarte mi padre, te matarían Gacela, Schwarzthaler o alguno de sus sicarios. Vámonos. Aquí hay un coche.

Era el coche donde había venido Herculano. Dije al portero que no podíamos detenernos y que, cuando fuera llevado a declarar, determinase bien cómo el muerto había fallecido en la portería. Subí al coche, donde ya estaba Hipólita, y ordené al cochero:

—¡A la estación del Norte!

Llegamos justamente a tiempo para coger el rápido. El viaje se me hizo interminable. En San Sebastián compré la prensa de la noche. Leí los títulos a toda plana: «Muerte de Herculano Cacodoro.» «Cuando iba a jurar el cargo de ministro, fallece en la portería de su yerno.» «Gacela renuncia a formar Ministerio.» Y en otra plana: «Última hora.» «La muchedumbre da fuego al edificio de *El Orden.*» «Las llamas lo arrasan.» «El mejor periódico del país es un triste montón de escombros.»

Sin detenernos proseguimos el viaje a París. Un denso silencio nos envolvía a Hipólita y a mí; una extraña, confusa emoción nos apretaba uno junto a otro. Apenas hablamos nada. Yo no sé si pasé la noche en sueño o vigilia. No coordinaba bien mi cerebro. En un momento de lucidez temí por mi razón. Llegados a un hotel de París, a eso de mediodía, metíme en seguida en cama y me dormí en el acto profundamente. Cuando desperté eran también las doce, pero del día siguiente. A mi lado, me sonreía Hipólita, amorosa y rendida:

—Creí que no despertabas nunca; ya iba a llamar a un médico.

Por todo mi ser sentía yo una divina euforia.

—¿Ha sido todo un sueño?—pregunté, restregándome los ojos.

—¿Soy yo acaso un sueño?—me contrapreguntó Hipólita, desliéndose íntegra, en cuerpo y alma, entre mis brazos.

ÍNDICE



